DES
MEMORIADOS
¿Qué harías para olvidar?
CRISTINA GÓMEZ MUÑOZ
UN THRILLER
PSICOLÓGICO
CG

DESMEMORIADOS

CRISTINA GÓMEZ MUÑOZ

Copyright © 2024 Cristina Gómez Muñoz
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida su difusión y reproducción sin consentimiento expreso
ISBN: 9798344463889
2ª edición noviembre de 2024
Independently published CG Thriller

Se llama memoria a la facultad de acordarse de aquello que quisiéramos olvidar.
Daniel Gelín

No hay que apagar la luz del otro para lograr que brille la nuestra.
Mahatma Gandhi

La felicidad está en la ignorancia de la verdad.
Giacomo Leopardi

1

Día mundial del beso

Madrid, 13 de abril de 2019 (primera hora de la mañana)

El doctor Suárez tiene la certeza de que aún no está muerto, pero sí atrapado entre el ayer y el mañana. Aunque camina con el cuerpo desgalichado y desgarbado, sus pasos son firmes y su mirada candente, como la inminente intención que tiene de acabar con todo. Con cada zancada que da hace explosionar un recuerdo; los dinamita uno a uno y los va dejando atrás como días tachados en el calendario. Conforme avanza, se va despojando de cada sensación y de cada sentimiento para poder llegar al observatorio completamente vacío, sin retazos de esa vida que ha construido con escuadra y cartabón. Todo le será mucho más fácil así: sin sentir ni recordar.

Probablemente ninguno de los administrativos con los que se ha cruzado se imagine el motivo de su visita. A ninguno se le ocurriría pensar que ha venido a matarse. Aun así, siente las miradas sobre él como proyectiles lanzados con trabuquete, aunque en realidad son como pastillas de jabón que se resbalan.

Avanza por el pasillo, dobla el recodo a la derecha para coger el ascensor y sube a la novena planta; ya falta poco.

Al llegar a la puerta del observatorio se queda clavado, mirándola como si contemplara la entrada al otro mundo, y da la sensación de que vacila antes de sobrepasarla, pero en realidad no es eso. Es solo que lleva demasiados días pensando y organizando su propia muerte como para no concederse unos minutos más y seguir masticando esos pensamientos rumiantes; se merece un pequeño análisis de la situación, aunque eso no suponga que vaya a cambiar de opinión. De hecho, que lo haga es tan improbable como que la vara floral de una orquídea se mantenga recta sin un tutor. Abre la puerta y la rebasa, pausado, dejando atrás cualquier alarde sentimentalista. Fuera, amarrado al otro lado de la puerta. Al pasar, le golpea en la nariz un fuerte olor a cerrado. Es normal: hace dos meses que todos salieron de allí de imprevisto y nadie ha vuelto a entrar. Acciona la luz y camina despacio, atravesando la sala de reuniones hasta llegar al perchero del fondo, donde cuelga su chaqueta, al lado de su bata, torcida y arrugada. Recuerda entonces la última vez que se la puso: fue el maldito día de la intervención. Estudia la etiqueta de la bata con la mirada colgada de un hilo y siente un torrente de nervios que le activan la circulación para luego robársela, como una bomba de agua aspirando e impulsando. Tiene que atemperarse; al fin y al cabo, es

una simple etiqueta. Lo que pone en la bata, «Jefe de servicio del Instituto Nacional de Salud Mental», no ha tenido la culpa de que quiera acabar con su vida. Siente que se le entrecorta la respiración. Coge aire y lo expele con dureza, otorgándose una fuerza que ni él cree tener. Debe ser el miedo que siente porque sabe que va a morir; por mucho que venga envalentonado, lo que va a hacer es duro: acaba de comprender que sus emociones van a oscilar, rápidas e intempestivas.

Decide sentarse un momento en la silla que hay junto a la pared, justo a unos centímetros del escritorio, porque ahora la tristeza le está aplacando y las obsesiones diarias vuelven a jugar en su mente, esparciéndose como un puñado de canela en polvo tras un soplido. No puede evitar pensar que mañana será titular de muchos periódicos: «El suicidio acaba con el psiquiatra jefe del INSM», «Prestigioso psiquiatra se mata». A pesar de que es neurólogo, sabe que en la prensa no va a aparecer ese dato. Lo que realmente genera morbo es que un especialista de la salud mental, en este caso un psiquiatra, esté tarado. No tiene que pensar ni siquiera en palabras tan despectivas, como loco o zumbado… aunque no lo puede evitar: es así como ahora mismo se ve.

No quería hacerse ninguna pregunta que tuviera que ver con porqués, pero no lo puede controlar. Se pregunta por qué va a terminar así. Sabe que algo en su cabeza no funciona, y, aunque ahora se vea como un loco, se niega a pensar que lo que tiene sea más que tristeza, que quizás la depresión pueda estar ensombreciendo su cerebro. A pesar de que las intenciones le flaqueaban cada vez que tenía intención de levantarse de la cama y de que ha ido arrastrando su cuerpo los últimos meses, eso no explica que esté deprimido; ni siquiera Fina se ha dado cuenta de su estado. Ahora que piensa en ella se da cuenta de que jamás podrá entender por qué lo ha hecho: no superará su suicidio ni correrá un tupido velo. ¿Y Belinda? ¿Qué será de ella? Por muchas vueltas que le dé, no es capaz de anticipar con qué ánimo vendrá hoy y si, una vez que encuentre su cuerpo finado, conseguirá perdonarle.

Mientras los pensamientos botan sin orden ni concierto de un lado a otro de su cabeza, como grillos saltarines atropellándose unos a otros, se levanta con esfuerzo y pasa a la sala contigua, la que les ha servido siempre de pequeño quirófano. Parece mentira que se pueda conjugar en un mismo cuerpo tal aceleración mental y tales movimientos reposados. Camina hasta el carro, de donde coge una jeringa con una mano y, con la otra, saca un pequeño frasco de cristal del bolsillo del pantalón. Carga la jeringa y, fijando la mirada en el suelo, se inyecta el líquido directamente en su hombro. No le ha temblado el pulso ni un ápice; esta vez no ha fluctuado. Aunque su decisión es firme y el

cóctel de fármacos que se ha inyectado no ha pasado todavía a la sangre, nota debilidad: la hipocondría le está aplacando.

Vuelve a la sala de reuniones y se sienta en una de las sillas de despacho. Se arrellana en el asiento y hace una profunda inhalación, seguida de una larga exhalación, mientras piensa que solo le queda esperar. Es cuestión de minutos que todo acabe. Ahora no se enreda en la maraña de ideas que suelen embarullarse en su cabeza; está mucho más calmado. Cierra los ojos para hacer otra respiración profunda y al abrirlos se encuentra de frente con el calendario que hace unos meses colgó allí Belinda. Lo recuerda todo: recuerda cómo llegó entusiasmada con él enrollado bajo el brazo y comenzó a tantear su sitio en la pared, mientras le contaba que se lo había regalado el dentista, al llevar a su hijo a la revisión.

—¿Puedes creer que, a estas alturas de la vida, con la tecnología por delante, aún impriman calendarios? —Belinda se giró para mirar a Suárez—. Pero ¿quién pone un calendario en su casa? Si fuera algo benéfico…, pero no es el caso.

—Y yo me pregunto, Belinda, ¿qué te hace pensar que este sitio —Suárez abrió las manos intentando abarcar la estancia— es el contenedor de todo lo que no queremos poner en casa?

—¡Jefe! ¿No te has dado cuenta de que, si no fuera por los dos espatifilos que compré en la floristería de abajo, los maceteros tan monos de ratán donde los he colocado, el olor que desprende mi ropa a suavizante y este calendario, esto parecería un edificio sin el final de obra? Además, ¡un poquito de orientación a la realidad! —Chascó la lengua y cabeceó en signo de clara ironía divertida—. Ya sabes, deformación profesional…

Diego soltó una carcajada y Suárez tuvo que reprimir el *touché* que se había marcado Belinda. Solía ser callada y respetuosa, pero cuando hablaba subía el pan. Además, aquel día estaba contenta: Suárez lo supo porque le llamó «jefe».

Ahora sí que está orientado hacia la oprobiosa realidad: ahora ve las cosas sin distorsión y se odia al hacerlo. Belinda tenía razón, gracias a ella la estancia infundía cierto aire hogareño. Ahora, que lleva casi dos meses sin pasar por allí, las hojas de los espatifilos parecen espinacas que rozan el suelo y el almanaque muestra el mes de febrero en lugar del de abril. Se detiene a observar la foto del niño en el calendario: es rubio y de ojos claros, parece un travieso angelillo con los dientes manchados de chocolate, sobresaliendo por encima de la bufanda que está mordiendo, como un deportista subido al podio con los dientes clavados en su medalla. Se le han caído algunas piezas, pero las definitivas aún no le han salido. Justo debajo de la foto del niño están los números y, debajo de cada uno de ellos, la celebración. Ajusta la visión para mirar el maldito día: el 21 de febrero, y ve que se celebra

el «día mundial de la lengua materna».

Siente un latigazo de desesperanza: tiene la sensación de que, haga lo que haga, el tema le vuelve a flagelar como una fusta rencorosa que azota su pasado. Esta vez no va a permitirle a su revuelto ánimo que campe a sus anchas, que se difunda como la onda expansiva de un volcán; tampoco se va a recrear en ningún pensamiento intruso, no lo va a acoger ni le va a permitir que se sacuda. Tiene claro lo que debe hacer: ponerle fin a esa concatenación de absurdas y rudas ideas para acabar con ese bucle incesante de una vez. Por eso se levanta, con supremo esfuerzo, se acerca a la pared y pasa dos páginas. Se aleja y contempla el mes que corresponde: el de abril. Busca el día de hoy y, cuando lo localiza, se habla a sí mismo con cierto hastío: ¡Qué bonito!, el día mundial del beso.

Se dedica un tiempo a pensar en los tipos de besos que ha dado o recibido a lo largo de su vida. Sin duda, los más divertidos fueron los que robó, aunque no menos que los conatos de beso de algunas mujeres con las que le gustaba coquetear en los bares de los países del norte; tenía su gracia que le dejaran con la miel en los labios. Hubo de otros tipos; menos suntuosos, pero igualmente besos: vergonzosos, forzados, aplicados o anhelados. Ninguno de estos últimos ha correspondido alguna vez a su mujer. Se convence de que será mejor no pensar en los tipos de besos, porque solo consigue llamar a su infinita tristeza por dos motivos. El primero es porque al pensar en los besos anhelados se ha acordado de ella: Belinda; y el segundo es porque ha sido tan rastrero que ni siquiera se ha despedido de su mujer con un simple beso, aunque hubiera sido en la frente mientras dormía. Ahora ya no podrá besar más.

Coge aire con una densa inhalación y después lo suelta. Aunque tiene la sensación de que no ha terminado de vaciarse, reorienta el rumbo de sus pensamientos. Sabe que se está engañando, por mucho que quiera creer que todo esto lo hace por ella, por Belinda, sabe que no es así: lo está haciendo por él mismo, como siempre ha hecho las cosas. No quiere vivir de esa manera, como un mentalista enfundado en un traje negro noche representando su ejecución magistral y viviendo de la clarividencia. Suárez ha bajado de escalafón y para él una vida así no tiene sentido.

La certeza aplastante de que Fina va a masacrarse con los porqués de su suicidio le hace tomar la decisión de que será mejor dejarle una pequeña carta o incluso una nota. Tal vez exculparla por escrito, dejarle bien claro que no se va a matar porque no fuera feliz con ella o porque no la quisiera. Contribuirá al bienestar de Fina y, a su vez, a él le ayudará a marcharse en paz. No puede creer que haya estado tanto tiempo planificando el suicidio y no se le haya ocurrido escribir una simple nota de despedida. Pero, por suerte, todavía está a tiempo:

puede escribirle una a ella y otra a Belinda. Es lo justo.

Parte un folio en dos: una mitad para cada una de sus mujeres favoritas. Coge una de las hojas y deja la otra más apartada; empuña el boli, a pesar de que sus dedos están ingrávidos y languidecidos, y se detiene a pensar. Las palabras que quiere poner se le resbalan de la cabeza. No le está resultando fácil despedirse de alguien que realmente le importa. Necesita dar con el mensaje adecuado: que no la asuste, pero que la ponga en sobre aviso; que sea conciso, pero no tan encriptado como para que no sepa descifrarlo; y, sobre todo, que sea cauteloso, para no ponerla en peligro en caso de que otra persona encuentre la nota. Por eso mismo, tampoco va a poner el nombre: así la protegerá de todos. Ahora solo le queda esperar que acuda a su cita y sea ella quien la encuentre. De esta forma entenderá que lo ha hecho para protegerla.

Ya lo tiene: ha dado con las palabras. Por eso empuña el bolígrafo y, al hacerlo, nota cómo ese acto motor tan simple como es la escritura, de repente, le parece tan duro como escalar el Everest; pero no por ello puede amilanarse, tiene que conseguirlo: debe escribir esa frase recatada de tan solo nueve palabras. Estira los dedos y la muñeca y, haciendo fuerza con el hombro, consigue trazar una a una las letras, terminando la nota en apenas segundos. Al leerla se da cuenta de que ha hecho una letra espantosa; solo espera que Belinda la entienda. Finalmente firma al pie, para que comprenda que ha sido él quien ha decidido quitarse la vida bajo su propia voluntad. Está satisfecho con lo que ha escrito; la nota ha quedado sencilla y apoya una decisión firme.

No sabe cómo, pero de repente se le agolpan las lágrimas en los ojos y una se derrama, cayendo sobre el papel. Se aparta las lágrimas a manotazos, enfadado por estar aún en el alféizar de la vida y no al otro lado ya. El remolino de asidua tristeza viene a él y le hace replantearse sus palabras, sentir la frase fría, lejana; por eso decide añadir algo cariñoso a la nota. Al fin y al cabo, la quiere: quiere a Belinda y necesita decírselo, pero le da vergüenza expresarlo; no sabe cuál va a ser su reacción. En cualquier caso, cae en la cuenta de que no va a tener que lidiar con ello, así que decide escribir algo amoroso y poco comprometido: «Un beso».

Está agotado. Siente el corazón tan apretado en esa cavidad que le oprime que no puede expandir los pulmones. El líquido letal debe estar haciendo su efecto; está seguro de que la sangre no le está llegando al cerebro porque comienza a ver borroso. Intenta recuperar el ritmo de su respiración. No puede permitirse dejarse ir ya, aún no ha terminado: no le ha escrito a Fina su pequeña despedida. Siente un hormigueo en el pie, que rápidamente pasa de cosquilleo a dolor, y ataja el entumecimiento dando sacudidas con la pierna, pero no sirve

de nada; parece que le está empeorando, porque ahora lo nota en todo el miembro inferior. El brazo del mismo lado ha comenzado a temblarle: no sabe si le va a dar tiempo a escribir la otra despedida. No quiere que el poco orgullo que le queda acabe mancillado y que esos calambres tan fuertes de la pierna que desembocan en el pie se conviertan en trallazos de una amargura todavía mayor; necesita irse dejando orden: por eso tiene que sacar fuerzas y escribir la nota de Fina. Se nota la frente perlada de gotas de sudor: sabe que está en las últimas, no puede concentrarse con el adormecimiento tan fuerte de la pierna. Se levanta con la intención de caminar para aliviar el dolor. Es la última alternativa, pero, al apoyarse en la mesa, su brazo no soporta el peso de su cuerpo y resbala, golpeándose la cabeza con la esquina de la mesa al caer.

El golpe no ha terminado con él, pero sí ha aplastado el poco talante distinguido que le quedaba y, sobre todo, su intención de escribir la última nota. Ahí, tumbado en el suelo, los recuerdos desfilan por su mente como marchantes a caballo alardeando de su sincronía. No puede levantarse, pero sí seguir visualizando esa imagen que tanto le ha atormentado últimamente y con la que ahora se siente tan identificado. En realidad, esa obsesión —una de tantas otras— ha sido culpa de Belinda: fue ella la que le habló de esa prueba, la que le incitó a buscar el vídeo en internet y a analizarlo una y otra vez. Belinda conoce absolutamente todos los experimentos de la conducta humana realizados a lo largo de la historia; por eso, cuando aquel día, después de la reunión, le contó el experimento del sastre, le despertó a Suárez el gusanillo.

Franz Reichelt, un sastre austriaco, obcecado en que su paracaídas con forma de murciélago funcionaría con humanos cuando abrieran los brazos en el aire, decidió convertirse en su propio sujeto experimental y subió hasta el primer módulo de la Torre Eiffel. Siguiendo a su desatinado juicio, y sin escuchar los ruegos de la policía que intentaba evitar que lo hiciera, se tiró desde los cincuenta y dos metros de altura, extendiendo los brazos en cruz en el aire, soportado por la tela que pensaba que haría de paracaídas. Lo había probado con muñecos, pero el sastre, empeñado en que el experimento no funcionaba porque los muñecos no abrían los brazos, y después de que nadie se prestara como sujeto experimental, decidió ofrecerse él mismo. En el vídeo se veía perfectamente: tenía miedo antes de tirarse, pero no reculó; se lanzó envuelto en un torpe y rápido movimiento. La autopsia final dijo que el sastre no murió por el impacto, sino que sufrió un infarto en el aire al ver que su mecanismo no funcionaba. Tal vez a él le pase algo similar, y el golpe que se acaba de dar adelante su muerte. El sastre no se dedicaba a las ciencias de la salud, pero tiene algo en común con él: se niega a vivir

sabiendo que su idea ha fracasado.

El penúltimo pensamiento que asoma por una esquina de su mente es el de la cuenta atrás: el que le recuerda que solo le quedaba un año, dos meses y siete días para su jubilación. El último pensamiento tiene que ver con Belinda y con esa pregunta incesante que se hace: ¿cómo alguien que no le ha importado en absoluto se ha convertido en una de las causas de su muerte? ¿Cómo puede estar dando la vida, en parte, por ella?

Cierra los ojos y no los vuelve a abrir. No sabe que tiene la nota de Belinda justo ahí, a su lado; él mismo la ha hecho volar al caerse.

Su vida acaba allí: donde todo comenzó.

Instituto Nacional de Salud Mental Julio Vallejo Ruiloba

Madrid, 22 de febrero de 2019: día de la intervención (3 de la madrugada)

No hace falta que se hablen para que todos sepan que están al borde del abismo, asustados como el escalador de grado cinco que en lo alto de la gran pared descubre que tiene miedo a las alturas. Están todos los que deberían estar, menos una: Belinda. Aunque ella no participa en el estudio, sí que es parte del equipo, y por eso está al tanto de todos los pasos que se han dado; es en momentos como este cuando Suárez la echa de menos y valora su trabajo y su sensatez.

Suárez sigue buscando explicaciones a lo que ha pasado, con ese ánimo de soldado derrotado que se ha instalado desde hace unas horas en él. Y no puede dejar de pensar en las graves consecuencias que puede tener su actuación. No es capaz de remontar, de sobreponerse y asumir su rol de líder del equipo. Además, no quiere ni pensar en el momento en que tenga que explicárselo al sexto integrante del estudio. Le dé las vueltas que le dé, está acabado.

Barre la estancia con la mirada y se cruza con los ojos desterrados de Peter Bucher, que no deja de golpear con los nudillos sobre la mesa; se nota que no es capaz de templar sus nervios por haber cometido una imperfección que les puede llevar a la cárcel. A todos. Se detiene a observarle y, bajo esa mirada turbia que desde la distancia clava en él, Suárez ve su ira encapsulada.

—¿Creéis que les hemos podido provocar una amnesia anterógrada? —pregunta Peter, sacándole de su ensimismamiento.

El doctor Suárez no es capaz de responder a esa pregunta. Ni a esa ni al aluvión de cuestiones que hace horas le masacran la cabeza. Sobre todo no entiende por qué le importa a Peter la amnesia en estos momentos, cuando lo que le preocupa a él es que Laura pueda morir de un momento a otro.

Despega la mirada de Peter Bucher y mira a Javier Ramírez y Diego Matesanz. Los tres son psiquiatras del equipo e investigadores del estudio. Unos tipos resolutivos y juiciosos, y ahora están ahí: parados, mirándolo; esperando su pauta, su orientación, su diagnóstico y su pronóstico. Un pronóstico que no tiene y que lo mantiene clavado en la incertidumbre. A él, que ha estado al mando del equipo y de la salud mental de un país desde hace años y que ahora parece un recién llegado dirigiendo una Tropa de Montaña, preguntándose qué debe hacer con su doble especialidad en estos momentos y sin entender de qué le sirve ser psiquiatra y neurólogo si no es capaz de resolver la

situación que tiene delante.

Diego Matesanz está como cabía esperar: metido en su propia burbuja; protegiéndose del mundo como si todo detalle y toda persona fueran una amenaza para él. Sin abrir la boca ni despegar la cabeza del suelo. A pesar de que lo considere un adulto con cierto aire pueril, es respetuoso y leal, y eso siempre ayuda, sobre todo en momentos como este: cuando parece que él ha desbancado el futuro de todos. Podría ponerse a la defensiva, como Peter; podría ocultar su miedo tras unos ojos felinos, como Javier. Pero no. Diego se limita a esperar: esperar a que Suárez diga, analice, ordene. A esperar en silencio, con paciencia. Y Suárez siente náuseas y un leve mareo ante las expectativas de todos, al intentar despegarse las pegajosas ideas que se le han pegado como chicles desde hace unas horas. Su carrusel de pensamientos le conduce a la misma conclusión todo el tiempo: hay un topo. No hay otra manera de explicar que la intervención haya ido mal.

—Esto lo que sí parece es un puto ritual de circuncisión keniano y tú el que está a punto de quedarse sin un trozo de prepucio —contesta Ramírez, con una sonrisa ampliamente burlona, rompiendo el silencio al fin.

—¿Te quedan ganas de hacer chistes? —se le encara Peter.

—Tranquilo, Pedro. —Javier Ramírez sabe que llamándolo así le hace entrar en llamas—. Solo pretendo quitar un poco de hierro al asunto. Mira, me estoy empezando a cansar de escucharte. Llevamos horas tomándole la tensión a Laura y viéndola sudar como Peppa Pig y dormir como la princesa Aurora; no sabemos si se nos va a morir, ¿y a ti te preocupa ahora la memoria de los demás? Haznos un favor a todos, y vete a airearte y a comprarte en algún veinticuatro horas unas galletitas de Mongo. —Se enciende un cigarro y da una calada—. Y respondiendo a tu pregunta de la amnesia, no podemos sacar conclusiones aún: hay que esperar a que despierten…

—¿Y cómo crees que van a despertar? —Se gira Peter, invitando al resto a intervenir, pero ninguno responde—. ¿Es que no hemos hecho lo mismo con todos?

—Pues en realidad no, porque te recuerdo que cada uno tenía su dosis. Ahí el quid de la cuestión. Ánimo —apuntala Ramírez, propinándole un golpe seco en la espalda y dando una calada al cigarro.

Suárez se acerca a Javier y le arranca el cigarrillo de las manos. Lo tira al suelo y lo pisa con fuerza.

—Si te queda un trozo de cerebro después de toda la coca que te has metido, podrías pensar que solo nos falta hacer saltar la alarma antihumo.

Javier Ramírez sonríe, cabeceando.

—Sí, señor, eso ha sido un golpe bajo. —Paladea el sabor del tabaco y de la ofensa.

—Sí —responde Peter retomando el tema—, a cada uno le hemos metido su dosis, y después un jodido cóctel que ha podido interaccionar con el fármaco. Tú y tu puto humor no resolvéis las cosas.

—Pedrito —Coge un bolígrafo que hay sobre la mesa y comienza a hablar, ondeándolo por el aire mientras todos depositan su mirada en él—, nuestra esperanza puede oscilar, convirtiéndonos en una amenaza si caemos en el pico de abajo, el de la desesperanza. Ten cuidado, no te puedes caer ahí ni arrastrar a los demás. ¿Lo entiendes? —Continúa haciendo movimientos de subida y bajada en el aire—. Por lo tanto, ¿qué tenemos que hacer para no caer en la desesperanza? ¡Conservar el humor! Porque, queridos compañeros, la esperanza es lo último que se pierde.

Suárez no está para aguantar esa ironía divertida en la boca de Javier Ramírez. Cree que, en realidad, lo único que está haciendo es levantar una trinchera improvisada para ganar posición, disparando humor para defenderse del ataque del enemigo, mientras pretende con sus fábulas tapiar la realidad: que es padre de dos niñas pequeñas y no puede permitirse que le metan entre rejas. Peter se gira con brío y le da la espalda a Javier; está tan rabioso que no quiere cruzarse con su mirada. Suárez no puede permitir que el observatorio se convierta en una competición. Diego Matesanz ha presenciado la discusión como buen espectador de un partido de golf, esperando en silencio que la bola entre en el hoyo. Pero Suárez no está dispuesto a que se dispute una partida. No se trata de que haya ganadores. Ahora más que nunca necesitan estar unidos: se juegan demasiado.

—Vamos a ver —sigue intentándolo Javier Ramírez—, ¿por qué no nos tranquilizamos y esperamos a que todos despierten? Aunque no sé si dormirán como koalas, con el chute que les hemos arreado… —Deja el boli sobre la mesa y clava su desafiante mirada en el doctor Suárez.

—Ramírez, sabes que no había otra opción. Y aunque no fuera así, no vuelvas a cuestionar mis decisiones.

A Suárez sus sesenta y tres años le pesan en cada párpado, en cada pierna, en cada dedo; le pesan al respirar, al pensar. Pero debería sacar fuerzas y hablar, para posicionarse como jefe y evitar así que Javier le intimidase con esa mirada afilada. No puede permitirse flaquear, aunque sienta que el vacío se abre a sus pies; y menos permitir que los de su equipo piensen que ha minado el futuro. Está claro que Ramírez intenta desestabilizar al equipo con ese mantra de especulaciones emocionales que se está sacando de la chistera. ¿Qué humor ni que ocho cuartos?

Suárez agacha la cabeza, buscando un lugar donde ausentarse,

mientras intenta sobreponerse por todos los medios. Siente que cada vez tiene menos fuerzas para llevar la voz cantante. El silencio que se ha generado se le atraviesa en cada raíz nerviosa. Sabe que tiene que pensar rápido. Debe estar enérgico, pero no puede; siente que, si habla, la voz se le va a romper antes de salir de la garganta. Alza la cabeza y mira a Ramírez, quien le observa con las manos en los bolsillos y tranquilo. Aunque esté preocupado por su futuro y el de su mujer y sus hijas, y a pesar de que mantenga esa sonrisa picaresca, está respondiendo mejor que él: tiene que admitirlo. Finalmente, Suárez decide hablar mientas le sostiene la mirada.

—Nadie puede saber esto —dice con un hilo de voz—. ¿Oís? ¡NADIE! —remata, gritando.

Ha conseguido hacerlo; ha hablado sin que le notaran el temblor que pretendía salir pegado a su voz, mostrando una entereza maquillada que pende de un hilo y que tiene una clara función: ocultar que no sabe qué hacer. La única que le puede ayudar a regatear al destino es Belinda. Ella conseguirá levantarle el ánimo cuando le dé su punto de vista, que seguro que va estar alejado de la dicotomía de Javier y Peter.

Solo hace unos meses que ha cambiado por completo su actitud con ella. Ahora es un eslabón importante en su vida y, por mucho que haya intentado camuflarlo, todos se han dado cuenta. La necesita allí con ellos. Espera que le diga que Javier Ramírez está en lo cierto: que hay que esperar, y que no han cometido un robo de identidad ni roto la vida de cuatro personas. Que le convenza de que no, que el topo no es él, que de hecho no hay un topo en su equipo, que ninguno le ha fallado. Quiere escucharla decir que no es culpa suya que la intervención haya salido mal, que no hay por qué preocuparse, porque todos los sujetos habían firmado el consentimiento informado antes de someterse a la neurocirugía, aunque ahora ellos estén obligados a revertir los daños. Que le ayude a creerse que todo está bajo control para poder tomar el mando y sentirse seguro. Necesita que le recalque que no hay problema en que sean cuatro personas importantes para la sociedad; que se pueden escudar frente a la ciudadanía en que para ellos no hay distinciones en materia de salud, que ellos no seleccionaron a los sujetos adrede, que no les importaba que fueran personas con gran influencia, que todo había sido una causalidad. En definitiva: necesita que le mienta para reconfortarlo.

Acordarse de ella y pensar en lo que le debe ha bastado para acerar la mirada, poner los hombros firmes y elevar la voz.

—¡Llamad a Belinda, que venga!

3

La diana

Dos horas después del suicidio

Hace casi dos meses que Belinda recogió sus pertenencias del Instituto y se prometió que no volvería a ese lugar. Pero allí está: mirando templada desde fuera la fría vida de dentro.

Rebasa la puerta del edificio y le golpea en los ojos una fuerte luz frontal que atraviesa los grandes ventanales descubiertos de estores. Nota cómo las miradas de los empleados, que hace unos meses se deshacían en saludos cordiales, ahora son dardos que viajan directos a ella: la diana. Tuerce el gesto, contrariada, y enfila el pasillo sin despegar la mirada del suelo. No tiene ganas de desplegar su abanico de sonrisas forzadas, no quiere encontrarse con nadie: ya tiene bastante con haber accedido a la recurrente petición de Suárez para verse allí, a pesar de que no le apetezca lo más mínimo. Aunque odie asumirlo, le debe cierto respeto, y no puede borrarlo de su vida por mucho que se empeñe cada día en hacerlo.

Aunque sigue caminando sin levantar la mirada del suelo, sabe que la están mirando de pies a cabeza. Dobla un recodo para coger el ascensor y le parece que la luz es rasante; tiene la sensación de que los nervios le están haciendo deformar todo lo que ve. Sus sentimientos hacia Suárez fluctúan entre la notable indiferencia, el próspero cariño y el enquistado rencor. No sabe con cuál de ellos se siente más identificada ahora mismo.

Mira el reloj mientras espera que baje el ascensor y ve que llega veinticinco minutos tarde a su cita; el doctor Suárez la había convocado a las nueve. Hoy se ha tomado con tranquilidad el hecho de dejar a su hijo en la guardería del colegio, como últimamente hace, ya que no tiene un trabajo en el que fichar. Nota en su paladar centelleos umamis de la tosta de jamón que ha desayunado en el bar de al lado del colegio, justo después de dejar a Ares. Le gustaría dar con un sitio en Madrid accesible donde le hicieran su desayuno preferido: pan de yogur a la plancha, con jamón serrano y aguacate, bañado con un buen chorro de aceite de oliva virgen extra. Pero tiene que conformarse con la típica tostada de tomate rallado, aceite del malo y paletilla de jamón del típico bar mañanero con olor a churro. Aún con todo, le sigue pareciendo una delicia no tener que correr por las mañanas ni dar explicaciones a ningún superior de si tiene tutoría con la profesora de su hijo o de si lo tiene que llevar a la revisión médica. Desde que no trabaja en el Instituto y puede dejar a Ares con su propio coche en el colegio, parece que Madrid ha desacelerado su

ritmo.

Se sube al ascensor y pulsa el número nueve. Dentro hay dos mujeres a las que apenas conoce, pero está segura, por sus gesticulaciones de medusas artificiales, que ellas sí saben quién es, como la mayoría del personal del Instituto. Se despide con un cortés «hasta luego» y el conato de sonrisa en la cara; enfila el pasillo y llega al observatorio. Se encuentra la puerta entreabierta y se alegra: no había pensado que ya no tiene tarjeta de personal para acceder. Ha debido dejarla así Suárez, que la estará esperando con su habitual pose, sentado en la silla con esa mirada de costalero corriente que últimamente le acompañaba. Empuja el entrepaño y se queda paralizada.

Desde la puerta es capaz de ver que el doctor Suárez está tendido en el suelo con el cuerpo desparramado. Tiene un fuerte hematoma en la frente; no hay sangre por ningún sitio, pero sí una nota a su lado. Interpreta la situación como es: aunque le tome el pulso, no va a encontrar latido. Quiere reaccionar, pero no puede. Las preguntas están masacrando su intención de moverse. ¿Por qué ha hecho esto? ¿La ha convocado a ella adrede para que le encuentre o ha sido un impulso?

Está empezando a hiperventilar. La bocanada de aire que acaba de dar le ha hecho coger todo el oxígeno que no había respirado desde hace segundos. Nota que el corazón se le desboca, que le asciende por la garganta. El temblor impertinente en las manos, junto con el mareo que se le ha disparado, le hacen entender lo que sucede: le está dando un ataque de ansiedad. Ya le ha pasado más veces, pero hacía tiempo que lo tenía controlado; hacía mucho que no tenía que reprimir uno y eso le enfada: no piensa tener una recaída. Le ha costado recuperarse y no está dispuesta a que ni siquiera esto tan grave le haga recular, le vuelva a intentar tumbar: que la disocie de esa realidad que tantos años le ha costado reconstruir. Intenta calmarse, pero mirar a Suárez no resulta de ayuda, de modo que retira la mirada de él, intenta controlar su respiración y nota cómo, poco a poco, el corazón se va colocando por debajo de la garganta, los latidos de las sienes se apaciguan, su respiración se relaja y las lágrimas, que había sentido repentinamente agolpadas en los ojos, descienden y dejan libre el campo visual. Han sido apenas dos lágrimas las que tenía acumuladas, pero ya las ha soltado. No está del todo tranquila, pero al menos ahora los residuos de ansiedad la dejan funcionar.

Camina hacia él oteando su alrededor. Las sillas de la mesa de reuniones están recogidas alrededor de esta, como siempre. En cambio, la silla de ruedas de una de las mesas de trabajo está pegada a la cristalera de la zona hospitalaria: está fuera de lugar. Belinda enseguida entiende que Suárez se ha sentado allí a escribir porque hay

un bolígrafo sobre la mesa y un trozo de papel a su lado. Recuerda la tontería que le soltó Ramírez aquella madrugada sobre provocarles un Munchausen, mientras jugaba con ese boli que ha usado Suárez para escribir. El resto del mobiliario está como siempre; la planta se ha chuchurrido y el calendario está actualizado. Por lo demás, la estancia está recogida, aunque huela a cerrado.

Va a la sala de quirófano y encuentra el tarro de cristal sobre la mesa instrumental, con una jeringa al lado. Enseguida entiende lo que ha pasado: se ha autoadministrado una inyección intramuscular, lo que denota que no ha sido un impulso; Suárez ha planificado su suicidio. Lo que no puede entender Belinda es por qué la ha citado a ella para que le encontrara. ¿De verdad ha podido ser tan cruel como para traumatizarla un poco más? Suárez sabía por lo que Belinda había pasado, al menos una parte; por lo tanto, ¿cómo ha podido hacerle esto?

Aparta a manotazos sus lacerantes preguntas y, mientras camina hacia la sala de reuniones, piensa en lo más importante, lo que la está esperando: la nota y el pulso del doctor. Tomar el pulso, derramar un reguero de lágrimas sobre el muerto y la nota, avisar a emergencias, a los compañeros de abajo, a la policía y seguramente a algún ser querido. O, por el contrario, quedarse paralizada. A Belinda no le gusta encasillarse en ninguna de las dos opciones: la de asumir la realidad a golpe de boxeador o la de quedarse bloqueada con las neuronas aturdidas chisporroteando en el cerebro. Belinda actúa de otra manera: controla sus emociones para evitar que se le desboquen.

Sigue pensando en lo herida que está con Suárez a pesar de sostener la mirada sobre su cuerpo finado; ni siquiera el hecho de que esté muerto rebaja su ira. Su mandíbula empieza a temblar y nota un dolor cáustico en los maseteros. Intenta mitigar la inquietud con una bocanada de aire fuerte que previamente le ha cortado la respiración y ahora se la devuelve a golpe de gracia; sabe que no es el fin de un ataque de ansiedad, sino la continuidad del primero, el que lleva un rato reprimiendo. Necesita pararlo, como antes; si no deja que siga su curso, puede que la ansiedad la deje funcionar. En cualquier caso, lo mejor es seguir haciendo y dejar de pensar en ello.

Se acerca al doctor y le toma el pulso simplemente porque siente que tiene que hacerlo: sabe que está muerto. Coge la nota de su lado y consigue leerla, a pesar de que el temblor ha descendido hasta la mano en forma de sacudidas que le dificultan centrar la vista en las letras.

No dejes que te quiten lo que te pertenece.
Un beso.

La nota la ha escrito él; no cabe duda: su fea, ininteligible y anciana caligrafía es inconfundible. Mira con recelo la nota. A Belinda le parece que la despedida está tan fatigada y tumbada como lo ha estado últimamente la mirada de Suárez. Estaba acabado; ella lo sabía. Y ahora, ¿qué pretendía?, ¿acabar también con su tranquilidad? ¿Hacerle pensar que lo ha hecho por ella? ¿Por lo que pasó? Belinda sabe que nadie se quita la vida por una sola cosa, de modo que no piensa que el doctor se haya quitado del medio para protegerla ni por todo el escándalo que había explotado y que se le venía encima. Ni hablar; solo le faltaba dejarse camelar por un Romeo.

No entiende el contenido de la nota. ¿Qué intentaba decirle Suárez? Porque está claro que la nota se dirige a ella, por eso la había citado allí. Mira el papel de nuevo, lo dobla y lo guarda en el bolsillo del pantalón. No puede contárselo a nadie, al menos hasta que consiga entender el significado de la nota.

Camina hacia el escritorio, coge el trozo de folio en blanco y se lo guarda; coloca el bolígrafo que había junto a la nota en el bote y revisa el escritorio: todo en orden. Era necesario no dejar rastro: si los policías ven un trozo de papel cortado se preguntarán dónde está el otro trozo. Y no puede enseñarles la nota, siente que se pondría en peligro. Las palabras de la despedida rebotan en su mente. ¿Qué le pertenece? ¿Quién quiere quitárselo?

Un arsenal de lágrimas explota en sus ojos al sentir una fuerte necesidad de abrazarlo. No sabe por qué, pero es lo que quiere; por eso se agacha y coloca la cabeza de Suárez sobre sus piernas flexionadas. Mira su rostro, el cual parece que ha palidecido mucho más en solo unos minutos, y se pierde en las pequeñas arrugas que surcan su frente. Suárez siempre se ha conservado bien: debía de ser su calidad de vida y sus pocas preocupaciones, pero en los dos últimos meses su piel se había vuelto más fina y arrugada y su cuerpo más desgalichado y encogido. Le afloja el nudo de la corbata y cierra los ojos. El cuerpo empieza a darle fuertes sacudidas que se convierten en el temblor más grande que ha tenido. Comprende que está maleada y desde el filo de su patrón de pensamientos entiende que necesita soltar toda esa carga que tenía acumulada, por eso cede a la ansiedad y le permite que tome posesión de su cuerpo.

Las lágrimas han durado apenas dos minutos, pero los temblores no: ha sido mucho más tiempo, no sabría decir cuánto. En cualquier caso, ahora que ha terminado el ataque y que está agotada, se permite no analizarse y hacer lo que le apetece desde hace un rato: abrazarle.

4

Munchausen

Día de la intervención (de madrugada)

Belinda sabe que la llamada es importante, pero solo hace dos horas que se ha dormido y está tan cansada que es incapaz de moverse. Tiene que coger el teléfono: se teme que algo ha debido ocurrir en la intervención, sino no la estarían llamando a estas horas. Estira el brazo, coge el móvil con el cuerpo pegado a la cama y responde aturdida.

Peter apenas le da migas de información, tan solo la apremia con sus aceleradas palabras. Belinda comprende que no tiene que indagar ahora, tan solo asentir y ponerse en marcha. Mientras se viste, se pregunta qué ha podido pasar, pero enseguida aparta sus hipótesis de la cabeza para centrarse en dejar las cosas organizadas en casa antes de marcharse. Tiene suerte de que su madre esté pasando unos días con ellos: eso la librará de llamar a su amiga Natalia para que cuide de Ares.

Se pone los vaqueros, el jersey blanco de cuello vuelto que había preparado para el día siguiente, y decide maquillarse un poco porque, aunque tiene prisa, también tiene dos líneas bajo los ojos que delinean las ojeras moradas. Se pone corrector, colorete, rímel y finaliza, como siempre, con su bálsamo labial hidratante; no puede soportar sentir los labios secos. Se detiene a mirarse en el espejo. Saca de la parte baja del armario los tacones y decide ponérselos después, en la puerta de la calle.

Va a la habitación de Ares y contempla cómo duerme. A la habitación de su madre no pasa porque sabe que solo con accionar sutilmente el pomo la despertaría: tiene el sueño ligero, por eso le deja una nota en la cocina al lado de la botella, para que la vea cuando beba su rutinario vaso de agua en ayunas.

Mira de soslayo la foto del recibidor antes de salir a la calle. Baja las escaleras, aunque tiene que volver a subir a coger el paraguas. La noche está rebelde, con un chaparrón que va cediendo y un viento que va conjugando y que le ha vuelto el paraguas del revés varias veces; a este paso, va a llegar al trabajo como si un monzón se hubiera metido en su cama.

Subе al coche, enciende el motor, se mira en el retrovisor y se arregla el pelo antes de salir, todo encadenado en gestos autómatas. Mientras sacude del pelo las gotas de agua, piensa que, a pesar de lo que le espera en el Instituto, va a poder rescatar de esa extraña noche una sensación excitante: la de conducir por Madrid sin tráfico.

Conduce tranquila con una mano en el volante mientras entona la canción «Down Under». Dibuja una sonrisa irónica al recordar el nombre del grupo: Men at work; no puede evitar pensar en la comitiva que le espera en el Instituto. Con las palabras aturulladas de Peter enredadas en su soñoliento despertar apenas se ha enterado de lo que le ha dicho, solo ha podido entender dos cosas: «dice Suárez que vengas» y «ha pasado algo con los sujetos». Algo grave ha pasado, eso está claro. Pero no piensa anticipar acontecimientos ni cavilar desastres que la embauquen o le hagan naufragar. No piensa sentirse mal, al menos de momento: va a permitirse disfrutar de este instante, de esta cita improvisada con ella misma. Cada vez disfruta más de la soledad y de esas pequeñas cosas que no tiene al alcance diario: escuchar música, conducir pausada… Cuando suenan algunas canciones que le gustan y que se sabe, pero de las cuales no recuerda el nombre del grupo ni del tema en sí, se recuerda que tiene entre sus asignaturas pendientes retomar su interés por la música.

***

El sonido de sus tacones se amplifica con cada paso que da por el vacío pasillo, el cual desemboca en el observatorio. Siente un escalofrío excitante: le gusta la noche; nunca antes había ido al trabajo a esas horas, con la imperiosa oscuridad reinando y la vida fuera durmiendo. Se toca el pelo aún mojado y repara en que tiene todo calado, de pies a cabeza. Seguramente hubiera sido mejor haberse asomado por la ventana antes de decidir directamente ponerse ese calzado, aunque sabe que, de todas formas, hubiera acabado optando por los tacones; las katiuskas son para las vascas. Enfila el pasillo hasta el final y, cuando llega al observatorio y rebasa la puerta de la sala común, su excitación pasa a asombro.

—¡Por fin! Ha llegado la ONG en acción. A ver, Belinda, que te estábamos esperando —dice Javier Ramírez con los brazos abiertos—. Justo les estaba explicando que tengo la solución, pero nada, oye, que se han empeñado en esperar a que llegaras. Supongo que no se imaginaban que te tomarías tu tiempo para salir guapa de casa, porque, claro, las cosas pueden esperar, ¿verdad?

Belinda busca a Suárez con la mirada y le ve poner los ojos en blanco. Parece cansado y sin ganas de soportar estupideces, ni siquiera su tardanza parece ser importante. Diego Matesanz aprieta los labios y enarca una ceja mientras Peter cabecea frustrado. Javier Ramírez tiene la bata puesta sobre el pijama hospitalario y la de Suárez la ve colgada en el perchero del fondo: torcida y arrugada. Cree que es la primera vez que lo ve vestido de sanitario. Diego y Peter llevan ropa de calle puesta; comprende que han llevado a cabo la intervención como estaba planeado: el doctor Suárez y Javier Ramírez en la sala de

quirófano y Diego y Peter fuera, recibiendo a los sujetos, gestionando el pre y el postoperatorio, así como el traslado. Haciendo en definitiva unas funciones que no son las suyas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Belinda de forma atropellada. Parece que acaba de activarse.

—Tenemos a LF en observación —suelta Javier Ramírez—, ya sabes quién es. ¡Ah, no! Que no sabes la codificación de los sujetos porque no estás en el estudio…

—¿De qué coño vas, Javier? Estoy aquí para ayudaros. Me habéis sacado de la cama.

—¿Cenicienta no puede salir de casa pasadas las doce? —le pica él.

Belinda hace una fuerte inhalación y suelta el aire. Tiene que calmarse. Javier Ramírez es un impresentable en potencia y el resto no tiene que pagar el pato: la necesitan. Se quita el abrigo, camina hacia el fondo de la sala y lo cuelga en el perchero. Se gira y empieza a lanzar preguntas mientras camina hacia ellos.

—¿Alguien me puede explicar ya qué ha pasado? Lo teníais todo controlado, y, además, no he sabido nada de vosotros en todo el día. Pensaba que iba todo bien.

—Pues verás, princesa Mérida, resulta que tu *jefe* ha decidido meterle a nuestra querida Laura un chute que por poco la deja sin pulso. Ha estado horas con bradicardia, pero por suerte ahora está mejor. Como ves estábamos ocupados, básicamente pendientes de que no se nos muriese, y, la verdad, no hemos caído en llamarte. La tenemos en observación en la habitación de contención…

—¿Qué está diciendo Javier? —Se gira, buscando una explicación en Suárez—. ¿Cómo que en observación? ¿A qué chute se refiere?

—Y eso que aún no te hemos contado la segunda parte de la telenovela: creemos que además les hemos borrado la memoria de los últimos cinco años a todos.

Belinda busca a Suárez con la mirada, esperando que le llegue una explicación más sensata que esa, pero él no despega los labios. Belinda se acerca a la pantalla que retransmite la grabación de la zona hospitalaria, pero no ve movimiento: cada uno de los sujetos está tumbado en la cama de su respectiva habitación y Laura, también en la suya, conectada al monitor multiparamétrico: el que le mide las constantes vitales. Se gira hacia Suárez y le mira inquisitivamente.

—De acuerdo, vamos a empezar por el principio. Necesito —Le dedica ahora a cada uno de ellos una mirada cargada de gravedad— que me digáis cómo ha sucedido todo, ¿de acuerdo? Empiezo preguntando y me decís. ¿Algún problema durante la intervención?

Suárez no quiere hablarle sobre la intervención en sí; quiere hablarle sobre lo que realmente le preocupa, lo que cree que ha provocado el fracaso: que hay alguna mano negra entre ellos. Pero no

puede hablar sobre ello, porque no están solos. Quiere decirle que no sabe cómo salir del atolladero en el que están atascados, pero no puede sacar a relucir su vulnerabilidad. Tiene que transmitir serenidad, por eso engulle sus palabras y asedia sus nervios antes de empezar a hablar.

—Absolutamente ninguno —responde Suárez—, las intervenciones en sí fueron bien. Y, con respecto al pre y al post, todos los sujetos entraron tranquilos. Les recordamos la técnica que íbamos a utilizar para borrarles el hecho traumático, les informamos del tiempo previsto de la intervención y les dijimos que al despertar les haríamos algunas preguntas.

—¿Y se las hicisteis?

—A Laura sí, pero al resto no. —Belinda le anima a profundizar en el tema con la mirada—. Les pusimos anestesia general…

—A pesar de que no era necesario y de que debería haberlo hecho un anestesista… —le corta Belinda.

—Y lo hizo un anestesista. Un amigo de total confianza. —Belinda no sale de su asombro. ¿Por qué ha dejado que se inmiscuya un externo? ¿En serio un anestesista accedió a poner una anestesia sin hacer una consulta preanestésica? ¡Es un requisito legamente obligatorio, por Dios! Por mucho que sea amigo suyo, nadie se la juega de esa manera. ¿Le está contando la verdad Suárez? ¿Quizás su jefe gestionó con antelación lo de la anestesia y no le dijo nada a ella? Suárez no ha sido o no está siendo transparente con ella. ¿Y por qué la llama entonces? ¿Qué quiere de ella? En cualquier caso, tiene que tranquilizarse, debe encontrar soluciones, no culpables, por eso va a limitarse a escuchar. Al menos de momento.—. Pensé que sería mejor que los sujetos estuvieran dormidos por completo. Como te decía, les pusimos anestesia general y practicamos una a una las intervenciones. Laura fue la primera; la intervención fue bien y al terminar la llevamos a la habitación que le habíamos asignado para su recuperación, en la zona hospitalaria. Después hicimos lo mismo con los demás. Cuando Laura despertó, fuimos corriendo a atenderla, pero tenía tal agitación que…

—Agitación ¿o estado confusional? Es importante distinguirlo, porque estar confusa es algo completamente normal después de una anestesia general.

—Belinda, ya lo sé, no me vuelvas a interrumpir, hazme el favor. Soy médico, no hace falta que me expliques eso. —Suárez intenta mostrarse calmado, a pesar de que le está empezando a exasperar la actitud de Belinda. ¿Quién se ha creído que es?—. Laura había empezado a golpearse, estaba como loca; nos planteamos incluso atarla en la habitación de contención para evitar medicarla, pero en ese momento pensé en qué pasaría si los demás despertaban igual. Ya

sabes que solo tenemos una habitación de contención. Y, aunque hubiéramos tenido más, no estoy a favor de atar a las personas. Eso ya casi ha pasado a la historia. —Asienten—. Por eso, en ese momento decidí que lo mejor era inyectarle un antipsicótico, aunque tampoco me aseguraba que fuera a hacerle efecto. No sabía si tendría que ponerle otro después ni el tiempo que quedaba hasta que los demás despertaran, de modo que decidí optar por el Cóctel Lítico. Simplemente, por seguridad.

—Por seguridad ¿para quién? —pregunta Belinda, desafiante. Nadie responde—. Dices que le hicisteis las preguntas del test a Laura. ¿En qué momento?

—Cuando se relajó.

—Cuando la baba casi le caía. —El escarnio maquillado de simpática ironía que se ha marcado Belinda no le gusta a Suárez, a pesar de que es consciente de que no es lógico entrevistar a un paciente en ese estado. Belinda continúa—: Vamos a tomar por inválido el test. Por lo tanto, si estáis basándoos en él para construir esa hipótesis de que Laura ha perdido cinco años de memoria y de que los demás, por extensión, también, siento deciros que tendremos que esperar a que se despierten para saberlo. —Pasea la mirada por todos y la detiene en Suárez—. ¿Y qué hicisteis con el resto?

—Les pusimos a todos un Cóctel Lítico antes de que despertaran de la sedación, pero de menores dosis que el de Laura. Ya sabes… para evitar que se agitaran.

Belinda mastica el silencio de la sala antes de pasar a la siguiente pregunta.

—¿Te has asegurado de que toda la documentación esté en regla? Consentimientos informados, su derecho a desistir, el documento del Comité de Ética de la Investigación…

—Sí, todo está en orden —miente Suárez; aún no entiende dónde quiere ir a parar Belinda—. Y si me vas a preguntar si les hice firmar el consentimiento para la anestesia, y si hicieron el estudio preanestesia, la respuesta es sí. Sé hacer mi trabajo, Belinda. —A Belinda le ha quedado claro que no le ha contado todo y que no piensa esconderlo.

—De todas formas, conviene revisar toda la documentación firmada. Para asegurarnos. —Le mira con dureza—: ¿Hiciste la grabación?

Los demás los observan en busca de explicaciones; no saben a qué se refiere Belinda. Está claro que han hecho algo dejándolos al margen también a ellos.

—Sí.

—Bien, ten a mano esos vídeos. —Sin dar tiempo a que ninguno se inmiscuya, prosigue—: Entiendo que les habéis vigilado en todo momento por las cámaras y que ninguno se ha despertado desde la

inyección. Por lo tanto, lo que tenemos que hacer es descubrir qué les pasa. ¿A qué hora les sedasteis?

—Alrededor de las tres.

Belinda cabecea; aunque lo intente, no puede disimular que su decepción crece a pasos agigantados. Sabe interpretar perfectamente el silencio de Suárez y esa mirada avergonzada perdida en el suelo. El ánimo y la energía de Suárez oscilan como el péndulo de Newton. Hace solo un momento parecía seguro de sí mismo; firme y cortante. Ahora, parece haber caído de nuevo en picado.

—¿Y Laura en qué estado está?

—Sigue en bradicardia, pero está estable.

—¿Eso significa que está fuera de peligro?

—No puedo asegurarlo, Belinda. —Las palabras de Suárez desprenden un gran pesar.

—¿Y qué habéis pensado hacer? No podéis dejarla en esa habitación mucho más tiempo. ¿Cuándo creéis que se despertaran los demás sujetos?

Suárez se toma su tiempo para responder.

—No lo sé. No puedo decirte con certeza, pero supongo que a lo sumo cuatro horas, cinco, seis con suerte…

Belinda se frota la frente y se levanta del asiento como movida por un resorte.

—Me vais a perdonar, pero es que no lo entiendo. Os habéis metido en esto para revolucionar con una medicina personalizada. Pretendíais demostrar que vuestra idea funcionaría, que los medicamentos son capaces de adaptarse a las personas y no a la inversa. Lo siento, pero me cuesta entender que después de analizar la dosis necesaria, después de todo lo que habéis estudiado a las personas, les inyectéis un Cóctel Lítico.

A Belinda le cuesta comprender que les han suministrado un compuesto anestésico que, al usarlo a dosis altas, puede provocar la muerte, pero que bien manejado, a dosis bajas, consigue relajar a un paciente psiquiátrico agitado. Una práctica aceptada en un brote agudo, aunque sin ningún sentido en la intervención que tenían entre manos. El silencio que se ha generado le recuerda a Belinda el cálido embuste que han creado, dando el nombre de «observatorio» a un lugar que, lejos de analizar estadísticas y datos, no pretende otra cosa que *observar*. Observar prácticas que pueden rozar lo prohibido. Como ahora, que han realizado una intervención clandestina, aunque algunos del equipo no sepan hasta qué punto lo es.

—Belinda —responde Suárez— no era la intención, ya lo sabes. Ahora tenemos una situación complicada que tenemos que solucionar. Te he hecho llamar porque necesitamos tu ayuda: ¿tú qué harías?

—¿Tú que harías? —tercia Javier Ramírez—. ¿Ahora va a estar ella

al mando?

Suárez ni siquiera se molesta en contestarle ya: Javier Ramírez no entiende porque no quiere. Ha quedado claro que Suárez necesita que Belinda sea una más y aporte ideas, soluciones para todos. Debería estar agradecido en lugar de seguir en posición de combate.

—Creo que es importante que Laura ocupe su lugar en su habitación y que hagamos todo lo que podamos por ella antes de que los sujetos despierten.

—¡Esta tía está zumbada! —alza la voz Ramírez—. Le dejamos de medir las constantes y de atenderla, ¿con tal de que ocupe su sitio?

—Javier —se le encara Belinda—, estás engullido por tu puto ego; y créeme, que de eso sé un rato. Lo que quiero decir es que tal vez se puedan mejorar las constantes con otro fármaco, pero es importante que vaya a su habitación para que cuando el resto de pacientes se despierten podamos valorarlos a cada uno.

Javier Ramírez dibuja una sonrisa algo siniestra en su cara.

—Ahora sí nos entendemos, querida Cruella: quieres tener a los cachorrillos dálmatas encerrados para protegerlos. O sea, que lo que yo decía. Hacemos un Munchausen, después de asegurarnos de que no se nos muere la periodista, claro.

—¿Qué estás diciendo de Munchausen? —discute Belinda.

—Mira, es lo mejor para salvar nuestro culo: los encerramos para ver si realmente han perdido la memoria, pero a ellos les hacemos creer que han caído enfermos y que nosotros les estamos curando. ¿Cómo? Provocándoles síntomas falsos, además de insinuándoles que intentamos curar el deterioro evidente, el de la pérdida de memoria. Pensarlo bien, si creen que les estamos curando, seremos héroes, no capullos que les han destrozado la vida.

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? —Peter no puede evitar responderle—. Ha perdido la cabeza por completo, ¿se puede saber qué le pasa? —Busca respuesta en sus compañeros.

—Pensarlo bien… Imaginaos nuestras fotos en la prensa con ellos, al lado, sonriendo, médico y paciente. No lo van a ver como un maltrato. Este caso es diferente: vamos a salvarles para devolverles a la vida.

Peter abre los ojos, incrédulo, enmarcando con sus cejas rubias una mirada ácida, mientras se mantiene en silencio; ya no sabe qué más puede aportar. No sabe qué hacer para pararle, cómo evitar que arrastre al resto del equipo con esas ideas de kamikaze. Javier ha perdido el juicio: con esa adrenalina segregada parece el piloto del *Dragón Rapide*, dispuesto a tumbar andamios de otras vidas.

—Sé lo que estás pensando, Suárez: piensas que debería centrarme en resolver el problema, en buscar un culpable. —Suárez retira la mirada e intenta destilar el odio de sus ojos. Es importante tenerlos a todos bajo control. Javier Ramírez continúa—: Porque no lo ha dicho,

pero piensa que hay un topo. Cree que alguno de nosotros ha hecho algo para que esto saliera mal. ¿Por qué esa insistencia en llamar a Belinda? ¿Nos va a solucionar ella el problema? ¿Desde cuándo Blancanieves despierta al príncipe?

—Ya está bien, Ramírez —interviene Suárez—. ¡Un respeto! Vamos a buscar una solución juntos. Por eso he llamado a Belinda: porque es parte del equipo. ¡Y más te vale que aceptes mi directriz porque te aseguro que no te va a tener cuenta llevarme la contraria!

—Bien, Belinda es parte del equipo, pero no de la investigación; a pesar de eso, tú mandas, al menos de momento, así que acataré tus órdenes.

Javier Ramírez coge el boli del bolsillo de su bata. Todos se preguntan si va a empezar con algún numerito otra vez; saca un papel del mismo bolsillo y acciona el boli para sacar la punta. Belinda no participaba en el estudio, pero a la vista está que sabe cosas que los demás no, y eso de que Suárez la tenga ahora tanto en cuenta no le encaja a ninguno. En cualquier caso, es el momento de que Belinda demuestre su valía. Siempre ha estado relegada a un segundo plano dentro del equipo, como la árida depresión rodeada de altiplanos, pero ahora lo que importa es que la han llamado. La necesitan. A la vista está.

—Tú dirás, Belinda. Procedimiento a seguir —dice Javier Ramírez.

Belinda le muestra su desconcierto con un parpadeo. Está dispuesto a tomar notas: parece que no va a hacer ninguna función teatral. Ella coge aire y comienza a hablar:

—Javier no va tan desencaminado con lo que plantea —Él sonríe con recato—. Aunque no se trata de provocarles ningún trastorno facticio, sí que les vamos a dejar ingresados hasta que lo veamos necesario. Pensáis que se os ha ido la mano y que les habéis borrado cinco años de memoria en lugar de borrarles solo el hecho traumático, que era lo que se pretendía. Tendremos que hacer una valoración a fondo y para eso vamos a necesitar tiempo y no contaminar el experimento. Ya me entendéis.

—¿Estás diciendo que les encerremos? —pregunta Peter.

—Digo que se deberían quedar ingresados para observarlos y valorar si recuerdan los últimos años o no. En función de ese recuerdo tendremos que ver dónde se ha cometido el fallo. Hay que ir despacio, no debemos apresurarnos. Estamos de acuerdo en que la prioridad es Laura y su recuperación, pero debemos pensar también que hacemos con los demás: no podemos esperar a que despierten sin tener un plan trazado. El objetivo es ver cómo se relacionan, cómo responde cada uno frente a los demás, y así observarlos y escucharlos para saber realmente hasta dónde recuerdan. ¿Podríamos esperar a que se despierten, explicarles las cosas y mandarlos a casa? Podríamos, pero

¿qué habremos conseguido con eso? Enviar a cuatro demenciados a la calle y ganarnos una denuncia sin haber obtenido los resultados de la intervención que lleváis años preparando. Por lo tanto, creo que la mejor opción es ingresarlos. Suárez —se gira hacia él—, pide una orden de ingreso al juez. Si quieres, ahora te ayudo con el papeleo. Y, entre todos —barre con la mirada a sus compañeros, uno a uno—, tenemos que analizar lo que pasa. Esto es por vuestro bien: yo no tengo nada que ganar ni que perder. Vosotros elegís.

—¿Qué es eso de la grabación, Belinda? —pregunta Javier Ramírez.

—Un pequeño consejo que le di a Suárez y que por suerte materializó. En unas horas sabréis lo que es. Solo os digo que nos ayudará a mantener las aguas calmadas.

—O sabemos todo o yo no sigo adelante con ningún encierro —la desafía Peter. Belinda cede:

—Cuando despierten, les pondremos una grabación de ellos mismos. Se trata de una especie de consentimiento informado que cada uno de los pacientes ha hecho antes de someterse a la intervención. Eso les tranquilizará.

—O no —responde Peter.

—O no; es posible que algunos se agiten o que intenten escapar, pero tienen que entender que no podemos intervenir, bajo ningún concepto —les mira—. Además, al principio despertarán aún impregnados de medicación, y, por lo tanto, tranquilos. Es ahí cuando tenemos que aprovechar para ponerles la grabación y esperar que se lo tomen lo mejor posible. No obstante, nos podemos encontrar con cualquier cosa: desde intentos de fuga hasta una sumisión cuestionable; lo importante es que no pongan en riesgo su seguridad y que estén tranquilos. Para eso, tendremos que suministrarles lo que necesiten. Me refiero a las cosas básicas, claro está. Por otro lado, me surgen dudas con respecto a la medicación. No creo que sea conveniente darles la medicación. ¿Qué piensas, Suárez?

—De momento, no les vamos a medicar; suspendemos toda la pauta farmacológica: asumo el riesgo. —Nadie le discute. Algunos toman medicación de la que conviene hacer un decalaje en lugar de una retirada brusca, que es lo que está haciendo Suárez, pero también entienden los riesgos que supondría la toma—. No podemos arriesgarnos a que hagan una sobreingesta medicamentosa para llamar la atención y no nos quede otra que entrar para evitar que alguno muera. Además, podemos sobremedicarlos, aún están sedados.

—Tienes razón —coincide Belinda—. Me imagino que nada de tabaco tampoco —Suárez asiente; todos saben que podrían provocar un incendio a modo de provocación o como vía de escape—. Quedamos entonces en lo básico: comida y productos de higiene. Como os digo, tenemos que conseguir que se sientan a gusto, solo así

podrán estar distendidos y mostrarnos su verdadera cara, en todos los sentidos. Por lo tanto, se trata de observarlos para valorar lo que recuerdan y lo que no, y lo haremos por medio de las relaciones sociales.

—No nos estarás colocando una investigación de campo de tu cosecha, ¿no? —se indigna Peter, desconfiado.

—Te puedo asegurar que no aspiro a comerme las migajas de nadie; si hago esto es por ayudaros. Que te quede bien claro, Peter. —Belinda no va a tolerar una sola impertinencia más por su parte, ni por la de ningún otro. Peter le sostiene la mirada mientras Belinda sigue hablando—. Son las —Busca el reloj del observatorio— cuatro y media. Tenemos unas horas por delante para terminar de atar todo. Solo quiero recalcaros una cosa: pensad que en un ingreso de este tipo todo cabe. Pueden desde mostrarse sumisos hasta intentar engañarnos. Pueden acelerar el ritmo al establecer relaciones sociales o decidir aislarse unos de otros. Sobre todo, es importante tener en cuenta que, aunque nos pensemos que lo tenemos todo controlado, puede ser un espejismo: cuando uno sabe que está siendo observado, cambia su comportamiento. Puede incluso que nos hagan pensar cosas que no son: si se enfadan, van a jugar con nosotros. No debemos olvidar que creemos que han perdido la memoria, no el juicio. Tendremos que adaptarnos a cada momento y determinar sobre la marcha la duración del encierro. Puede que incluso tengamos que ir cambiando de plan sobre la marcha. Tenemos que arreglar este destrozo; creo que estáis de acuerdo en eso conmigo.

Para Suárez es un detalle que Belinda, al final, se esté involucrando en el estudio. A pesar de no haberle permitido participar en la investigación, ahora ella es su tabla salvavidas.

—¿Cómo tienes pensado que descubramos el estado de la memoria de cada uno? —pregunta Suárez.

—Como ya sabéis, primero tenemos que comprobar el estado de consciencia. Después veremos si tienen *flash-backs*, restos, residuos de recuerdos de personas, de acontecimientos, del hecho traumático… Hay que detectar si alguno tiene el recuerdo enterrado pero latente, y no lo hemos arrancado de cuajo con la psicocirugía. Necesitamos que comprendan sin comunicarnos con ellos que les estamos protegiendo, que no vamos en contra suya y que no podemos interferir en su proceso de recuperación; no podemos ser la variable contaminante, por eso no podemos interaccionar con ellos ni con su entorno. Bajo ningún concepto.

Peter sigue con esa cara de clavo machacado. Se nota que no comparte la intención de Belinda. Ahora que conoce el plan desmigado, no le parece tan buena idea para salvar su trasero.

—¿No ves que lo único que hacemos reteniéndolos es cabrearlos? —

inquiere.

—Te equivocas, Peter. No podemos soltarlos. Dime, ¿qué es lo primero que harías tú en su lugar?

Peter no responde.

—Lo tienes claro, y yo también. Ir a la policía, ir a mi casa, buscar a personas que no están en mi vida, trabajos que ya no tengo, descubrir que soy famosa. ¿Verías bien soltar a una anciana con Alzheimer en mitad de un plató de televisión?

—Perdona, Belinda, pero no acabo de entender el plan al completo —interviene Javier Ramírez—. ¿Qué pasa si recobran la memoria?

—Pues que, al menos, tendremos una respuesta. Sabremos que la intervención no ha funcionado y, con suerte, tendremos a personas sensatas a las que hablarles, a las que explicarles lo que ha pasado. Les mostraremos los consentimientos informados y demás documentación. Esperemos que hayáis conseguido borrar el hecho traumático, que era lo que perseguía la psicocirugía, pero, en caso de no ser así, como os he dicho, al menos sabremos en qué hemos fallado.

A Suárez no le gusta esa parte: no se ha jugado todo para esto. El experimento tiene que funcionar; hay que conseguir que recobren la memoria, pero que se les haya borrado de la mente el evento que les traumatizó.

—¿Y si no recobran la memoria? —lo trae de vuelta Ramírez con su pregunta.

—Entonces, seguimos con el Plan Carer, que es el que vamos a poner en marcha ahora.

—¿El Plan Carer? ¿El Plan Cuidador? Vamos, dilo, ¿por qué te cuesta tanto? Es un Munchausen. Lo que pasa es que le quieres dar un toque sofisticado, pero se trata de lo mismo.

—No se trata de lo mismo. Les vamos a cuidar, pero no para provocarles otro trastorno. Nos centraremos en el ahora; lo importante es que se sientan seguros, en casa, que se establezcan lazos entre ellos y que sean ellos mismos los que intenten recobrar la memoria porque entiendan que es la única manera de salir de aquí.

—Vale, ¿y si Laura no despierta? —lanza Diego Matesanz al fin la pregunta que le martillea la cabeza desde hace horas.

—Eso no va a pasar —responde Belinda.

—Cojonudo, dices que debemos tener todo atado, pero ya sabes que Laura no va a morir. Me quito el sombrero ante ti —confronta Javier Ramírez.

—¡Ya habéis oído a Belinda! —secunda Suárez con un grito—. Tiene razón. Es nuestro deber revertir el daño, así que vamos a hacer lo que tenemos que hacer como médicos: ayudarlos. Y esta es la mejor manera.

No saben qué le pasa a Suárez, ¿por qué tanta confianza repentina

en Belinda? Si nunca ha sido su mano derecha. A Diego sí le va bien tenerla cerca y Peter, bueno, mientras no le traiga problemas, la puede soportar, pero Javier… no piensa aceptar las órdenes de una princesa que siempre está pendiente de su espejo mágico.

Suárez en cambio lo tiene claro: ahora solo puede confiar en ella y ya es hora de darle el lugar que debe ocupar. Se lo debe. Además, es una mujer potente: lo ha demostrado.

Un golpe suena en la sala, acelerando el corazón de Suárez y sacando a Javier de su abstracción: es el monitor al que está conectado Laura. Su tensión ha sufrido una grave y repentina caída. Su vida corre peligro.

5

EL PRINCIPIO DE UNA VORÁGINE

Dos horas y veinte minutos después del suicidio

Acaba de abrir la puerta con la mirada desterrada y el traje descompuesto, como un niño con aracnofobia viendo trepar una viuda negra por el vello erizado de su brazo. No lleva la corbata y se ha desabotonado los tres botones superiores de la camisa: está claro que el aire se ha perdido dentro de él. Aunque Belinda no sabe por qué ha tardado más de quince minutos en subir, se imagina el motivo: Peter es de los que se quedan en *shock*. Hace poco tiempo que está al frente de la dirección del Instituto y probablemente no entraba en sus planes estrenarse con su antiguo jefe muerto en el suelo del observatorio ni espantar a los periodistas como a moscas que se reproducen en frutas maduras. Belinda se detiene a estudiarlo: su rostro está perlado de gotas de sudor y más pálido que de costumbre.

Peter no puede creer que Suárez esté muerto. Camina levitando hacia Belinda, que aún sostiene la cabeza de Suárez entre sus manos, apoyada sobre sus piernas flexionadas. Se agacha junto a ella, la mira al fondo de los ojos y encuentra en su mirada residuos de un cóctel emocional que claramente no ha podido purgar. Belinda está desconcertada y dolida, también frustrada y enfadada con Suárez; no puede disimular esa catarsis acelerada que le atropella. A Peter le cuesta reconocer si ha llorado: no tiene ninguna línea rosa que circunvale el párpado ni se le han hinchado los ojos. Pero, por mucho que intente ataviar sus emociones, tiene el gesto crispado. Es en ese momento en el que se pierde en sus ojos cuando Peter empieza a notar el efecto de los dos ansiolíticos que ha engullido en el despacho, antes de subir al observatorio. Al menos, el latigazo ya no le azota en el pecho y el dolor del corazón ha cedido bastante. Le duele lo que ha pasado, pero debe mantener la mente fría; necesita recomponerse y pensar en cómo va a gestionar la situación, en cómo aderezar ahora el suicidio del promotor del experimento.

Desliza la mirada por su alrededor, aunque no se detiene a estudiar el escenario como ha hecho antes Belinda. Quiere dejar de pensar en su dolor y se esfuerza por centrarse en su rol de director, pero no sirve de nada. La sensación de no saber en qué lado de la Gran Muralla China está le aplasta desde que *la conoció*, desde que le hizo ver la vida en general con una perspectiva impostada, con la que sigue sin

identificarse. Se maldice por haber cambiado tanto, por tener el carácter tan volátil como un tanque de propano. Sigue atrincherado en su convicción de que la culpa es de Laura. Hace apenas dos meses estaría únicamente preocupado por salvar su puesto, pero ahora no. Ahora le duele lo que ha pasado, por eso se acoge a ese pinchazo que asoma repentino por las aristas ocultas de su miedo, a esa desesperanza que le está cerrando la tráquea. Se permite romper a llorar. Belinda posa la mano en su hombro para mostrarle cercanía, pero él se sacude; no le apetece que nadie le toque. No es capaz de parar hasta que un pensamiento irrumpe en él.

—¿Qué haces aquí, Belinda?

—Había quedado con Suárez.

—¿Aquí? —repite Peter y acera la mirada: no sabe si debe creerla, pero ese pensamiento conspiranoico dinamita en su mente en cuestión de segundos y, finalmente, afloja su desconfianza y cede la tensión de sus ojos. No tiene sentido atentar contra Belinda. Seguramente esté siendo sincera, aunque no tenga lógica ninguna que Suárez la haya convocado en el observatorio. Tal vez se ha pasado rechazando que le confortara, por eso ahora le toma una de las manos y la mira a los ojos —: ¿Seguro que no quieres quedarte con nosotros? Puedo hacer que te readmitan…

Belinda retira la mano, cautelosa, y se levanta. Se cruza de brazos y comienza a deambular por la sala. A Peter le parece que está demasiado serena; el cuerpo de Suárez yace sin vida en el suelo, desparramado, y ella se pasea estoica por la sala con una catadura que emula a Zenón de Citio: desde la lejanía alcanza a ver su rostro de perfil. Sigue su marcha, hasta llegar al teléfono, descuelga y empieza a hablar; la pregunta que le ha hecho Peter se ha quedado rebotando en el aire.

—Buenos días, le llamo del Instituto Nacional de Salud Mental. —Se gira y carga sobre Peter unos ojos llenos de fuerza. Entiende que esté enfadada porque debería haber sido él quien hubiera hecho esa llamada. Ni siquiera se había parado a pensar que después de una muerte siempre hay trámites que hacer.

—Lo siento, pensaba que ya les habías llamado.

—Les llamo porque un compañero se ha suicidado… —informa a su interlocutor, ignorando las palabras de su excompañero.

Sabe que Peter miente, pero no se lo tiene en cuenta, no a estas alturas. Belinda entiende que son sus formas y que no las va a cambiar de la noche a la mañana, por mucho que él crea que sí ha cambiado en apenas dos meses. Aunque no por eso piensa dejar de amonestarle con una mirada que le atraviesa como una barrena. Ella no tendría por qué haber cargado con esto: con encontrárselo muerto, con tener que avisar a la ambulancia y a la policía y con lo que viene a partir de

ahora. Porque sabe que esto no es el fin, sino el principio de una vorágine.

6

A GOLPE DE VISTA

Día después de la intervención (22 de febrero, por la mañana)

No saber cómo va a evolucionar Laura es lo que les mantiene claramente activos. No han pegado ojo en toda la noche: no se lo podían permitir. Debían vigilarla más aún al retirarle el monitor. De un momento a otro los sujetos despertarán o, al menos, eso cabe esperar.

Suárez remueve el café que ha sacado de la máquina, permitiendo que el remolino del líquido se lleve sus pensamientos, mientras Belinda repasa unos papeles y Diego Matesanz bailotea con la mirada, pasando de Belinda a la pantalla de grabación y de la pantalla a Belinda. Javier Ramírez estudia de hito en hito el plan trazado. Gracias a que cada uno está en lo suyo, Peter consigue pasar desapercibido al salir de la sala de reuniones. Va al archivo, abre la puerta con la llave y comprueba mientras se adentra que nadie le ha visto entrar. Acciona la luz, porque la sala no tiene ventana, y bajo la iluminación blanca del plafón ve que todo está como siempre: en el centro de la estancia dormita sobre la mesa de trabajo un HP Envy Curved de última generación, con un pequeño cactus al lado, y los dos armarios relegados a la pared del fondo se mantienen ordenados. Ambos tienen la parte de arriba vista a modo de estantería, donde está apoyado el cuadro que imita al de *El Grito* de Munch y la parte de abajo con dos puertas que se cierran con llave, donde está la información que le interesa a Peter. Allí guardan la documentación importante: una copia del consentimiento informado de los experimentos con los que han colaborado o patrocinado en algún punto del país, protocolos de actuación, guías de práctica clínica que revisan antes de su publicación, guías de buenas prácticas o planes estratégicos de diferentes comunidades autónomas, entre otras muchas cosas. En definitiva, información sobre la que los cinco trabajan y que comparten. Todos pueden acceder a ella desde el ordenador, ya sea a través de la historia clínica electrónica o desde alguna ruta compartida en la que trabajan en línea y a la que solo ellos tienen acceso. El resto de documentación importante, como la aprobación por el Comité de Ética de la Investigación de los estudios que ellos mismos han realizado, la guarda Suárez en su despacho.

Peter camina a paso ligero hasta la mesa, se sienta frente al ordenador y se mira la axila; como se imaginaba, los nervios han dejado un reguero de sudor. Le gustaría ir a casa y ducharse; en

realidad, está echando más de menos la ducha matutina que el descanso nocturno, pero no puede marcharse: ni él ni nadie. Se conforma con haberse escapado un momento del observatorio: va a ser el mayor contacto que va a tener hoy con el silencio.

Aunque la sala del archivo no sea un lugar de ensueño, a Peter le relaja. No sabría decir en concreto por qué; quizás por lo recogida que está siempre y lo minimalista del ambiente, o puede que le recuerde en cierta medida a su habitación de la casa de Engelberg, donde se crio. Tiene dos estanterías y un escritorio, como la casa de su pequeño pueblo de Suiza, en el cantón de Obwalden; solo le falta la cama y las cortinas. Aunque solo tenía ocho años, recuerda perfectamente cómo jugaba con la nieve a todas horas, y, cuando no, se revolcaba por el césped y se encaramaba a los árboles. Ha pensado muchas veces en porqué su padre decidió a esa corta edad que lo mejor era desplazarle de los juegos sociales y potenciarle los libros cuando lo que él quería era divertirse con otros niños. Pasó los siguientes cuatro años mirando el techo de su habitación aboardillada, tocando el piano, estudiando inglés y español e intentando digerir a diario la envidia que sentía al ver desde su ventana a otros chicos jugar. A los doce años, cuando Peter no tenía más amigos que los libros, su padre les anunció a él y a su madre que se trasladaban a España: un país prometedor para médicos y pacientes. La alegría que sentía su padre porque iba a ocupar, al fin, el puesto de jefe de servicio del departamento de neumología en un hospital madrileño de renombre se le presentó a Peter como una aciaga sorpresa, que se sumó de forma intempestiva a la revolución catártica que le abría paso hacia la pubertad.

Ya afincado en España, intentó desembozar la tristeza que se le quedaba coagulada en la sangre, el miedo que le desbrozaba las intenciones de hacer nuevos amigos. Con el resto de la maraña de emociones que se le enredaron con los intestinos no supo qué hacer, y no hizo nada. En consecuencia, todo su tiempo se volvió tedioso y con ello vinieron sus primeros suspensos, uno detrás de otro, como una fila de soldados cargados de artillería. A pesar de que pasaba las horas encerrado en su habitación, no abría ni un libro; sin tener una meta clara, tan solo la convicción de que no quería parecerse en nada a su padre.

Los siguientes años fueron duros para todos: para su padre porque no sabía cómo hacer que su hijo estudiara y para él porque no sabía ni quién era. A pesar de que su motivación por vivir se había quedado en su querida Suiza, consiguió aprobar la prueba de acceso a la universidad. Ya con eso el padre pudo atajar el problema pagándole los estudios de medicina en una universidad privada, moviendo algunos hilos, porque sabía que dejar la mitad de su paga mensual en su hijo podría ser un buen plan de pensiones y, aunque siguiera en ese

rumbo de colisión constante con él desde hacía años, algún día su vástago se lo agradecería.

Peter superó esa extensa fase de desidia y, aún sin haberse encontrado con su identidad, decidió subir unos cuantos peldaños en su linaje y empezar a estudiar. Al fin y al cabo, ser médico no era tan malo; si lograba ser psiquiatra podría vivir muy, pero que muy bien, sería respetado y considerado. De modo que fue constante, sistemático y metódico, y gracias a eso logró sacarse la carrera y la especialidad. Después de años, consiguió conformar su carácter y a día de hoy es así como se reconoce: como un tipo organizado que no deja cabo sin atar ni fleco suelto. No se ve como un nórdico cliché, desplegando un abanico de características personales que arrastra en su maleta de vida; de hecho, está harto de escuchar ese tipo de comentarios de la gente que lo creen así por ser suizo. Y, por supuesto, se niega a admitir que la educación que le ha dado su padre pueda tener algo que ver con sus logros; antes preferiría que le soplaran una flor de burundanga machacada en la cara.

Mira hacia la puerta en un gesto autómata, enciende el ordenador y, mientras espera a que se cargue y le permita introducir la clave, visualiza mentalmente, con la mirada colgada en una esquina de la pantalla, la *check list* que ha diseñado en su cabeza para no olvidar ninguna tarea. Decide que, en primer lugar, va a analizar los datos personales de todos los pacientes por orden, del uno al cuatro; seguirá con el diagnóstico, el tratamiento farmacológico y psicosocial, los datos sociales, y, por último, tiene que comprobar que todos los papeles del estudio estén correctamente cumplimentados y firmados, como afirma Suárez. Mientras se enciende el ordenador aprovecha para buscar la carpeta con los documentos firmados: abre el armario con la llave, busca la carpeta y se sienta a comprobar la documentación.

El criterio de inclusión para el estudio es adecuado, Trastorno por estrés postraumático, y los consentimientos están firmados. Todo correcto, todo en orden. Vuelve a dejar la carpeta sobre el entrepaño y cierra el armario. Ahora ya le deja el ordenador insertar su usuario y contraseña; pasados unos segundos le permite funcionar. Busca la carpeta a la que tiene que llegar, la que han denominado «Estudio TEPT»; aunque no le pide clave, sabe que el acceso es restringido, solo para los cinco. Al abrirla, dentro de esta, aparecen otras cuatro subcarpetas. Cada una de ellas tiene por nombre el del paciente a quien corresponde de forma codificada, por eso se encuentra a AM, FM, LF y MF. La inicial del nombre de los sujetos seguida de su género. Entiende que las carpetas corresponden a Antonio Galán, Francisco Vega, Laura Hidalgo y María Castillo. Dos hombres y dos mujeres.

Abre la tercera carpeta y le inunda un torrente de inquietud que rápidamente asocia al hecho de no estar siguiendo un orden. Laura es la que ha hecho estallar el conflicto, la que se despertó después de la intervención como un mustélido y les hizo decidir sedarlos a todos. Tal vez, si no hubiera actuado así, ahora no estaría implorándole a la vida y el resto de pacientes estarían ya despiertos. A estas alturas ya podrían saber si realmente les han borrado cinco años de memoria. Necesita conocer más de esa mujer.

Es extraño, pero esos nervios, que hace un momento notaba a punto de rebosar, ahora le excitan; está disfrutando el desafiar a su propia organización, y quiere seguir con ello y sentirse vivo. Va a revisar la documentación que ha subido a la red Diego Matesanz, el psiquiatra referente de la paciente. No les ha contado demasiados datos de Laura ni de sus diagnósticos, pero tampoco puede echarle la culpa por ser tan reservado: al fin y al cabo, tampoco ellos preguntaron.

Todos, incluido él, conocen a Laura Hidalgo gracias a esa explosión de fama que ha tenido recientemente. Se podría decir que es una periodista revelación que se ha ganado al público salpicando de gracia y atrevimiento cada pregunta, ronroneando como un gato que se insinúa pero no se deja acariciar. Tiene que reconocer que, además de aguda, es guapa, algo que está seguro que le ha facilitado el salto a la fama, al margen de que pueda ser una buena profesional.

Peter no la tiene por una mujer vulnerable, pero sí por un candado que ha perdido su llave. A la vista estaba que esa explosión en cada programa, como una botella de Vilarnau Brut Reserva que estalla en el paladar, no era real. Laura Hidalgo es un diamante duro y frágil a su vez. Todo, pura fachada. Él ha visto su parte más débil cuando ha despertado desorientada de la intervención. Se pregunta qué pudo pasarle a Laura como para caer en manos de Diego Matesanz. Cómo es posible que esa mujer, en apariencia dominante y de mirada arrebatadora, tumbara su vida de un golpe. Ahora, que acaba de abrir el informe de ingreso, deja de lado sus conjeturas y empieza a leer; nunca ha sentido tanto fervor al abrir un documento escrito por otro psiquiatra.

PACIENTE: Hidalgo Plomo, Laura
FACULTATIVO REFERENTE: Dr. Diego Matesanz
FECHA DE NACIMIENTO: 26/07/1978
EDAD: 40 años
FECHA DE INGRESO: 21/02/2019
ANTECEDENTES PSIQUIÁTRICOS:

- -Varios intentos autolíticos en contexto de intoxicación etílica aguda.
- -Trastorno de insomnio F.51.01. En la actualidad sin seguimiento en CSM.
- -Trastorno por consumo de alcohol moderado F.10.20.
- -Trastorno relacionado con cafeína no especificado F.15.99.

DIAGNÓSTICO:

Trastorno por estrés postraumático F.43.10 con expresión retardada F.43.8.

Lee pausado, saboreando las migajas de información que Diego ha dejado plasmadas. Laura Hidalgo arrastra una ristra de trastornos. Además de haber intentado suicidarse, no puede dormir, consume mucho alcohol —no sabe cuánto porque en el informe Diego no ha detallado el número de unidades— y su dieta diaria debe estar constituida por unos cuantos cafés diarios. Para colmo, no acude a sus citas en el centro de salud mental; eso sí lo ha reflejado Diego. A golpe de vista, Laura le parece la típica paciente que usa el alcohol para sortear sus dolorosos recuerdos y que acumula una febril rabia, mientras evita cepillar sus traumas y su dolor. Algo le dice que a Laura no le caracteriza la simpleza. Se devana los sesos por entender qué consiguió tumbarla; quiere despellejar las causas, sacarle el cuero a esa información que no es más que un montón de letras agolpadas, con espacios y entresijos que no consigue componer. El informe no le ha dado toda la información que quería, pero sí tiene más claro que la sonrisa que Laura lucía era impostada y que esos diagnósticos que soporta sobre sus hombros como una bóveda estelar seguramente son para ella una condena. Lo que más le preocupa de todo lo que ha leído es esa impulsividad que la llevó a intentar quitarse la vida varias veces ahogándose en el alcohol.

Se pregunta si el resto de sus compañeros se habrá extendido algo más en sus informes y, sobre todo, si han escondido más información de la que han escrito, como Diego, como él. Él tiene claro por qué metió en el estudio a Antonio Galán, su paciente. Sabía que nadie mejor que un médico para ayudar a otro a subir a la cima. Quién mejor que él para alagarle y darle bombo en todos los medios, revistas científicas, congresos y colegas de su nivel. Pero sus compañeros ¿por qué habrían decidido incluir en el estudio a una jueza, a una periodista y a un escritor? Tal vez, creyéndose el más listo, resulte ser el más ignorante. Quizás los demás han apuntado más alto que él; al fin y al cabo, los otros pacientes son personas mediáticas: su paciente no.

Prefiere dejar de lado su hiriente *brainstorning*. Cierra el informe y mira hacia la puerta. Se arrellana en la silla, vuelve la cabeza hacia el ordenador y pierde la mirada en un punto del fondo de pantalla mientras se le insinúa una idea en la mente: ¿y si Javier tiene razón y, cuando despierten los demás, descubren que no han perdido la memoria? Llegados a este punto, incluso preferiría que no fuera así. Necesita seguir con esto. Un estudio de este nivel en su aburrida vida es más excitante que hacer *puenting* desde el puente del Río Cofio; se está alimentando de la adrenalina que se recicla dentro de él. Ahora que está empezando a vivir, no quiere cortar con todo de raíz.

Le bombardean la cabeza diferentes causas del desastre, pero ninguna le convence: un posible fallo con la pauta farmacológica, una

interacción de otros fármacos que estuvieran tomando, un fallo en la psicocirugía… cualquier cosa podía haber generado la pérdida de memoria. Quiere seguir con el estudio, pero, por otro lado, las consecuencias que va a tener en caso de que salga peor todavía van a ser devastadoras.

Piensa de nuevo en la pauta farmacológica: es lo más importante del informe de un psiquiatra, más que el diagnóstico. ¿Por qué no ha puesto Diego en su informe la medicación? ¿Estaría ocultando información? ¿Podría querer Diego que el estudio saliera mal? Peter se siente sobrepasado; con todo el estrés puesto sobre los hombros no puede pensar. Puede ser que Diego haya escrito la medicación que tomaba Laura y él no la haya visto, al fin y al cabo, no ha dormido, y aunque ha intentado poner todos sus sentidos al leer el informe, se le podría haber pasado por alto.

Vuelve a abrir el informe y lo ve: ahí estaba, al final del documento; no había llegado a ese punto. Laura tenía pautado un antidepresivo, un ansiolítico, un hipnótico y un antagonista opiáceo *anticraving*. Aunque la medicación hubiera interaccionado con la histamina, no se podría asociar a ello la agitación de Laura al despertar. A él, personalmente, sigue encajándole más esa exaltación con un estado confusional, pero no se va a molestar en ahondar en ello. Por otro lado, ese fármaco *anticraving* le demuestra de nuevo que Laura no es capaz de manejar sus impulsos sin la ayuda de un poco de química.

—¿Te ayudo con algo, Peter?

La voz que le entra de frente le hace sobresaltarse. Levanta la vista por encima del ordenador y lo ve: ahí está Diego, plantado y mirándole con sus manos metidas en los bolsillos y una helada soberanía en los ojos que le desconcierta tanto como un festivo inesperado en la pesada rutina diaria. Mientras lo ve caminar envuelto en silencio se pregunta cómo no ha podido darse cuenta de que alguien había abierto la puerta. Se detiene a su lado.

—Estaba revisando los papeles y la información de los pacientes —se excusa Peter, retomando la conversación.

—Puedo relevarte. Debes llevar aquí un rato. ¿Has encontrado algo de interés?

Peter duda. Pasea su mirada sobre Diego y se da cuenta de que lleva algo en la mano: es simplemente un sándwich. Después se detiene a estudiar sus ojos y se da cuenta de que realmente su compañero solo arrastra franqueza. ¿Cómo ha podido dudar de él? Diego es como el delfín Flipper del equipo, algo parecido a una mascota entrañable.

—No. Nada de interés. Me marcho, nos vemos luego.

Por fin, Peter sale por la puerta. Le ha llegado el momento a Diego de romper con todo y dejar la mente en blanco, por eso aprovecha para arrellanarse en el asiento y abrir el envase del sándwich. Necesita

comer para recuperarse y también le vendría bien dormir, aunque sabe que eso no va a ser posible. Se despoja de la corbata y da un bocado; mastica concienzudamente, arrastrando con cada movimiento un pensamiento: Belinda y lo mucho que la desea, el hándicap de que tenga un hijo, lo cansado que está de ir trajeado cada día a trabajar, lo mal que puede acabar la situación, las ganas que tiene de llegar a casa y tumbarse a ver de un tirón la segunda temporada de la serie que sigue ahora mientras acaricia a su gato Miguel, la pizza que va a pedir cuando sea hora de cenar y la ducha que se va a dar antes. No es habitual que en su descanso piense en lo que le importa ni es normal que meriende a estas horas, tampoco que se detenga a masticar con tanta diligencia, pero hoy todo vale; todo por salir de allí, por no volver a pensar en lo mucho que le gustan los gemelos de Belinda delineados por los tacones ni en su pésimo pasado y su oscuro futuro ahora que todo se ha complicado. Necesita que el último bocado que va a meterse en la boca arrastre hasta los intestinos sus miedos. Se centra en masticar los últimos segundos: ha puesto una cinta de balizamiento en su mente, para que no pase la barrera ni un pensamiento más. Ahora sí va a hacer lo que acostumbra en sus descansos: no pensar en nada. Y lo consigue, durante un minuto, hasta que escucha una voz que le llega desde fuera. Apenas son susurros, pero tiene claro que la voz es de Peter. A pesar de que se esfuerza, no consigue entender lo que dice, incluso le da la sensación de que ha dejado de hablar o se ha ido lejos, porque ahora ya no escucha su voz. Se coloca la corbata y se levanta del asiento; ha llegado la hora de volver al observatorio.

Al salir, se encuentra a Peter apoyado en el quicio de la puerta como factor sorpresa.

—¿Qué haces aquí todavía? —le pregunta Diego, a pesar de que sabe que Peter no le va a contar la verdad.

—Necesitaba descansar un momento…

No esperaba convertirse en su confidente, ni tan si quiera que le contara la verdad, pero a pesar de eso no puede evitar pensar que Peter está ocultando algo importante. ¿Qué hacía con el ordenador del archivo? ¿Con quién hablaba por teléfono? No quiere pensar nada malo ni plantearse que Peter sea un topo o que sepa más que el resto. No quiere pensarlo y no lo hace; prefiere seguir viviendo bajo esa filosofía de vida que le ha enseñado que para qué sufrir pudiendo volver la vista al lado.

—Vamos —comienza a caminar, pero se detiene al ver que Peter no lo sigue—. Somos un equipo. Arreglaremos esto.

7

EL OLVIDO Y EL MIEDO

Día después de la intervención (por la mañana)

Son casi las ocho de la mañana. Han pasado dieciocho horas desde que a Antonio Galán le sedaron después de la intervención. A pesar de haberse despertado tiene la sensación de que ni el más áspero pensamiento va a ser capaz de activar su mente y catapultar su cuerpo de la cama; le pesa toneladas. No recuerda nada sobre la noche que decidió que se sometería a la psicocirugía propuesta por su psiquiatra Peter Bucher ni sobre el dolor crónico que tenía enquistado en el corazón como un pelo encarnado en la barba. Aquella noche comprendió que, aunque la psicocirugía acabara con el recuerdo traumático y le suavizara la pena, no le devolvería el anclaje de su vida: su hija.

Abre los ojos y dirige la mirada al techo, huyendo de la luminosidad de la estancia que, aunque entra suave y tamizada por la ventana, le deslumbra. Está algo más orientado, y es capaz de moverse: primero los brazos, después las piernas. Repara en que lleva puesta ropa de calle y las sábanas sobre las que está tumbado no son las de percal de su cama. Enseguida comprende lo que le pasa: le han drogado.

Pasea la mirada por la estancia mientras sigue tumbado en la cama. Los muebles son blancos y Nebraska. Después mira a la ventana; ve las rejas y se levanta con la fuerza de unos plomos recuperados de la sobrecarga de potencia. Acaba de darse cuenta de que solo puede estar en dos sitios: una cárcel o un psiquiátrico. ¿Qué hace allí? ¿Cómo ha llegado a esa situación? Intenta rebajar sus nervios, pero no lo consigue.

Camina hacia la puerta e intenta abrirla. Está bloqueada. Da tres recios golpes ahogados sobre ella, se distancia y deposita su mirada en el entrepaño mientras espera a que se abra. Un sutil sonido hace ceder la puerta: sabe que si la empuja se abrirá y, a pesar de que quiere abrirla y salir, le paraliza el hecho de no saber lo que se va a encontrar fuera. Incluso duda de ser capaz de controlarse ahora que la calma que sentía se ha dinamitado tras saltar de la cama; necesita atemperar sus nervios antes de salir.

Se da cuenta de que la puerta es ignífuga: típica de psiquiátrico, pero al menos no tiene ese círculo transparente de las habitaciones de contención: eso significa que no ha estado atado con correas en contra de su voluntad. Galán conoce a la perfección cómo funcionan los hospitales y cómo son las puertas que salvaguardan la seguridad de los

pacientes. Él trabaja en una planta de cirugía cardiovascular, no en una de psiquiatría, pero aun así la base de la medicina la tiene y, además, nunca se ha desvinculado de la parte mental del ser humano. Ya de pequeño, empujado por el sufrimiento que le generaban los largos ingresos de su madre en la clínica mental, soñaba con ser psiquiatra, y a ello estaba decidido cuando estudió la carrera de medicina, hasta que, a la hora de elegir especialidad, un cortocircuito en su cerebro calcinó la idea. Quizás esa parte romántica y con cierto aire poético de trabajar con el corazón fue lo que le hizo inclinarse por la cardiología. Tiene una parte humana palpable, de eso no hay duda: Galán convierte los latidos acelerados de cualquier corazón en una dulce melodía, y está convencido de que el corazón y la razón están interconectados como refrendó en su tesis *El corazón irracional.* Sigue pensando que los recuerdos afectuosos, y el amor en sí, son capaces de descomprimir cualquier pecho humano, normalizar el pulso que contiene la velocidad de la sangre y adecuar el ritmo cardíaco para amortiguar cualquier impacto de la razón. Por eso, ahora, mientras sigue clavado mirando la puerta, vuelve a intentar rescatar esos recuerdos bonitos. No lo consigue: es como si no existieran. Solo es capaz de visualizar la cara de su hija; al menos, recordando a la persona que le llena de flores el corazón podrá descargar la angustia que se le viene encima como un peso plomo. Necesita creer en el amor, porque sabe que, con esa sensación limpia dentro del pecho, verá la vida de otra forma, y es eso lo que necesita ahora. Por eso evita pensar en su mujer Paz y en la relación renqueante que arrastran desde hace un tiempo; eso no le ayuda a coger impulso. Cada vez tiene más claro que no es la rutina, que lo que le pasa es que se ha cansado de la culta arquitecta, de sus noches en vela trabajando eufórica y de sus ínfulas; no piensa forzar el amor. Galán no lo sabe, pero la que cree que es su mujer ya no lo es, la dejó el día en que su hija cumplió quince años: un error del que se arrepentirá siempre, no por haberla dejado, sino por el día en que decidió hacerlo.

Cuando abre la puerta y sale, se da cuenta de que no hay nadie. Camina unos pasos y se queda clavado en mitad del pasillo como un pelele, hasta que lo arranca de su abstracción el sonido de un grito ensordecedor que hace que un escalofrío le recorra la espalda y le robe una bocanada de aire. Se gira al notar que el sonido le ha llegado por detrás. Ahora está bien despierto: el sonido en sí mismo ha sido un golpe de realidad.

Recorre el pasillo a paso ligero; apenas nota restos de la supuesta droga en el cuerpo. Descubre un pequeño baño y, más alejada, una puerta que se está abriendo. Avanza cauteloso, mientras va ideando varias opciones con cada paso: acercarse y curiosear, mejor detenerse y esperar, hablar desde la distancia, mejor callar también desde la

distancia. A pesar de los pensamientos que dinamitan su mente, sigue caminando hasta que sus pies le llevan a la puerta.

No sabía con qué iba a toparse, pero desde luego no esperaba encontrarse a una mujer así: de ásperos y opacos ojos, mirada fundida, estatura mediana y cuerpo esbelto. La mujer avanza hacia él, también cautelosa; «dubitativa» se podría decir.

La mujer se detiene bajo el quicio de la puerta, envuelta en silencio, y lo observa más profundamente. Galán le retira la mirada. ¿Qué se supone que debe hacer? No está preparado para esto. En realidad, no sabe ni para qué tiene que estar preparado. Sigue sin entender nada. Necesita tiempo para hacerlo.

Galán levanta la cabeza ligeramente y ve una cámara en la esquina del pasillo, cerca del zócalo, que por su situación y su angulación entiende que filma todo el pasillo. Su cabeza va a toda prisa; ahora está completamente seguro de su hipótesis: los han encerrado en un psiquiátrico. A él y a ella, y muy probablemente a más personas. Tiene claro que los están vigilando, lo cual le enfada. Pasea la mirada en derredor mientras la mujer sigue impasible, observándolo, con el alma desportillada y el vestido vaporoso sorprendentemente compuesto. Aún no sabe si puede fiarse de él. Galán se dirige a la mujer con la mirada desquiciada y el paso apretado. Ella quiere echar a correr, pero sabe que no serviría de nada: no tiene escapatoria, aquel hombre le está cercando el paso. La alcanza y hace un movimiento rápido para cogerla; se la carga a la espalda y echa a andar de nuevo, deshaciendo el camino previo, mientras lucha por no trastabillar con las extremidades de la mujer, las cuales alternan patadas en su estómago con puñetazos en la espalda. Cuando llega al final del pasillo, la suelta en el suelo y le tapa la boca con una mano; ella se resiste. La abraza con la otra mano que le queda libre en un intento de tranquilizarla, mientras ella sigue empeñada en morderle. Al final, los nervios de ambos ceden y la suelta, aunque le susurra al oído algunas palabras.

—Estoy como tú, no entiendo nada. Ahora te voy a soltar, pero quería alejarme de la cámara un poco. Necesito saber quién eres.

—Primero tú —responde ella. Aún le tiembla el brazo, la mandíbula y la mirada.

—Soy Antonio Galán. Creo que me han encerrado aquí.

La mujer mastica el silencio mientras retrocede dos pasos. Después le responde.

—Soy María. María Castillo. —Al terminar de presentarse, rompe a llorar.

—Tengo tanto miedo como tú, pero tenemos que ser fuertes para solucionar esto, ¿de acuerdo? —Antonio Galán le agarra con suavidad los hombros y se acerca a ella mientras la mira al fondo de los ojos.

De repente escuchan el sonido de dos puertas que, al accionarse,

rompen el cruce de sus miradas. En una no pasa nada, pero la otra se abre. De ella ven salir a alguien que ambos conocen muy bien: un hombre que no lleva el miedo ceñido al cuerpo, que camina sereno y con paso firmemente suave. Ahora sí que no entienden nada.

8

EL SIGNO DEL MALESTAR MATERIALIZADO

Tres horas después del suicidio

Con paso reposado, se acerca al pasillo un policía corpulento, de oronda barriga y pasado de años para estar en activo. Le sigue otro mucho más joven al que le falta empuje, determinación y dignidad. Se presentan como los policías de la patrulla. El mayor hace cuatro preguntas a bocajarro. A Belinda le parece un tipo hastiado, cansado de ser policía y librar malandanzas. Mueve un crecido bigote negro cuervo de forma rítmica, casi misofónica, al masticar el chicle en su boca, mientras desliza la mirada sobre su compañero: un joven que no se separa de su lado y que solo interviene en la conversación con un ir y venir de miradas. Parecen un naranjo recién plantado y un olivo centenario.

—¿Han tocado el cuerpo? —pregunta el policía con voz anodina.

Belinda niega con la cabeza y baja la mirada mientras piensa en qué clase de pregunta es esa. ¡Pues claro que lo ha tocado! Aunque no piensa admitírselo a aquel hombre tan rudo, por mucho que sea policía. Lo ha tocado, pero solo para sostenerle la cabeza sobre sus piernas, en un signo de respeto a sí mismo, para que pudiera irse con la cabeza alta de este mundo. Bastante tenía con haberse quitado la vida. Había tocado el cuerpo y volvería a hacerlo, porque, por mucho que siguiera enfadada con Suárez, era humana, por eso tenía que tocarlo. En cualquier caso, lo que ha hecho no es grave; aunque, ahora que lo piensa bien, puede que si no cierran el caso y examinan posibles huellas dactilares encuentren su rastro. Entonces sí será grave el embuste, por eso se permite una pequeña mentira blanca.

—Bueno, sí, lo toqué. Para ver si tenía pulso y respiraba, pero no modifiqué su postura ni lo cambié de sitio… tan solo agité un poco la cabeza para asegurarme de que no respondía.

—No debería haber tocado nada, señora. —Se detiene un instante para sopesar si seguir reprendiéndola—. Quédense aquí, vamos a acordonar la zona, no entren.

Después de una breve amonestación que a Belinda le parece sobrante, el hastiado policía hace unas gestiones con los servicios de emergencias y les informa a Peter y a Belinda de que tienen que esperar al médico para que certifique la muerte.

La situación es bastante desagradable para Belinda. Un vómito irrefrenable, que le asciende por la garganta, la obliga a ir al baño; es el signo del malestar materializado. Peter se queda allí, observando desde la distancia cómo los policías se adentran en el observatorio y

pasean por las salas. Se detienen junto al cuerpo y lo estudian; el policía mayor se agacha y saca la cartera del pantalón de Suárez, se levanta y se aparta a estudiar la documentación, mientras el joven despliega la cinta de balizamiento alrededor del cuerpo finado. El mayor guarda la documentación en una bolsa de plástico mientras mastica su chicle y sus pensamientos, y en silencio supervisa a su compañero con una postura que a Peter le recuerda al típico sheriff de algún condado tranquilo de Norteamérica, de esos que no han estado encuadrados antes como comandantes en ninguna fila miliciana del condado. Puede que el tipo sea inteligente, pero esas formas de cromañón, con los pulgares enganchados en el cinturón, le hacen rebajar su estilo al típico policía cincuentón claramente aburrido de tener que mantener su tediosa labor policial como parte de su rutina diaria.

Belinda vuelve donde está Peter con la cara pálida, salpicada de petequias, y los policías se acercan de nuevo a ellos. El policía que lleva la voz cantante pregunta quién encontró el cuerpo y hace otras cuantas preguntas más mientras apunta en su libreta las respuestas. Después les pide que confirmen su identidad, interpela desde cuándo no trabajaba como jefe de servicio y los motivos por los cuáles no estaba ya en el cargo. Ha empezado a meterse en terreno farragoso y lo sabe, pero está cansado de que el sistema se empeñe en chafarlo como a un plátano con tenedor. Él puede dar más de sí de lo que le dejan. Sabe que Belinda no está para esto, pero necesita que comprenda la gravedad del asunto: necesita que entienda que nadie se suicida por una sola cosa, por eso se lo hace saber explícitamente.

Retoma la interrogación con una pregunta más. Una que supone zambullirse aún más en aguas turbias: ¿Qué creen que ha pasado?

Belinda arquea una ceja; no esperaba tener que someterse a una interrogación así. No comprende cómo el policía espera que ella le cuente lo que debería saber él, que para eso es policía. ¿Acaso no ha visto la jeringuilla que está sobre el carro de la sala de quirófano? Ha dado una vuelta por todo el observatorio al llegar; debería haber pensado, como ella, que se ha inyectado un líquido letal. Peter arruga la frente. De repente, Belinda se da cuenta de que la pregunta no es tan tonta. Puede que sea una forma de pillarles. Tal vez la policía hace ese tipo de preguntas para ahondar en un testigo que sabe más de lo que se ve a simple vista. Por eso decide comenzar a hablar sobre su hipótesis de la jeringa, cuando alguien la interrumpe.

—Ya seguimos nosotros, Pérez —atrona por detrás la voz de un hombre que se sitúa a su lado. Viste unos tejanos clásicos de pata ancha, camiseta negra y cazadora vaquera, tan aireado en su ropa como en sus ademanes al presentarse. El policía de la patrulla se aparta y saca el teléfono para hacer una llamada—. Buenos días, el

inspector Álzaga. —Tiende la mano a Peter y después a Belinda al presentarse también ellos—. Aquí mi compañero, el policía Taura. —Señala a un policía joven; posee ojos cálidos y honestos, aunque bailotean algo perdidos: no hace falta que explique que hace poco que salió de la academia y que se debe a sus órdenes, es algo que se sobreentiende.

Peter y Álzaga se sostienen la mirada a pesar de haber terminado con el saludo: se conocen. A Peter no le viene a la cabeza de qué le suena, pero, en cambio, Álzaga sabe de sobra de qué; sabe mucho de Peter, demasiado.

—Somos de Homicidios —continúa Álzaga con la presentación—. Tenemos que hacerles unas preguntas, dando continuidad a las de nuestros compañeros. —Le tiende la mano a Pérez para revisar las anotaciones que ha hecho; hoy tampoco le va a tener en cuenta que haya metido las narices en su trabajo—. Si les parece —les mira y busca con los ojos al fallecido—, en unos minutos retomamos la conversación y vamos avanzando en la testificación mientras llega el Forense y la Científica. En un momento estamos con ustedes. —Le devuelve la libreta al policía de la Patrulla después de haber hojeado el contenido. Él y Taura se adentran en el observatorio; se detienen a mirar a Suárez y, después, pasean por las salas, escudriñando todo.

Belinda sabe que cuando uno interroga lo hace en calidad de tasador, calibra la mirada del interlocutor, el tono, la entereza o cualquier esquive ocular, por eso no quiere invertir los roles y ser ahora ella a la que le hacen una entrevista. Y, claro está, no tiene ningún interés en mentir si le preguntan por la nota que tiene guardada. Le tiene intrigada el inspector Álzaga, con esa mirada de mar revuelto y ese tic nervioso que le hace arrugar la nariz aguileña cada cierto tiempo. Ver al inspector regresar no la tranquiliza en absoluto.

—Aunque seamos de Homicidios —dice al volver— no significa que solo llevemos homicidios. —Álzaga siente que tiene que hacer esa aclaración al ver a Belinda cocer sus propias gárgaras en la garganta. Belinda se reafirma en que su acento es claramente del norte; vasco, tal vez—. Seguimos con las preguntas que les hacía mi compañero: ¿qué creen que ha pasado?

—Que se ha inyectado un fármaco.

—C-r-e-e-m-o-s que se ha inyectado un fármaco —puntualiza Peter.

A Peter le interesa que el caso se clasifique cuanto antes como un suicidio, sin que haya dudas de que haya podido ser inducido o de que se trate de un homicidio encubierto; solo le falta tener durante días husmeando a todo el cuerpo de policía por el Instituto y revoloteando a los periodistas. Siente dolor por la pérdida de Suárez, claro que lo siente, pero a su vez es el responsable de evitar un escándalo en la

institución. Comienzan a rebotar en su mente las palabras que ha dicho el policía: nadie se suicida por una sola cosa. Él es psiquiatra: sabe de sobre que es así. Lo primero que ha pensado Peter al ver el cuerpo de Suárez es que el doctor no ha podido soportar más la situación generada por el estudio que llevaron a cabo, pero está claro que algo más tendría que haberle empujado a quitarse la vida. Por otro lado, les han preguntado si sospechaban de una posible inducción al suicidio. De repente, a Peter le parece que su alrededor se ha deformado. ¿Qué ha pasado los últimos meses? ¿Qué es todo esto?

—Sí, todo apunta a ello. Necesitamos al médico, ¿alguien sabe cuándo llega? —Álzaga lanza la pregunta al aire gritando, buscando la mirada de Pérez, quien sigue al teléfono.

—Por suerte, aún no me han instalado un GPS subcutáneo, Álzaga. —Llega desde la puerta la voz de una mujer que acaba de aparecer con tacones altos, abrigo marinero y sonrisa faraónica. Tras ella, un hombre con gafas de pasta y raya a un lado. Cada uno lleva un maletín de aluminio en la mano.

—Siempre un placer verte, Castaño. —Le tiende la mano a la mujer, acariciando con los ojos su figura. Repite el gesto con el hombre, aunque con un fuerte apretón de manos y la mirada aséptica—. Castaño es la forense y Jaspe, el compañero de la Científica. —La médica ataja el saludo pidiéndole que le ponga al día, pero cuando Álzaga se dispone a hacerlo, se acerca a esa zona del pasillo el policía al teléfono, elevando la voz.

Castaño se aleja de ellos, se acerca al cuerpo y se agacha para examinarlo. El compañero de la Científica, después de haberse detenido un instante a mirar el cuerpo, aprovecha para pasear por el resto de salas y comenzar el reportaje de fotos. Álzaga pide perdón a los testigos en nombre de todos, por haber convertido ese trozo del pasillo donde están en un pequeño circo de equilibristas, escapistas, acróbatas y tragafuegos. Tiene que abordarlos como el procedimiento estipula, pero en estos momentos difíciles un poco de calidez humana no viene mal. Además, sabe que Belinda no era solo una compañera; un frenesí reprimido de la testigo se lo dice. Álzaga conoce bien esos ademanes fluctuosos que florecen y se marchitan rápidamente: es el sentimiento de amor-odio. Se gira hacia ellos y les anticipa que va a continuar con las preguntas.

—¿Era normal que el doctor Suárez estuviera a estas horas aquí?

—No —responde Belinda.

—¿Y qué creen que hacía aquí?

—Habíamos quedado —no puede mentirle en esto; realmente no se le ocurre qué afirmación sonaría creíble que no sea la verdad.

—¿Habían quedado ustedes dos o los tres?

—Habíamos quedado los tres —miente de nuevo Peter—. Teníamos

que reunirnos aquí esta mañana. Ya sabrá usted que Suárez era el antiguo director del Instituto.

Claro que lo sabe: lo sabe de sobra. Ha seguido el caso personalmente desde el principio, y, en cualquier caso, su compañero también lo había apuntado en las notas que ha cogido de los testigos; Álzaga cabecea.

—¿Por qué tenían que reunirse?

—Ya sabe, transferencia de información… Llamaba a Suárez con frecuencia para consultarle dudas, había mucha burocracia que se quedó a medias cuando se fue.

—Suárez dejó su puesto, ¿saben por qué?

—Bueno, solicitó la prejubilación y se la dieron…

—¿Saben si alguien del Instituto le vio esta mañana?

—No hemos hablado con nadie al respecto. No nos parecía un tema a ventilar por el edificio; estábamos esperándoles, para saber qué hacer.

Mientras Álzaga pregunta, Belinda examina cada recoveco de su cuerpo. Además de esa característica nariz tiene un agujero en la oreja que seguramente estaba decorado antes con un pendiente. De alzada sobrepasa el metro ochenta, sus dientes están alienados, el cabello negro azabache luce algo revoltoso y su mirada claramente es aséptica. A Belinda le da la sensación de que en el fondo es un caballo negro. Retira la mirada de él y analiza la estancia; ve al policía resentido hablando por teléfono.

—Está bien. ¿Hay cámaras de seguridad? Por si tenemos que consultarlas…

Peter asiente.

—Puedo pedirles una copia de la grabación si lo necesitan.

—En principio, no es necesario, pero en caso de necesidad se las pediremos; muchas gracias. ¿Habían notado algún comportamiento extraño los últimos días en el doctor Suárez?

—Bueno, en realidad los últimos días no. Se le veía muy cansado últimamente, ya sabe, la edad pesa, suponemos que por eso solicitó la prejubilación —añade, dejando claro con el gesto que tanto Belinda como él están de acuerdo.

El teléfono de Peter suena y se disculpa para retirarse a hablar apartado. Belinda sigue con la mirada puesta en el inspector; le parece que con cada pregunta su nariz se ha ido achicando y su encanto ensanchando, al compás de un tic que ha ido cediendo hasta desaparecer. No es un sentimiento de atracción, ni mucho menos, pero sí le resulta gratificante su trato.

Taura se acerca y rompe el cruce de miradas para comunicarle que la médica ha certificado la muerte. Belinda, que ha estado durante toda la entrevista sin apenas respirar, notando cómo su cuerpo

bombeaba angustia y adrenalina, rompe a llorar al escucharlo. El policía no ha dicho nada que no supiera, pero ponerlo en boca de un experto es otro golpe de realidad. Mira esquiva al suelo: quiere pasar este duelo de puntillas, sin que pueda desestabilizarla. Al verla así, Álzaga coge del brazo a Taura y lo aparta unos metros.

—¿Ya estuviste tomando unos potes anoche o qué te pasa? —pregunta con dureza—. ¿No ves cómo está?

Deja a Taura masticando sus palabras y vuelve con Belinda.

—Perdone a mi compañero, es un poco torpe —le dice a Belinda cuando ya está a su lado—. Me comentaba que el compañero de la Científica ha terminado su trabajo y la médica forense ha realizado su informe preliminar. —Omite el resto de información: que han certificado su muerte como violenta, de etiología suicida y por posible sobredosis; que su compañero de la Patrulla ha gestionado con emergencias que se trata de una muerte judicial; que Científica ha hecho el reportaje y tomado las huellas; que creen que hace unas tres horas que falleció; y que en la valoración no se ha detectado nada fuera de lugar: ni heridas ni laceraciones ni signos de violencia, tan solo el pequeño hematoma en la frente, que parece causado por el propio golpe que se dio antes de caer al suelo. —Todo está dentro de la normalidad.

Belinda tiene la sensación de estar envuelta en un drama que comienza a tomar aspecto de tragicomedia. ¿Acaso es normal la actitud del inspector con ese novato? ¿Qué tiene de normal el suicidio de Suárez? Se mira y ve a una vagabunda haraposa: hace solo unas horas que ha salido de casa y parece que lleva tres días durmiendo en la calle. Quiere irse al baño; necesita recomponerse, retocarse el maquillaje, peinarse, perfumarse y mirarse al espejo: sobre todo eso. Quiere acabar ya con la situación: sacar fuerzas, fundir sus miedos y terminar de una vez por todas con el interrogatorio. El hecho de que le resulte agradable el trato del inspector no es suficiente para evitar que la devore la angustia por dentro. Sabe, por otro lado, que necesita reponerse y hacer frente a la situación; en algún momento tendrá que enfrentarse a esa nota que tiene en el bolsillo y conectar con su duelo. Pero ¿cómo hacerlo sin tener todas las dudas resueltas? Necesita hacerle al policía una pregunta que le bailotea en la mente desde que ha visto a la Científica tomar la temperatura al cuerpo y voltearlo para un lado y para el otro.

—¿Saben cuándo murió?

—No podemos darle información, Belinda.

—¿Qué más necesitan de nosotros? —pregunta a bocajarro; si no le van a ayudar a resolver sus dudas, prefiere pensar en ella y marcharse. Cada minuto que pasa envuelta en esa parodia le resulta más dura la situación.

—¿Conocen a algún pariente o alguien de especial confianza de la víctima con la que nos podamos poner en contacto? —Responde Taura con otra pregunta mientras despide con la cabeza al policía de la Científica y a la médica forense.

—No la conozco personalmente, pero sé que estaba muy unido a su mujer. —Belinda disimula su fastidio para evitar decir las palabras a modo de sentencia; es así como ella las siente. A pesar de que consigue un tono neutro, le dedica a Álzaga una pesarosa mirada.

—¿Sabéis si alguien la ha avisado de lo sucedido?

Belinda niega con la cabeza.

—No sabíamos qué hacer, esperábamos que nos lo dijeran ustedes. —Ahora que Peter se ha acercado, lo integra en la conversación.

—Sí, claro, tranquila. ¿Podrían facilitarnos el teléfono de su mujer?

Niega con la cabeza. Belinda sabe que cualquier cosa que quiera decir va a morir en sus labios; tiene que salir ya de allí antes de volver a deshacerse como una madeja de la que se tira sin querer, o lo que es peor, que el cuerpo empiece otra vez a darle sacudidas. A pesar de que el inspector está esforzándose por caerle bien, necesita terminar ya con la conversación. Peter interrumpe sus pensamientos, despidiéndose:

—Si necesitan algo más, estoy en mi despacho. —Mira a Belinda con gravedad. Aunque no se lo ha dicho, sabe que podrá ir a verle cuando quiera. No hay nada como poner una muerte entre dos personas para destensar la cuerda de las que ambos tiraban con fuerza.

—Belinda, tenemos que marcharnos. No deberías quedarte aquí —dice Álzaga a modo de despedida. Le gustaría también decirle que se aleje de Peter, pero no puede.

9

COMO ESAS GOTAS DE AGUA

Día de la intervención (primera hora de la mañana)

El hecho de ver salir de esa habitación al famoso escritor no ha tranquilizado en absoluto a los investigadores. Todos los sujetos, menos la periodista, han despertado y salido de su habitación. Pero Laura sigue sin moverse. La frente de Suárez parece un iceberg en deshielo: necesita saber ya que no la ha matado.

María Castillo se pregunta qué se ha perdido. Por qué el famoso escritor, Francisco Vega, acaba de salir de esa habitación renqueando la pierna. Aún con la cojera, sigue infundiendo una majestuosidad que le hace infranqueable, como una ciudad que alcanza sus límites. Antonio Galán, por su parte, se pregunta por qué está tan tranquilo, por qué su cara le recuerda a un campo de trigo lleno de surcos y su cabeza a un zorro ártico socavado con alguna entrada. ¿Cómo ha envejecido tanto?

—Eres Francisco Vega —inserta María a guisa de saludo al tenerlo cerca.

Francisco levanta ligeramente el mentón y mastica su propio silencio mientras estudia la sala y a esas dos personas. De primeras, María no le ha dado buena impresión, por eso se detiene a estudiarla más concienzudamente, mientras ella espera, sosteniéndole la mirada. Francisco reconoce el miedo en sus ojos, pero no consigue ver magia ni verdad, y eso no le gusta. Después desliza sus ojos sobre los de Antonio, y este, al desmigarlos, comprende que su mirada está abandonada, relegada y retardada; amenazado por sobrevivir como un colibrí suspendido en un punto fijo del aire, bombeando más de mil latidos por minuto, esclavo de sí mismo y de su amenaza constante de muerte; aunque intente disimularlo, está muerto de miedo. Igual que él, aunque nadie lo note.

María está enredada en la maraña de preguntas que le anudan los intestinos: ¿Qué hace Francisco Vega con ellos? ¿Quién les ha encerrado? ¿Por qué a ellos? ¿Tienen algo que ver unos con otros? ¿Por qué está tan tranquilo? ¿Qué sabe él que no sepan ellos? Siente que la observa con ojos de perito experto; lo que no es capaz de imaginarse María es que está desmontado por dentro, que lo que ella ve es solo una fachada depurada.

—Encantado, señor Vega. Soy Antonio Galán, cardiólogo. —Le tiende la mano—. Me encantó su obra *Cuando el mar se rompe*. Merecidísimo premio, sin duda. –Francisco le da las gracias al

estrechar su mano.

Cada vez le bailan más preguntas en la mente a María: ¿Por qué una presentación así en esas circunstancias? ¿Por qué Antonio Galán está también tranquilo? ¿Estarán compinchados? ¿Por qué a ella no le ha dicho que es cardiólogo? ¿Por qué ese afán repentino por mencionar su profesión? Mira a Antonio displicente y habla; necesita encontrar una explicación al sinsentido que está viviendo.

—Soy María Castillo, abogada. —Le tiende también la mano esperando que se la estreche, pero el escritor no se inmuta.

María no sabe si le molesta más el trato de Antonio Galán o la descortesía del escritor. Se deja arrastrar por su desaire y se acerca al médico para susurrarle algo al oído.

—Así que médico, ¿no? Pues no tienes mucha pinta que se diga. ¿Por qué no me habías dicho que eres médico? —Lo que empieza en un fuerte susurro acaba en un tono elevado y separado del oído.

—¿Acaso importaba?

—¿Y a él si le importa?

—Qué más da. No se me ocurrió.

—Ya… no será que te preocupa más que un prestigioso escritor sepa que se encuentra frente a uno de los suyos, de los grandes…

—Pero ¿qué te pasa?

—O ¿acaso es porque soy mujer?

Galán no está dispuesto a perder más energía con alguien que ha conocido hace tres minutos. De primeras, no le había dado la sensación de que fuera a explotar de María un carácter bélico, pero a la vista está que tiene enfrente a una montaña rusa. Ni siquiera esa cara angulada que enmarca unos labios voluptuosos coronados por unos ojos de mirada amazónica y cejas pobladas es suficiente como para tumbar ese error de carácter. Le acaba de recordar a Paz, su mujer, y eso le basta para querer alejarse de ella.

María no sabe cómo navegar entre sus emociones. Se arrepiente de haberse comportado así con Antonio. Hay algo en él que la atrae. No puede luchar contra ello, pero no entiende cómo puede estar pasándole. ¿Cómo puede pensar en ligar en esos momentos? ¿Realmente ha perdido el juicio? Le gustaría seguir perdiéndose en ensoñaciones, buscando en la mirada de Antonio esa sombra de confianza que necesita ahora mismo para coger impulso y empezar a resolver todas sus preguntas, pero antes debe reestablecer la paz. Se acerca a Antonio explosionando sensualidad y vuelca una cálida palabra en su oído: «perdón». Suficiente para franquear la barrera invisible que había levantado el médico.

Mientras Antonio Galán y María Castillo se enredan con pocas palabras y muchos gestos, Francisco Vega teje en su mente un juego de letras. Se trata de un juego terapéutico que le permite mostrarse

como un impostor camuflado, quien, sin ser capaz de controlar la cascada de pensamientos intrusos que se le viene encima, se pasea altivo como un sin complejos. Ninguno de los dos se imagina que cada vez que Francisco conoce a alguien necesita saber su nombre completo, sumar sus letras y dejar a la superstición que haga su trabajo.

No tarda ni dos segundos en levantar un muro de carga sobre María al conocer que su nombre suma trece letras. No lo puede evitar; a pesar de que sabe que cualquier persona mínimamente inteligente calificaría el hecho de dejarse llevar por un juego así como una absurda y desproporcionada idiotez, para él esa manía ha sido una tabla de salvación desde pequeño, desde que Rosita, la bibliotecaria de su pueblo, le traía a casa los libros en los que se apoyaba para sustituir los números por letras e inventar historias con ellas, descongestionando de esta forma el aburrimiento que se le venía encima al estudiar matemáticas. Cuando no tenía un libro cerca, usaba las matrículas, los cupones o los precios para crear distintos desenlaces. Y, poco a poco, el juego asumió diferentes variantes que le devolvían la calma cuando una ola de nervios le revolvía el estómago. Fue ese estúpido juego el que le ayudó a superar el atropello de su perro Estanque, un día trece, por un coche que además sumaba trece en su matrícula; y aquel día, que también fue trece, en que su abuelo mató a su abuela de una paliza. Por lo tanto, sí: Francisco está seguro de que el número trece realmente es el de la mala suerte. Y, como para él es una creencia firme y respetable, nadie tiene derecho a cuestionarla, ni siquiera a conocerla. Lleva guardando ese secreto bajo llave durante todos estos años, un secreto gracias al que ha podido consagrarse como un destacado escritor.

Francisco despega la mirada de ellos y pasea por el pasillo, dinamitando a cada paso un número en su mente y convirtiéndolo en letra, mientras Antonio Galán y María Castillo lo siguen con la mirada sin imaginar la historia que está tejiendo en su mente a costa del número trece del nombre de María: el uno la A, el tres la C. Debía crear una historia con una palabra que empezara por «ac»: «Acababa de llegar a aquel misterioso y floreado lugar cuando supo que iba a morir, pero esta vez sería diferente, morir de deseo siempre es inquietante…». Hace tiempo que consiguió cambiar la forma de abordar sus pensamientos pegajosos, intrusos e indeseables, pero ahora no lo recuerda.

María se siente aletargada; sospecha que la han medicado o drogado, pero necesita entender qué está pasando. Por eso se acerca a la cuarta habitación. En ella, ve a una mujer tendida sobre la cama. Se le acelera la respiración: cree que está muerta.

10

DONDE NADIE MÁS SIENTE

Horas después del suicidio

Las emociones también se instalan en los fantasmas que pasan sin tropezar por delante de Belinda y se sitúan frente al espejo, uniéndose a su reflejo proyectado en el cristal, allí, en el baño de su casa: donde nadie más siente. Belinda se mira y no se reconoce, se percibe más alejada del cristal de lo que en realidad está. Se saca el jersey por la cabeza y observa sus clavículas y su pecho desplomado. Se retoca la cara, se pone colorete y se aplica rímel. Necesitaba verse mejor. Cierra los ojos y echa los hombros hacia atrás mientras reprime el llanto que no tarda en explotar, arrastrando toda la máscara de pestañas por las mejillas. Pone atención a la letra de la canción que ha puesto y que lleva un rato sonando en el móvil: *Los Días Raros*, de Vetusta Morla.

Sintonizar, reagrupar pedazos, a mi colección, de medallas y de arañazos. Ya está aquí, quién lo vio bailar como un lazo en un ventilador. Quién iba a decir, que, sin carbón, no hay reyes magos. Aún quedan vicios por perfeccionar en los días raros, nos destaparemos en la intimidad con la punta del zapato.

Abre los ojos, se despoja de los restos de rímel con las palmas de las manos y se acerca al espejo. Revisa cada recoveco de su cuerpo, pero sigue sin reconocerse. Coloca los pulgares bajo sus axilas y anticipa el pecho, se obliga a ser decorosa con ella misma; no se le puede olvidar que se quiere. Coge aire y lo expele con fuerza, manteniendo la postura de la dignidad. Relaja la pose y se abraza; desliza una mano sobre su brazo en forma de cálida caricia, después hace lo mismo con la otra. Coge el ansiolítico de la mesa y lo toma empujándolo con un poco de agua del vaso.

Se pone el jersey, va hacia el despacho y se sienta en la silla, saca de la cajonera el taco de pósit de colorines y el rotulador negro. Saca la nota del bolsillo del pantalón y la lee: «No dejes que te quiten lo que te pertenece». No entiende el significado de la nota, pero descapucha el rotulador y empieza a escribir. Responde a la nota escribiendo un sentimiento; arranca la hoja del taco rosa y la pega en la pared. Escribe la segunda, donde responde a la nota con un recuerdo: despega la hoja del taco amarillo y la pega en la ventana. Repite el gesto, escribiendo una proyección de futuro para dejar el papel turquesa pegado en la pantalla del ordenador. Escribe una nota tras otra, siempre lo mismo, sentimiento, recuerdo, proyección, para pegarla sobre el escritorio, la estantería, la maceta. Consigue dar color

a la estancia, pero no mejorar su ánimo con la técnica. Recuerda cuáles suelen ser los pasos previos a la conducta suicida y los que vio en Suárez: esa soledad a la que no le hizo caso, la desesperanza que le transmitía en sus mensajes de texto o en los que le dejaba en el contestador; estaba vulnerable y ella no le hizo caso. Lo vio, claro que lo vio, pero no lo quería ver; estaba dolida y no pensaba que su abanico de espectros culpables iba a terminar con él.

Coge una bocanada fuerte de aire y remata la respiración con una exhalación sonora y prolongada; siente que va a romperse el aire en sus fosas nasales. Escribe la última nota, que es muy diferente a las demás: esta arrastra reproche.

En la vida a veces se gana, a veces se pierde, pero hay que mantenerse en juego.

Sin arrancar el papel, arroja el taco verde sobre la mesa y hace volar el rotulador, que rueda por el tablero y acaba cayendo al suelo. Se quita el reloj y acaricia la cicatriz de su muñeca, que deja de dolerle cuando la masajea con la otra mano. Mira la nota de Suárez sobre la mesa; la coge y la guarda en la cajonera del escritorio.

Agacha la cabeza y hunde los dedos en su pelo. Apoya las manos en la mesa y se pivota con ellas para levantarse del asiento. Se acerca uno a uno a los mensajes que ha escrito: algunos para ella misma, otros para él; los mira con atención mientras se van liberando los sentimientos con cada verbo, con cada adjetivo. Al separarse, se da cuenta de que ha usado cuatro formas verbales para hablar del pasado y solo dos para hablar del futuro. Hay algo en la propia lengua que la sumerge en el pasado.

Está cansada de ser la Sanadora Herida, de fusionarse con las ideas de todos sus pacientes y de hacerlo ahora con las de Suárez. No debería haber pensado de esa forma autodestructiva: no le va a perdonar tan fácilmente que haya decidido marcharse. Arranca los pósit de cuajo, convirtiéndolos en una madeja de papel y pegamento que arroja al cubo desechable de la cocina. Al fin y al cabo, son productos de deshecho de los que se tiene que desprender.

Se pone el reloj, se ahueca el pelo y se lo recoge, soltando algunos mechones después; se limpia los restos de rímel, empolva la cara y se pone vaselina de color en los labios. Coge el abrigo del recibidor, se lo coloca, echa el último vistazo al espejo y mira su foto con Ares. Hoy tampoco se puede detener a mirarla: llega tarde a recoger a su hijo.

11

DESDE TODOS LOS ÁNGULOS

Día después de la intervención (por la mañana)

—¡Está muerta! —grita María.

—No está muerta —responde, convencido, Antonio.

—¿Cómo estás tan seguro?

—He visto demasiadas personas fallecidas de cerca, por desgracia…

María Castillo no confía aún en ese hombre que dice ser médico. Parece que la mujer está muerta: con el cuerpo desparramado en la cama y pálida como una llaga. ¿Qué hace una mujer así encerrada con ellos? ¿La han matado? Necesita verla de cerca, quiere comprobar si sigue viva. Pero no puede moverse. Antonio la rebasa y la deja clavada bajo el dintel de la puerta, junto con Francisco, que, aunque no lo dice, se muere por saber el nombre de la mujer. Antonio se coloca junto al flanco de la cama y la estudia: parece que respira.

De repente, la mujer abre los ojos. Queda espantada: después de todo, se encuentra con la cara de un hombre que no conoce observándola. Se abalanza sobre él como lobo pintado cazando en solitario. El médico pide ayuda para aplacar a la mujer y acude corriendo María. La agarra de las piernas mientras él forcejea con sus brazos y aplaca la agitación de su torso. La intenta tranquilizar explicándole que no pretenden hacerle daño, arrastrando en cada palabra un suave tono de voz y consiguiendo que la mujer desescale y destense sus rígidos brazos y sus piernas. Ellos todavía no la recuerdan, pero lo harán: la mujer a la que intentan contener es Laura Hidalgo, la periodista más mediática de la actualidad.

Parece que la mujer se ha calmado, por eso Antonio se permite levantarse y caminar hacia la puerta. Ahora no está para interrogatorios, pero más tarde averiguará quién es. Francisco le franquea el paso al salir de la habitación y le sigue con la mirada; María le sigue de cerca y Laura se queda clavada junto al flanco de la cama, pero segundos después abandona también la estancia.

Galán recorre el pasillo y desemboca en una sala donde reina un sofá de tela color ceniza situado frente a una televisión de plasma empotrada en la pared y protegida por un rectángulo de metacrilato. La luz roja de la tele le dice que está enchufada, pero al barrer la estancia con la mirada no ve ningún mando a distancia; no hay nada más que un austero mobiliario en una zona que parece ser común para los internos. Se gira y escudriña las esquinas de la sala y del pasillo; encuentra tres cámaras con el piloto encendido y comprende que les

están viendo desde todos los ángulos a través de un circuito cerrado. No tiene tiempo para duelos ni lamentos, necesita pensar rápido y que la irresolución de sus compañeros borbotee evaporando el letargo que los adormece. ¿Por qué están tan alicaídos? Necesita tenerlos activos para defender lo que les pertenece y les han robado: su libertad. No está dispuesto a dejar que se le escurran los días de las manos como ha hecho los últimos años, pasando por la vida con el pulso constante. Gira la cabeza y mira a sus compañeros: los tres están tras él, esperando que les den alguna respuesta. La tele se enciende y él se gira hacia ella.

Aparece una grabación suya en primer plano con un mensaje claro: «Soy Antonio Galán. Estoy a punto de someterme a una intervención. No puedo decir mucho más, tan solo que he accedido por mi propia voluntad a hacerlo. Pase lo que pase, no debo tener miedo; nadie me hará daño». Tras la suya, se emite la misma grabación de Laura, de María y de Francisco, en ese orden. La grabación desaparece con la misma intensidad turbadora que cuando ha aparecido: dejando un áspero silencio.

—¿Qué coño es esto? —pregunta Laura con un grito ensordecedor.

Laura está fuera de sí. Camina a paso vivo por las estancias; recorre el pasillo, investiga el baño, el resto de habitaciones de sus compañeros y la habitación del fondo, la que aún no había visto ninguno de ellos. Ella no lo recuerda, pero es allí donde estuvo atada hace unas horas.

Antonio Galán intenta tranquilizarla, pero solo consigue que le dé un empujón para apartarlo de su camino. Mientras deshace el camino y se dirige de nuevo a la sala común, donde se ha reproducido la grabación, va desafiando a cada cámara que encuentra a su paso, clavando la mirada en ella. Se detiene y limpia con la mirada la estancia. No hay mucho más allí, ningún objeto además del sofá y la televisión. Nada que le sirva. Acaba de ver una puerta al fondo a la izquierda. Galán la mira y se adelanta; la mujer de la que ni siquiera conoce el nombre ha erupcionado y esa lava que desprende de sus ojos, de sus movimientos y de sus intenciones puede quemar todo lo que encuentre a su paso. Tiene que adelantarse a ella y prevenir algún accidente. Por eso aprieta el paso y la rebasa, colocándose frente a la única puerta que les falta por abrir.

Cuando acciona el pomo y pasa a la sala, enseguida entiende dónde está: es un *office* de personal al uso, no le cabe la menor duda. Debe tener unos quince metros cuadrados y está presidido por una mesa de madera con cinco sillas de plástico; a la derecha, se encuentra la nevera anexa a la encimera, que en su otro extremo desemboca en un fregadero, con muebles bajos de puertas y cajones. Sobre la mesa hay un plato de plástico con algunos azucarillos en sobres, mermeladas y

mantequillas individuales; también un taco de servilletas blanco ordinario. Abre la nevera y encuentra tres botellas de agua y algunos zumos y yogures caducados. En los cajones, menaje de plástico, y en el mueble de puertas, briks de leche caducada y más azúcar y sacarina sin orden ni concierto. Sin duda, hace tiempo que allí no habita nadie. Si es que algún día alguien habitó el lugar. Además de la puerta de la entrada, hay otra al fondo, a la que se acerca para intentar abrirla, pero está cerrada. Eleva la cabeza y no ve ninguna cámara. Cruza la mirada con la mujer y la ve destilando rabia. Si entendiera el tanto que acaban de marcarse, seguramente disolvería su enfado. La mujer sigue a su lado, respirando acelerada, con las costillas despegándose del cuerpo en cada inhalación y el aire entrecortado saliendo a trompicones en cada exhalación. Francisco Vega y María Castillo están fuera del *office*, simplemente porque el espacio es reducido, pero activamente dispuestos a colaborar con Antonio Galán. En cambio, la mujer parece cocinar su propio plan. Se mueve rápida, impaciente, de aquí para allá y busca con la mirada objetos por todos lados. Coge una silla y camina ligera, dando largas zancadas. Empotra la silla contra la primera cámara que encuentra a su paso: la del pasillo. Antonio corre hasta ella, forcejean y consigue arrebatarle la silla.

—¿Qué haces? No puedes romper las cámaras —le reprende, pero la mujer sigue tan fuera de sí que sus palabras son un eco silencioso para ella—. Has visto nuestras grabaciones: no tenemos que ponernos nerviosos, eso no nos ayuda nada. —Mira la cámara y ve que sigue intacta—. Además, es antirrotura.

Ella le mira con recelo y se marcha a su habitación. Francisco y María se acercan a él y lo miran en silencio; Antonio acaba de desplomar su cuerpo en el sofá: está abatido. No sabe si va a tener fuerzas para trasladárselas a sus compañeros.

María se da la vuelta y camina hacia el pasillo hasta que rompe con un grito el silencio. Antonio Galán y Francisco Vega se giran y las ven: la mujer ha roto el cable del timbre de llamada de su habitación y ha rodeado el cuello de María con él. Tiene los ojos como barrenas: piensa poner orden. No le va a temblar el pulso si tiene que apretar el cable. Necesita saber qué está pasando. Está demasiado nerviosa como para aguantar la situación.

María plañe. La mujer comienza a empaparse en sudor: no consigue enfocar la visión, está perdiendo el control sobre sí misma. En cuestión de segundos, el corazón comienza a lanzarle redobles que le arrancan el aire y le oprimen el pecho, y el temblor de las manos le dificulta mantener la cuerda alrededor del cuello de la improvisada rehén. La mujer suelta a María y se arrincona contra el sofá, dejando caer su cuerpo hasta que toca el suelo. No tenía otra opción: el cuerpo no le responde, apenas puede respirar y tiembla fuerte, muy fuerte.

Antonio se acerca a ella, empuja con el pie el cable que ha tirado al suelo para alejar el peligro y le toma el pulso. No tiene instrumentos para atenderla, pero a simple vista le parece que la tensión y la ansiedad se le han disparado. Por suerte para todos.

La mujer sigue tensa. Galán tiene que conseguir que rebaje la angustia que cabalga sobre su mandíbula, por eso le hace unos ejercicios para rebajar la ansiedad. La intensa coloración de su cara brillando bajo un manto de sudor resbaladizo va dando paso a un rostro seco de Pantone ruborizado. Se siente patética: ese angulado arrebato no le ha servido para nada más que para alterarse sin conseguir nada a cambio, aparte de infundir miedo entre tres personas a las que no conoce. Sigue con el cuerpo apoyado en el sofá, envuelta en un silencio clandestino, sin recordar que, hasta hace unos días era la reportera del programa televisivo *trending topic*.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Galán, surcando el silencio.

—Laura Hidalgo —responde. Francisco respira tranquilo al agotar la espera y descubrir que su nombre tiene doce letras; una docena siempre es buen número—. Soy periodista. Trabajo como corresponsal en otro país. Estaba pasando unos días en Madrid, con la familia…

—Enhorabuena, yo me estoy preparando para ser jueza, pero creo que ahora no nos sirve de mucho saber nuestras profesiones —se presenta María.

—Lo siento. Perdona mi arrebato.

María acepta las disculpas con media sonrisa, pero no por ello la mujer ya con nombre deja de sentir que se le escapa el aire de los pulmones, como un globo agujereado por varias zonas. Que los han encerrado es un hecho tangible y también lo es que no puede desprenderse de la aplastante sensación de ser una bola de demolición que, colgada de una grúa, se mueve de un lado a otro, derrumbando todo a su alrededor. No era eso lo que pretendía con su numerito: solo quería llamar la atención de quien sea que les haya encerrado. No le ha bastado con verse a sí misma a través de una grabación diciendo palabras tranquilizadoras. No recuerda nada, y la sensación es tan desagradable como respirar bajo la arena. De repente, siente que sus intenciones se inclinan en una pendiente empinada que se le echa encima, mientras rezagada espera encontrar la conexión con las personas que están allí con ella. Quiere saber más de ellos, necesita información; quiere comprender lo que de ninguna manera entiende ahora.

—Necesito estar sola, lo siento. —Se marcha a su habitación Laura.

Antonio Galán levanta la cabeza en busca de un futuro imperfecto que pretende encontrar en la cámara que observa de frente. No es así como le gustaría hacer las cosas, pero sabe que debe dar pasos tibios para conseguir su objetivo: salir de allí. Cuando baja la mirada

lacerante enganchada de la cámara y mira a Laura, ella comprende que el médico que la ha auxiliado, aunque parezca el líder de la manada, busca refugio, se siente indefenso, como los demás. Aunque intente ocultarlo.

12

EN NINGÚN RINCÓN DE LA NORMALIDAD

Día después de la intervención (por la mañana)

Una nube de cortisol se queda flotando en el ambiente cuando Laura se marcha a su habitación con vergüenza y una sensación de sinsentido rebotando en la mente. Mientras tanto, Antonio Galán y María Castillo se sientan a hablar en el sofá de la zona común. Francisco Vega camina pausado, examinando cada estancia, escudriñando cada recoveco, poniendo el oído de vez en cuando en la conversación de María y Antonio. Como médico que es, Antonio sabe que lo que les está pasando no entra en ningún rincón de la normalidad. No es diligente dejar que un paciente se despierte de una operación solo, sin un sanitario que compruebe que está orientado, que no ha perdido la movilidad, que no hay ningún daño inesperado y que está tranquilo. Habla pausado, a pesar de estar devanándose los sesos para buscar una explicación a lo que ha pasado y a pesar de tener los nervios erizados y la rabia contenida en la punta de la lengua. Lo disimula perfectamente. Sabe que tiene que dar ejemplo, hacer que sus compañeros mantengan la calma; si no, todo irá a peor. Tiene que dar con la causa del encierro, aunque no recuerde cuándo y por qué le encerraron. Y es precisamente de ahí de donde tira para dar con la respuesta; el hecho de que no recuerde nada tiene pocas explicaciones: podría ser debido a un daño cerebral, a una cirugía mayor o incluso a una cirugía de cerebro.

La primera opción la descarta; si hubiera tenido una conmoción cerebral le habrían intervenido de inmediato, en caso de ser posible, claro, y no habría estado en disposición de grabar ese vídeo. Por lo tanto, no, eso no puede ser. Por otro lado, sería tan improbable como doblar una hoja de papel ocho veces que cuatro personas tuvieran a la vez un daño cerebral y les hicieran una intervención que desembocara en ese encierro.

En cuanto a la segunda opción, es imposible que les hayan sometido a una cirugía general: los cuatro están campando a sus anchas sin ninguna limitación ni signos de una reciente intervención en alguna parte del cuerpo, a excepción del escritor, que cojea.

Por último, si les hubieran realizado alguna craneotomía, la incisión de la cabeza tardaría algunas semanas en cicatrizar, tendrían un postoperatorio vigilado en una sala de reanimación y les habrían afeitado la cabeza.

En el vídeo, hablaban de someterse a una intervención. Por lo tanto,

la única hipótesis que le queda es que les hayan realizado alguna intervención de forma ambulatoria. Usando una técnica nada invasiva, que no les haya generado efectos secundarios, como podría ser un dolor intenso.

No había pensado en otra posibilidad: tal vez tuvieran un tumor cerebral. En ese caso, les podrían haber aplicado alguna técnica tan reciente y experimental que se le escape del conocimiento. Eso sí podría explicar que haya cuatro sujetos con un mismo problema; cuatro personas en las que no se ha expandido el cáncer. ¿Sería eso? ¿Les podrían haber hecho una intervención pionera basada en electroestimulación o en algún tipo de terapia inmunomoduladora? Pero lo que sigue sin encajarle es: ¿por qué no les han dejado explicar en el vídeo por qué están allí, por qué les han privado de tener contacto con el exterior?

—No sé qué pensar, María. Lo único que sabemos es que nos hemos sometido a una intervención y que todos dimos nuestro consentimiento.

—¿Crees que nos han hecho lo mismo a todos?

—Estoy seguro, tengo la sensación de que somos conejillos de Indias por una misma causa o porque nos han aplicado una misma técnica; pero no consigo recordar nada. Así no voy a poder sacar conclusiones.

***

Al otro lado del observatorio, desde la sala de reuniones, los investigadores siguen por las cámaras los movimientos de todos los sujetos y los escuchan con los cascos puestos. Todos, pero sobre todo el doctor Suárez, respiran porque Laura no está muerta. Por fin se ha despertado, y ¡menudo despertar! Aunque por un lado se vanaglorian, ha sido una suerte que a Laura le diera un ataque de ansiedad. Gracias a ello ha soltado la cuerda. No quieren ni imaginarse de qué habría sido capaz con lo neurotizada que estaba. Habrían tenido que hacer algo para impedir que les hiciera daño a los demás y eso habría generado un conflicto aún mayor. De todas formas, ese arrebato les ha desconcertado en cierta medida: no saben si ha sido impulsivo o algo premeditado, ideado rápidamente, con el fin de tantearlos, de medirlos, para saber hasta dónde están dispuestos a llegar. Los sujetos han entendido que nadie les va a hacer daño, pero es previsible que usen esa información para ponerlos al límite y provocarlos. No habían contado con que ese mensaje, que tiene intención de tranquilizar, pueda acabar convirtiéndose en su talón de Aquiles, en el punto débil por donde les pueden atacar los sujetos.

Por otro lado, el médico Antonio Galán está haciendo asociaciones rápidas; no tardará demasiado en descubrir la causa de la pérdida de memoria. Por lo poco que han visto los investigadores, no parece que

ninguno esté fingiendo: realmente no recuerdan haberse sometido a la cirugía. Y eso no debería haber pasado en caso de que la intervención hubiera ido bien: tenían que borrar solo el acontecimiento traumático, no toda la memoria.

Los cinco se colocaron los cascos cuando vieron a Antonio Galán despertarse, y de eso ha debido pasar una hora ya. Ahora, que parece que están más tranquilos, Suárez tiene que organizar a su equipo. No le gusta que sus trabajadores se le escapen de la sala de reuniones, como antes ha hecho Peter.

Todos están atentos, observando y escuchando para poder elaborar hipótesis y arreglar el desaguisado que él ha provocado. Tienen las zonas controladas por medio de las cámaras, excepto ese maldito *office*, diseñado ahí por la necedad colectiva de arquitectos ajenos que decidieron meter una sala de personal dentro de la zona hospitalaria de pacientes, por no consultar. Ahora se les presenta un problema: tienen un espacio muerto, sin micros ni cámaras, y, aunque no es culpa de ninguno de ellos, Suárez habla como si lo fuera.

—Haced algo con ese *office* —dice mientras camina hacia la mesa, donde suena el teléfono. Está esperando, envuelto en sudor, la llamada de la sexta persona que forma parte del estudio; sabía que tendría que enfrentarse a ella más temprano que tarde—. ¿Sí? —pregunta al descolgar con esas dos sutiles letras que no necesitan anticipar una presentación de cara al público. Esa extensión la conocen muy pocas personas.

—Esperaba una llamada de buenos días.

—Perdone, Plaza, ya sabe que estamos liados.

—Por eso mismo… Bueno… al grano, ¿para cuándo descorchamos el Château Latour?

El silencio se cuela entre ellos.

—¿Qué ha pasado? —El aire divertido de la pregunta anterior ha pasado a displicente.

—Nada, nada —disuade el doctor Suárez—. Es solo que necesitamos más tiempo. Ya sabe, Plaza, que prefiero tener los datos sólidos.

—Sólidos, dice. —Apenas se escucha la respiración de Plaza—. ¿Qué los tienes, en estado gaseoso? No me hagas perder el tiempo; hazme un favor a mí y, ya de paso, háztelo a ti. —Suárez no responde—. ¿Por qué no haces un poquito de memoria y recuerdas la cantidad de veces que el nombre de mi laboratorio ha estado en tus estudios? O el dinero que hemos anticipado para avalar tus prácticas… Y esta, mira por dónde, seguramente va a ser la última. Aun así, te voy a dar un consejo: no me hagas perder el tiempo. Mañana —estira la palabra— te vas a encargar de que los datos salgan a la luz. Ese era el trato inicial y va a ser el trato final.

—Es poco tiempo, no puedo salir ahí fuera a contar…

—Cuarenta y ocho horas, no me hagas más regateos, ¿de acuerdo? Que no vendo alfombras bereberes. —Cuelga.

Manuel Plaza intenta atemperar sus nervios; le da la sensación de que Suárez le oculta algo. En poco lo averiguará: la impaciencia puede jugar en su contra si se subleva ahora. No está dispuesto a que Suárez lleve las riendas de esta investigación; al fin y al cabo, es él quién ha hecho la mayor inversión, es él quien ha estudiado el fármaco y quien necesita que los resultados salgan ya a la luz. Juguetea en su mente con la imagen del doctor ingiriendo una cucharada de canela y tragándosela sin toser; al menos es más decoroso que forzarlo a encajar la ruleta rusa. Espera que Suárez no pretenda hundirle.

Manuel Plaza ha sobrepasado los sesenta y algunos límites más, pero aún en situaciones como esta sigue acordándose de su padre. Al final tenía razón: él es su carne de reemplazo; con los años uno se vuelve ávido, disimulando besos de judas a su alrededor. Si lo tuviera enfrente, no le reprocharía su falta de apoyo para estudiar el doctorado o el hecho de no haberle querido pagar el máster cuando terminó la carrera de farmacia. Más bien, le daría las gracias por ponerle a la cabeza de Alfalobul Spain S. L., la pequeña empresa farmacéutica que heredó de él y que, a día de hoy, gracias a su trabajo, ha expandido filiales por casi todo el mundo. Solo tenía veinticinco años cuando asumió el puesto de director responsable y decidió atajar su motivación por la ciencia, estudiando y patentando sus propios medicamentos. Nada de seguir con el legado de su padre, con el que se dedicaba a plagiar los excipientes y principios activos de medicamentos que estudiaban otras farmacéuticas y que no le quitarían de pasar las nochebuenas haciendo guardias en una farmacia de barrio o teniendo que hacer triquiñuelas con el auxiliar de turno, subarrendándole el pago de la turnicidad. Por eso reconvirtió Alfalobul; porque, al final, lo que hacía su padre eran cosas de fané de tomo y lomo.

Cuando inauguraron el Instituto Vallejo Ruiloba, manifestó su interés de colaborar en experimentos conjuntos con el jefe de servicio del área de investigación, el doctor Suárez, que era conocido por su meticulosidad con la burocracia, sus equilibradas formas y su intacta y crecida huella laboral. Era un referente que le permitiría seguir en su escalada de posicionamiento como industria fiable y potente.

Los psicofármacos siempre le habían dado mucho dinero y estaba previsto que la curva siguiera en ascenso. Por eso, cuando Suárez le planteó el último estudio, Plaza no se lo pensó, a pesar de que fue la única vez que el médico le pidió algo a cambio. Sabía que, si la psicocirugía funcionaba, sería cuestión de tiempo que el resto de hospitales pidieran su colaboración. Y si un simple antipsicótico inyectable costaba casi mil euros, él también podría permitirse ajustar

el precio al antihistamínico en modalidad de amnésico como creyera conveniente. Esa cantidad, multiplicada por las veces al día en que neurólogos o psiquiatras formados aplicarían la técnica en diferentes hospitales del mundo, sumaba una buena cifra. Todo estaba controlado: los psiquiatras habían hecho una perfecta selección de los candidatos atendiendo a la posterior difusión del estudio; y al resto de laboratorios de la competencia les pillaría desprevenidos el tanto que se iba a marcar. Sería el único del sector investigando la histamina aplicada como neurotransmisor. Toda esa cadena de ganancias era la que le había hecho tomar la decisión de participar en el experimento: al menos, fue la causa de cara a la galería, la que le dijo a Suárez.

Suárez ha colgado, pero sigue clavado al lado del teléfono repasando los pasos que han dado. Belinda, que le mira, sabe que el que ha llamado era Manuel, Plaza para los demás. ¿Quién si no iba a dejarlo con esa mirada exiliada? A Suárez le ha quedado claro que tiene pocas horas para dar con la solución, pero para eso primero tiene que encontrar el problema. No pueden haber errado en la técnica; para un neurólogo no es problema poner una inyección en un espacio lleno de líquido que cubre el cerebro: aplicar una inyección intratecal es de lo más sencillo del mundo. Por otro lado, el error en la dosis tampoco debería ser el problema: era Plaza el que se había encargado personalmente de estudiarlo y prepararlo. No le queda más opción que volver al primer pensamiento: al que le dice que hay un topo. Belinda tiene que ayudarle a dar con él. Siente haberla metido en todo esto, de verdad que lo siente, por eso le dedica una mirada exculpatoria que ella acoge agachando la cabeza. Para Suárez, la victoria que pretendía celebrar en unas horas se ha convertido en un espejismo de una técnica pionera, rápida, aséptica y eficiente. Tiene muchas dudas de que el estudio acabe bien. Se gira y camina hacia la puerta, coge la chaqueta y les informa de que va a salir un momento. No espera a escuchar la respuesta antes de cerrar la puerta.

Camina por los pasillos del Instituto con la mirada clavada más allá del suelo y con la sensación de pisotear cada una de sus esperanzas a paso titánico, cual gólem de piedra. Coge el ascensor y baja hasta la planta menos uno. Deja atrás a dos compañeros que toman su café junto a la máquina expendedora, se cruza con la jefa del laboratorio y le dedica un vago saludo con la mano. Pasa la Unidad de Estadística y después Ensayos Clínicos. Acaba de pararse en seco frente a la puerta que da acceso al Biobanco. Hace ademán de entrar, pero aborta la idea: no está preparado para hacerlo, ahora no es momento de encajar los resultados de *esa* prueba. Vuelve sobre sus pasos, pero esta vez no toma el ascensor. Decide subir por las escaleras una planta y sale a la calle con la certeza pegada al cuerpo de que no le ha servido de nada enfrascarse en su cinismo, bajo la sombra de una vida

inmaculadamente maquillada.

Cruza a la acera de enfrente y entra en la cafetería La Estrella. Se acerca a la barra y le pide a la camarera lo de cada día. Le gustaría haber sido algo más cercano con ella; hace cinco años que cada mañana va allí a tomar café y solo sabe que la llaman Maca y que es andaluza. Ni siquiera sabe de qué parte, aunque deduce por el deje que de algún pueblecito del norte de Andalucía. Debe tener poco más de cuarenta y está casada: lo sabe por su alianza. Coge el periódico de la barra y se lo lleva a la mesa de siempre. Disuelve en las noticias sus pensamientos hasta que la camarera le trae el café y él lo agradece con un gracias y una sonrisa que estira a ambos lados de la cara. Debería hablar con ella, le apetece hacerlo. Vacía de un trago el café en su boca y mira el reloj: dentro de la anormalidad que le envuelve, ha bajado a desayunar a la misma hora de siempre. Camina a paso vivo hasta la barra, pide la cuenta, rebusca suelto en su pantalón y deja sobre el platillo el importe de las consumiciones y la propina para la camarera. Tiene prisa, pero hoy se va a tomar unos segundos antes de salir de allí: debería empezar de una vez por todas a hacer las cosas bien para con las personas que le rodean.

—Maca, ¿verdad? ¿Qué tal? Soy Alejandro, trabajo ahí enfrente.

—Lo sé —responde con ojos pícaros.

—Tengo que volver al trabajo. Encantado de ponerte nombre, Maca.

Quiere saber cosas sobre esa mujer, quiere preguntarle si recauda mucho dinero al mes de bote, si le paga bien su jefe, si tiene hijos y dónde nació, pero las palabas se le atraviesan en la garganta y las prisas le atropellan; debe volver al Instituto.

Ya en la calle, mientras espera a que el semáforo se ponga en verde, un coche se le sitúa al lado. La ventanilla trasera se baja y una voz sale a buscarle. Es la voz de un ser inerte con mirada de león salvaje. Un tipo que más bien parece una bolsa angosta que se inflama y se llena de suciedad. Algo fácilmente extraíble sin lo que se puede vivir. Un hombre al que tiene tomadas las medidas: Roberto Rojas.

—¡Suárez! ¡Qué casualidad! ¡Suba al coche y hablamos un rato! —Suárez sabe que con él las casualidades no existen, por eso le obedece y sube al coche—. Mira que tiene un culo magnífico —dice el hombre cuando Suárez se coloca a su lado en el asiento trasero del coche oficial; mientras sube el cristal de la ventanilla sigue con la mirada enganchada en Maca, quien continúa trabajando ajena a lo de fuera—. Le quedan… unos cinco añitos para que empiece a estar flojo y en forma de cascada, ya me entiende… —El semáforo se pone en verde y el coche retoma la marcha—. Pero dejemos de hablar de mujeres. Cuénteme, ¿en qué anda metido?

Suárez sabe que no puede mentirle. Está claro que sabe algo; de no ser así no le habría interceptado a la salida del bar. Pero ¿hasta dónde

sabe? ¿Por qué este interés? No puede ser casualidad que pase por allí… En cualquier caso, Suárez va a ser prudente.

—Bueno… —Suárez titubea. Siente que las mentiras se le resbalan de la cabeza.

—No sea reservado, ya sé que es usted modesto y humilde, pero estamos en confianza. Adelánteme algo…

Rojas saca a relucir sus ademanes superfluos y extravagantes, como esa americana que lleva puesta. Que hable de usted a la gente no rebaja sus malas intenciones de atesorar los logros de los demás, como una musaraña que no para de comer. Hace siete años que es ministro de Sanidad y que pasea frente a los ciudadanos con esa mirada suprema y trufada y su habitual charla incombustible. A Suárez nunca le ha parecido un tipo limpio. Por eso, al recibir cada subvención del Gobierno, se parapeta en un simple «muchas gracias», seguido de un silencio. Un silencio que le gustaría suplir por un «no tengo nada que agradecerle; somos un organismo público que necesita dinero para investigar».

A Suárez le resulta complicado colgarle un solo adjetivo bueno. Es un brillante inepto, un complicado infeliz que se alimenta de su propia vanidad y de sus mentiras; que fagocita su egocentrismo y lo reproduce en tiranas acciones. No es capaz de recordar con cuántas mujeres lo ha visto al lado y tampoco de rescatar de esos momentos un trato amable hacia alguna de ellas.

Nunca olvidará el momento en el que lo conoció. Él hacía unos días que había asumido el cargo de jefe de servicio y por entonces el ministro ya llevaba dos años en su puesto. Coincidieron en un acto político y el director del Instituto, Álvaro Rivera, se lo presentó. Rojas le tendió la mano y la apretó con fuerza mientras clavaba la mirada en él, para, justo después del apretón, acercarse a su oído y recitarle un sinfín de promesas y predisposiciones por su parte para colaborar juntos y empezar con lo que Rojas llamó «actos de ayuda mutua». Desde ese día, entendió que nunca se lo podría quitar de encima. Que el ministro había desplegado sus tentáculos y que parte de la política estaría controlada durante años por un ser irracional e inestable, que tenía como respaldo una fuerza insondable que lo mantendría en ese u otro puesto de mayor envergadura. Que ese hombre se sentaba en la silla del Palacio de la Moncloa cual emperador romano en su trono. Un caprichoso Atila capaz de masacrar la autoestima de cualquiera, y más si era mujer. Un intérprete capaz de opacar durante años su verdadera identidad: un manipulador.

Es una sensación tan vasta la que Suárez siente cada vez que lo ve que no es capaz de explicar lo que haría con él. Sería capaz de vender su alma. Sería capaz de arrancarle de cuajo las ganas de acercarse a una mujer, sobre todo a Belinda. No puede soportar cómo la mira,

cómo se pavonea frente a ella, y lo peor de todo es que no tiene valor de plantarle cara: nunca lo ha tenido y nunca lo tendrá. Para colmo, tiene que aparentar respeto y aprecio a sabiendas de que no hace otra cosa que seguir alimentando su ego. El ministro lo mira y el recuerdo de Belinda vuelve a rebotarle en las paredes del cerebro: no puede seguir mirándolo.

—Entonces, ¿qué? ¿No me cuenta en qué anda?

—Pues ya sabe, Rojas, ahí andamos con estudios sobre el trauma, el uso de los psicodélicos, en fin… Las cosas que cada vez azotan a más personas… —prefiere decirle una mentira a medias.

—Bien, bien. Eso está bien. ¿Y cuándo nos mostrará los últimos resultados?

El móvil de Suárez empieza a sonar y este lo agradece. El coche se detiene en el siguiente semáforo; aprovecha para salir. Ha sido un descuido por parte del chófer no accionar el cierre.

—Lo siento, Rojas, tengo que volver al trabajo, me necesitan —Las palabras le acompañan mientras sale del vehículo—. Nos vemos en otro momento.

Rojas baja la ventanilla e, intentando engullir su orgullo y disimulando la rabia, le dice:

—Da un abrazo a mi querida Belinda. ¡Uno bien fuerte! —le guiña el ojo, sube la ventanilla y el coche arranca.

Suárez intenta soslayar la rabia que le erosiona el estómago; esas palabras tenían carácter de sentencia. Rojas es el hombre de la máscara veneciana, con ese teatrillo de pueblucho luchando por los derechos de los ciudadanos, la equidad y el derecho a la salud. Todo es una burda mentira, el embuste que le permite seguir engañando a todos con esos ademanes superfluos que esconden la aversión que siente hacia las mujeres; es un cínico. Retira la mirada del vehículo que se aleja y camina con el paso apretado las dos manzanas que el coche le ha separado del Instituto. Al llegar se cruza con Javier Ramírez en la puerta.

—¿Dónde vas, Ramírez?

—Suárez, tengo que salir un momento. Es un asunto importante.

—No creo que sea más importante que este. Sube. Tenemos que hablar.

13

COMISIONAR CON LOS OJOS CERRADOS

Día después de la intervención (final de la mañana)

Suárez hace subir a Ramírez con la excusa de hablar, pero después ni le dirige la palabra. Pasa la mañana en el despacho y al salir se acerca ladino a Belinda para ver las notas que ha escrito. Al notarlo al lado, tapa el folio, esbozando una sonrisa que esconde la verdad: para ella esto es un tipo de prueba; un examen para conseguir la aprobación del resto del equipo, sobre todo la de Peter y Javier, que son los huesos duros de roer.

—¿Alguna información que nos sirva? —pregunta Suárez, clavado a su lado.

—Laura ha pasado casi toda la mañana aislada en su habitación. Después profundizamos en ella —informa Belinda, quitándose los cascos y dejándolos sobre las notas—. Por lo demás, Antonio y María han pasado un buen rato hablando; el escritor ha estado a caballo entre ellos, la habitación de Laura y el resto de estancias. Antonio Galán ha empezado a conjeturar. No creo que tarde demasiado en descubrir lo que pasa. En cualquier caso, todos han dado pequeñas migas de información sobre su vida. Parece que, efectivamente, no recuerdan nada. Con los datos que han dado y lo poco que sé de ellos, no me puedo aventurar a decir que sean exactamente los últimos cinco años los que hemos borrado de su memoria.

—Entonces, ¿podemos empezar con el plan Munchausen? —Se gira Javier Ramírez.

—Ramírez… —reconviene Suárez y cede el turno a Belinda.

—Me atrevo a decir que todo está dentro de lo esperado. Cada uno está reaccionando como es: Laura con impulsos, el escritor de forma retraída, María escuchando y Antonio deduciendo —explica Belinda mientras piensa que Javier es como un piojo—. Y, quitando el impulso de la silla de Laura, el resto entra dentro de lo normal.

—¿Lo de que casi ahogue a María lo metes dentro de la normalidad? —apunta Javier.

—Sigue contando —le pide Suárez a Belinda, ignorando la pregunta.

—Parece que se sienten protegidos, que han entendido que no tienen nada que temer; lo del vídeo ha ido bien.

—Eso parece. Nos tendrás que explicar cómo es que preveías que íbamos a necesitar esa grabación —la desafía Peter.

—Peter —corta Suárez, endureciendo el tono—, solo fue un consejo:

nada más. Belinda no tiene la culpa de que la intervención haya ido mal.

—Pero alguno de nosotros sí, ¿verdad, *jefe*? —le provoca ahora Javier.

Belinda corta el cruce de miradas con su explicación:

—Ninguno de nosotros tiene la culpa de nada. Por lo tanto, vamos a seguir analizando a los sujetos en lugar de poner la vista en los de aquí dentro. Bien, dicho esto, empiezo por la joyita: Laura Hidalgo. Diría que aún está impregnada de medicación, lo que puede estar enmascarando un síndrome de abstinencia. Lo hemos hablado Diego y yo cuando estabas fuera. Laura tiene una gran dependencia del alcohol y, con esa retirada brusca de toda la medicación, pensamos que va a tener una escalada de síntomas en cuanto se le pase por completo el efecto del Cóctel Lítico. Hablábamos de que deberíamos estudiar la opción de medicarla. Puede que ese ataque de ansiedad haya sido una pequeña ventana que se ha abierto antes de que rebose todo lo que está conteniendo el cóctel.

—No le daremos la medicación —la sentencia de Suárez no ha cambiado.

—¿Por qué no? —insiste Belinda—. ¡Lo va a pasar fatal!

—Lo sé; tendremos que estar preparados para verlo.

—También tiene una fuerte dependencia a la nicotina —añade Diego.

—Otro mono que tendrá que pasar a pelo. No somos las Hermanitas de la Caridad. Esto es muy serio. No les daremos medicación a ninguno.

—¿Y si se la triturásemos?

—Belinda, lo dices como si fuera algo innovador. Parece que no sabes que los pacientes a los que les metes la medicación en la comida lo que hacen es no comer. Enseguida notan que no sabe normal. Además, ¿para qué? ¿Para crear suspicacias?

—¿Y si le dejamos alguna nota informativa explicando por qué se la damos?

—¿Y si se la va guardando y después hace un atracón? ¿No queremos intentos autolíticos, verdad? —lanza la pregunta con retintín—. ¿No te parece que es capaz de hacer una llamada de atención para que intervengamos?

—Es cierto que es una mujer impulsiva —interviene Diego en defensa de Laura—, pero tiene buen coco…

—Por eso, Diego. Que esta mujer tiene poco miedo a las cosas.

Las opciones que le pasean a Belinda por la cabeza son como un desfile de moros y cristianos, algunas en contra de las otras: dar medicación a Laura, darles a todos su medicación, añadir alguna nota informativa con las pastillas, poner placebos a los demás, incluso

ponerles placebos a todos, incluida Laura, y observar si se guarda la medicación para darse un atracón; en caso de no ser así, podrían darle la medicación. Claro que ya habría pasado al menos un día el mono a pelo. Al final, cree que no interaccionar, como dice Suárez, es en realidad lo más sensato, aunque sigue pensando que le gustaría encontrar una solución para que no tenga que pasarlo tan mal. Cada una de las ideas que viajan por su mente le atirantan las neuronas.

—Por otro lado —continúa Belinda—, me preocupa el escritor.

—¿Qué le pasa al escritor? —indaga Javier. Es su paciente y él lo conoce mejor.

—Pues que no habla, y por lo que veo tiene bien estudiados y controlados sus ademanes. Lo que no diga con las palabras no lo vamos a sacar por sus gestos. Si no se comunica, no vamos a poder sacar mucha chicha. Lo veo impredecible, a la par que con una fría indiferencia que me cuesta creer. Es estudioso y prudente, pero creo que esa seguridad que infunde no es más que un pastiche, un corta y pega de personajes de sus obras.

—Bueno, tú dale tiempo. Le cuesta confiar en la gente.

—Por María no me preocuparía: me da la impresión de que es bastante espiritual. Creo que será el extintor de Laura. Y el que nos queda es el rey; debemos estar preparados para que no se marque un jaque.

—¿Te refieres al médico? —pregunta Diego.

—Te veo puesto, Matesanz —Ramírez le da un golpe en la espalda —. Apuesto a que sabes mover bien tus trebejos. Deja que continúe la dama —le guiña un ojo.

Belinda coge el papel con sus notas y comienza a leer mientras pasea; el sonido de sus tacones hace volar los ojos de Diego, que atraviesan sus nervudos gemelos.

—Antonio Galán es un tipo instruido. Sabemos que dirigía el departamento de cirugía cardíaca del Hospital La Paz y que en sus manos han caído unos cuantos famosos. Aun así, el tipo es humilde y asertivo; ha hecho en poco tiempo que los demás confíen en él. Piensa bien antes de actuar; lo suyo no es moverse por impulsos. Como era de esperar, piensa que está casado y que tiene una hija preadolescente. Eso es lo que le ha contado al resto, lo que nos hace pensar que es la información real que recuerda. *Grosso modo*, es lo que os puedo contar. ¿Algo importante que me haya dejado, Peter?

—Con respecto a lo que has dicho, destacar su meticulosidad. Planifica mucho las cosas antes de actuar. De hecho, sabéis que fue al que más le costó tomar la decisión de formar parte del estudio. Es capaz de diseñar un plan con recovecos inimaginables.

—Por eso creo que no hay que quitarle el ojo de encima —Javier le hace a Belinda un gesto en señal de que queda apuntado—. Aunque

tengo un punto a nuestro favor: ¡los ojitos que le pone la jueza, María Castillo! Si se centra en seducirle, no se centra en escaparse —concluye Belinda, orgullosa.

—Pero ¿no queremos que recobren la memoria? ¿Qué nos cuentas ahora del amor?

—Javier, que una cosa no quita la otra. El médico se va a encargar de empujarlos para que se esfuercen por recordar, estoy segura, pero si rebajan la tensión acumulada, mejor para todos. —Diego acaba de notarlo: Belinda le ha lanzado una mirada provocativa que no sabe cómo encajar—. Creo que con esos datos tenemos suficiente por ahora.

El silencio se extiende por la estancia cuando Suárez se aparta y se instala en sus pensamientos, dando por concluida la reunión. Le gustaría echar marcha atrás y agotar todos los recursos antes de proponer la cirugía a María, en lugar de tirarla al río cargada de piedras, como ha hecho. La intervención debía ser la última alternativa para abordar el fracaso de las anteriores técnicas. Pero, claro, debía llenar el cupo de sujetos experimentales y María era la candidata ideal: una famosa jueza con el diagnóstico que necesitaba. No se quita de la cabeza que tiene que dar explicaciones a la persona que está por encima de él. Por eso se marcha de la sala ensimismado y sin despedirse, para poner fin a esa rumiación en rueda dentada. Minutos después, sale de allí Belinda.

La sala a la que va la psicóloga está tan solo a unos metros del observatorio, en la misma planta. En la puerta hay un cartel que reza sala de reuniones, pero todos allí la llaman «la trinchera». Es un sitio en desuso que se diseñó como espacio de reuniones, pero que ha ido degenerando su uso hasta convertirse en un lugar donde aislarse para reponerse. Tres mesas rectangulares acopladas en forma de hilera y un puñado de sillas de plástico alrededor son el único mobiliario de la sala. Retira una de las sillas y se sienta sobre ella estirando la espalda. Se cruje el cuello y cierra los ojos para dejarse llevar por sus recuerdos. Recordar los momentos que ha pasado con su hijo Ares siempre es una inyección de energía. Parece que lo huele, con solo tres kilos de peso, tumbado sobre ella, piel con piel, buscando su pecho con desatino y con esa carita sonrojada y redondeada, coronada por una mata de pelo negro guerrero. Se le viene encima un manto de nostalgia mientras se arrepiente de no haber podido pasar más tiempo con él, repitiendo esas dos palabras a modo de mantra: mi chiquitín, mi chiquitín, mi chiquitín.

Saca el teléfono del bolsillo y abre la galería de fotos. Busca la carpeta que ha llamado «selección»; es allí donde guarda las imágenes que más le gustan. La primera que aparece es la de su hijo comiendo espaguetis por la nariz; a pesar de que le repitió cien veces que no lo

hiciera, acabó riéndose a carcajadas con las ocurrencias del niño. También mira en la que sale disfrazado de dentista siniestro y en la que aparecen sonrientes, abrazados y felices. En la siguiente se presenta con su madre, la abuela de Ares: Lidia. No puede tener una madre mejor. La mujer la ha criado sola y se ha desvivido por ella lo que no está escrito desde que su padre falleció, es decir, cuando Belinda era tan pequeña que su memoria no fijaba los recuerdos. Sabe que a su madre le hubiera gustado pasar más tiempo con ella, igual que le pasa a ella con Ares, pero era imposible: tenía que limpiar las casas de los demás para pagar la suya.

Cierra la galería de fotos y respira un par de minutos, es la segunda cosa que le llena de energía. Abre los ojos y se levanta de la silla. Tiene que regresar a la sala de reuniones y recordarle a Suárez que revise la documentación: es importante que todo esté en regla.

***

Suárez se frota los ojos; debe tenerlos rojos por no haber descansado y llorosos del concluido bostezo. Necesita recomponerse antes de sobrepasar la puerta de dirección y encontrarse a Antonia, la secretaria del director, quien, aunque siempre tiene una sonrisa Duchenne para dedicarle, no deja de ser la telonera de lo que le espera.

—¡Doctor Suárez!, ¿cómo te va?

—¿Qué tal, Antonia? ¿Podría ver un momento a Álvaro?

La secretaria se coloca las gafas de carey, revisa en su ordenador que no tenga ninguna reunión agendada y se levanta.

—Le pregunto, a ver si puede atenderte.

—Doctor Suárez. —Sale al momento Álvaro y le tiende la mano. Detrás se cuela Antonia, que vuelve a su silla—. Adelante —le franquea el paso hacia el despacho, ofreciéndole con un gesto que elija asiento. Continúa hablando antes de cerrar la puerta tras él—: No he querido llamarte, ya sabía que cuando tuvieras un momento pasarías a verme. ¿Cómo han ido las intervenciones?

—Bien, las intervenciones bien.

El silencio se cuela entre los dos y se estira en todas direcciones. A pesar de haber dicho algo en positivo, su catadura está en negativo. Álvaro Rivera cruza las piernas y se acomoda en su asiento, esperando una visión pragmática de la situación.

—Quiero decir que creo que las intervenciones han ido bien, pero hemos tenido un pequeño problema.

—No entiendo bien qué ola intentas surfear Suárez —le interrumpe —. En cualquier caso, sabes que a veces tendemos a llamar problemas a cosas que no lo son, igual que sabes que lo que me interesa no son los problemas, sino las soluciones.

—Aunque a ninguno nos interesen los problemas, necesito encontrar el error para dar con la solución.

Álvaro Rivera cabecea. Acaba de entender que algo grave ha pasado y, aunque intenta no perder las formas ni el tono, la acatisia de su pie denota inquietud: esa necesidad de moverse refleja el autocontrol que está haciendo. La rabia se acaba de materializar en una desazón que le quema las costillas, la cual escala del estómago a las mejillas y dibuja al final de su estela escapes de fuegos artificiales que se difuminan por sus mejillas, como si se hubiera atiborrado de petardos. Está a punto de estallar; Suárez lo conoce y sabe leer sus gestos. Le explica el plan de Belinda, el que han puesto en marcha, mientras es consciente al recitarlo de lo absurdas que suenan las palabras al salir de su boca. Mientras tanto, Álvaro Rivera lo escucha cruzando las piernas de un lado para otro, movimiento que acompaña con unas sonoras respiraciones que le anticipan lo que viene a continuación.

—¡Prepárame toda la documentación! —Un aforismo de jefe imposible de evitar—. Voy a revisarla. Y revierte lo que has hecho: no hace falta que te diga más. Nosotros solo salimos en los medios para dar bombazos, no para que nos desacredite una cagada tuya. Vamos —dice, levantándose con un resorte—, quiero verlo.

Abre la puerta del despacho airado y sale encabezando la marcha.

—Antonia, ahora vuelvo. Anúlame la reunión de después.

En el ascensor, Rivera le busca los ojos continuamente: necesita que entre en el radio de su mirada para recordarle que más le vale arreglar el desaguisado. Suárez analiza la situación: si él está mal, Rivera está peor. Al fin y al cabo, si buscan a alguien, el cabeza de turco va a ser él. El director es tan culpable como él. Si hubiera revisado la documentación no estarían en estas, pero nunca lo hace, por eso Suárez siempre ha tenido vía libre para decidir en qué volcaba su esfuerzo y el dinero de sus patrocinadores. Estas son las consecuencias de delegar y confiar: un jefe nunca debe comisionar con los ojos vendados. Es la conclusión a la que acaba de llegar Suárez, sin ser consciente de que eso mismo es lo que él está haciendo con Belinda.

14

UN ARSENAL DE PREGUNTAS

Horas después del suicidio

—¿Por qué no usas el navegador de abordo?

—Porque no está actualizado. Siempre me mete por donde no es.

—Pues igual nos hubiera venido mejor perdernos; llevamos más de media hora en este atasco. Esto de no poder coger el metro estando de servicio es un fastidio —dice Taura al ver que llevan cuarenta minutos parados en el mismo sitio. Nikki, la voz del GPS, lleva un buen rato sin hablar en el golf negro de Álzaga; ha preferido coger su coche particular en lugar del Alfa Romero 159, el coche patrulla de la policía.

—¡Serás *empanao*! —le espeta con gesto desabrido—. ¿Dónde se ha visto que la policía vaya en metro a hacer los servicios? Ahora me dirás que en tu isla vais en metro… —Para Taura, lo de hacer uso del sistema de trenes urbanos solo ha sido un deseo en alto, pero Álzaga se lo ha tomado al pie de la letra. Claro que entiende que la policía no pueda ir en metro, pero eso no quita que odie los atascos.

Los recuerdos de su tierra anegan a Álzaga. En momentos como este se pregunta por qué cesó tan pronto en su empeño de entrar en la Ertzaintza y abandonó Bilbao, cuando en realidad lo único sólido que tenía era su tierra y su gente. Si se hubiera quedado allí trabajando, no tendría que estar aguantando ahora mismo a canarios como Taura, con esa parsimonia y ese acento medio dejado que se quiere parecer al andaluz, pero que es mucho más fatigado y sin ritmo. Al menos, los andaluces tienen gracia al hablar, pero los canarios no: los canarios lo que tienen es cansancio. Ni siquiera el tarro de mojo picón que le trae Taura cada vez que viaja a su tierra hace que lo vea con mejores ojos. Con esa actitud, el pobre Taura no va a llegar a inspector nunca.

Álzaga mira de soslayo a su compañero; con ese mohín desganado que ha dibujado en su cara, deja claro que no le ha sentado muy bien su respuesta. A pesar de haberle dicho eso, el vasco es fan del metro, porque le recuerda mucho a su ciudad natal.

Ahora que se han puesto en marcha, la voz de Nikki insiste en que tome la segunda salida y él responde bajando el volumen en un gesto autómata. Han pasado algunos años, pero al recordar Bilbao le ha vuelto a atronar en la cabeza ese recuerdo desvencijado. Era un domingo como cualquier otro cuando chateó por WhatsApp con su grupo de amigos: «¡Eh, chicos! ¿Quedamos para tomar unos potes en Bilbao? ¡Venga, vamos! ¿A qué hora quedamos? ¡A la una! ¿Dónde? ¡En el teatro Arriaga! ¡Venga, ahí nos vemos! ¡Agur! ¡Agur!». Aquel

día, Álzaga bajó del metro en la estación de Abando, pasó el puente y llegó al teatro, donde se reunió con los amigos y convinieron ir a Plaza Nueva, que, como cada domingo por la mañana, era un hervidero de gente: había niños intercambiando cromos y algunos señores trocando monedas y, fuera de los bares, adultos con la cerveza y el pincho de tortilla rellena. A pesar de que la lluvia aquel día era fuerte, aguantaron hasta las cuatro; se despidieron y él paró en la pastelería a coger dos carolinas, dos bollos de mantequilla y dos pasteles de arroz. Hacía unos meses que había fallecido su padre y, desde entonces, cada domingo hacía el mismo ritual: después de un mediodía de amigos, visitaba a su madre y tomaban el café con unos dulces. Cuando llegó a casa, la encontró atiborrada de pastillas y con la mirada agotada. Su cuerpo yacía sin vida, recogidito en el sofá.

Ahora que recuerda por qué dejó Bilbao es algo más condescendiente con Taura.

—Mira, Taura, tienes que ir con cuidado con esas cosas que dices. Más te vale hacer puntos para ir subiendo escalafones. Y, con respecto al metro, vale que en tu isla es todo paz y tranquilidad, a mí tampoco me gustan los Madriles, pero es lo que hay. Aquí te comes más atascos que bocatas de calamares.

Taura no responde. Álzaga mira por la ventanilla. Sube la voz de la radio y también la del GPS.

***

No esperaban encontrarse al otro lado de la puerta con una mujer aparentemente mucho más joven, de pelo rubio cenizo recogido en un moño bajo con mechones estratégicamente colocados y una sonrisa estirada a ambos lados de la cara. Aún no se han adentrado en la casa, pero el olor de hogar sale a buscarlos; Álzaga no lo identifica con seguridad, pero le parece una mezcla de jazmín y otra hierba.

—Buenos días, ¿es usted la mujer del señor Suárez?

—Sí. —Su faz se convierte en una cara anime de ojos pesarosos y sonrisa lapidada; aunque no se han presentado aún como policías, sabe que algo malo ha pasado.

—Somos de la policía, señora. —Álzaga muestra su placa y Taura hace lo mismo—. ¿Podemos pasar?

La mujer les franquea el paso, enfundada en un duelo anticipado, y les invita a pasar al salón, indicándoles con la mano por dónde es. Los policías recorren la casa, estudiando la decoración: dejan atrás una vitrina esculpida con dos puertas de mango macizo y blanqueado que contiene piezas de plata en su interior; una mesa del mismo modelo reina en el centro rodeada de ocho sillas. Los cuadros firmados por un tal Ballesteros dan color a las paredes, con esos paisajes al óleo en tonos pasteles. La chimenea que les queda al frente, al sentarse en el

sofá, es de mármol y no hace una función al uso: está cargada de fotos y botellas de vidrio que contienen ramitas de jazmín y manzanilla.

Álzaga espera a que se siente la señora; en momentos como este le gustaría que tomara la iniciativa su compañero, pero sabe que su falta de empuje no se va a solucionar tan fácilmente.

—Verá, señora… —empieza Álzaga y espera a que se presente por su nombre.

—Josefina Palacios; puede llamarme Fina. ¿Ha pasado algo con mi marido? —acierta a decir, consiguiendo con ello desatascar las palabras de la garganta.

—Tenemos que darle una mala noticia, Fina. Su marido ha aparecido muerto esta mañana en el Instituto… —Álzaga lo dice a bocajarro. Ha dado demasiadas noticias malas y sabe que andarse con rodeos no sirve de mucho.

Las lágrimas sobrepasan la barrera de contención de sus ojos y el cuerpo le da sacudidas mientras llora a lágrima viva, escondiendo su cara tras las manos. Álzaga comprende que Josefina Palacios no es de esas mujeres que se quedan en *shock*, sino de las que encaja la noticia de la forma más sana: llorando sin consuelo. Álzaga acaricia su hombro y le concede unos minutos de llanto, que la mujer concluye elevando el rostro y mostrando unos ojos fieros.

—¿Cómo ha sido?

—Fina, ha sido voluntario.

—No puede ser que lo haya hecho él. ¿No ha pensado en mí? ¿No ha dejado ninguna carta? —La voz de Fina se disuelve con la última pregunta que arrastra el final de las dos frases tipo, las que siempre dicen las víctimas.

Fina está empezando a remover el avispero y Álzaga necesita rodearla para continuar el interrogatorio sin entrar en la tarea hercúlea de quitarle de la cabeza su búsqueda de los porqués.

—¿Hizo algo diferente esta mañana?, ¿salió antes de casa? —Decide dejar las preguntas flotando y desviar la conversación.

—No, hizo lo de cada día.

—¿Lo vio salir usted?

—Sí, claro. Le preparé el desayuno como cada mañana. —Se levanta, coge un pañuelo de papel del dispensador de la mesa y se suena los mocos—. Perdonen.

—¿A qué hora se fue?

—A las siete y media, como siempre. Entra a las ocho al trabajo, pero siempre le ha gustado llegar diez minutos antes.

—Fina, tenemos entendido que su marido se jubiló hace algo más de mes y medio. —Las bruscas palabras de Álzaga, en apariencia inofensivas, arrastran desconfianza. ¿Fina esconde algo o realmente su marido no se lo contó? Y, en caso de ser así, ¿por qué le iba a

esconder eso?

—¿Cómo que se jubiló? —se sorprende ella—. No sabía nada… No es posible, él cada mañana se marchaba al trabajo, como siempre…

Los policías aguardan en silencio: le están dando su tiempo. Fina les mira de hito en hito, saltando de uno al otro. Ahora dispararía un arsenal de preguntas, pero elige solo dos de las muchas que le masacran la cabeza.

—¿Dónde pasaba el día? ¿Por qué me escondió algo así?

Los dos policías cabecean, no tienen la respuesta.

—¿Por qué lo ha hecho, inspector?

—Verá, Fina. No sabemos por qué lo ha hecho y nunca lo sabremos. —Pone una mano sobre el hombro de la mujer—. Le aconsejo que no intente buscar las causas que le han llevado a acabar con su vida, porque seguramente nunca las encontrará.

—Pero… él era feliz conmigo. Es cierto que últimamente se mantenía más distante, estaba como más ausente, pero era una racha, pensé que pasaría, como pasaron muchas otras cuando estaba estresado. —Con esa conclusión de Fina, Álzaga no necesita hacerle la última pregunta, la de si había notado algo extraño últimamente.

—Por nuestra parte, Fina —Álzaga se detiene un momento antes de rebasar la puerta y se asegura de que la mujer le sostiene la mirada en un punto de sus ojos—, el caso está cerrado. Recuerde recoger mañana nuestro informe a las doce y el parte preliminar del forense en el juzgado.

Al cerrar la puerta, a Fina se le abre el suelo bajo sus pies y, mientras recuerda la hipocresía de su marido, la engulle y la apuñala la rabia. Se permite llorar con más fuerza. Las dos preguntas que antes le ha hecho al inspector son aludes que la arrollan estrepitosamente: ¿dónde pasaba el día?, ¿por qué me escondió algo así?

15

LO BENEFICIOSO O LO PERJUDICIAL DE LA VERDAD

Día después de la intervención (al medio día)

Laura ha pasado la mañana en la habitación, viendo asomarse de vez en cuando a Francisco, quien merodea por allí como un fugitivo que no se fía de su delator, sin mediar palabra con nadie, con la intención clara de vigilarla, como si se le hubiera embutido en la cabeza que es una loca impulsiva a la que tiene que proteger de ella misma. Al ver salir a Laura de la habitación, el escritor profiere palabras al aire, mientras la sigue con los ojos. Camina desgarbada, con la cara deslucida, el cabello revuelto y los párpados inflamados de soportar tanto llanto, atravesando la estancia común en firme silencio, hasta alcanzar la silla que hace horas ha lanzado contra la cámara y que ahora arrincona para sentarse sobre ella. Francisco sigue entonando sus rimas de poeta desterrado mientras tanto:

—Misma vida, mi misma vida, mejor lo sabe Frida. No andes con pesares, que el camino te llevará a sus lares. Siempre hay un Diego Rivera que te hará la vida llevadera. Busca en los resquicios de tu alma, tu mar siempre estará en calma. Quiérete fuerte y valiente, mi ser así te siente.

—¿Qué hace este hombre? Es un poco extravagante, ¿no crees? —le pregunta María a Antonio al oído.

—Creo que él necesita ayudar a Laura así —le responde entre susurros Antonio.

María tuerce el gesto; en pocas horas ha pasado de admirar a censurar las palabras del escritor. En definitiva, la situación le parece exageradamente rocambolesca y el aire de marchante de palabras que se da el escritor, ridículamente vanidoso. ¿Tiene razón Antonio? ¿El escritor está intentando ayudar a Laura con esos poemas de artista urbano? Además, ¿por qué esa necesidad de protegerla?, ¿y por qué a ella en cambio la mira con pupilas de león desafiante? Francisco le parece cuanto menos misterioso, un tipo excéntrico que se ha paseado durante toda la mañana con una motivación aparentemente fiscalizada y que ahora se viene arriba divulgando un discurso demagógico de Mesías. Parecía que estudiaba a Laura por miedo y resulta que lo que siente es compasión por ella.

Mira a Antonio; no sabe qué tiene ese hombre, pero siente un magnetismo incontenible hacia él. Todo le gusta: esa forma de escuchar pausado, sin emitir juicios de valor contra Francisco, contra ellos, contra la situación. Si se dejara llevar, ahora mismo lo besaría; si

estuvieran solos e hiciera más tiempo que se conocen, si no estuvieran ahí encerrados y, sobre todo, si alguien le asegurase que no se iba a escurrir como una mopa sobre parqué al notarla cerca.

María sabe que no debería seguir alimentando la atracción que siente por Galán con ensoñaciones imposibles. No tiene que buscarlo ni dejar de verlo como lo que es: un compañero de psiquiátrico. Una de las tres personas a las que el destino ha puesto con ella en un mismo punto y unido por un nexo común que desconoce.

Ni siquiera ese pensamiento ha sido capaz de aplacar su hedonismo. Pone su mano sobre la de Antonio y, a modo reflejo, él retira la suya; no ha sido con mala intención, simplemente le desconcierta cómo se comporta María. Reconoce que sus ojos de combatiente erótica le dejan fuera de juego. ¿Acaso no debería preocuparse ella también por entender qué hacen allí? Además, él tiene familia fuera. Tiene una hija y está casado; aunque no sea feliz, le debe un respeto a Paz. Las dudas sobre su familia le aniquilan las esperanzas de salir de allí. ¿Están al tanto su mujer y su hija de su encierro? ¿Estarán entre el público de ahí fuera? Aparta esas dolorosas ideas a manotazos y se centra en coger fuerzas; es lo que necesita ahora. Lleva horas dándole vueltas a la cabeza, filtrando ideas que no consigue depurar. De todo lo que está pasando, solo tiene clara una cosa, y es la necesidad de mantener la calma. Tiene que estar tranquilo para que los demás también lo estén y, para eso, lo primero que debe hacer es aceptar la situación: está encerrado por algún motivo, pero, por suerte, su vida no corre peligro.

—Quien quiera que sea la persona amada, no pierdas la cordura por nada —continúa recitando Francisco—.Tu mente es expansión, quiérete a ti misma con pasión. El amor no se debe a la ambición, más bien a la emoción. —Estira el silencio a la espera de que Laura entienda que intenta ayudarla—: Cuando estás al borde de caer por un precipicio, lo que tienes que hacer es aprender a planear —concluye.

A Laura, esos consejos de pensador renacentista le lapidan el ánimo, consiguen el efecto rebote de lo que pretende el escritor: la tumban en lugar de levantarla. No puede creer que alguien hoy en día hable así, por mucho que sea intelectual, por mucho que sea un famoso escritor. Y, aunque le parece grotesco, no quiere ser grosera; entiende que Francisco, a su manera, le está dando un punto de apoyo para que salte sobre él y lo convierta en coma, pero ¿por qué? Debería centrarse en salir de allí, en buscar la razón por la que está encerrado, como ellos, en lugar de hurgar en desengaños amorosos y en historias ajenas que no le van ni le vienen. Aunque Laura no entienda por qué lo hace, le agradece las palabras con una sonrisa pequeña, de sorpresa indómita. Aunque no puede esconder que está tensa. Coge aire y lo expele con dureza antes de levantarse para ir al baño.

Francisco no aparenta preocupación, y eso les desconcierta, sobre

todo a María. Da la impresión de que no se detiene a pensar en lo que está pasando. Pero todo es pura fachada: lo que le ocurre a Francisco es que, con este zarandeo en su rutina diaria a causa del encierro y la forzosa situación de tener que vivir con personas desconocidas, sus pensamientos se adhieren a él y le muerden. Le gustaría convertir todo pensamiento intruso en efímero y rasurar a golpe de catana una invasión del enemigo, pero no puede. No puede porque ahora no recuerda lo trabajado en terapia durante los últimos años. Por eso, intenta sacudirse los pensamientos a golpe de poema, rebajando así su ansiedad, que crece cuando se mira hacia dentro; por eso necesita poner la vista en los demás. Francisco no puede pensar en él porque corre el riesgo de romperse. De quebrarse. De desgarrarse.

—No consigo hacer pis, ¿a vosotros también os pasa? —lanza la pregunta Laura al aire al salir del baño, cortando de un tajo los pensamientos de Antonio.

Todos responden lo mismo: sí. Y es entonces cuando el médico se da cuenta de algo, pero no lo dice. Ahora empiezan a encajarle algunas piezas: ese aletargamiento, el no haber ido al baño en todo el día a pesar de haber bebido agua, ese mareo que lleva toda la mañana coronando su cabeza; ahora tiene claro que les han sedado después de la intervención. No siente ningún dolor en el cuerpo que denote una posible inyección, pero podría ser por la propia sustancia anestésica, que aún esté haciendo su efecto; eso explicaría que siga tan tranquilo, pausado, adormecido.

—¿Os duele alguna parte del cuerpo? —pregunta.

—No —responden al unísono las mujeres. Francisco niega con la cabeza.

Hace un momento, le ha retirado la mano a María, pero ahora se la busca.

—¿Normalmente tienes la mano tan fría?

—Sí, soy mujer de manos frías y corazón caliente —sonríe, aunque desvanece su sonrisa *ipso facto* al notar la incomodidad del médico—. Era una broma. Sí, normalmente tengo las manos frías.

—Si te sirve de algo, yo llevo todo el día pasando frío —le informa Laura.

—Yo también —le devuelve Antonio.

—¿Qué crees que nos pasa? —pregunta Laura, pero nada más lanzar la pregunta sale corriendo al baño.

—Aún no sé qué nos pasa —informa a María y a Francisco—. Necesito más tiempo para saberlo…

Antonio les ha mentido; ahora tiene claro que les han inyectado alguna mezcla de fármacos: algún sedante, algún anestésico y no tiene claro qué más. Necesita pensar antes de decir nada al resto. Tiene que sopesar sobre si el hecho de hablar será beneficioso o perjudicial para

él y para sus compañeros. Levanta la vista y mira a la cámara; debe recordar que los observan y los escuchan y, quizás, que de lo que diga y haga dependerá el transcurso de los acontecimientos.

Laura sale del baño con el cutis blanco; está pálida y con un temblor generalizado que al médico le asusta. ¿Por qué ella está así y los demás no? ¿Qué le pasa a esa pobre mujer que está a punto de desencajarse y romperse en añicos?

—Voy a buscar un poco de agua —le dice a Laura.

—¿Crees que para la diarrea me irá bien?

—No, pero es lo único que tenemos de momento. Añadiré un poco de azúcar. Al menos te hidratará un poco.

Antonio Galán necesita saber qué va a pasar con la comida, cuándo piensan suministrarles alimentos. En el vídeo ha dicho que no tiene que temer nada; seguramente le han obligado a decirlo, pero de la comida nadie ha hablado. Desde un principio ha dado por hecho que les darían de comer, pero desde que se han despertado no se han llevado nada a la boca aparte de unas pocas cucharadas de mantequilla y mermelada del *office*. Daba por hecho que en algún momento alguien les llevaría comida, aunque ¿cómo harán para dejarles la comida?, ¿quién la traerá?, ¿tendrán por fin contacto con alguien del exterior? En realidad, si quiere comida podría pedirla, podría colocarse ahora mismo frente a la cámara y chillar y pedir y quizás incluso permitirse negociar. Pero no sería buena idea: sus compañeros podrían contagiarse y venirse arriba, sobre todo Laura. La mira; sigue alicaída, sin fuerzas, con el alma desportillada. Necesita alejarse de ellos un momento para pensar, para coger fuerzas y seguir manteniendo la calma, para evitar que sus compañeros empiecen a reivindicar y se acabe desencadenando una batalla campal.

Se marcha al *office* con la intención de buscar un poco de agua para Laura. Pero al llegar se desparrama en la silla, convirtiendo el espacio en un pequeño retiro.

16

HIPÓTESIS

Día después de la intervención (por la tarde)

—¿Qué habéis montado aquí, Suárez, un sucedáneo de Gran Hermano? —pregunta Álvaro Rivera, quitándose los cascos y lanzándolos sobre la mesa—. Tenéis ahí dentro a una yonqui temblando, a un chiflado que no sabe hablar si no es recitando poesía, a una buscona y a un tío ensimismado que parece que es el único que discurre. ¿Qué pretendías con esto, Suárez?

Aunque esté enfadado con ellos, sabe que gran parte de la culpa es suya, por no pedirle el diseño del proyecto ni estudiar la propuesta; por no supervisar los criterios de inclusión ni revisar la documentación del estudio cuando tocaba. Había delegado todo en Suárez a ojos vendados. Suárez abre la boca para responder, pero le hace cerrarla con un gesto.

—¡Ni me respondas! Arregla esto.

Se desabrocha los botones de la camisa, buscando el aire que se le ha compactado con dureza en el estómago, y cruza la estancia. Se despide con un portazo que deja la puerta rebotando sobre el marco. Camina a paso vivo, con los ojos inyectados en sangre; se cruza con Belinda por el pasillo y la ignora. Belinda viene de su despacho; tenía que hacer algunas llamadas: a Manuel, para desahogarse; a Natalia, para pedirle que se haga cargo de Ares esta tarde; y a su trabajo, el otro, el que realmente le importa y que ninguno sabe que tiene.

La mala educación del director no le afecta; al fin y al cabo, se siente como siempre se ha sentido: en el lado de los pacientes. Tiene demasiadas cosas en común con ellos, por eso esta es su lucha, esta es su causa. Y es ahora cuando tiene que demostrar que se puede estar en ambos bandos a la vez. Que no son excluyentes. Mientras enfila el pasillo nota el cansancio en cada paso que da. No es de extrañar: al fin y al cabo, hace más de doce horas que la sacaron de la cama y solo hacía tres horas que se había acostado. La fatiga no le ayuda a ver las cosas con claridad. Incluso se está planteando si tiene sentido lo que ha montado: un operativo a lo sanitario. El agotamiento aplasta la lógica de su plan: ¿qué sentido tenía todo eso? ¿Acaso no había sido una locura encerrar a cuatro personas? Sabe que no debe dar vueltas a nada cuando está cansada, no piensa con claridad, por eso intenta aparcar los pensamientos hasta esta noche. Cuando pueda hablar con su pareja, todo cambiará de color. Entra en la sala de reuniones y Suárez para en seco sus idas y venidas por la sala al verla.

Enseguida comprende que la psicóloga del equipo está empezando a flojear; las dudas la ahogan y la culpa la hunde. Tiene que hacer algo: quiere protegerla, pero a su vez es la levantadora de piedras del equipo y no puede permitirse que flaquee. La necesita bien *ya*. Además, tiene un ultimátum de Manuel Plaza y la orden del director de solucionar el problema, por lo tanto, Belinda tendrá que arreglárselas sola y remontar. Para colmo, un cincel le está grabando en el lóbulo frontal la idea de que hay un topo en el equipo; sigue en esas. Por suerte ha tenido tiempo de elaborar un pequeño plan para hacer que el topo se desenmascare él solo.

—Nos pediste que no dijéramos nada a nadie —le echa en cara Peter.

—Lo sé, pero no me ha quedado otra que decírselo a Álvaro: es el director del Instituto. De buena gana lo hubiera evitado. —Al mirar los ojos inquisitivos de Suárez, a Peter le queda claro que el tema queda zanjado—: He estado dándole vueltas a las causas de todo esto —vuelve a hablar Suárez; esta vez barre a todos con la mirada—. Puede que haya habido un error en la trayectoria que debía seguir el medicamento para llegar al área donde queríamos que actuara. ¿Y si el fármaco no ha ido al hipocampo? —Nadie habla porque ninguno había pensado en esa opción—. La sustancia ha podido viajar hacia otra área, quizás una parte del cerebro desconocida. Tendríamos que empezar por reconocer que desconocemos mucho del cerebro. Quizás, esa parte desconocida, en caso de ser dañada, puede generar algún tipo de daño en el sistema límbico, alterando las emociones. Tal vez por eso María ha tenido esos cambios de humor al principio o puede que por eso Laura esté como una muñeca de trapo. No me refiero a que esté así por la abstinencia —viendo que Belinda iba a replicar, ha preferido adelantarse—: hablo de que está como depresiva.

—Pues eso, por el monazo que tiene… —reprocha Belinda.

—Sabíamos —conjetura Peter, continuando el debate— que se podrían borrar algunos recuerdos; incluso que podíamos generar una especie de daño colateral al borrar el evento traumático, pero nunca pensamos en la opción de que pudiéramos eliminar un trozo de memoria. Se suponía —repasa en voz alta— que el fármaco activaría los receptores específicos del hipocampo, del recuerdo indeseado, y así acabaríamos con él de un plumazo.

—Exacto —secunda Suárez—. Ya sabíamos, como está diciendo Peter, que podríamos extinguir algún recuerdo cercano, pero no la memoria episódica. Por otro lado, tenemos que fijarnos en lo que funciona: lo que no ha sufrido consecuencias es la memoria reciente.

—Podemos estar frente a una neurotoxicidad —sugiere Javier—, por haber suministrado una dosis inadecuada. Eso explicaría la pérdida de memoria.

Suárez mastica las palabras de Javier Ramírez. Si está en lo cierto y hay un daño en el cerebro por una sobreexposición de la histamina, eso le exime a él de la culpa: en ese caso, el culpable sería Plaza, quien ha sido el encargado de fabricar el medicamento. Manuel Plaza podría haberlo hecho adrede, claramente para hundirlo, o por error, y, en ese caso, aunque no pretendiera acabar con él, lo conseguiría igualmente; están juntos en el mismo barco. Además, no debía olvidar que, aunque esa fuera la causa de la pérdida de memoria, había otros frentes abiertos. Por más vueltas que le dé, la conclusión es la misma: está hasta el cuello y sin una solución.

—Yo me encargo de hablar con el laboratorio —dice Suárez, a pesar de que no lo va a hacer. Observar quién se esfuerza por echar balones fuera entra dentro de su plan. No tiene sentido que desde el laboratorio cometieran ese fallo: sin duda, Alfalobul se juega demasiado como para hacer algo así. Además, Manuel Plaza se ha encargado personalmente de crear el fármaco, por lo que es imposible que sea un fallo del laboratorio. Por mucho que le guste la idea de echar las culpas a otro, no es posible—. Y repasaré las pruebas genéticas. Tenemos que volver a revisar cada paso que hemos dado. Voy a revisar las dosis establecidas para cada persona. —Suárez se toma un momento y continúa—: Peter, tú vas a trabajar codo con codo con Belinda. —Ella enarca una ceja y él pone los ojos en blanco. A estas alturas no necesitan disimular nada: son como la lava volcánica y el hielo. Suárez empieza a cocerse por dentro al ver a Javier escribir algo en el móvil; no es momento de mensajitos, tienen entre manos algo muy serio—. Quiero que tú, Belinda, sigas analizando cada gesto de los sujetos: investiga sobre sus vidas, lo que sabíamos y lo que no. Peter, tú la vas a ayudar. Saca información de debajo de las piedras sobre sus historias clínicas, personales y sociales.

Peter asiente; no ve la necesidad de contarle que ya empezó su labor de elefante africano husmeando a hurtadillas en la documentación. Por supuesto, tampoco le va a contar que lo ha hecho por otro motivo: tiene que mantener informada a otra persona.

—Ramírez —continúa Suárez—, tú te encargas de revisar todas las pruebas de neuroimagen.

—Genial, a ver cerebros, muy entretenido… —Coge el boli del bote y hace ademán de hablar; pretende decirle que tiene que marcharse.

—Guarda ese boli, no quiero escuchar ninguna de tus gilipolleces. —Se gira hacia Diego y le habla—: Y en tus manos, Matesanz, queda analizar el uso de la técnica. Haz otra revisión bibliográfica, selecciona buenos filtros en la búsqueda… quiero saber para qué patologías y cómo se ha usado la inyección intratecal, y olvídate de usar la aplicación esa nueva. Quiero una revisión de facultativo, como toca. Ponte en contacto con el centro de investigación biomédica en

red y, por supuesto, sé discreto: ni pío de lo que pasa. Seguimos todos con la boca bien cerrada. —Se permite decirlo de nuevo.

—Suárez, quizás ese ha sido el error —dice Javier Ramírez. Suárez se gira y ve que Javier tiene las manos en los bolsillos del pantalón: ha dejado el boli en su sitio.

—¿Te refieres a usar la técnica más novedosa y menos invasiva? —Los ojos de Suárez se han vuelto fieros—. ¿Crees entonces que hubiera sido mejor hacer una lobotomía y cortar un cacho de cerebro? ¡¿Queremos ser revolucionarios o primitivos?! —Todo su cuerpo es un tanque de combustión.

—Me refiero a que quizás el error fue usar la histamina como neurotransmisor…

—Llevamos años investigando la histamina. Todos —abre las manos mostrando la conformidad del equipo —estábamos de acuerdo en usar la histamina. Hemos —habla más lento y puntualizando con el dedo índice, como hace cuando está enfadado— examinado su modificación al dedillo. Ha demostrado ser uno de los mejores neurotransmisores. Hemos indagado sobre cada una de las moléculas, proteínas y movimientos sinápticos de cada neurona. ¿Acaso has perdido las tuyas? —Suárez acera aún más su voz; a pesar de estar famélico por no haber comido ni dormido desde hace un día, acaba de llenarse de fuerza. Aprieta la mandíbula tanto como sus intenciones y comienza a hablar de nuevo. Esta vez nadie le va a discutir–. Nos organizamos en equipo para trabajar. Cada uno vais a hacer lo que os he dicho. Los turnos son los siguientes: Belinda va a estar todo el día aquí y se va a marchar a descansar por las noches. Nosotros cuatro vamos a hacer turnos de mañana, tarde y noche. Siempre intentaremos ser dos, por eso Belinda dobla turno mañana y tarde. Los demás trabajamos un turno, descansamos el siguiente y volvemos para acá. ¿Entendido? —No da tiempo a que respondan. Mira el reloj: son las cuatro menos cuarto y los sujetos están tranquilos. No es normal un encierro tan descafeinado, con tanta tranquilidad—: Ramírez y Matesanz, iros a casa. Os quiero aquí esta noche para hacer guardia. Ahora me quedo con Belinda y Peter. Nos vemos todos aquí esta noche y hacemos el pase de guardia.

Javier no replica ni le escupe el rencor que siente por haber tenido que pedir un favor a un amigo para que le cambiaran la hora de la ecografía a su mujer, porque, cuando ha salido del Instituto para acompañarla, Suárez le ha echado el alto, para luego no tener la decencia de presentarse por la sala de reuniones en toda la mañana. Su mujer debe estar hecha un basilisco: no le responde al mensaje que le ha mandado diciéndole que tampoco podía acompañarla a la cita de las dos. El que ha sido su verdugo ahora le viene con aires de redentor. No debe perder de vista que no es más que un jefe, quien,

por cierto, desconfía de él. Camina despacio hacia la puerta, con las manos en los bolsillos y la mirada voladiza; ahora ya no importa que corra. Suárez le agarra del brazo y lo detiene antes de que salga por la puerta.

—Por cierto, ¿dónde ibas cuando nos hemos cruzado en la calle, Ramírez?

—Tenía que acompañar a mi mujer a la primera ecografía —hace una pausa antes de decir la siguiente frase—. Espero a mi tercer hijo.

17

LOS LÍMITES INFRANQUEABLES

Dos días después del suicidio

Fina siente tanto dolor en el pecho que le cuesta respirar. Si pudiera elegir, preferiría estar en el velatorio, como ayer, rodeada de flores y viéndolo, no como ahora que se tiene que conformar con imaginárselo dentro de ese féretro de madera, soportando la mirada de todos los que se colocan en la fila para darle el pésame mientras ella agacha la cabeza y cierra los ojos para reposar los párpados.

Javier Ramírez avanza en la fila que se ha formado para darle el pésame a Fina. A cada paso que da, le acompaña un recuerdo del día anterior. Se acaba de acordar de los mensajes de las coronas de fresias, dalias y crisantemos del velatorio. Pero sobre todo del que más le gustó: «Tu mujer siempre te querrá». Sin duda, un mensaje sencillo pero sincero. No puede evitar preguntarse si su mujer le pondría un mensaje así el día de su entierro; tal y como se está comportando últimamente con ella, desde luego no se lo merece. No por asomar en un pequeño rincón de su cerebro ese pensamiento hace la más mínima autocrítica; no piensa cambiar, le gusta su nueva vida. Camina dos pasos y echa la vista atrás: le siguen Diego, Peter y Belinda. No le queda nada para llegar hasta Fina y aún no ha ensayado la frase que le va a decir. Tendrá que improvisar cuando llegue.

—Era un buen hombre, vamos a echarle de menos —le dice cuando la alcanza, mientras ella sigue con la mirada perdida más allá del suelo. Al escucharlo hablar, levanta la cabeza.

Se conocieron ayer en el velatorio, pero Fina ha reconocido su voz. Su marido era reservado con los temas del trabajo y nunca le habló de sus compañeros. De hecho, no conocía a ninguno, excepto a ella: Belinda. Ahora que ha levantado la cabeza, la ve colocada en la fila. ¿Cómo se atreve a venir al entierro? Ayer tuvo la decencia de no aparecer por el velatorio, pero hoy no, hoy ha venido. Ha tenido que entrometerse entre ellos hasta que su marido se ha ido por completo del mundo. Ni siquiera les ha permitido hacer una despedida decorosa e íntima, solos los dos, como siempre han estado hasta que ella apareció. Siente un cálido beso de Javier rozando su mejilla; lo acoge entornando los ojos y vuelve a agachar la cabeza.

Después de él, le dan el pésame Diego y Peter. Tras ello, se retiran. A ninguno de los dos les responde, ni con los ojos ni con palabras. Sabe que cualquier mínimo sonido que salga de su boca hará brotar el manojo de lágrimas que lucha por mantener enterrado. Es lo último que quiere, sobre todo cuando es consciente de quién se le va a poner

al frente ahora.

—Comparto su dolor por el fallecimiento de Suárez. —A Fina le enerva escuchar su nombre en la boca de *ella*—. Era una gran persona.

Fina levanta la cabeza con una fuerza demoledora y fulmina con la mirada a Belinda, que enseguida agacha la cabeza y se retira de la fila. Belinda avanza por la iglesia hasta que alcanza a sus compañeros, quienes musitan en una esquina de la iglesia.

—He visto a unos cuantos periodistas. Me temo que el resto de la colmena está fuera —informa Javier Ramírez a Belinda cuando los alcanza.

Belinda se aparta de ellos y avanza hacia el fondo de la iglesia. Saca el teléfono del bolso y hace una llamada que la lleva a perderse cerca del agua bendita. Termina de dar la instrucción a la persona que está al otro lado de la línea y cuelga la mirada en el recipiente de piedra lleno de agua bendecida que tiene enfrente. Se deja llevar; aún sosteniendo con la mano el teléfono, mete la punta de los dedos de la otra mano dentro de la pila y se persigna a ojos cerrados, permitiendo a la ciencia de la religión en la que no cree que se lleve sus faltas veniales. Vuelve sobre sus pasos y se une a sus compañeros, que siguen apartados en una esquina cercana al vía crucis. Barre el templo con una rápida mirada: la cola que llega a Fina cada vez es más corta.

—Ya está solucionado. Estos abejorros saldrán de aquí enseguida.

Javier asiente aliviado y Peter se alboroza en silencio. Diego está inquieto: se le nota que quiere marcharse de allí cuanto antes; nunca le han gustado las despedidas ni las iglesias ni los falsos besos bajo manto sagrado. Belinda no pierde de vista a Fina; la necesita tranquila, para que Suárez haga su sutil paso de la vida a la muerte, negando el acceso a los periodistas que venían a chupar del néctar en su particular pascua. Está haciendo lo que Suárez quería: ocultar su suicidio y proteger a Fina, evitando con ello que se subleve y lidere una revuelta que acabe en una guerra contra ella. Mientras sigue a Fina con la mirada, nota cómo se le enredan en una madeja de colores y texturas sus sentimientos encontrados: enfrentados unos con otros, como la mujer de Suárez con ella, que, por suerte, parece que ahora ha suavizado algo sus ojos.

—Me marcho. Quiero llegar a tiempo para acostar a mis princesas de Arendelle.

Necesita verlas, eso es cierto, pero sabe que, después de dejarlas dormidas a ellas y a su mujer, se irá a vivir su doble vida: la que ha empezado a engranar hace un par de meses. En algún momento su cuerpo le va a echar el freno, lo tiene claro, pero hasta entonces se ha prometido estrujar cada grano de felicidad; quiere ganar tiempo al tiempo.

Las palabras de Javier arrancan a Belinda de su abstracción y

recuerda que ella también debería marcharse. Aunque Ares esté con su madre, necesita verlo, pasar tiempo con él y dejar de dispararse a sí misma. Necesita irse a casa, descalzarse y tumbarse un rato en el sofá mientras acaricia el pelo de Ares y su madre aprovecha para leer. Cuando se hayan acostado abrirá una botella de vino y se la beberá en tres tragos. Con suerte el alcohol la tumbará y no necesitará recurrir a la medicación para dormir. No puede evitar reprocharse haber retrocedido en su recuperación; no lo quiere llamar recaída. A pesar de que sepa que es «normal» con todo lo que ha pasado últimamente.

—Vete, tranquilo —le reconforta Belinda—. Yo me quedaré un rato y me marcharé también.

La iglesia se va vaciando. Diego y Peter siguen a su lado en silencio, mientras ella mantiene la mirada en la fila del pésame y en los gestos de Fina: rezuma tristeza en su rol de viuda, con una vida que proyecta una soledad infinitamente inclinada. Belinda se pregunta cuál es su función en todo esto. Vuelve a columpiarse en su vacío la madeja de sentimientos. Sabe que el hecho de no hablar con nadie sobre lo último que pasó entre ella y Suárez no la ayuda. A Lucas, su mejor amigo, sí que se lo ha contado, pero a Natalia no; aunque también es su amiga y le tiene plena confianza, aún no se ha dado la oportunidad de airearlo con ella: es tal la vergüenza que siente que, cada vez que intenta contárselo, no le sale la voz.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —le sorprende Diego, que se ha acercado tanto a ella que casi puede respirar su aire. Peter no está; se ha debido marchar sin despedirse de ella, o, si lo ha hecho, no se ha enterado.

—No —replica envarada—. Me quedo un rato.

—Últimamente no te comportas conmigo como siempre…

—Ahora no, Diego. Ahora, no.

Diego sabe reconocer los límites infranqueables de Belinda y sus firmes negaciones. Es mejor no insistirle y dejar el agua correr; cuando dice no, es no. Por eso se encoge de hombros, agacha la cabeza y enfila la iglesia hasta la salida. Belinda lo sigue con los ojos hasta que lo ve salir por el portón de la iglesia. Se sienta a esperar en el último banco hasta que la fila se disuelva por completo; ya casi no queda nadie. Siente de repente las lágrimas agolpadas en los ojos. Sabe que le embiste la tristeza, pero ahora no puede permitirse dejarla salir: tiene que hacerle frente para ir estoica a hablar con Fina. Enjuga las dos lágrimas que se le escapan y nota la presencia de alguien a su lado: es Santiago Rojas. Siente que le tiemblan hasta las pestañas, pero no puede dejar que la presencia del malnacido del ministro la congele como a un rotífero. ¿Qué hace allí? No lo había visto en ningún momento, a pesar de estar controlando continuamente todos los puntos de la iglesia. Hace ademán de levantarse, pero él la sujeta del

brazo y la rebota a su asiento de nuevo. Está cada vez más asustada, pero tiene claro que no va a dejar que la carga de sus ojos la delate. No piensa hablar con él; por muy psicópata que sea, no se va a atrever a armarle un escándalo en la iglesia.

—¿Pensabas que no iba a acompañar a mi amigo en su tránsito a la otra vida? —A Rojas no le pega ese sentimentalismo—. En el fondo nos queríamos, aunque nunca me agradeciera todo lo que había hecho por él. Al final nos ha tenido que abandonar. Una pena, ¿no crees? —La pregunta va acompañada de una sonrisa burlona que a Belinda le repugna.

Ella se levanta con decisión y le atraviesa con unos ojos de martillo percutor. Rojas intenta agarrarla de nuevo, pero le patina la mano y no la alcanza. Belinda camina apurada, con el paso apretado y poniendo cuidado de no tropezar con el reclinatorio del banco. Echa la vista atrás de vez en cuando para controlar a Rojas, quien le va ganando distancia. Ha salido tras ella; ya sabía que no se iba a quedar quieto. Le parece escuchar unas palabras que el ministro musita y que la alcanzan por la espalda como ondas expansivas: «maldita zorra». Enfila la iglesia cada vez más rápido; sale y se esconde tras uno de los portones, conteniendo la respiración. Ve salir a Rojas; se queda clavado unos segundos fuera de la iglesia y mira a ambos lados, hasta que, al final, escoge uno de los caminos de su encrucijada y echa a correr. Al verlo marcharse, azorada, se mete en la iglesia y se topa con Fina Palacios, acompañada del cura.

—Señora Palacios…

—¿Qué haces aquí?

Esas tres palabras son suficientes para que Belinda comprenda que lo sabe: sabe quién es. Le gustaría descubrir hasta dónde sabe realmente Fina, pero debe ir con cuidado. Hoy no es un buen día para ampliar información. El cura se acerca a Fina y le dice algo al oído.

—Tengo que irme, debo enterrar a mi marido. —La firmeza y dureza en su voz han aumentado en la última palabra.

Fina se marcha, dejando a Belinda allí clavada, bajo el manto de una noche a la que le cuesta definir la temperatura de su color; a Belinda, por momentos, le parece cálidamente anaranjada y, por otros, fríamente azulada. Fina desaparece de su vista; va a enterrar a su marido en un íntimo sepelio, acompañada únicamente del sacerdote y del enterrador que la espera allí, envolviéndose de sus recuerdos íntimos de los dos juntos, sin nadie que le robe su momento. Va a enterrarlo para sentirlo más vivo, porque es su deseo y porque, en caso de ser necesario, así, siempre le queda como opción la exhumación del cuerpo: sigue sin aceptar que haya sido un suicidio.

18

MENTIRAS PELLETS

Día después de la intervención (primera hora de la tarde)

Hace un rato que Javier Ramírez y Diego Matesanz se han marchado a descansar, porque esta noche les toca hacer guardia. Peter y Belinda observan desde la pantalla lo que pasa en la zona hospitalaria.

—Voy a revisar la documentación —les informa Suárez.

—Te acompaño: cuatro ojos ven más que dos —se ofrece Belinda.

—No, gracias, Belinda. Quédate aquí, te necesito observando cada movimiento.

Suárez corta sus intenciones de cuajo; no puede permitirse que le acompañe, tiene que solucionar el tema de la documentación para presentársela cuanto antes al director. Va a su despacho, cierra la puerta y se arrincona para hacer una llamada telefónica.

—Buenas, Adil.

—¡Señor Suárez! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, Adil, por suerte. Escucha, ¿podrías conseguirme un documento falsificado?

—¡Doctor! Documentos falsificados son mi ópera prima, ayudaron a expandir negocio. ¿Para cuándo necesita?

—¡Para ya!

—Dame una hora.

—Diez minutos.

—Tiempo es oro, doctor. Oro se paga a buen precio.

—Te doy el doble de lo que me pensabas cobrar, Adil. Mándamelo y tienes el dinero enseguida.

—De acuerdo, diez minutos. Mándame documentación antigua y datos nuevos. Yo hago resto.

Cuesta creer que una persona que no es capaz de articular una frase completa, a pesar de llevar más de veinte años viviendo en España, pueda falsificar un documento a la perfección. Por suerte, no lo va a hacer él; Adil es un mero traficante.

Suárez le envía la documentación por correo, apaga el ordenador y sale del despacho. Cierra la puerta con llave y baja a la planta cero; necesita salir a la calle a recobrar el aire. Sobrepasa la puerta del Instituto. Cruza la calle y se adentra en el bar La Estrella. Se sienta en la barra y espera a que la camarera se acerque.

—Buenos días, Maca. ¿Qué tal?

—Buenos días, Alejandro. ¿Qué te pongo? ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre, gracias. ¿Qué tal, Maca?

—Pues mira —se gira para coger una taza—, hace años que me conoces. Como ves, yo no soy la típica andaluza que habla con todo dios; intento no molestar a los clientes con mis palabras. Pero si alguien me busca, me encuentra. —Pone el café en la máquina y coloca la taza; espera a que caiga el líquido y le lleva el café a Suárez —. Solo te digo… —Le enseña unos sobres de azúcar—. Como siempre, sin azúcar ni na', ¿no? —Suárez rechaza el sobre con un gesto—. Que no quiero aburrirte con mis conjeturas, pero aquel cliente —Eleva el mentón para señalarle sutilmente quien es— no me gusta na'. Lleva toda la mañana picoteando de acá pa' allá con las clientas que vienen. Al final voy a acabar mandándole al carajo. Me está espantando a las clientas fijas. Que yo con estos ojitos lo veo to' y sé que la campana no va a misa, pero avisa. Le veo mu' mala sombra, no me gusta un pelo. Que una no tiene estudios, pero ojo y vista a futuro, sí. Que no te voy a contar mi vida hoy, ya tendremos tiempo, pero que una tiene un trayecto a lomos; que yo salí de mi pueblo bien jovencita y fítetu si he conocido a gente.

Maca se marcha a atender a otro cliente y a otro más; después vuelve y retoma la conversación con Suárez.

—Pues eso, que como te decía, hoy no te voy a conta' mi vida, pero…

Ese breve silencio que hace Maca dejando la frase a medias le sirve como pistoletazo para enfrascarse en una conversación distendida con aire de monólogo. Diez minutos le bastan para contarle que lleva veinte años casada, que tiene dos hijos, uno de quince y el otro de dieciséis años, y que el mayor quiere ser médico y el pequeño aún no se decide entre arquitecto o delineante; que son los dos unos soles con los estudios, pero que «en casa no hacen ni el huevo». Que, en cualquier caso, espera que consigan la beca para estudiar, porque, aunque no tengan que irse fuera de Madrid, las asignaturas son muy caras. También le ha hablado de su pasado; le ha dicho que nació en Hinojares, un pequeño pueblo de Jaén, y que llegó a Madrid hace más de veinticinco años; que siempre se ha dedicado a la hostelería, pero que nunca ha conseguido que la hicieran encargada, a pesar de «deslomarse» por conseguirlo, aunque no perdía la esperanza de ir dando saltos hasta poder montar su propio negocio; y, por último, que, aunque cuando alguien le tira de la lengua tiene carrete para rato, no importuna a los clientes nunca con sus palabras al no ser que ellos tengan ganas de conversación.

—Debo marcharme, Maca. Tengo trabajo, pero ha sido un placer hablar contigo.

—Ea, y yo que pensaba que ser funcionario era agüita pa' mis olivas y resulta que algunos hacéis doblete.

La frase consigue arrancarle una sonrisa a Suárez, quien la mantiene en la cara hasta que sobrepasa la puerta del bar. Vuelve al despacho y comprueba que ha recibido los documentos de Adil. Los abre uno a uno, revisa que todo esté correcto y le envía el dinero en línea; todo en cuestión de minutos. Sale del despacho y coge del archivo el resto de documentación. Lo fotocopia todo y lo vuelve a dejar en su sitio.

El trámite le ha llevado diez minutos, media hora en total desde que salió del observatorio. Al entrar en la sala de reuniones, los encuentra callados. Belinda está con los cascos puestos y Peter revisando un pinganillo. Pero no es así como han estado desde que se fue. A pesar de que son como dos líneas paralelas, y por lo tanto nunca se encontrarán en un punto común, han conversado sobre los sujetos; Belinda ha insistido en la necesidad de que Laura se medique para pasar la abstinencia y Peter ha aprovechado para aclarar que lo que le pasó al despertar no fue un síndrome confusional, y de paso reprocharle que, si hubiera estado en ese momento para verlo, lo tendría claro. A lo que Belinda ha respondido con una sonrisa de medio lado y zanjando la conversación al colocarse los cascos, engullendo las palabras. De eso hace unos quince minutos.

Belinda se gira al ver entrar a Suárez y arrojar la documentación sobre la mesa como quien suelta un fardo; deja los cascos y camina hacia él. Coge la documentación y la revisa con aire curioso y sin mediar palabra.

—Perfecto, todo en orden. Una cosa menos.

—Eso parece. ¿Qué le pasa a Peter?

—El micro que instaló antes —musita— parece que no funciona. —Suárez pone los ojos en blanco—. Lleva un rato enredado con eso.

—¿Cómo sabéis que no funciona?

—Pues —le responde mientras camina hacia la silla— porque el médico lleva un rato en el *office*, pero no se oye nada, ni el más mínimo sonido. No sabemos qué ha estado haciendo. Lleva unos cinco minutos dentro.

—No nos podemos permitir un punto muerto sin controlar. ¡Peter, arregla esto ya!

—Es lo que intento —resopla; solo le faltaba más presión.

***

—Pensaba que venías a buscar un vaso de agua para mí —le dice Laura a Antonio al entrar al *office*; se la ve mucho más relajada y con mejor color.

El médico no responde. Ve pasar a María y a Francisco, quien se queda bajo el quicio de la puerta. Ha estado no más de cinco minutos a solas con su soledad, pero le ha bastado. Ahora tiene claro que les sedaron después de esa intervención de la que aún no sabe mucho. Y,

con respecto a Laura, esos síntomas… la diarrea, la sudoración, el temblor, la ansiedad: no puede evitar asociarlo a una retirada de algún tóxico. No se lo va a preguntar, pero cree que Laura debía tener alguna adicción; además, su impulsividad le encaja perfectamente con ese tipo de conductas. Cuando vea el momento, indagará sobre ello. Cualquier información es buena para llegar a la conclusión que le interesa saber: qué hacen ahí encerrados. Está claro que debe haber un nexo común que los una, pero con los pocos datos que les han dado tiene la sensación de que no va a conseguir llegar a ningún sitio. Por eso necesita a sus compañeros para recabar más información; y por eso mismo va a compartir sus conclusiones.

—Aquí no hay cámaras. —Es algo que descubrió la primera vez que entró en el *office*, pero que no llegó a comentar con el resto—. ¿Sabéis qué significa eso?

—¿Que aquí es donde vamos a hablar con libertad? —indaga Laura.

—Exacto. Lo que sabemos hasta ahora es que nos hemos sometido a una intervención, con la que al parecer estábamos conformes, pero no sabemos por qué hemos perdido la memoria. Porque está claro que la hemos perdido; no recordamos nada de la operación. Lo que me hace pensar que no nos han dicho la causa o, mejor dicho, no nos permitieron decirlo, porque es tarea nuestra llegar a ella.

—¿Estás diciendo que nos han encerrado para que averigüemos por qué nos han encerrado?

—Dicho con esas palabras no tiene lógica ninguna, pero más o menos es algo así.

—¿Y para qué querrían hacer semejante estupidez? —inquiere Laura.

—Quizás porque el objetivo era borrarnos la memoria.

—¿Cómo dices? ¿Cómo crees que voy a dar yo mi consentimiento y voy a grabar un vídeo así para que me borren la memoria? ¿Te crees que estoy zumbada?

—No sé, Laura. No sé hasta qué punto ese vídeo que grabamos era forzado o no. Lo que está claro es que ninguno recordamos por qué nos hemos sometido a una intervención ni lo que ha pasado. Por lo tanto, está claro que la memoria la tenemos afectada. —Ninguno habla—. Además, creo que la intervención en sí no debe ser una intervención: quizás nos han hecho algún tratamiento novedoso, con ondas de choque… ¡Yo qué demonios sé! Pero no tenemos ninguna incisión, ¿os habéis revisado el cuerpo? Porque yo sí, y no he encontrado signo alguno de haberme operado recientemente. Lo único que notaba en el cuerpo eran restos de una sedación. Ni siquiera me duele una zona por un posible pinchazo.

—Pues a mí me duele el culo desde hace un rato —dice Laura.

—Y a mí me molesta por aquí —informa María, señalándose la

parte alta del brazo.

Antonio mira a Francisco.

—Francisco, ¿a ti también te duele?

—Donde a ella. —Aún no es capaz de decir el nombre de María.

Antonio se saca la manga del jersey y busca un pinchazo. Ahí está: minúsculo, sin dolor ni hinchazón. Pasando desapercibido.

—Eso me hace pensar que a ti, Laura, te debieron pinchar la primera. —No sigue la frase, pero empieza otra—. ¡Claro! Te debieron sedar porque estarías nerviosa y, como no te podían controlar, te pincharon en el glúteo. Seguramente a nosotros nos pincharon en el deltoides porque estábamos tranquilos y nos podían manejar. Tal vez estábamos incluso despiertos, ya no sé qué pensar. —A Antonio le está generando angustia ser consciente de que ha hecho cosas que no recuerda. La situación le sobrepasa por momentos. Se abstrae un momento para seguir pensando.

—¿Qué propones, Antonio? —María le trae de vuelta a la realidad con su pregunta. Galán se toma un momento y responde.

—Creo —habla despacio— que lo que queramos saber lo vamos a tener que averiguar por nosotros mismos. Por eso vamos a tener que recuperar la memoria.

—Lo dices como quien apunta tomates para comprar en el súper —le reprocha Laura.

—Ya sé que parece imposible, pero no lo es. Además, debemos tener en cuenta algo: nos están observando, lo que quiere decir que pretenden ver cómo la recobramos. —Se forma una densa nube de silencio—. Creo que tenemos que seguir tranquilos, pero con un objetivo en mente: recordar.

Es consciente mientras habla de que sus palabras no suenan muy médicas ni científicas; más bien parece que dice tonterías. A pesar de haberse expresado con un lenguaje común para que sus compañeros le entendieran, tiene la sensación de que si usara palabras más técnicas ganaría credibilidad. Retoma la explicación, pero con una perspectiva clínica.

—Veréis, si no nos agitamos ni intentamos fugarnos, ellos pensarán que estamos sumisos e indefensos, y eso les hará mantenerse en su zona de confort. ¿Me seguís?

—Lo que dice es así —corrobora el escritor—. Cuando alguien cree que el otro está indefenso, se ve con más poder, por encima de él. Es psicología básica que he usado en algunos personajes de mis novelas —explica.

—¡Exacto! Eso que dice Francisco se llama indefensión aprendida. Les pasa a las personas que sienten que hagan lo que hagan no servirá de nada. Pues bien, es así como nos tienen que ver: indefensos. Tienen que pensar que hemos asumido que estamos encerrados por un motivo

comprensible y que nos vamos a mantener pasivos. Laura —se sitúa frente a ella—: no podemos montar ningún numerito ni intentar escaparnos. ¿De acuerdo? —Laura desvía la mirada, no afirma ni niega nada—. Si nos comportamos de forma pasiva ante el encierro, ellos pensaran que nos hemos rendido, que pensamos que lo mejor es no intentar huir porque no lo conseguiremos. Tienen que creer que estamos sometidos. Por eso os pido a todos —ahora les mira uno a uno — que mantengáis las formas, que no os exaltéis mientras elaboramos un plan de fuga. Solo sabemos que hemos perdido la memoria y lo que está claro es que las personas que están ahí fuera, mirándonos —Francisco dirige la mirada a la cámara del pasillo— y comiendo pipas a nuestra costa, tienen algo que ver. Tenemos que entender por qué nos han encerrado para poder salir de aquí. Lo único que se me ocurre es intentar recuperar la memoria, como os he dicho, mientras nos mantenemos tranquilos y vamos delineando el plan. —No puede evitar usar palabras típicas de su mujer; son demasiados años con ella.

—No sé, eso de quedarnos de brazos cruzados… —se queja Laura.

—Laura —se detiene en sus ojos—. María. —Ahora en los suyos—. Francisco. —El escritor mira al suelo—. Tenéis que confiar en mí. Soy médico y, aunque no he estudiado la mente a fondo, estoy seguro de que podemos dar con la forma de recobrar la memoria mientras esperamos señales del exterior. Además, no tenemos muchas más opciones, no hay una puerta que nos asegure salir fuera. La única opción sería huir por esta. —Señala la puerta que comunica con el exterior del ala de hospitalización—. Está claro que esto era un *office* de personal, pero tampoco sabemos a dónde da. Está cerrada con llave; podríamos probar a manipular la cerradura o tumbar la puerta, pero quién nos dice que no haya otras puertas detrás o que provoquemos algo peor al intentar huir. Además, nos tienen controlados: no llegaríamos más allá de unos metros.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos para recobrar la memoria? —pregunta María.

—Creo que nos ayudaría sentarnos frente a las cámaras ahí fuera, en la sala común, y hablar de nuestra vida. Que nos vean intentando recordar, pero tranquilos. Empezaré yo; me sentaré ahí, en el sofá, y os contaré todo lo que queráis saber de mí, sin tapujos. Quizás recordando pequeños datos, consigamos atraer otros. Los recuerdos llaman a los recuerdos.

—¿Sentarnos a hacer terapia de grupo? —La pregunta de Laura suena sarcástica.

—Laura, está demostrado que el silencio y la tranquilidad mejoran la memoria. El reencontrarnos con recuerdos congelados y fortalecidos nos ayudará. Estoy seguro de que los tenemos; es más —al explicarle esto a Laura, acaba de caer en algo—: puede que ese sea el motivo. ¿Y

si teníamos información de valor y nos borraron la memoria por eso? ¿Y si era importante lo que sabíamos?

Esos pensamientos conspiranoicos sorprenden al grupo. ¿Qué tipo de persona es Antonio? Hablando sobre conspiraciones y mensajes encriptados en su mente… ¿Qué es todo esto?, ¿una especie de computarización de un mundo artificial? A pesar de la catadura de sus caras, Antonio sigue hablando.

—Cuando queramos hablar sin que nos escuchen, diremos «voy a beber agua» y vendremos aquí. Mirad. —Abre uno de los muebles y les muestra los tres packs de agua que hay en su interior—. Es una contraseña segura. Cuando alguno lo diga, los demás vendremos hasta aquí de forma escalonada y disimulada. ¿De acuerdo? —Los tres asienten—. El baño tampoco tiene cámaras, pero si nos reunimos allí llamaremos la atención. Sabrán que estamos tramando algo. Ahora nos vamos: llevamos casi cinco minutos aquí dentro y no nos conviene que nos vean demasiado tiempo juntos, fuera de su ángulo de control. No nos conviene que sepan que hemos descubierto que aquí no hay cámaras, porque lo arreglarán de alguna manera. Iremos perfilando un plan sobre la marcha y cambiando de contraseña para que no nos descubran.

—¿Y qué pasa con la comida? —pregunta Laura—. Me muero de hambre. ¿Se supone que nos tenemos que alimentar de agua, leche caducada y mermelada?

—Voy a pedirles comida. Quiero tantearlos: a ver cómo responden ante la primera petición. Por eso también es importante que no nos alteremos. Si creen que hemos podido articular un plan de fuga o que les vamos a atacar cuando entren a dejarnos comida, no lo van a hacer. ¿Estáis conmigo?

—Estamos. —María es la única que responde, pero entiende que Laura y Francisco también lo están; no les quedan más opciones.

Antonio no las tiene todas con él; ni siquiera él mismo cree en lo que dice, pero es verdad que no tienen muchas más opciones. Francisco le franquea el paso al salir del *office* y se acomoda en el sofá para seguir masticando sus pensamientos y reafirmándose en la idea de que lo mejor es mantener la calma. Sus compañeros no son conscientes de lo que podría pasar en caso de que se agiten, de que intentaran huir: podrían inyectarles medicación hasta tumbarlos, se verían unos a otros con la mirada perdida y la baba cayendo sobre la camisa. Eso, como mínimo.

—Sentaos conmigo. Espero que la comida no tarde demasiado —les dice a Laura y María al verlas acercarse por la estancia. No ha mirado a la cámara ni la ha retado de modo alguno; está colaborador, como sabe que lo quieren.

—Yo espero que tampoco tarde el café —añade Laura y Antonio la

mira con gravedad; no ha sido capaz de callarse, aunque la ha avisado.

***

—Peter, ya sabes qué tienes que hacer. Creía que os había quedado claro que les suministrábamos comida y productos de higiene. ¡Date prisa! Cómprales comida, café y hasta chocolatinas. Los queremos tranquilos y contentos.

Peter se echa a la calle como el cabecilla de un grupo de universitarios en huelga. No le gusta el papel de chico de los recados, pero no le queda otra que obedecer las órdenes de Suárez. Tiene que comprar comida para los sujetos, y estaría bien, de paso, hacerse con un micro nuevo; el que ha intentado arreglar no tiene pinta de que vaya a renacer. Conviene cambiarlo cuanto antes, pero también es importante que les lleve comida pronto a los sujetos; están tranquilos y así deben seguir. Por lo que será mejor que se dé prisa y deje para mañana lo del micro.

Ahora que Peter se ha marchado y se ha quedado a solas con Belinda, Suárez quiere aprovechar para hablarle de algo importante, pero ella se levanta del asiento y se dirige hacia la mesa de reuniones, cortando de un tajo sus intenciones. Coge la documentación que ha traído Suárez y la estudia con calma. Él se coloca a su lado sigilosamente.

—¿Todo en orden?

—Por lo visto —responde ella, mientras mantiene la mirada en las páginas.

—¿Pasa algo, Belinda?

—Tengo la sensación, Suárez, —Deja los folios sobre la mesa y levanta la vista— de que esto que nos ha pasado ha sido un aviso. La idea del estudio era buena, ya sabes, eso de usar la farmacogenética para adaptar los medicamentos a las personas y no a la inversa, e ir así a la diana: su trauma. El método era práctico y aséptico: una inyección intratecal que se podría desarrollar en hospitales de forma ambulatoria o, quién sabe, podría haber acabado realizándose en centros de salud mental, llegar incluso a la atención primaria. Hubiera sido una revolución para una sociedad con demasiadas prisas por curarse.

—¿Pero?

—Pues que hace años que venimos recogiendo estadísticas sobre el número de contenciones que se hacen a nivel nacional y no tenemos ni siquiera las pautas farmacológicas de un distrito de Madrid. Y nos venimos arriba haciendo un estudio de esta envergadura. Los hay que viven por encima de sus posibilidades y luego estamos nosotros, que trabajamos por encima de las nuestras. Que nos merecíamos esto,

Suárez.

Suárez quiere abrazarla y contarle lo que pretendía decirle antes: quiere hablarle de sus suposiciones, pero no es momento. Belinda ha centrado la conversación en otra cosa, otra bastante importante. Puede que no vuelva a tener una oportunidad como esta de estar con ella a solas, pero aún no puede contárselo; al menos hasta que haya confirmado que sus sospechas son ciertas. Para eso debe atreverse a sobrepasar la puerta del laboratorio y recoger los resultados. Ocultar una mentira, al fin y al cabo, no es mentir, sino omitir. De todas formas, llegados a este punto, otra pequeña mentira a modo de *pellet* no avivará la llama.

—No sé qué decirte, Belinda. Quizás tengas razón.

19

LA PARADOJA DEL AMOR

Día después de la intervención (por la tarde)

Peter llega de la calle con tres bolsas que deja sobre la mesa de la sala de reuniones. Una, la que contiene pollo asado, es para ellos; las otras dos son para los pacientes: una con productos de higiene y la otra con comida, menaje de plástico, cuatro cafés y las malditas chocolatinas que le ha dicho Suárez. Todo menos un nuevo micrófono; no tenía tiempo que perder: intentará arreglar el que tienen instalado dentro. Saca un café y se lo edulcora. Por lo que parece, y lo que le cuenta Belinda, ahora es el momento ideal para entrar a dejarles el suministro, porque están hablando tranquilos fuera del *office*. Da un trago largo al café mientras se anima a sí mismo. Es la segunda vez que va a entrar y sabe que no va a ser la última; debe ser sigiloso, dejar las bolsas con extremo cuidado: la puerta del *office* está entreabierta.

Belinda mira a Peter y se da cuenta de algo: lo de la ropa es algo que también tendrán que solucionar. No les han llevado prendas limpias y, claro está, como no tenían previsto que los sujetos se quedaran ingresados, no les hicieron venir el día de la intervención con ninguna muda. Llevan desde ayer sin ducharse ni cambiarse de ropa. En cualquier caso, es mejor no decírselo a Peter ahora, prefiere mantenerlo tranquilo.

Va hacia la mesa, saca el pollo y corta un trozo; lo pone en un plato y lo desmenuza; coge el tenedor de plástico, una servilleta y se lo lleva a su asiento. Todo sin mediar palabra con su compañero. Se coloca los cascos, se gira y cabecea para dar ánimos a Peter, que acaba de arrojar el vaso de café vacío a la papelera: va a entrar.

Lo ve doblar el recodo. Ella se mete el primer bocado de pollo en la boca; aprovechará para comer mientras escucha lo que pasa al otro lado. Justo al instante, llega Suárez del baño. Belinda le informa por gestos de que puede comer del pollo que ha traído Peter. Suárez se sienta en la mesa de reuniones; no tiene hambre, pero será mejor que se obligue a comer al menos un par de bocados antes de volverse a marchar. Tiene solo un par de minutos. Así, en silencio, Belinda escucha a los sujetos y Suárez devora sus pensamientos, rezando para sí mismo que no pillen a Peter y que todo salga bien, dentro de lo mal

que ya está yendo.

Peter se dirige al *office.* Camina cadencioso, saboreando su propio miedo, el cual, a la vez, le inyecta adrenalina. Se da cuenta entonces de que no ha comprado nada para taparse el rostro. De repente se da cuenta de que se ha convertido sin quererlo en una especie de sicario, o de secuestrador, uno de esos que traen a sus rehenes algún regalo por pena. A pasado en horas de ser un aburrido psiquiatra a un arriesgado sicario, sí que da vueltas la vida sin esperarlo. Introduce la llave en la cerradura, la gira y abre la puerta con sumo cuidado. Empuja el entrepaño y entra. Siente cómo en segundos el sudor se empieza a resbalar por su frente: se maldice por haber tomado tanta cafeína cuando sabe que le acelera el metabolismo. Necesita tranquilizarse, respirar en silencio y agotar la paciencia. Deposita las bolsas en el suelo, avanza dos pasos y, con movimientos reposados y silencioso, arranca del tablero de la mesa el micro roto. Se acaba de dar cuenta de que no ha cogido el pinganillo para escuchar el sonido del micro; ahora, por mucho que lo intente arreglar, no sabrá si lo ha conseguido. A veces se pregunta cómo puede ser así de mentecato para algunas cosas. Se aparta de allí y se agazapa al lado de la puerta; le da suaves toques al dispositivo, lo revisa, lo estudia, lo manipula y, al colocar de nuevo la batería en su sitio, cree que ha conseguido que funcione, aunque no está seguro. Lo único que se le ocurre hacer es soplar y dar golpes. Después le preguntará a su compañera Belinda si ha escuchado los sonidos.

Tiene que dejar el micro en su sitio; bajo el tablero de la mesa no le parece el mejor lugar para esconderlo, pero no tiene muchas más opciones. No puede ponerse a hacer ruido o a buscar tranquilamente otro escondite, de modo que se acerca a la mesa con sumo cuidado mientras escucha de fondo a Laura hablar en la zona común. No consigue descifrar lo que dice. Despega la cinta y coloca el micro de nuevo.

Parece que nadie se acerca: no se escuchan pasos ni voces cercanas. Ha conseguido hacerlo: les ha dejado el suministro y cree que ha arreglado el micro. Vuelve hacia la puerta, la abre con cuidado y sale. Cierra despacio, da dos vueltas de llave y se apoya sobre el entrepaño. Ya está fuera de la zona hospitalaria. Se pregunta cómo un simple trozo de madera puede separar dos mundos tan diferentes y a la vez tan parecidos. ¿Dónde están los límites para ser paciente o médico?

***

Antonio Galán les dijo que empezaría hablando él y así lo ha hecho. Les ha dado migajas de información sobre la vida que recuerda; nada más allá de unos cuantos datos biográficos y algunos fogonazos de lo que cree su actualidad: que es cardiólogo de un hospital, que está

casado y tiene una hija, que sus padres fallecieron y que no tiene hermanos ni cuñados. A pesar de que les ha dado carta blanca para que le preguntasen lo que quisieran, nadie lo ha hecho. Ni siquiera María: no le interesa ahondar en ese matrimonio infeliz que Antonio se esfuerza por mostrar feliz, perdido en esa ruda idea de seguir unos principios que se ven a leguas desmontados.

Después de su breve confesión, Laura se levanta del sofá y comienza a deambular por la sala. Está nerviosa, no lo puede esconder, pero al menos ese temblor de hace un rato ha cedido casi por completo. Parece que el agua que ha tomado no le ha sentado mal; al menos, no ha vuelto a ir al baño. Decide ser ella la siguiente en hablar:

—Os contaría esto fumándome dos cigarros. ¿Os podéis creer que me sabe la boca a tabaco? —Se saca la goma de la muñeca y la sostiene entre los dientes; se peina el pelo con los dedos y lo recoge con una coleta alta. Ahora que su cara queda al descubierto, se aprecia más la anchura de sus pómulos y su mandíbula estrecha. Una cara corazón cetrina sin petequias ni sudor—. Siempre quise ser corresponsal. No pretendía asentarme en Madrid y meterme en un piso de sesenta metros cuadrados trabajando cada día para pagar la hipoteca, pero tampoco formar una familia y reservar cada agosto el mismo camping en la playa. Lo único que quería era vivir allí con ella, en Zimbabue. Me salió una oferta laboral que no pude rechazar, en un lugar maravilloso en el que enseguida encontré mi sitio, rodeada de gente extraordinaria, haciendo un trabajo precioso y en el que le hice un hueco a ella. Lo teníamos todo atado: podría venir conmigo a vivir, documentarse y dedicarse por fin a esa novela que tantas ganas tenía de escribir. Porque quería ser escritora. —Mira a Francisco—. Mi prima, el amor de mi vida, quería escribir la historia que le daría la oportunidad de abrirse camino en el mundo literario. —Hace una pausa antes de continuar—. Pero había un problema, uno que, en realidad, sigue candente: que ella no acepta nuestra relación. Siempre usando como excusa el incesto… ¡Qué incesto ni qué mierdas!, así se ha hecho toda la vida en los pueblos: los primos con los primos. Lo que le pasa es que es una cobarde, una cobarde a la que no le importa que haya perdido mi salud. —Hace una pausa porque siente que tiene que aclararlo—. Os mentí: no estoy aquí porque viniera a visitar a mi familia. Me trasladaron de urgencia a Madrid desde Zimbabue porque contraje la malaria; acabo de salir del hospital.

Francisco tiene los pensamientos alborotados; no era un Diego Rivera quien traía de cabeza a Laura, sino una mujer. Nunca lo hubiera dicho.

—Tengo tendencia a engancharme a las cosas: al café, al tabaco, a sus polvos… —Francisco ha tenido que tragar saliva al escucharla usar esa clase de términos—. Estoy obsesionada, no puedo dejar de pensar

en ella y de verla en mi cabeza. Esto es una mierda. Yo soy una mujer abierta y moderna; nunca pensé que me podría pasar algo así. Ella es mi punto débil, me supera. Es la única mujer con la que he tenido una relación…

Eso le encaja más a Francisco: también le gustan los hombres.

—¿Cómo se llama? —pregunta el escritor, haciendo que Laura despegue la mirada del suelo y levante la cabeza—. Tu prima, ¿cómo se llama? —repite para llenar el espacio con sonido.

—Isabel. —Laura dibuja una sonrisa fatigosa—. Se llama Isabel. Tiene la piel de porcelana, los pómulos centrados y elevados y unas tetas que me pierden.

Esta es la Laura que Belinda conocía, la que cae bien al público por su hábil sinceridad, su extrovertida cercanía y su colorido atrevimiento. Belinda suelta una pequeña carcajada al escucharla y apunta algo en su folio. Suárez engulle un trozo de pollo y abandona el plato en la mesa. Se sienta al lado de ella y se coloca los cascos. Desliza la vista por los apuntes de Belinda y ve que ha anotado como tarea pendiente comprobar si hace exactamente cinco años Laura Hidalgo estuvo ingresada en algún hospital de Madrid por haber contraído la malaria en Zimbabue. Se los quita al momento porque vuelve a recordar que debe marcharse. Sin despedirse de Belinda, se va.

—Me decía —resopla Laura— que prefería luchar desde el silencio por nuestra relación. ¡La muy gallina! ¡Mentira todo! Lo que le pasa es que tiene vergüenza. Y por eso se ha ido con él: porque es lo fácil. Se piensa que le va a dar los tres hijos que quiere y que le va a permitir ser escritora. ¡Ya veremos cómo le va con él a la muy ilusa! Se cree que un hombre de negocios va a leer su obra como yo lo hubiera hecho. Si un tío así solo tiene tiempo de mirarse al ombligo y lo que quiere es tener a alguien esperándole en la cama… Se cree que el error de su trama soy yo, que nuestra historia no tiene gancho. A mí me ve como su falta ortográfica, ¿sabéis? —lanza la pregunta al aire —, su error de estilo, sus malas expresiones.

Francisco está con ella; a pesar de que el contenido mayoritario de sus expresiones lo ocupen las blasfemias, Laura le cae bien, y está totalmente de acuerdo en que su historia tiene gancho. De hecho, el tema LGTBIQ+ vende mucho. Y no es que a Francisco le importe el márquetin o que escriba novela comercial, más bien todo lo contrario, pero al final sabe que debe tener en cuenta a sus lectores. Tal vez incluso sea hora de atreverse a hacer algo nuevo, diferente. Conforme ha estado escuchando a su compañera, se ha ido convenciendo de lo bonita que podría ser una historia ambientada en aquel país africano, con la propia Laura como protagonista observando los lémures, los bosques de piedras afiladas o esos camaleones del tamaño de una

llave. La imagina dándose un baño en el océano Índico, rodeada de corales, con su prima acudiendo a su encuentro y reconciliándose después de la disputa de la mañana. Estaría bien escribir una historia así, pero se tendría que documentar con ella. Ahora no es momento de pensar en esas cosas. Engancha de nuevo con las palabras de Laura y deja de tejer su historia.

—La muy tonta se cree que lo sabe todo de él, pero está muy equivocada. Yo le he investigado y he descubierto muchas cosas que el tipo esconde.

—¿Qué cosas? —pregunta María.

—Pues que pretendía explotar la isla de Madagascar para poner otro de sus hoteles de lujo, como ha hecho en isla Margarita, Aitutaki o en Dominica. No es algo que llame la atención, no parece una cosa ilegal, pero si lo esconde por algo será. Siempre funciona con el mismo patrón: busca un trozo de tierra exótica alejada de la pobreza del país, donde los viajeros puedan disfrutar de una selva tropical o de unos viejos humedales, y después levanta allí su imperio. Nunca me hubiera imaginado que a Isabel le importara tanto el dinero y tener una buena vida; ella nunca ha sido así. La conozco de toda la vida, joder, hemos compartido cama desde niñas. De hecho, con ese absurdo juego comenzó todo.

—¿Vas a volver a Zimbabue? —pregunta Antonio, rompiendo el silencio.

—¡Sí! ¡Claro! Quiero vivir allí. Además, no me queda otra: tengo un contrato que me liga a mi trabajo durante tres años. No puedo dejar la investigación a medias.

***

Belinda se quita los cascos al ver a Peter entrar en la sala.

—¿Has escuchado algún sonido? —le pregunta él a modo de saludo.

Belinda endurece la mirada. ¿A qué se refiere con algún sonido?

—¿No has escuchado el micro? —insiste su compañero.

—¿Por qué iba a ponerme el pinganillo? Están todos ahí. —Señala la pantalla, mostrándole que siguen en la sala común.

—Somos unos inútiles —concluye Peter y se gira para coger agua.

—¡Perdona, de inútil nada! ¡Haberme dicho que estuviera pendiente! ¿Dónde está Suárez? —pregunta al darse la vuelta. Se levanta y va hacia el bolso. Saca la vaselina y se la aplica en los labios; con el olor del pollo y las veces que se ha limpiado la boca, se le han quedado secos—. ¿Por eso has tardado tanto? ¿Por qué estabas intentando arreglar el micro?

—Pues sí… ¿Qué me he perdido? —pregunta Peter con tono ya distendido.

—No mucho.

Belinda no tiene ganas de contarle todo a Peter, de modo que deja la pregunta en el aire, vuelve a su sitio y se coloca los cascos. Él se sirve algo de pollo y se lo come en la mesa de reuniones. Ya le contará después Belinda.

***

María envuelve con sus brazos a Laura; sabe que no le va a resultar fácil curar esa herida por empalamiento. Es la paradoja del amor: que, en lugar de ser balsámico, a veces se convierte en un remedio corrosivo. Intenta sacarla de la llaga en la que hurga con un beso en la frente e inmediatamente después comienza a hablar:

—No me puedo quejar de la vida que he llevado. Mis padres me enseñaron a ser independiente, pero siempre me han apoyado. —Laura se suelta de sus brazos y toma algo de distancia para escucharla—. Aunque he estudiado Derecho y estudio para jueza, mi pasión es el arte, en todas sus vertientes. Si tuviera que definir cómo veo el mundo, lo haría usando el símil de *La Venus del Espejo* de Velázquez: nadie sabe a quién mira la diosa mientras Cupido le sostiene el espejo. Algo similar me pasa a mí con el mundo. A veces tengo dudas de si miro a la sociedad como realmente es.

Antonio Galán inclina su cuerpo de forma inconsciente hacia ella: es la ley de la atracción, que está haciendo de las suyas. Francisco, mientras tanto, juega con la idea de alejarse de las palabras de «Satanasa»: es así como llama a María en su mente.

—Esto parece una psicoterapia de locos. ¿Ahora nos cuentas lo que sabes de arte? —pregunta, belicoso, el escritor.

—Como cambio a tu elocuencia poética…

Antonio reprime una carcajada; aunque ha respondido con un suave tono de voz, realmente ha sido aguda. Siente sus ojos como dos imanes negros, maduros y sólidos, que centellean al mirarlos, sin rastro de la sombra de esta mañana. Tampoco quedan resquicios de ese temperamento aguerrido de cangrejo ermitaño. Más bien le parece una cera blanda que va dejando huella sobre él con cada gesto, con cada palabra. María agradece con los ojos esa sonrisa espléndida que se funde con las vetas de su rostro y que Antonio le dedica.

—Huele a comida. —Se levanta Antonio como un resorte y va hacia el *office*.

—Es verdad, huele… a pollo asado —comenta Laura, siguiéndole.

Antonio entra al *office* y ve las dos bolsas en el suelo. Se acerca a ellas mientras lanza un par de preguntas al aire.

—¿Qué es esto? ¿Por dónde han entrado? ¿Cómo nos han dejado la comida?

Acaba de entender que, si quieren algo, no tienen más que pedirlo; estaba en lo cierto al pensar que les dejarían la comida en el *office*.

Ahora está seguro de que están escuchándolos y viéndolos desde fuera. Acaba de darse cuenta de otra cosa: si han entrado a dejarles la comida, es muy probable que hayan atajado el problema de la cámara; puede que hayan instalado un micro, una cámara oculta o cualquier artilugio que él desconozca. Tiene que aparentar normalidad y no ascender por su propio terror para salvaguardar la seguridad de todos, a pesar de que eso cambie el plan. Ya no pueden hablar libremente en el *office*, pero no puede informarles de su sospecha ahora que seguramente les escuchan.

Laura recoge las bolsas del suelo y las deja sobre la mesa. María saca la comida mientras Francisco observa retirado sus movimientos y Laura comprueba que en la otra bolsa hay productos de higiene. María corta el pollo en porciones que va repartiendo en platos, dejando estos sobre la mesa para que cada uno coja el que quiera. Laura reparte servilletas y demás menaje y Francisco rellena los vasos de agua, mientras Antonio los escucha en silencio, perdido en el nuevo plan que intenta articular.

—Gracias. —Francisco coge el plato de pollo que le tiende Laura y mastica el primer bocado.

Antonio pasa la comida galopando por sus pensamientos cual caballo cimarrón. Ensimismado, amartillando un plan que se le resiste. En realidad, por más vueltas que le dé, no tienen muchas opciones: aunque no sabe lo que pasa fuera, está seguro de que si se sublevan saldrán perdiendo; y, por otro lado, si se quedan acobardados esperando, tampoco conseguirán avanzar. A pesar de que la opción de mantenerse tranquilos es la que sigue cobrando más peso, también es de la que está empezando a dudar.

María le observa cortar con delicadeza el pollo con ese cuchillo de plástico que vuelve neurótico a cualquiera sereno. No hay nada que le atraiga más que las manos de un hombre con dedos largos y anchos, con las uñas perfectamente cortadas y pulcramente limpias como las de Antonio: un hombre encantador y buen comunicador. Mientras se pierde en ellas, un juego se instala repentinamente en su cabeza: se imagina acariciando su eminencia tenar, retorciendo su pulgar entre su mano y ascendiéndolo hasta su pecho, para que, una vez allí, él solo decida cómo continuar la secuencia. Antonio repara en que María tiene la mirada clavada en sus manos, lo que le hace repasarlas y darse cuenta de algo: no tiene la alianza puesta. Intenta mantener la calma mientras se pregunta cuándo ha desaparecido su anillo y, sobre todo, cómo no se ha dado cuenta antes de que no lo tenía puesto. Levanta la cabeza y clava los ojos en María, hasta que Francisco rompe el cruce de miradas al levantarse. Antonio devuelve la mirada al plato mientras calcula otro algoritmo más.

Francisco saca un café de la bolsa, le da un sorbo sin añadir ningún

endulzante de los que hay dentro y lo deja sobre la mesa. No soporta que el calor del líquido humeante le penetre en la piel: le provoca escalofríos.

—Café largo, como a mí me gusta —dice.

—¿Por qué solo quedan dos cafés en la bolsa? —pregunta Laura al coger el suyo y morder una onza de chocolate; ninguno responde—. ¿Os importa si me como media tableta? Tengo un mono de tabaco que me muero…

—Creo que tomar café no le va a ir bien a tu abstinencia, Laura, y menos a tu diarrea —le aconseja Antonio.

—El aburrimiento que tengo tampoco me ayuda con la abstinencia, y en cuanto a la diarrea, pues mira, así me depuro un poco. Al menos disfruto de uno de mis vicios…

—Creo que podrías cambiar el café por un Aquarius. Han sido bastante considerados al traértelo, ¿no crees?

—El Aquarius es para los deportistas, Antonio. Yo necesito un cafelito para que me anime un poco…

***

Belinda se gira hacia Peter; se está calentando las manos con un vaso de café.

—¿Les has comprado tres cafés?

—No, en realidad compré cuatro, pero como Laura estaba así pensé que me lo podría tomar… Por eso le traje Aquarius. No pensé que tomaría café.

—A pesar de que lo pidió expresamente, no pensaste que tomaría café. Aunque Diego nos ha dicho que estaba enganchadísima a la cafeína, pensabas que se quedaría mirando a sus compañeros mientras se tomaban los suyos.

—Joder, pero ¿quién toma café, así como está? Pensaba…

—Deja de pensar como una persona normal y empieza a pensar como ella. Laura es autonegligente, no le des más vueltas. Cuando quieras pensar como ella, piensa en lo contrario de lo que harías tú. No hay más.

Belinda pone los ojos en blanco y expele el aire con fuerza. Se gira y se coloca los cascos. Peter no tiene solución.

***

—¿Qué hacemos? ¿Todos queréis café? —pregunta Laura.

—Podéis tomaros el mío —ofrece Antonio. Para llevar tanto tiempo sin comer, está tardando demasiado en terminarse la comida.

—Gracias —le dice María al coger el último café de la bolsa, brindando en el aire a su salud.

Antonio dibuja una sonrisa cortés. Si Laura quiere cuidar así de sí misma es su decisión, él no puede proteger a todo el mundo. Retira su plato y limpia la zona. Sale del *office*, va hacia la sala común y se arrellana en el sofá. Cierra los ojos y deja que le envuelva el vórtice de pensamientos que se ha generado en él. ¿Qué van a hacer ahora, con ojos y oídos puestos sobre ellos todo el día?, ¿qué buscan encerrándolos allí? Sigue con las mismas preguntas en bucle en su cabeza; una y otra vez, con diferente tono, cambiando algunas palabras, pero, al fin y al cabo, las mismas.

María se acerca sigilosa. Hace ademán de sentarse, pero finalmente se queda de pie y le habla.

—¿Intentas no pensar? —musita mientras le extiende con la mano su café.

—Sí. —Abre los ojos—. Gracias. —Coge el vaso y da un trago—. Intento dejar la mente en blanco.

—Pues siento chafarte la idea, pero la mente nunca puede estar en blanco. No intentes calmarla a la fuerza. —Atusa su pelo y decide sentarse a su lado. Galán le devuelve el café—. ¿Así que es cierto que eres médico?

—Eso parece: cardiólogo.

—Ayudas a sentir a las personas.

—¿Perdona?

—Por medio del corazón, me refiero. Ya sabes… el órgano de los sentimientos.

Antonio no habla, pero le responde sonriendo con recato; detiene la mirada en esos ojos que le están haciendo plantearse cosas que no debería estar pensando.

—No hay un solo reloj en ningún sitio —afirma, usando la observación para cortar el contacto visual.

—¿Te has dado cuenta de que a un regalo también se le llama un presente?

—¿A qué viene eso?

—Que da igual qué hora sea: hay que vivir el presente y ya está. —Da un sorbo al café y lo deja sobre la mesa—. ¿Por qué estás tan interesado en controlar la hora? El tiempo no existe.

—No existe… Entonces, ¿por qué inviertes años de tu vida en estudiar para jueza?

—Por eso mismo: porque es una inversión. No me preocupa el tiempo que tarde. Hay que disfrutar de lo que la vida nos pone por delante, así el tiempo no se pierde; es como la energía: se transforma. Ahí, encerrada en un pequeño reloj que vuelve a empezar su ciclo cada veinticuatro horas…

—Es una oposición complicada. Estás muy segura de que lo conseguirás.

—Claro, ese es el secreto para conseguir algo. A la mente hay que darle color. —Se acerca a su oído y musita—: El blanco te mantiene parado.

Si sigue hablándole tan cerca del oído, con ese tono cálido y esa retórica que consigue erizarle las hormonas por arte de birlibirloque, no va a ser capaz de controlarse. Se levanta del sofá con la excusa de ir al baño y la esperanza de encontrar algún tipo de ungüento para su mala conciencia y que, a la vez, solucione sus ansias de acabar con ese sentimiento de mascota aburrida. María aprovecha para arrellanarse en el sofá, pensar en un viento cálido acariciando su cara, los tonos del cielo en el amanecer y el sonido de una cascada de agua. Va a aprovechar este rato para meditar, y, aunque nunca hubiera elegido como lugar para hacer un retiro una planta de psiquiatría, es lo que hay; quién sabe, quizás se retire a su habitación después. No sabe cuánto tiempo lleva sin sumergirse en la plena conciencia.

***

Francisco guarda el vaso de café en la nevera, con la mitad del líquido dentro, y lo tapa con una servilleta.

—¿No te lo terminas? —le pregunta Laura.

—No —responde atropellado y cierra la puerta del frigorífico.

—¿No lo quieres?, ¿puedo tomármelo yo?

—¡No! —Al ver la cara de asombro de Laura, rectifica su tono—. No, perdona… Es que me lo guardo para esta noche, por si no tenemos. Necesito tomar un poco de café por la noche, ya sabes… costumbre —Francisco no recuerda que le prohibieron beber café de noche: le adhiere aún más esos pensamientos pegajosos—. Además, dice Antonio que no es bueno en tu situación consumir café…

A Laura le parece simpática la ordenada torpeza de Francisco y ese acatamiento de las recomendaciones saludables; no pretende para nada debilitar su resistencia ante cosas banales e insípidas, como esa estupidez de dejarse el café para mañana. Para Laura, la vida es más sencilla que todo ese atajo de preguntas y proyecciones imperfectas de futuro. Ella tiene una cosa clara: la vida es más presente que pasado y, por supuesto, que futuro. Si le apetece un café, se lo toma; si le apetece un cigarro, se lo fuma; si tiene ocasión de disfrutar de algo, lo hace, sin pensar en las consecuencias. Su forma de ver la vida no encaja con la de Francisco, pero, a pesar de todo, le resulta encantadoramente peculiar.

—¿Cómo sabías que no había superado la ruptura? —le pregunta.

—Escribo sobre el amor. —Se sienta frente a ella—. Mis historias no son tan atrevidas como la tuya, pero, al fin y al cabo, se reducen a lo mismo: a querer.

—Pues sí, pero yo no mencioné nada de ella…

—No hace falta hacerlo. A veces basta con estar atento a una mirada que vuela sola, un brillo ausente en los ojos, un rostro abatido, la astenia que tumba en la cama a cualquiera… —Se levanta de la silla y camina hacia la puerta, pero se gira al escuchar a Laura hablarle.

—Contraer la malaria es lo mejor que me ha pasado. No tenía valor para venir ni siquiera a visitar a mis padres; no tenía fuerzas para reunirme con la familia y encontrármela con él.

Francisco quiere ayudarla, claro que quiere, pero sabe que, según qué toros, no va a poder lidiar con ellos: tendrá que ser ella misma la que los agarre por los cuernos. Estará cerca para apoyarla, pero deberá ser ella sola la que remonte. Se da la vuelta, le sonríe a Laura con los ojos y abre la puerta. Ella le dice una última frase:

—Aún no la he visto desde que regresé.

20

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Día después de la intervención (por la tarde-noche)

Ana y Caterina se abalanzan sobre su padre en la puerta del colegio y se cuelgan cada una de un regazo. Javier consigue llegar con ellas hasta la panadería de al lado del colegio; les compra un bocadillo con forma de personaje animado y se lo comen de camino al parque mientras le cuentan lo que han hecho, lo que han comido y a lo que han jugado hoy. Mientras las niñas juegan en el parque, intenta localizar unas cuantas veces a Nuria, su mujer, pero no le coge el teléfono y sigue sin responder al último mensaje que le ha enviado.

Entra en casa y comprueba que no ha regresado; tampoco le ha devuelto todavía ninguna llamada. Está empezando a preocuparse.

Las niñas son todo suyas: tiene que practicar la lectura con Ana y conseguir que no se le duerma Caterina. Lleva a esta a su habitación y le pone los dibujos. Le manda a Ana a que coja el libro y vaya con él al sofá. Al llegar la niña, vuelve a colgar: no hay señales de Nuria. Guía con el dedo el trayecto de letras que Ana debe seguir, cual Dalai Lama entre los monjes budistas tibetanos, guiando y respetando la naturaleza de las cosas, normalizando el atasco que provoca una letra unida a la siguiente al salir de sus labios. Ana tiene esa gracia especial de niña con la boca desportillada que lucha por leer una palabra del tirón con el sonido escapándose por la mella. La pequeña aparta el dedo de su padre de un manotazo y coloca el suyo sobre el texto que va siguiendo. Javier se da cuenta de lo sucias que tiene las uñas, y, aunque no le ha tocado las manos, sabe que también deben estar pegajosas, como las de Caterina. Se levanta y le pide a la niña que siga leyendo sola. Enseguida vuelve: tiene que llenar la bañera. Será mejor que las niñas estén limpias cuando vuelva Nuria.

Pone el tapón y deja correr el agua caliente. Llama a su mujer, pero sigue sin dar señales; parece que la hubiera engullido la tierra. Sigue sin leer el mensaje que le ha mandado. Quiere pensar que todo va bien, que ha tenido que esperar demasiado en la consulta de ginecología porque iban con dos horas de retraso, como le ha pasado en alguna ocasión con sus hijas. Debería haberse ido al hospital a su encuentro cuando salió del trabajo, en lugar de ir a buscar a las niñas. Si no vuelve en un rato, llamará a la niñera y se irá a buscarla. Tenía la consulta a última hora de la mañana: por mucho retraso que llevaran, no es posible que haya entrado más allá de las tres; es cuando acaba de pasar consulta el ginecólogo.

Pasa a la habitación y ve a Caterina dormida; lo de ponerle sus dibujos favoritos tumbada en la cama no ha sido buena idea. Será mejor que la meta a la bañera y rompa el sueño, sino será imposible dormirla dentro de un rato. Se detiene a mirarla antes de salir de la habitación. Acaba de cumplir cuatro años. Aún es demasiado pequeña y viene otro bebé en camino. ¿Realmente quiere a ese bebé? ¿Por qué no ha ido al hospital al salir del trabajo? Rompe su bucle de pensamientos saliendo de la habitación. No es hora de fustigarse con cosas que no se pueden cambiar y que uno ha elegido ya, a veces antes de que pasen. Vuelve al salón y retira el libro de las manos de Ana.

—¡Muy bien, princesa! ¡Cómo has mejorado! —Deja el libro sobre la mesa, carga a su hija y se la lleva al baño. Comprueba la temperatura del agua y cierra el grifo. La ayuda a desvestirse y la mete en la bañera.

—No te levantes, ¡que te conozco, Vaiana! Voy a por la pequeña Pua. —La niña se ríe.

Desviste a la pequeña, aún con los ojos cerrados; la pobre está en las últimas, pero tiene que bañarse y cenar. No la puede meter así en la cama. Las deja solas, no sin antes recordarles que no se pongan de pie, va al frigorífico, mira qué comida ha dejado hecha Paqui, la asistenta doméstica, y coge el tarro de cristal con caldo; una sopa siempre es un acierto, no tiene ganas de discutir con ellas para que coman puré. Pone la sopa a hervir y vuelve al baño con las niñas. Juegan, las enjabona, las saca, las viste y les seca el pelo a medias.

Son casi las ocho, las niñas están a punto de terminar de cenar y Nuria no coge el teléfono. Vuelve a comprobar si ha leído el mensaje: sí, lo ha hecho, pero sigue sin contestar. Esto no pinta bien, está empezando a exasperarse. ¿Tanto se ha enfadado? Él tenía la intención de ir: ha sido su jefe el que no se lo ha permitido. Necesita que ella lo comprenda. Será mejor que le mande un mensaje explicándoselo, porque a la vista está que no le va a devolver la llamada.

Javier deja de escribir el mensaje cuando escucha la puerta. Nuria cuelga el abrigo en el perchero, suelta las llaves y se dirige a ellos con una sonrisa fastuosa. Las niñas sueltan el vaso de leche y se arrojan a sus brazos. Esa sonrisa estirada en su cara no le permite argüir la verdad a Javier: realmente no sabe si está enfadada, pero prefiere no pinchar en la herida y abordar la conversación con naturalidad, sin derrumbar su serenidad. No le va a mencionar que estaba preocupado porque eso podría desembocar en reproches, ni le va a hablar de temas banales: va a ir a lo importante, a lo que cree que la mantiene envarada como a un funámbulo en la cuerda floja.

—¿Ha ido bien la ecografía, cariño? —Se acerca a ella.

—Sí, por suerte el bebé está perfecto. —Ella no se mueve del sitio.

—Me alegro mucho. —La abraza—. Hay cena para ti, si quieres.

—Gracias, ahora cenaré algo. —Se retira del abrazo, clausurándolo con un beso—. Voy a acostar a las niñas.

Javier se despide de las niñas en la cama y se mete en la ducha. El agua caliente, que forma una cortina de vaho en el baño, provoca con su caída en cascada que los músculos de los hombros se destensen conforme va limpiando sus pensamientos. No quiere azotar más el látigo que se ensaña con él, pero le resulta imposible no reflexionar sobre la intervención, porque los recuerdos de su paciente Francisco Vega le vienen irrefrenablemente a la cabeza. Francisco había sufrido mucho a lo largo de su vida: con el asesinato de su abuela a manos de su marido, con la pérdida de su madre, con sus manías… Por suerte, su hermana mayor, Lola, siempre había sido su muleta, y a cambio Francisco fue un irresponsable con lo que más le importaba: su sobrino. Lo recuerda desesperado por acabar con esa imagen que lo torturaba a todas horas y le ahogaba en el pozo que formaba el agua de cada gota malaya que se ensañaba con él. Aquella imagen desalmada del espantoso accidente del que nunca sería capaz de desprenderse Francisco le angustiaba lo que no estaba escrito, hasta el punto de intentar una vez más quitarse la vida, en este caso defenestrándose y dejando como consecuencia una cojera añadida al trauma.

Quiere desterrar esos pensamientos de su mente, por eso piensa en su mujer y en las ganas que tiene de meterse con ella en la cama. Si la cosa fuera como al principio, aparecería por sorpresa detrás de la mampara de la ducha y harían el amor ahí mismo, con las hormonas rugiendo y la sexualidad eclosionando, como esos días del comienzo, de amor ciego, vino y rosas, besándola, acariciándola, rendido a sus voluptuosas caderas. Pero las cosas han cambiado. Su cuerpo ha cambiado, sus intenciones también, y, aunque la adora, le fatiga pensar en lo soporífero que le resulta acostarse con ella a día pactado. Dentro de la normalidad de su sexualidad, al menos disfruta de lo esporádico del embarazo que tanto le gusta: las aureolas más grandes y oscuras, sus pechos turgentes y sobredimensionados, el deseo sexual acrecentado y esos balanceos que la relajan y la energizan y que acaban explosionando en una nube hormonal. Tiene que disfrutar de todo mientras dure la gestación, porque sabe lo que viene después: ese efecto rebote que devuelve todo a su estado con intereses, sacando el tuétano y dejando sus senos arrugados como pasas y el vientre blando y vacío, depresible como las ganas de meterse con él en la cama después de dar ocho tomas de pecho al bebé.

Nota su erección cada vez más grande y piensa en llamarla, pero no le parece muy romántico, y más después de lo que ha pasado. Intenta

bajar su fuerza, pero con esa imagen que tiene instalada en la cabeza, descubriendo sus pechos y atrincherándolos en sus manos, le resulta imposible rebajar su crecida. Tiene que relajarse. Por eso piensa en el estudio de nuevo: si sigue pensando en ella, acabará él solo el trabajo que ha empezado, y no le apetece.

Analiza lo que Francisco ha dicho estos días de encierro, también lo que ha callado, mientras se enjabona el cuerpo. Hasta que para en seco, al darse cuenta de algo importante cuando recuerda sus palabras: «Cuando estás al borde de caer por un precipicio, lo que tienes que hacer es aprender a planear». Las palabras que Francisco le ha dicho a Laura formaban parte de su historia. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Esa frase la escribió Francisco a modo terapéutico, para disminuir el dolor del sobrino, después de que no le diera resultado el tratamiento con psicodélicos que le realizó Javier. Utilizó éxtasis como un recurso para disolver el dolor; a pesar de que no consiguió reorientar el trauma, sí que consiguieron juntos recomponer la verdadera historia de lo que había pasado, ya que las imágenes que Francisco veía de forma reiterativa no eran las reales. Su mente había tejido una mentira que él creía cierta.

—El miedo evita que sigas tu camino. —Fue el escritor quien cerró la sesión con su conclusión aquel día.

—Así es. Es muy duro lo que te ha pasado; me refiero a todas las cosas a las que te has enfrentado en la vida. Esto, a pesar de que te duela más que nada, también lo superarás.

—¿Cómo? No me funciona nada: ni el EMDR ni que me estés tratando con drogas...

—Es cierto, Francisco, no hemos podido mejorar demasiado, por eso quiero ofrecerte algo diferente. —El silencio se coló entre los poros del escritor. Aún no había escuchado la propuesta, pero un escalofrío le recorría la espalda mientras se mantenía expectante—. Se trata de una técnica novedosa: una psicocirugía ambulatoria. —Javier esperó a que Francisco reposara la idea—. Tienes que saber que es un estudio experimental que vamos a probar, pero en el que confiamos plenamente. Se trataría de inyectarte un fármaco para producir histamina; así haríamos que el recuerdo traumático desapareciera. Para eso, tenemos que estudiar tus genes, pero debes saber que, aunque te borremos el evento traumático, la vida real sigue, y eso no lo podemos cambiar. Dejarás de tener los síntomas que tanto te agobian, no recordarás nada de lo que pasó, pero eso no te lo devolverá: él no estará y eso no lo podemos cambiar.

Javier deja atrás el recuerdo y vuelve a centrarse en el presente. ¿Por qué recordaba Francisco esa frase? ¿Por qué se la había dicho, exactamente igual, a Laura? Podría ser el inicio de la recuperación de la memoria; o tal vez Francisco recordaba las cosas y habían

conseguido lo que pretendían: acabar solamente con el trauma. ¿Podría estar Francisco haciendo un papel? ¿Podrían los pacientes haber invertido los roles y estar engañándolos a ellos?

Cuando sale del baño, esas ideas que apuntaban una hipótesis se han convertido en certeras. Tiene una teoría: los pacientes no han perdido cinco años de memoria. Entra a la habitación con la toalla a la cintura y ve a Nuria tumbada por un sueño narcótico y con leves ronquidos que insinúan la crecida ola que viene ahora. Le ha pasado lo mismo en los otros embarazos: ronca como un asmático con apnea.

Mira el reloj. Son las ocho y cuarto; le quedan casi dos horas para volver al trabajo. Quiere contarles cuanto antes su teoría, pero también quiere aprovechar el poco tiempo que tiene para él, de modo que se pone el traje y se marcha. En poco menos de dos horas le da tiempo de ir a la azotea del Círculo de Bellas Artes y de informarse de dónde puede ir a hacer eso que hace tiempo escuchó y que nunca se imaginaba que se lanzaría a hacer. Un pequeño atrevimiento alocado en su anodina vida no le hará daño. Además, tiene que aprovechar: no sabe lo que le espera después de lo que ha pasado.

***

Diego Matesanz lleva horas desparramado en el sofá con su gato Miguel en la otra esquina, huyendo de sus caricias. Mantiene la vista fija en la pantalla. Lleva toda la tarde frente al televisor y se ha visto casi toda la segunda temporada de la serie policíaca que empezó hace unos días. Desvía la vista de tanto en tanto, para observar la noche oscura que se refleja en los ventanales de su ático. Le queda solo una hora y media para entrar de nuevo al trabajo. Levantarse del sofá se le hace tan inclinado como a un montador domesticar a una cebra. Si por él fuera, iría en chándal y deportivas al observatorio, pero eso es imposible. Será mejor que se levante y se duche, porque, aunque lleve las ideas más aireadas gracias a las dos horas de siesta y a la tarde de descanso, su cuerpo le pide una buena higiene: lleva dos o tres días sin ducharse; ya ha perdido la cuenta.

Se ducha, se pone el traje limpio y se perfuma, mientras guarda la esperanza de que los sujetos estén tranquilos y le dejen empezar con su búsqueda bibliográfica. Tendrá que aplicar unos buenos filtros para no perderse en el desierto. Su jefe le ha adjudicado la tarea más pesada y que más tiempo lleva, y se pregunta por qué, si él es un tipo práctico que a veces preferiría trabajar como reponedor en lugar de buscar la cuadratura al círculo.

21

LA CUERDA DE LA CHIMENEA

Cuatro días después del suicidio

Belinda desliza el panti por su pierna, se lo acomoda antes de ponerse la falda y camina descalza de la habitación al baño hasta situarse frente al espejo. Se detiene a mirarse; su rostro está algo enrojecido y tiene sensación de tirantez en la piel. Pero al menos es ella la que aparece frente al cristal. Está claro que el estrés de los últimos meses le ha pasado factura y, ahora, aunque el tornado ha llegado a su destructiva madurez con la muerte de Suárez, ella sigue condensando corrientes de aire frío giratorias y contradictorias dentro de su cuerpo; si no consigue pararlas, el tornado seguirá creciendo en tamaño y fuerza, rotando y llevándose todo a su paso.

Acerca su rostro al espejo mientras se recuerda que, pase lo que pase, no debe descuidar su imagen; no va a permitir que se vuelva a instalar en ella esa distorsión generalizada y esas obsesiones por defectos minúsculos que tanto le costó aceptar. Tampoco se va a mirar constantemente la cicatriz de la muñeca. No, no piensa volver atrás. Se lava la cara, los dientes y se maquilla: un poco de iluminador, sombra de ojos color tierra, polvos de sol y su toque de vaselina con color en los labios. Se regala una sonrisa reflejada en el espejo que corta la voz de su hijo.

—¡Mami, llegamos tarde!

—¡Voy!

En el recibidor está esperándola Ares con la mochila colgada y la mirada inquieta.

—¡Perdón! He olvidado algo —dice, y se marcha a la habitación, dejando a Belinda clavada en el sitio.

—¡Siempre me haces lo mismo! Al final acabo esperando yo…

Mientras lo espera, detiene la mirada en la foto del recibidor: su amuleto personalizado, su talismán, el ojo de turco que bloquea la negatividad. Cada vez que la mira, recuerda perfectamente el momento: Ares acababa de nacer y aún estaba cubierto por esa sustancia pastosa amarillenta acumulada en la espalda y el pelo, buscando su pecho como un ciego su bastón. Ella tenía los labios gruesos, la cara redondeada y llena de manchas, pero de tono felicidad. Pasó de sentirlo dentro a sentirlo fuera, un cambio aún más bonito.

Han pasado ya once años desde aquella fotografía; ella tenía veintisiete cuando lo trajo al mundo, con esa personalidad de pensador inteligente. La cabeza le rebota en otra cosa: anoche no

llamó a su madre para ver si había ido bien el viaje; es algo que siempre hace. No se tiene que olvidar de llamarla más tarde, cuando el día haya clareado un poco y haya podido descansar. Cuando Ares regresa, bajan y caminan hasta el coche.

Al encender el motor, automáticamente se pone la radio y suena un clásico que le encanta: *La chispa adecuada,* de Héroes del Silencio. Ares empieza a hacer los coros y Belinda lo acompaña entonando la letra. Ares se alegra de verla así, porque hace días que su madre perdía la mirada en la nada y buceaba de forma sospechosa por algún lugar de su mente, sobre todo cuando se tumbaba a su lado en la cama y no le sonreía ni le contaba historias de dioses griegos; parecía que había huido a ninguna parte. Aunque sea un niño, sabe reconocer cuándo su madre no es del todo ella. Hace unos meses que está rara, aunque no sabría decir exactamente el momento en el que empezó a comportarse de forma distinta. En cualquier caso, a pesar de que lleva meses taladrándola con el mismo tema, como un minero extrayendo minerales, Ares ha decidido que no le va a volver a preguntar por su padre; no quiere que ella vuelva a soslayar el tema con una sonrisa baldada. Por fin, pasan el atasco de la cola de coches que se forma hasta la puerta del colegio.

—¡Mami, están haciendo fila! —grita desde el asiento trasero; le estampa un beso a su madre, se coloca la mochila sobre un hombro y sale del coche.

—¡Que te lo pases bien! ¡Te quiero! —Se disuelve la voz mientras él cierra la puerta del coche. No está segura de que haya escuchado la segunda frase.

El pitido del coche de detrás la saca de su abstracción. Mete la marcha y se pone en camino. Ya no necesita poner la dirección en el GPS, porque se ha aprendido la ruta. Debe atender unos asuntos antes de ir al trabajo; es la parte buena de ser su propia jefa.

***

Laura la recibe en la puerta de su piso con unos leggins de canalé y una sudadera lazada, los pies descalzos y las uñas pintadas; a pesar de no ser una fanática de la moda, tiene un descuidado estilo moderno.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Anda, pasa…

Laura ahora mismo es como la cuerda de un violín llevada a su tope: si sigue estirando de ella y aplicando tensión, se va a romper. Sigue enfrascada en su propia investigación: aún tiene cabos sueltos del encierro que vivió y, ahora que ha muerto el cabecilla, no sabe hacia dónde tirar.

La casa está tan desordenada como siempre. Laura camina

encabezando la marcha y Belinda escudriña todo a su paso. Ha estado bebiendo. Quiere pensar que esa copa junto a la botella de vino vacía es de anoche y que no se la bebió ella sola. No puede aguantarse y le habla por la espalda.

—Laura, sabes que puedo ayudarte con el alcohol.

—Belinda. —Se sienta Laura—. Cuando quiera dejar de ser una alcohólica, te pediré ayuda. Gracias. ¿A qué has venido esta vez? —ataja.

—Necesito tu ayuda —lo suelta a bocajarro y toma asiento; Laura mantiene la distancia—. Necesito que protejas a la mujer de Suárez de la prensa, que me ayudes a ocultar su suicidio a los medios. Los periodistas siguen escarbando desde el día en que se mató y, aunque debe haber una fuerza mayor que los frena, me da la sensación de que no van a parar hasta que consigan lo que quieren.

—¿Y qué es lo que quieren, Belinda?

—No lo sé, pero están buscando algo. El otro día en la iglesia acudieron como insectos insensibles…

—Es lo que hacemos los de mi calaña. El otro día pude quitártelos de encima, pero no sé cuántas veces más podré hacerlo. Además, no me gusta andar debiendo favores a nadie. —Su mirada es lasciva—. ¿Por qué te importa tanto ocultar el suicidio de Suárez? ¿Qué más te da a ti, Belinda? Tú no estabas en su bando y, además, ha sido su decisión.

Tiene razón en todo lo que ha dicho, pero, aún así a Belinda le duele. La mirada silenciosa e inmóvil que adopta se lo hace entender a Laura. No entiende qué pudo ver en un hombre así y mucho mayor que ella, pero en cualquier caso respetará sus sentimientos. Belinda contiene la respiración esperando la contestación de Laura. Tiene que hacer que el tornado de los últimos meses decaiga, que la parte de la chimenea de esa nube de aire seco y frío adelgace tanto que se convierta en una cuerda a punto de desaparecer y la deje con su vida aséptica y renovada.

—Sabes que puedes contar conmigo, Belinda.

Sabía que lo diría. Aunque Laura sea fuego, siempre acaba apagando su llama.

***

Peter Bucher está arrellanado en la silla de su nuevo despacho. No puede evitar pensar en Suárez y en cómo quitarse de encima a los periodistas que siguen pico y pala con el mismo tema. Por suerte no han encontrado nada, aún. Sigue vagando por los vericuetos de su plan: no puede cometer ninguna acción torpe que desenmascare cómo ha conseguido situarse en su nuevo puesto. El teléfono del despacho suena y lo saca de su ensimismamiento.

—¡¿Papá?! ¡Qué sorpresa! —Mide bien las palabras antes de continuar—. ¿Cómo es que me llamas aquí? —No ha hablado con su padre de lo del suicidio, y espera que no se haya enterado por otra vía. No pretende darle explicaciones ni rendirle cuentas.

—Pues para darte la enhorabuena directamente a través de tu nueva línea. Hijo, no sabes lo orgulloso que estoy de que lo hayas conseguido.

—¿De que lo haya conseguido? —Aguza la vista como si enfocara, pero no pretende ver nada; es solo su particular gesto de desconfianza.

—Hombre, ya sabes, el puesto de director. ¡Me dirás que no querías ese puesto! Yo sabía desde el primer día que empezaste a trabajar allí que ese puesto era para ti. Tú eres como yo: estás hecho para llegar alto. ¿Se puede saber cuándo pensabas contárnoslo?

Peter mastica su propio silencio. Su padre nunca le llama al trabajo. Lo que acaba de pasar hace que se sienta más impostor aún que antes, y, mientras desmiga las palabras, una pregunta recorre su mente en dos direcciones: ¿cómo se ha enterado?

—Bueno, hijo. Te llamo porque queremos invitarte esta noche tu madre y yo a cenar en casa. Estamos muy orgullosos de ti, hijo. —Es la primera vez que Peter escucha a su padre mentarle como hijo tan seguido—. Queremos celebrarlo contigo y, bueno, ya que tú no nos invitas… ¡Ah! Y trae a tu novia.

Como de costumbre, la aparente conversación con aire de frío soliloquio ha dejado a Peter con el cuerpo revuelto. Odia hablar con su padre, le repugna verlo y, sobre todo, deberle cualquier cosa. Si va a acudir a esa cita es por su madre; a ella sí que tiene ganas de verla. Al fin y al cabo, la pobre es una víctima más de su padre y tampoco puede culparla por elegir la sumisión conocida frente a la inédita libertad. Es una buena mujer, dulce y atenta, que le ha querido siempre incondicionalmente; aunque a veces le gustaría que, ya que está a la sombra de su padre, al menos asumiera el rol de primera dama y se convirtiera en una fuente de potencial información adicional, aunque no puede echarle en cara que no decida salir de su zona de confort. Sobre todo porque él nunca la había visto desde esa perspectiva. En realidad ha sido Laura la que le ha hecho ver las cosas con otro enfoque; le ha removido cada casilla de su cerebro, cada esquina de su mente. Y ahora, aunque su primera dama se ha marchado y le ha dejado como calamar en aguas turbias, no se va a dar por vencido: ya está bien de ser un cobarde.

22

EL DOLOR DEL ENGAÑO

Cuatro días después del suicidio (horas después)

A Laura solo le faltaba que viniera Peter para terminar de rematar el hastío que le suponen las visitas que está teniendo. Hoy no tiene ganas de nada ni de ver a nadie, pero, a pesar de eso, ha tenido que recibir antes a Belinda y ahora a Peter. Le franquea el paso mientras él busca palabras con las que empezar, algún atajo trufado de adulaciones que la suavice y la aleje algo de esa posición de combate con la que le ha recibido.

A Peter, la luz de la estancia le parece más blanca y limpia que de costumbre, aunque el salón esté igual de desordenado que siempre. Laura tiene claro, y así lo ha expresado desde que la conoce, que no vive para mantener una casa. Peter cree que, al menos, podría haber considerado su comentario sobre contratar a alguien que le limpiara; podría incluso haber estudiado la opción de contratar a su asistenta unas horas a la semana. Ya no se trataba de cambiar los muebles por otros algo más claros o de estudiar su sugerencia de colocar algunos detalles en madera o en rafia. No se le puede pedir a Laura que coloque una yuca en aquella esquina o que ponga unas velas aromáticas o *sticks* con olor a jazmín o a mimosa encima de la tele. Sabe que ella nunca se va a preocupar por buscar una fragancia relacionada con el yin o el karma y mucho menos de preparar pasteles para nadie y, por supuesto, ni hablar de colocar un buda feliz sobre la estantería… pero podría esforzarse en mantener el lugar donde vive ordenado. No le pide que sea una experta en decoración ni que se motive para convertir ese espacio en un hogar, como hizo él cuando le dejó Mónica y tuvo que hacer una pequeña reforma y, después, redecorar su casa. Laura nunca va a cambiar, pero ese es el principal motivo por el que seguirá amurallada dentro de él en forma de bonito recuerdo; es auténtica, y por eso le gusta. Aunque, pensándolo bien, sí hay algo que cambiaría de ella: ese enganche al tabaco que genera un aire viciado y rancio en la casa.

Laura sabe que Peter está buscando con la mirada el ramo de flores que le regaló hace unos días, cuando vino por última vez a pedirle perdón. No cree que pregunte dónde está, pero, si lo hace, no va a tener el más mínimo reparo en decirle que fue al cubo de la basura en cuanto él cruzó la puerta.

Peter se sienta en el sofá y soporta clavada sobre él la mirada de Laura, quien tiene los brazos en jarra y la paciencia consumida.

—¿Qué quieres, Peter? —Laura no tiene ganas de escuchar sus mentiras, pero quiere acabar con su visita cuanto antes.

—Mi padre quiere invitarte a cenar.

Laura desvía la mirada hacia la cocina y aprieta los labios. No tiene intención de responder.

—Esta noche.

—¡Vete!

Sabía que esa iba a ser su respuesta, pero ha preferido arrastrarse una vez más para que le escuche y le dé la oportunidad de expresarse, esta vez sin mentiras. Tal vez, si le deja, podrá cogerla de la mano y llevarla a ese punto de máxima felicidad del principio de las relaciones, para poder restaurar la situación y volver al punto en el que estaban cuando se cortó de cuajo el amor. Para empezar con buen pie, con la verdad por delante.

—Lo siento, te lo he dicho muchas veces.

Laura lo mira con recelo, con ese mechón suelto del moño que parece colocado con tino y sofisticación sobre su ojo.

—En concreto, ¿qué es lo que sientes? ¿Haberme mentido? ¿Haberme ocultado dónde y cómo me conociste? ¿Haberte hecho pasar por otra persona?

—Laura, cariño…

—¡Que no me llames «cariño»! Fui… —rectifica—: fuimos tus putos conejillos de Indias, ¿qué clase de persona hace lo que hiciste conmigo? —Peter engulle sus palabras mientras su mirada vuela a ras de suelo—. Dime algo: ¿a que eres el nuevo director del Instituto? —Las palabras de Laura le caen como una lluvia torrencial—. Tú sabías todo sobre mí y me engañaste. Caí en tus garras como una imbécil y tú jodiéndome la vida a mí y a otras tres personas para conseguir un ascenso. Eres rastrero…

—No lo hice para conseguir un ascenso, de verdad. Si me dejas que te explique todo…

—Me agotas, Peter.

—Perdón; te lo digo de corazón. Lo que siento por ti es real, nunca me ha pasado algo igual…

Laura se agacha y le busca la cara, obligándole a que entre en su radio visual.

—¡Vete de mi casa y no vuelvas! ¡Ni me llames!

Peter desvía la mirada, intentando huir de los ojos asilvestrados de Laura. Al esquivarla, ve a distancia, en su habitación, un sujetador tirado en el suelo. Un sujetador que no es suyo: ella nunca usa.

—Es por ella, ¿a que sí? —Se gira con brío y clava su mirada en Laura.

—¿Cómo?

—Has estado con ella. —Se queda pensando—. Está aquí, ¿verdad?

—Peter se levanta airado del sofá y a Laura se le corta la respiración al pensar que va a ir al dormitorio. Si lo hace, está perdida. Lo ve caminar a paso vivo, mientras siente aferrado a la boca del estómago el miedo. Solo espera que desvíe su camino y no entre. No puede verla: si no, todo será peor de lo que ya es. Por suerte, Peter va hacia la puerta, asía el pomo con fuerza y se vuelve hacia ella—. Ojalá seas muy feliz cuando vuestra familia apruebe vuestro incesto…

Laura apoya el cuerpo sobre la pared del recibidor al verlo salir y cerrar la puerta tras de sí. Necesita unas horas de asueto para dejar de pensar en todo. Lo de hoy ha sido una concatenación de visitas que no han conseguido otra cosa que removerla más y, para colmo, Peter le recuerda a Isabel. Sí, en parte es por ella, pero no es solo el hecho de que sea incapaz de olvidarla. No es el único motivo por el que no quiere saber nada de él: es por el dolor que siente por haberla engañado de esa forma. Abre los ojos y la ve caminar hacia ella desde la habitación.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta Laura.

—Le habías dicho dos veces que se fuera. Quitarme el sujetador y arrojarlo al suelo era la única manera de decirle que sobraba.

—No era necesario… Solo me faltaba que te hubiera visto y hubiera pensado que me he acostado con alguien con quien no me he liado. ¿Y si te llega a encontrar aquí? —resopla.

Belinda se acerca a ella y la abraza; no hace tanto que la conoce, pero sabe que bajo esa piel de expedita se esconde una sensible mujer con corazón de loza, que ahora mismo necesita estar tranquila.

—Recuerda lo que hemos hablado. —Zanja la conversación con un beso amistoso en la mejilla.

—Belinda, otro día hablamos. —Coge un cigarro y lo enciende—. Llevamos horas dándole vueltas a lo mismo. Ya no puedo pensar. —Expulsa el humo, fatigada—. Me ha quedado claro el plan.

—Me quedo tranquila. —Mira el reloj—. Hora de disfrazarse… Tengo que ir a buscar a Ares —miente—, pero no puedo salir así, ya sabes… —A Laura le queda claro lo que pretende decir Belinda.

***

Belinda conoce a Peter, por eso se ha escondido tras un sombrero de fieltro gris que le ha dejado Laura y se ha calado las gafas de sol antes de salir del portal y después de haber esperado allí un buen rato. Sabía que Peter esperaría por allí escondido, intentando comprobar si salía Isabel del portal de Laura. No se equivocaba: mira en derredor cuando sale a la calle y lo ve dentro del coche, oteando. Con la cabeza perdida en el suelo, Belinda se dirige hacia su coche y se mete dentro; por suerte, Peter no conoce su coche: es lo bueno de haber ido siempre en metro al trabajo. Se entretiene dentro revisando unos papeles del

trabajo, agotando el tiempo, hasta que lo ve sobrepasarla en su propio automóvil. Ahora que se ha marchado, se quita el gorro y respira aliviada.

Mira el móvil y encuentra tres llamadas perdidas de Manuel; está empezando a cansarse de que sea tan insistente. No tiene ganas de volver a escuchar lamentos quedos ni súplicas; por mucho que siga diciéndole que no la usó como topo ni pretendió hundir la investigación, Belinda no le cree. Además, con todo lo que ha pasado en los últimos meses, ha decidido poner en la balanza sus prioridades y se ha comprometido a mimar a la gente que quiere, entre los que por supuesto destaca su madre, su hijo y su amiga Natalia, a la que mañana va a acompañar a la clínica de fertilidad. Con su amigo Lucas no tiene esa sensación de abandono. De hecho, últimamente quedan bastante; incluso a veces piensa que está empezando a sobrepasar la línea de la amistad, cosa que debería cuidar. Se conocen desde la facultad, pero nunca ha sentido por él ningún tipo de atracción… hasta ¿ahora? Tal vez todo esté enlazado con la liberación que lleva un tiempo sintiendo como mujer, desde que, por fin, comprendió que tiene derecho a querer y que está legitimada para hacerlo, igual que para permitirse reventar de una vez por todas su rol de víctima.

Suelta el móvil en el bolso y, con las manos en el volante, se permite hacer un pequeño cálculo mental; un algoritmo que le dice que sí: tiene tiempo de ir a ver a la mujer de Suárez, aunque quede una hora y media para que Ares salga del colegio. Cae en que, con todo el lío, ni siquiera ha pasado hoy por el trabajo. Por eso saca de nuevo el móvil, busca en la agenda y marca; conecta el manos libres y conduce mientras Victoria la pone al tanto de las cosas de la asociación.

***

Al final, regatear tiempo al destino ha jugado a su favor: no ha pillado atasco y ha podido llegar a la casa de Suárez en dieciocho minutos, un tiempo récord en la capital. La puerta de la cancela se abre al empujarla después de presentarse por el telefonillo; enfila el camino, delimitado por una hilera de macetas con geranios en flor, hasta llegar al zaguán de la casa, donde la espera Fina Palacios con el semblante ardientemente inquieto y apaciblemente demolido.

—¿Puedo pasar?

—Adelante. —A pesar de la majestuosidad de sus ademanes, no puede esconder la incomodidad que le genera tenerla allí.

Es la segunda visita que Fina recibe desde que su marido ha muerto; la primera fue la de los dos policías.

Belinda se dirige al sofá, amarrando sus ansias por escudriñar cada rincón. Los ojos sentenciosos de Fina le aconsejan que sea prudente;

por eso se sienta en el sofá, después de que su anfitriona la invite a hacerlo con un gesto y tumbe la foto de ella y su marido que se ha detenido a mirar Belinda: le ha quedado claro que no quiere que husmee en su relación. Belinda echa de menos algún sonido que corte la aspereza del fúnebre silencio que se abre ante ellas, algún reloj de péndulo quizás, un cuco tal vez.

—Verá, Fina. Me gustaría hablar con usted. —La mujer perfora con la mirada el suelo. Aun así, Belinda sigue hablando—: Supongo que sabe quién soy. —La mujer levanta la cabeza y asiente en señal de concordancia—. Quería decirle que siento la pérdida tanto como usted.

—¿Cómo yo? —explota Fina—. ¡¿Te atreves a venir a mi casa a decirme que querías a mi marido tanto como yo?!

—Lo siento, no quería decir eso… Quiero decir que le apreciaba mucho.

—¿Cuándo descubriste que debías apreciarlo más?

—¿Cómo? —pregunta, desconcertada.

—Que antes no manteníais relación alguna. Era tu jefe; solo eso. Algo pasó que lo cambió todo, ¿no?

Belinda no sabe si la está tanteando o si realmente tiene más información de la que ella pensaba. Ha venido a verla por condescendencia y respeto; para nada pretende enfrascarse en pugnas de índole sentimental con ella, ni alborotar el gallinero.

—¿Crees que no lo sé? Él me lo contó todo…

Belinda no quiere buscar trampas, celadas o trucos en su apertura de la partida de ajedrez, pero una cosa tiene clara: aunque su jugada sea poco ortodoxa y muy previsible, con esa doble amenaza que camufla su frase, no va a atacar al caballo y al alfil a la vez. Fina no va a ganar la partida; si fuera verdad que lo sabe todo, no le hablaría con esa soberbia.

23

CALMA FICTICIA

Día después del experimento (por la noche)

Javier Ramírez irrumpe en la sala de reuniones poco después de las diez de la noche; hora en la que debían hacer el pase de guardia. Todos están allí, mirándolo, sin salir de su asombro. Belinda, por su parte, tiene claro lo que le pasa; esas pupilas rígidas y la forma de embestirles excitado le hace entenderlo todo: está drogado.

—¡Está haciendo un papel! —exclama Javier—. Joder, nos están tomando el puto pelo. Francisco no ha perdido la memoria, ha dicho una frase que me dijo a mí hace solo unos meses. Es imposible que no recuerde nada. Además, miradlo, está cojo porque se tiró por la ventana y ni siquiera se pregunta por qué cojea. ¿No os dais cuenta?: es un complot; se están riendo de nosotros. Tenemos que entrar, hay que entrar ahí y sacarlos; cuanto más tiempo los retengamos, peor. Nos van a culpar de secuestro y de otras tantas cosas, ¿no veis que esto es una trampa? Nos pensamos que lo tenemos controlado, pero son ellos, en realidad, son ellos los que…

—Eh, Javier —le responde Belinda en tono conciliador—, estás un poco nervioso. ¿Por qué no te vas a casa y descansas? Seguro que Suárez puede cubrirte esta noche. —Se gira para mirarlo y Suárez asiente; también cree que lo mejor es que se marche.

Esas ideas erróneas de Javier casi rozan lo delirante a ojos de sus compañeros. ¿Qué le pasa? ¿Cómo ha podido ir drogado al trabajo con la situación que tienen encima? Todos saben que tuvo una racha complicada con la cocaína antes de que naciera la mayor de sus hijas. Pero hacía años que no consumía; lo había superado, o al menos eso creían.

Suárez no tiene tiempo ni energía para enfadarse con él, por eso accede a cubrirle esta noche, sin reprocharle nada, por lo menos todavía. A pesar de que se vaya a quedar haciendo guardia, tendrá que salir un momento para avisar a su mujer cara a cara de que hoy tampoco irá a dormir. Con ella no basta una llamada telefónica: no puede permitirse tenerla suspicaz ahora; no quiere otro frente abierto.

También podría irse a casa a descansar y dejar a Diego solo haciendo guardia, puesto que los sujetos están tranquilos. Así se ahorraría la discusión con Fina y podría desconectar y volver a la mañana siguiente con una perspectiva renovada. Pero es mejor que sean dos; es la primera noche que los pacientes no están sedados y no quiere más problemas.

Javier Ramírez se va del observatorio con la sensación de excitación aún pegada a la piel. Por eso no puede marcharse a casa, a pesar de que se lo hayan recomendado: hay algo que ha dejado a medias y es el momento de retomarlo. Se sube al coche y deshace el último camino que había hecho; va al mismo lugar donde le habían indicado horas antes en el Círculo de Bellas Artes. Deja el coche en el aparcamiento y camina deprisa mientras piensa que antes no ha usado preservativo, aunque con lo excitado que está le parece algo trivial.

El mismo chico de antes le abre la puerta, desnudo, y él le regala una sonrisa abstracta de ojos dilatados. No es precisamente atracción lo que siente por él, aunque el deseo pernicioso de seguir descubriendo algo que le ha llevado al éxtasis hace tan solo una hora le ha desbocado un juego erótico en la mente que no puede amarrar.

—Adelante. Somos cuatro, pero ahora vienen dos más —le informa el joven, que debe tener unos treinta y cinco años, quizás algo menos; a estas alturas y en este momento, Javier no está para matemáticas.

—Solo estaré un rato… —dice, alzando la vista y enfocándola en el fondo del salón.

Hay tres hombres en la sala, dos de ellos manteniendo relaciones sexuales y el tercero tumbado en el sofá, con la fuerza arriba y desnudo, como todos; son cuatro contando con el chico que le ha abierto y cinco con él. Le llama la atención el más mayor, que debe tener su edad. Suelta la lata de cerveza sobre la mesa del salón y se agacha hasta el miembro del chico de su lado, que lo espera con la tensión y el enderezamiento. Todo mientras le provoca con la mirada. Los dos están claramente excitados y abiertos a que se sumen los que quieran, por eso Javier se acerca a ellos con el traje empapado de sudor y las pupilas rompiendo sus límites. Deja que le desnuden los dos y, decidido, camina a la cocina, aparta la cocaína, la viagra y el bote de GHB. Los cuatro lo estudian expectantes. Trata con cuidado la droga al retirarla, dejando libre la barra de la cocina. Al fin y al cabo, es la mitad de la diversión; la otra mitad la forma la nube de hormonas eclosionando en el ambiente. El chico que le ha abierto la puerta va hacia él y comienza a estimular sus genitales. Javier cierra los ojos y se deja llevar hasta que siente la presencia en la espalda del hombre que estaba en el sofá cuando entró. Abre los ojos y coge el bote que este le tiende. Lo inhala; quiere multiplicar por mil las sensaciones. Invita a los otros dos a unirse y empiezan a darse placer. El *popper* ha vuelto a conseguir convertirse en oro líquido; ahora que una rampa de euforia asciende por su cuerpo, la sangre arrastra cualquier atisbo de mala conciencia a su paso y la penetración le viene mucho más lisa, más suave. El último empujón, sumado a las sensaciones que le estimulan el resto de la superficie corporal, le hace pisar el paraíso.

***

Todos en el observatorio piensan lo mismo, pero no lo dicen: Javier está rozando los límites, más aún. Belinda les cuenta la información que ha recogido a lo largo de la tarde: sobre Laura y su desengaño amoroso; sobre María y las miradas con Antonio; y sobre las rarezas del escritor. Cuando termina de informarles, el grupo se diluye: Belinda ordena la zona en la que ha trabajado y guarda las cosas, Diego enciende el ordenador para comenzar con la búsqueda bibliográfica y Suárez hace ademán de marcharse hasta que Peter lo detiene, agarrándolo del brazo, y lo aparta.

—Lo sabe: Rojas lo sabe… —murmura—. Me ha llamado por teléfono hace un momento.

—Me lo figuraba. ¿Qué te ha dicho?

—Más bien poco. Que arregle todo esto. ¿Por qué viene a mí? ¿Por qué lo sabe?

Suárez cabecea, negando ante sus preguntas. No tiene la respuesta. A Peter le ha parecido que lo mejor era contárselo a Suárez; nota en sus ojos de soldado desconfiado que cree que hay un topo entre ellos, y no le conviene que desconfíe de él. Lo necesita de su parte, serenamente cándido. A pesar de haberle contado eso, Peter omite información: como que Rojas le ha puesto un ultimátum para que convenza a Suárez de dar una rueda de prensa o que le ha recordado que más le vale que acometa sus órdenes si quiere su prometido ascenso o que le ha amenazado con acabar con ellos si manchan la reputación del ministerio. Suárez aguanta la mirada de Peter durante unos segundos y zanja la conversación en silencio. Camina hacia la puerta y se gira al escuchar a Belinda llamarle mientras viene hacia él.

—Jefe, ¿te marchas? Habías dado permiso a Javier para que se fuera porque le ibas a cubrir… —le dice, ya a su lado.

—Sí, Belinda, me quedaré con Diego. —Lo mira: está centrado en la pantalla del ordenador—. Pero necesito salir un momento. No tardaré mucho, quédate con él hasta que vuelva, por favor.

Belinda coge aire y lo expulsa con fuerza; ya había descartado la idea de estar a la hora de la ducha y de la cena con Ares, pero ahora no llegará a tiempo de verlo ni siquiera despierto. Aunque está su amiga Natalia a su cuidado y eso la tranquilice, no quita que tenga la sensación de que un mago va a clavarle un cuchillo sin muesca.

Son más de las diez y Diego está buceando por el buscador, haciendo consultas en la base de datos, revisando las publicaciones de investigaciones biomédicas relacionadas con el tema que les ocupa. Belinda, viendo que los sujetos se han acostado, decide sumergirse en el recuerdo de hace dos noches, cuando su hijo le contó que le gustaba Elisa, la niña que ha llegado nueva. Ares tiene once años, un

preadolescente que aún tiene más cosas de niño: al menos a sus ojos. Cosa que a Belinda le encanta.

***

Suárez conduce embalsamado, sintiendo los latidos de la ciudad que van aminorando y tiñendo los minutos de nostalgia; realmente, algo sorprendente pasa en la capital cuando las agujas del reloj giran en la oscuridad de la noche. Aparca el coche en la puerta de casa, en lugar de meterlo al *parking*, y camina hacia la entrada. Rebasa la puerta y aguza el oído: parece que Fina está trasteando en la cocina. Entra cauto, pero el sonido de su móvil rompe la calma. Mira la pantalla antes de saludarla. Es Rojas. No puede creerlo. Saluda a su mujer y alarga el momento de cogerlo.

—¿No contestas? —pregunta Fina a guisa de saludo.

—Sí, sí. Voy. Quería saludarte. —La besa. Se aparta y responde—: Señor Rojas, dígame.

—¡Buenas noches, doctor Suárez! —escucha al otro lado de la línea.

—¿Qué quiere? —pregunta a bocajarro, haciéndole un gesto a Fina para que le deje hablar solo; tenerla con esos ojos de perro fiel mirándole no le resulta de ayuda.

—Nada. Es que, la verdad, me ha sorprendido que no me contara esta mañana lo que se trae entre manos. Pero no pasa nada. ¡Le voy a dar otra oportunidad! Nos vemos mañana por la mañana donde siempre. Espero que ya tenga la respuesta.

—¿Qué respuesta?

—¿Es que no se lo ha contado el suizo? Pensaba que habían hablado. Háblelo con él en cualquier caso y hágame el favor de perdonarlo, el pobre está terminando de perfilar su personalidad, ya sabe, demasiados años dejándose arrastrar por el padre… Esas cosas marcan, ya lo sabe usted: cual el cuervo, tal el huevo. Aunque no tenga hijos, me comprende…

—Mañana por la mañana no puedo salir —consigue decirlo con cierto decoro, aunque sabe que eso no le va a servir para disuadir las intenciones de Rojas. ¿Qué le oculta Peter? En cualquier caso, va a esperar a averiguarlo por su cuenta.

—Mañana, a la una en punto. Debería agradecer a quien le da de comer. ¿Sabe? Tengo la sensación de que ha olvidado a quién tiene que dar gracias por ese puesto que ocupa y por los estudios que ha realizado.

Suárez deja caer su cuerpo, impregnado de negra cobardía, sobre la blanca pared al colgar el teléfono. Ahora le toca enfrentarse a lo segundo: explicarle a Fina lo que está pasando. No tiene ganas de desgranarle todo ni de explicarle por qué cambia de forma intempestiva su ánimo con esa calma ficticia durante los dos últimos

días, pero sabe que no debe apurarse: ella no lo va a presionar. Y, además, con ese arte especial de vendedora ambulante que tiene, conseguirá que, cuando esté preparado para contárselo, él solo empiece a tirar del hilo suelto de la madeja.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien.

—¿Quién te llamaba a estas horas?

—Un compañero…

—Debe ser de confianza entonces… Tendrás que presentármelo; si es tu amigo, también lo es mío. ¿Por qué no le invitas a comer este fin de semana?

—Fina, debo contarte algo…

***

Belinda no aguanta más y se marcha sin esperar a que vuelva Suárez; le ha dicho que tardaría poco y lleva fuera una hora y media. Son casi las doce, y mañana tiene que estar a las ocho en el trabajo. Coge el metro y, como siempre, camina unos minutos hasta llegar a casa; podría haber llamado a Manuel para que la recogiera, pero no quiere darle explicaciones a Natalia cuando la vea llegar con él; al menos no todavía. Tampoco que rompa parte de su intimidad con su hijo. Necesita estar con él a solas antes de que llegue Manuel; por eso le ha enviado un mensaje de texto convocándole en su casa de aquí a un rato.

—¿Cómo vienes tan tarde? —le pregunta Natalia al verla entrar—. Entiéndeme, sabes que me encanta cuidar de Ares, pero tienes que trabajar menos. ¿Mucho curro en la asociación?

—Sí, Natalia, el trabajo me sale por las orejas…

—Tu hijo es un encanto. Ha merendado fruta, ha cenado una tortilla francesa y se sabe el examen de sociales de mañana de diez. —Belinda siente una raspadura en el corazón al caer en que había olvidado que tenía examen—. Pero no ha querido ducharse: dice que tenéis un nuevo acuerdo y que se ducha los días de atletismo. ¿Me la ha colado?

—No, tranquila. —Belinda esboza una sonrisa ante la ocurrencia del niño preadolescente que empieza a convertirse en cultivo de secano—. Así lo tenemos establecido.

—Sabes que puedes llamarme cuando necesites, que yo encantada de ayudar a tu niño con ese virus preadolescente que se le echa encima, pero hazte mirar lo de tu ergomanía, que eres psicóloga. —Arranca una carcajada de Belinda con sus palabras desaceleradas de enfermera de noche—. Tienes suerte de que mi cuerpo cicle como mis turnos del hospital y consiga estar despierta siempre que me necesites. Además, esto de ser funcionaria y no quedarme preñada ni a la de tres, también te beneficia. —Recoge sus cosas mientras Belinda la

sigue con la mirada fulgiendo y el corazón rebosando: tiene mucha suerte de tenerla, pero se siente mal por no corresponderla. Natalia es natural como un bloque de alpaca y ella oscura como un chamán. Debería sincerarse con su amiga recién divorciada que no se queda embarazada ni por milagro divino y empezar a contarle todo lo que no sabe, que es mucho—. Ya me lo pagaré yo cuando me toque. Ares ya será mayorcito y me podrá hacer de canguro gratis.

—¡Ven aquí, anda! ¡Dame un abrazo!

***

Desde que se ha ido Natalia, Belinda está observando a Ares, sentada a los pies de su cama, mirándolo como lo hacía cuando era un bebé y le conectaba el carrusel en la cuna que se llevaba como un remolino sus ansias de brazos. Es curioso cómo recuerda el olor a almendras de su vientre, el latido acompasado de sus corazones, esas mariposas que se convirtieron más tarde en fuertes patadas y acabaron con un desgarro en el parto o cómo estaba de fragante la habitación del hospital el día en que nació, repleta de orquídeas de color morado. Se muere por abrazarle, pero no lo hará porque sabe que lo desvelaría. El móvil le vibra: es Manuel, que está en la puerta.

—Me alegra que quieras pasar la noche conmigo —dice él cuando le abre.

—Y a mí que hayas venido. —Le besa y la sigue hasta el sofá; se acomodan en silencio para no hacer ruido y siguen hablando en susurros.

—Cuéntame, ¿cómo están los susodichos? —musita, sentándose y colocando las piernas de Belinda estiradas sobre él—. Llevo todo el día a la espera, Belinda. Me juego mucho con este estudio y Suárez no me da información.

—No creo que te vaya a dar mucha: cree que tiene un topo en el equipo.

—Cuéntame bien.

—¿Qué quieres saber?

—Todo, desde que comenzaron la intervención.

24

FERMENTAR LA INFORMACIÓN

Cuatro días después del suicidio (por la noche)

El Reserva Real es el vino preferido de Fernando, su padre, y sabe que, conforme el líquido del interior de la botella descienda, su sonrisa ascenderá. Por eso ha comprado una botella para la ocasión y la sostiene en la mano. Su madre le recibe en la puerta, entusiasmada y con una sonrisa que expira de sus labios al verlo solo, aunque cambia el semblante enseguida para evitar hurgar en la llaga: conoce perfectamente ese pesar ceñudo característico de Peter, rogándole que no le pregunte por ella.

—¡Vamos hijo, adelante! Pasa. —Coge la botella—. ¿Por qué has traído este vino tan caro? Sabes que no tienes que traer nada a casa de tus padres…

—Mamá, puedo pagar un vino, no te preocupes. —Acaricia con un beso su mejilla.

—¡Claro que mi chico puede pagar un vino! ¡Con ese ascenso que lo ha puesto de director! —El padre acude al recibidor y lo abraza, animado—. Ven aquí, hijo. Hoy tenemos un invitado muy especial.

—Es un señor muy importante —le musita la madre en el oído, acompañándole por el pasillo antes de irse a la cocina a meter el vino en la nevera.

—¡Te presento a Rojas! Mi amigo. ¡Un buen amigo! Y sí, es el famoso ministro…

Peter se ahoga en su propia respiración mientras despelleja la situación. ¿Desde cuándo su padre conoce personalmente al ministro de Sanidad? Ha sido la salva de honor para las dudas que le ametrallan después. ¿Qué hace en su casa? ¿Por qué lo han invitado a la cena de celebración del nuevo puesto? Cada pregunta le atraviesa como un cargamento de munición mientras aparenta novedad y agrado al estrechar la mano que le tiende y le aprieta con firmeza el ministro.

—Encantado, señor Rojas. Un placer…

—¡Por favor! El gusto es mío… —responde este, animado—. Por cierto, puedes llamarme Santiago; los amigos de Fer son mis amigos. —El padre de Peter mira orgulloso a su mujer, que ha vuelto de la cocina—. Me ha dicho tu padre que ahora estás al mando del Instituto Nacional de Salud Mental. Es interesante saberlo, ¿sabes? Siempre nos hemos llevado bien con el Instituto. Nos gusta ayudar y, bueno, estamos pensando en destinar una partida presupuestaria; ya sabes:

hay que invertir en salud mental.

—¿Y tu novia? —pregunta repentinamente el padre.

—No ha podido venir, papá. Tenía trabajo que terminar…

—Así que una chica ocupada, ¿eh? Una pareja moderna —se dirige a Rojas, dándole un toque en el pecho—. A mi chico le gustan las mujeres con expectativas, como él; con carácter, ¿verdad, hijo? No como la medrosa esa… ¡le faltaba sangre! —El padre y Rojas estallan en irreverentes carcajadas.

—¿Te ayudo, mamá?

—No, tranquilo, hijo. Sentaos; voy a traer la comida. Podéis ir picando algo del aperitivo, si os apetece.

—Siéntate donde quieras, Rojas, ya sabes que en esta casa eres uno más —Señala la mesa, divertido. Rojas se sienta y Peter va a la cocina a por el vino. Aunque lo considere cercano, le gusta llamarlo por su apellido: así hay que llamar a las personas importantes; así llevan llamándole a él en el trabajo toda la vida.

—Mamá —se acerca a su oído, controlando que no le vean desde el salón—, ¿por qué ha venido ese señor a casa?

—Hijo, hace años que es amigo de tu padre. No es la primera vez que viene a cenar.

Las palabras de su madre desnaturalizan los hechos. ¿Cómo debe fermentar esa información? ¿Cómo transformar la causa de su ascenso? ¿Acaso ha sido por su padre? De repente, todas las piezas le empiezan a encajar: ha sido su padre quien ha conseguido que le hagan director. No sirve de nada que se autoengañe e intente disimular la rabia que tiene contenida, pero no puede montar un guirigay esta noche; será mejor que se calme. Cierra los ojos, agarra la botella de vino y los abre al cerrar la puerta de la nevera. Sigue a su madre, quien acaba de sacar la bandeja del horno y se dirige a la mesa.

—¡Caray! ¡Cómo huele este salmón, Ara!

—Espero que os guste —agradece con la cabeza mientras deposita la bandeja, con los lomos de salmón contenidos por montoncitos de puré de patatas a su alrededor, sobre la mesa—. Es salmón a la naranja con almendras, una nueva receta. —Estira la mano a Rojas para que le acerque su plato.

—¡Seguro que está delicioso! ¡Como todo lo que cocinan esas manos de ángel! —A Peter le repulsa su simple presencia, pero que piropee a su madre ágilmente desinhibido, regodeándose de que dedique su tiempo y esfuerzo en satisfacerle, le desmenuza las entrañas. Además, ¿cómo que Ara? Araceli, es Araceli, quiere gritarle.

—Gracias, mamá, por esta cena que nos has preparado.

—Cariño, —Le lanza un beso al aire—, con mucho gusto.

—Rojas —le dice Fernando mientras descorcha el vino—, como ves,

mi hijo es un tipo legal, preparado y con proyección de éxito. ¿Acaso no es para estar orgulloso? Por fin ha ocupado el lugar que le corresponde. —Huele el vino, concediéndose un momento para recordar ese aroma profundo y amplio—. Este vino es la leche, tiene un equilibrio elegante y aterciopelado. Pruébalo —anima a Rojas, después de servirle en la copa; el ministro cabecea con gesto de concordancia mientras saborea el líquido—. ¡Te lo dije! ¡Apúntalo, el mejor vino! Este —Dirige la mirada a él— es el vino que uso solo para celebrar las situaciones especiales, y mi hijo lo sabe. —Alza la copa al frente y anima a todos a brindar—: Por el nuevo director.

—Por Peter —repiten y chocan las copas mientras Peter encaja la mirada lasciva de Rojas, mira el pecho henchido de su padre y la sonrisa presuntuosa de su madre.

—Se te incrusta en la vía retronasal esa ciruela negra, ¿eh? —Se dirige de nuevo al ministro, quien acaba de dar el trago correspondiente del brindis. Rojas vuelve a cabecear como antes y deja la copa en la mesa para comenzar a desmenuzar el salmón y dar el primer bocado—. Este chico es la leche: entiende de vinos, es un psiquiatra cojonudo y ahora está a punto de dar el paso con su novia, ¿verdad, hijo? Solo te faltaba ese puesto para ser como yo. ¿Dónde han mandado al antiguo director?

—Ha muerto —dice Rojas sin rodeos, mientras corta otro trozo de salmón y se lo mete en la boca.

—¿Ha muerto? —pregunta Fernando—. Pobre hombre, que descanse en paz. —Alza la copa al centro de la mesa y a media altura, en signo de brindis, y da un trago–. Me has dejado descompuesto. ¿De qué ha muerto?

—Bueno, en realidad no sé la causa de la muerte, Fer. Nos llegó la noticia al Congreso de una forma muy limpia, muy discreta, y, ya sabes, no hemos ahondado en un tema que no es de buen gusto.

—Entonces, ¿le conocían?

—No personalmente, pero era una persona conocida, fíjate que dirigía la investigación en materia de salud mental de toda España… —Da un trago a la copa—. Como va a hacer ahora tu hijo. —Le dedica una mirada inquieta.

Mencionar la muerte de Suárez ha tumbado el ánimo festivo del ambiente y acaparado la atención de todos, por eso Araceli intenta desviar la conversación hacia otro sitio mientras Peter se devana los sesos con lo suyo. No entiende nada: su padre realmente parece sorprendido con todo lo que ha pasado y no tiene pinta de haber organizado todo eso del puesto de director a dedo.

—Me ha dicho mi marido —corta el silencio Araceli, iniciándose en la conversación con una pregunta que lleva tiempo queriendo hacerle —, que estuvo casado, ¿verdad, señor Rojas? —El ministro cabecea

con un afecto impostado y puliendo su encanto superficial. Da otro trago a la copa y paladea su sabor.

—Ara, te he dicho mil veces que puedes llamarme Santiago. Y dejar de tutearme, que somos amigos. En fin… lo mismo que le he dicho siempre a Fer. Y respondiendo a tu pregunta: sí, querida, así es. En cinco ocasiones. —Se mete en la boca otro trozo de salmón y le da vueltas mientras disfruta del destemple que ha generado en ella—. El matrimonio no está hecho para mí, por eso no me gusta sacar el tema. —Eleva la copa buscando un brindis con el padre, que choca el cristal, tan convexo como la sonrisa comprometida que dibuja en su cara el ministro—. Ara, ¿sabes el chiste del pez?

La mujer niega con la cabeza.

—Le dice un amigo a otro: «la postura favorita de mi mujer en la cama es la del pez». «¿Cuál es la postura del pez? Esa no la conozco». «¡Sí, hombre! La del pez: se da la vuelta y nada». —La risotada de Rojas incomoda a Araceli, quien se levanta apremiada para recoger los platos, apilarlos y salir de allí con la excusa de recoger la mesa—. Yo es que soy más de buscar otros peces en el río cuando se me dan la vuelta en la cama —lanza la conclusión al aire—. Y, ¿sabéis?, no encuentro sentido a esa lucha eterna entre el amor y la mente. Si los pensamientos de los dos no casan, el amor se disuelve como el humo de un cigarro.

—Ahora que hablas de fumar —dice el padre—: ¿te hace un habano?

—¡Por supuesto! ¡No tengo prisa, estoy disfrutando de la velada! —El padre de Peter coge un puro de la caja, una lámina de cedro y enciende una vela. Arde la punta del cedro y enciende el habano con un pulso de relojero y un mimo artesanal. Se lo entrega a Rojas y eleva el mentón hacia Peter, que rechaza el ofrecimiento negando con la mano. Quiere irse cuanto antes; lo que menos le apetece es fumarse un puro con ellos.

—Pero un *whisky* sí, ¿verdad, hijo? —Sirve un *whisky* solo que entrega a Rojas sin consultarle y se sirve otro para él.

—No, gracias. Tengo que conducir. Además, debo marcharme.

—Marcharse, dice —se dirige Fernando a Rojas—. Si acabas de llegar, acabamos de empezar la fiesta. Voy a buscar unos hielos.

Con la marcha del padre a la cocina, Rojas y Peter se quedan solos; Peter aprovecha para levantarse de la mesa y sentarse en el sofá junto al ministro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta, inclinándose hacia él con el cuerpo, otorgando dureza a la pregunta.

—Bucher, Bucher… —Da una honda calada al habano, expulsa el humo en su cara y chasca la lengua—. ¿Esa es la manera que tienes de tratar a un invitado? —Aproxima su rostro al de Peter hasta que

ambos respiran el aire del otro—. ¿Así es como me agradeces que te haya colocado en el puesto en el que estás? Ya sabes que no cumpliste con tu parte del trato, no te encargaste de que se supiera la verdad en el momento adecuado. Aun así, mírate: ¡director del Instituto Vallejo Ruiloba!

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?

—¿No lo ves? Tu padre es un gran amigo mío; nos hacemos bastantes favores. Ya le debo uno menos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues ¿no ves que contento está? El pobre parece un niño al que le regalas un chupa-chups. Él no sabe que le he hecho este favorcillo, ya lo has visto, pero es mejor así. Eso me pone en ventaja.

—Eres un cabrón. —Se levanta y enfila el salón, dándole la espalda, rumbo a la cocina.

—Bucher, ¿qué hemos hablado de tratar bien a tus invitados? Por cierto —Peter se detiene y se gira a escucharlo—, por poco lo olvido: cuida bien de esa novia que dices que tienes. Alguien busca su cabeza.

Peter se dirige a él hecho una furia.

—Como le pase algo a Laura —Le agarra de la pechera— te mato, obsceno de mierda. —Le suelta la camisa al escuchar a su padre acercarse.

—¡Ya estoy aquí! ¡Que siga la fiesta!

25

EL SINSENTIDO DEL ENCIERRO

Dos días después de la intervención (por la mañana)

—Buenos días, querido escritor —saluda Laura a Francisco al verlo entrar en el *office*—, ¿me acompañas en este opíparo desayuno? —Francisco se sienta después de barrer con la vista la mesa y verla llena de churros y cafés—: ¿Has descansado bien?

—Se podría decir. ¿Y tú?

—Pues, como no tengo un puñetero reloj, no sé decirte, pero calculo que estuve unas tres horas como un búho y me he despertado cuando aún era de noche. ¿Eso lo consideras bien o mal? —Francisco no responde; Laura coge un churro y da un bocado, mientras mantiene la mirada en él—: A ver si vienen los demás y hablamos; empiezo a cansarme de este teatrillo. ¿Desde cuándo se deja café con churros a unos locos en un secuestro? —comenta después de dar un sorbo al café—. ¿Tú qué crees? ¿Que nos van a soltar o que nos vamos a escapar? Yo apuesto a que me escapo antes de que me suelten. Lo que nos pide el médico se me empieza a hacer cuesta arriba. Si no hubiera rejas, ya me habría tirado por la ventana; tengo un mono que me muero. Me podían dejar un puto cajetín de tabaco con los pedidos de comida a domicilio que nos traen.

—Sí, Laura, y una nota de buenos días.

—¿Perdona?

—Pues que están cubriendo nuestras necesidades básicas, y fumar no lo es.

—Será para ti, ¡no te jode! —Francisco la amonesta con los ojos—. Perdona, sabes que, aunque haga un día que te conozco, te aprecio, pero no me vuelvas a salir con esas. Además —susurra—, ¿por qué no puedo salir ahí afuera y pedirles una cajetilla de tabaco como hace Antonio con la comida? Seguro que prefieren tenerme tranquila con mis cigarrillos antes que verme saltando de liana en liana, como un mono de esos feos y peludos.

—No te van a traer cigarros, Laura. Quítatelo de la cabeza.

—¿Por qué no?

—Pues porque ellos se ponen en lo peor: ¿no ves que la tele está empotrada? Lo han hecho para que no tengamos cables por medio. El timbre de llamada se les debió pasar, claro está —le aclara, recordando el episodio de ayer, cuando Laura circunvaló con él el

cuello de María—. No quieren que nos dejemos llevar por un arrebato o que usemos cualquier cosa como instrumento en su contra. Si te dieran tabaco, en uno de tus impulsos, completamente comprensibles —señala, al verla ceñuda—, podrías incendiar todo esto para provocarlos; para que nos tengan que sacar de aquí. —Se queda pensando en lo último que ha dicho—. Quiero pensar que nos sacarían antes que dejarnos arder como ninots.

Laura no se había planteado esa opción. Así, puesta en boca del escritor, parece una escena de terror horrible, desmesuradamente siniestra. ¿Cómo va a hacer ella algo así? ¿De verdad la ve Francisco capaz de hacer eso? Prefiere tomárselo a guasa. Necesita quitarle importancia a todo lo que está pasando. Ayer tuvo suficiente con asumir que la habían encerrado en un psiquiátrico. Y, aunque le genere angustia no recordar nada, cree que lo mejor es verter algo de humor en el caos que les envuelve.

—Los veo más en la primera opción, no me parece que nos quieran muertos. Oye, ¿y tú qué crees que pasaría si me vuelvo una loca pirómana? ¿Qué vendrán con una grúa y un ramo de flores a sacarnos a lo *Pretty woman* o que unos cuantos bomberos buenorros tirarían abajo la puerta del *office* y nos bajarían como recién casados?

—Laura, te veo graciosa esta mañana.

—Si no, siempre me queda la opción de rehén ahorcado —bromea —, aunque no sea una jugada inédita. —Francisco cabecea; no consigue ver ese punto de humor colorido en el que escarba Laura—: Yo soy así, Francisco, este es mi estado natural: soy incapaz de matar a una mosca.

—Tampoco me tengo que fiar del rencor que arrastras con Isabel…

—Precisamente, de eso es de lo que sí te tienes que fiar. Que gracias a lo dolida que estoy con ella, consigo remontarme día a día y recordarme que me debo querer; la muy zorrupia no va a conseguir absorber mi esencia. ¿Tú que tal con esas manías tuyas? —pregunta como si nada, y da un gran bocado a la porra.

Francisco es incapaz de controlar esas manías defectuosas y desaliñadas a las que se refiere Laura; se le presentan de forma caprichosa e impredecible, apoderándose de él y encarcelándolo en esa especie de cono truncado sin final, por donde se le escapan las frases que, sin ser obscenas, hieren a las personas, haciéndole en consecuencia colisionar sin parar con quien tenga enfrente. Anoche, sin ir más lejos, se le descontrolaron. Fue culpa de María —Satanasa, para él—, por haberle puesto tan nervioso al preguntarle qué escondía bajo esa mirada huidiza y ese mutismo impostado, cuando los demás no paraban de hablar de su vida y él seguía tan callado, engullendo su silencioso plan embaucador. Recuerda perfectamente la conversación.

—A mí no me engañas —le dijo María, antes de salir del *office* para

marcharse a dormir.

—¿Qué? —inquirió el escritor, levantando la mirada.

—Que tú escondes algo…

—¡Cuando habla la gente, no mete el hocico el puerco!

—¿Cómo has dicho? ¿Me estás mandando callar y encima me llamas cerda?

—¿Dónde va Vicente? —Se levantó de la mesa, enfiló el *office* hasta la puerta y se dio la vuelta, rebosándole ira por los ojos—. ¡Donde va la gente! —Cerró la puerta dando un portazo tras de sí.

Ahora que lo ve en perspectiva le aplasta la vergüenza. Daría lo que no está escrito por contener esa especie de coprolalia en forma de refranes que le brota de la boca cuando no consigue amordazar los pensamientos descarriados que se le instalan dentro y toman el mando de sus actos.

—¡¿Francisco?! —insiste Laura, buscándole los ojos con la mirada —. ¡Que cómo llevas esas manías! Ayer te cebaste bien con María.

—Es que me pone un poco nervioso…

—Pues tienes que relajarte, que la pobre no te ha hecho nada… Intenta pensar en otra cosa, dale la vuelta a lo que te provoca.

—Darle la vuelta, dice —reflexiona en alto—. Si tuviera un libro con el que entretenerme…

—¡Bah! Eso son placebos; me rio de esa frase de «mente ocupada no piensa». Pues claro que piensa. Mira, si tienes la cabeza enredada con una historia, por mucho que te pongas a leer, la cabeza te rebota a lo mismo. Funcionamos así. Por eso, lo que tienes que hacer es atajar directamente el problema. Todo está aquí dentro. —Le señala la cabeza—. Con quererte, tener la conciencia tranquila y no guardarte nada que te retuerza los higadillos, ya está.

—Pues, entonces, lo he hecho bien…

—A ver, no. No lo has hecho bien. Si diciendo lo que te viene a la cabeza, vas a generar un conflicto, entonces sí, te lo callas.

—Entonces me lo tengo que callar. No sé si te entiendo, Laura.

Ojalá para Francisco fueran así de fáciles las cosas. Quizás debería empezar a ver todo con algo más de gracia, como Laura. Quizás vaya siendo hora de dejar de torturarse por no poder hacer sus extravagantes rutinas o por no encontrarle sentido a su cojera y a las cicatrices de los brazos y los muslos que se encontró en el cuerpo al ducharse anoche. Quizás tenga que edificar su humor.

Antonio Galán entra al *office* después de haber pasado la noche sin pegar ojo. Pero no se le nota: es de esas personas que parece que llevan en el ADN una bomba de reciclaje energético, una especie de fotosíntesis que le repara. Ha pasado la noche dando vueltas, pensando en un nuevo plan. Cree que los tienen controlados desde todos los puntos, lo que significa que no podrán comunicarse entre

ellos de forma convencional. Por lo tanto, no les queda otra alternativa que usar el lenguaje corporal para comunicarse. Tendrán que entenderse por gestos, aparentando normalidad y naturalidad. También ha pensado en cómo atraer a los recuerdos y ha dado con la solución: como la memoria está en interconexión con las emociones y las personas normalmente graban a fuego los recuerdos más tristes y los más felices, lo más acertado para remover los recuerdos es jugar con los sentimientos. Y ahí es donde ha encontrado el arma de doble filo. Se ha dado cuenta de que, si ellos pueden jugar con sus propios sentimientos para crear recuerdos, ¿por qué no jugar con los sentimientos de los de fuera? Está claro que quien o quienes estén al otro lado no son unos psicópatas insensibles: les están cuidando; de una forma extraña, pero, al fin y al cabo, los protegen, lo que significa que tienen empatía. Y ahí precisamente está el punto de rotura en el que deben aplicar la presión.

—¡Café con churros! No me han tratado así de bien en mi vida —comenta Antonio con aire divertido al entrar.

—Eso es porque no has estado con la persona adecuada. —Le llega por la espalda la voz de María, quien acaba de entrar en el *office*, justo después que él.

Francisco y Laura se miran; María no pierde ocasión de flirtear con el médico.

—¿Qué te apetece, María? Hoy invito yo…

Francisco y Laura vuelven a mirarse. No es normal que el médico tenga el ánimo así de distendido.

—Café solo y un churrito, por favor.

—Dirás una buena porra, ¡que son porras, guapa! —Laura suelta una carcajada después del comentario y Antonio reprime la sonrisa mientras ofrece a María el café y le envuelve la porra en una servilleta. Añade leche a su café y coge otra porra para él; se sienta y da un mordisco—. Antonio, estábamos hablando Francisco y yo de la opción de escaparnos; aunque me trajeran el desayuno a la cama cada mañana, me aburriría de pasar aquí un día más: no por vosotros, ya me entendéis, pero yo soy una periodista híbrida, de calle, de investigación… me da sopor pensar que hoy será como ayer.

Antonio abre los ojos y sugiere silencio con el dedo. Les explica por gestos que cree que hay un micro. Hasta ahora, ninguno de sus compañeros había mencionado nada del plan ni de una posible fuga y, por lo tanto, no se había visto en la necesidad de decirlo, pero, llegados a este punto, sí, es necesario que entiendan que cree que les han puesto un micro y que sigan con un diálogo distendido pero aséptico. Por eso reconduce la conversación. Ha llegado la hora de desenfundar la espada de Damocles.

—No creo que haga falta pensar en eso, aquí nos tratan bien… Solo

tenemos que darles lo que quieren.

Antonio lo dice bien en serio. Ha dicho exactamente lo que quiere que escuchen los que están al otro lado.

—¡Nos tratan de puta madre, claro que sí! Ya veo que podemos hablar libremente porque nos controlan por todos lados, por lo tanto, no podemos tejer ningún plan para salir, porque hemos decidido que nos vamos a quedar, ¿no es así? Cojonudo todo… —Laura sale del *office* dando un portazo y Francisco Vega va tras ella para tranquilizarla. Antonio ha provocado lo que quería.

Da el último bocado al churro, apura el café, se limpia y camina hacia María, que sigue sentada en la mesa, esperándole con esa mirada copulatoria de párpados caídos y cabeza ladeada. Se coloca frente a ella, la levanta de la silla y la besa. Se retira y va a cerrar la puerta.

Antonio vuelve sobre sus pasos mientras mira fervientemente apasionado a María, quien no recuerda la imagen que hace más de cuatro años la traumatizó. No tiene presente al comandante del ejército del aire que buscaba su mano tanto como pretendía encontrar una interna para que las tareas domésticas no se entrometieran en su relación de casados. Ni fantasea ya con las hombreras y las presillas del traje que debía llevar puesto el día que la esperara en el altar, desnudándola con la mirada al verla y arrancándole a bocados con los ojos el vestido blanco drapeado de modesto escote en pico y elegante cola de catedral que serpentearía por el suelo. Ahora no sueña con que, desde la distancia aprecie su silueta de princesa y la coja de la cintura al tenerla al lado, mientras le retira el mechón suelto de la trenza en espiga, decorado con pequeñas florecillas que, desde luego, no les robarían brillo a sus ojos. No recuerda que a la boda debían acudir desde los súbditos del estancamiento hasta el mismo presidente del Gobierno, quien estaría entre los invitados de honor, de los cuales algunos se morirían de envidia por no poder besar sus voluptuosos labios. No piensa en que ese aparente momento de ensueño le había cortado demasiadas veces la respiración, porque en realidad no quería nada de eso: ni trajes de Gucci entre las invitadas ni calesas bañadas en oro empujadas por caballos y rodeadas de calas moradas y blancas.

Al mirar a Antonio y desearlo, como nunca ha deseado a nadie, no se acuerda de su prometido ni recuerda ese viaje que hizo a la India sola, antes de la frustrada ceremonia. Fue allí donde consiguió tomar la decisión final: no quería casarse y no lo haría. Se sentía como una niña índigo, a la que nadie podría comprender nunca.

Ni el militar, ni ningún otro hombre hasta ahora, había sido capaz de desmembrar sus sentimientos, por eso dejó de buscar nortes en los sures y sures en los nortes y se armó de valor para darle la noticia: rompía el compromiso. Pensaba decírselo aquel día, al bajarse del

avión después de haber pilotado y haber hecho peripecias por el aire en esa fiesta sin sentido que cuajaba el cielo con pájaros artificiales. Pero no pudo hacerlo. Ni pudo ni tuvo que hacerlo, porque él lo entendió todo por medio de sus ojos antes de subir al avión. Después de su exhibición, el avión se estrelló contra el del compañero; algunas hipótesis sostenían que había sido adrede y otras, más conservadoras, que hubo un fallo en los mandos.

Antonio la mira mientras camina hacia ella, y tampoco recuerda que hace años la vio en las noticias, llorando por la muerte de su prometido y por la del compañero, deshecha sobre su padre, con quien ahora hace años que no habla, y abrazada por su madre, a quien hace años que se la llevó una enfermedad, mientras toda España la acompañaba en su luto, siguiendo el transcurso del acontecimiento en los informativos matinales, del medio día y de la noche.

Ahora está a su lado, mirándola y deshaciéndose por dentro.

La coge de la mano y la lleva hasta la pared. La empuja suavemente y le sube el vestido. Sabe que le están escuchando, pero es parte del juego. Le apetece acostarse con ella, claro que le apetece, pero a su vez forma parte del plan.

Desliza hacia arriba el vestido de María y acaricia sus piernas, suaves y tersas; le aprieta las nalgas con fuerza mientras contiene la respiración, la cual nota acelerada. Aproxima los labios a los suyos y la agarra del pelo con exquisitez, echándole hacia atrás la cabeza hasta dejar el cuello despejado para recorrerlo con los labios. Ella nota descender su flujo sanguíneo hasta los músculos de la vagina y su fantasía le ayuda a tejer la próxima secuencia. Siente los chakras sincronizados, los sentidos desorbitados, las palabras enmudecidas y la respiración detenida al escuchar las palabras que Antonio ha volcado en su oído: «Quiero hacerte el amor aquí mismo». Eso ha sido suficiente para que María suelte un jadeo ahogado.

A esa respiración impetuosa le sigue un fuerte gemido, y otro, y otro más, y así una concatenación de sonidos que cada vez se escuchan más altos. Los lanza al aire. Sin esconderse. Hasta que algo cambia: María ha modificado la secuencia; ahora, a un fuerte gemido le sigue un leve susurro. Y comienza la cadena: gemido-susurro-gemido-susurro-gemido-susurro. A Antonio le cuesta creer que esté siendo capaz de deslizarse con tanto control de un polo a otro. María pasa del disfrute descontrolado al musitar controlado. Ha comenzado a decir palabras sueltas en cada susurro. Palabras que Antonio no logra entender, hasta que pone atención. Entonces se da cuenta de que intenta construir una frase a trompicones: Creo que Francisco – gemido – puede encriptar – gemido – con sus versos – gemido – mensajes para comunicarnos – gemido – sin que nos descubran – gemido – gemido – gemido.

María es inteligente e impredecible y está claro que es ella la que ahora tiene la sartén por el mango. ¿Tenía pensado lo que acaba de hacer o ha sido algo sobre la marcha? En cualquier caso le da igual, porque le parece un plan perfecto. En primer lugar, porque a los de fuera les habrá pillado por sorpresa: nadie podría esperar que dos personas que saben que están siendo vigiladas, y cada una con su propia vida fuera, se acuesten el día siguiente al encierro. Y lo segundo y más importante: María ha sido lista pensando que el mejor modo de transmitirle información era en medio de una escena de sexo; estaba seguro de que les había funcionado como maniobra de distracción. Definitivamente, María se ha marcado un tanto.

Poco a poco, va arrastrando jadeos después de los gemidos que descienden junto con su punto álgido, hasta que ese largo orgasmo valle se extingue y el silencio se cuela entre ellos, con una nube de hormonas que flota en el ambiente. Antonio la mira orgulloso y la besa: un lazo invisible acaba de unirlos como un cordón umbilical. Se separa de ella y María se sirve agua. Le ofrece un poco a Antonio, pero él la rechaza con un gesto, mientras sigue con la sonrisa en la cara. Le dedica una última mirada y sale del *office*.

Los gemidos de María no solo han incomodado a los investigadores; también a sus compañeros. Sobre todo, a Francisco, quien ha calmado su incomodidad como mejor sabe: aplacando el sonido con palabras.

—Me gustas cuando eres tú, acércate y dame tu luz. Anhelo no ser capaz de sentirte, solo quise redimirte. De tu infancia perdida, me castigo con mi vida. —La mandíbula de Francisco se va destensando a medida que las palabras salen de su boca. Laura ya tiene asumido que el escritor necesita decirlo así, que es la única forma que tiene de expresarse.

—Es muy bonito, pero triste. ¿A quién va dirigido?

—La verdad: no lo sé. Simplemente me ha venido a la cabeza.

26

OTRAS HIPÓTESIS

Dos días después de la intervención (por la mañana)

Apenas son las ocho y Javier Ramírez parece un murciélago fotofóbico, tapando la luz con la palma de la mano bajo ese aspecto sucio y desaliñado de mendigo saqueador. Ha llegado mucho peor de lo que anoche se fue.

—¿Se puede saber dónde has pasado la noche, Ramírez? —le embiste monocorde Suárez.

—Descansando... ¡Os he traído unos pinchitos de tortilla! —exclama, levantando el ánimo y la bolsa de plástico.

—¡Genial! Y yo unos churritos… —tercia Diego, intentando suavizar las asperezas del jefe.

—¿Te parezco gilipollas? —dice Suárez, y Javier le mira a medio camino entre la vergüenza y el descaro, mientras desliza los pinchos de tortilla sobre la mesa.

—Para nada, jefe —responde. Diego se acerca para coger la comida y Suárez le amonesta con la mirada—. Hay diferentes formas de descansar: yo esta noche he descansado la mente; me ha bastado.

—Si vuelves a aparecer por aquí como lo hiciste anoche o con estas pintas de empresarucho malparado, apestando a ciénaga, me encargo personalmente de que seas de los pocos funcionarios despedidos.

Javier sabe que no se va a atrever a hacerlo; a Suárez no le conviene ahora mismo un exempleado resentido que ventile por aquí y por allá lo que está pasando en el observatorio. Suárez, por su parte, sabe que acaba de amenazarle con un castigo que no va a cumplir. Aun así, necesita zarandearle un poco. No está dispuesto a que siga con esa actitud de adolescente desafiante que les está salpicando a todos.

Hace un rato, Belinda llamó a Suárez para comentarle que se retrasaría un poco, pero son las nueve menos cuarto y aún no ha llegado. La impaciencia de Suárez ha comenzado a trepar en una escalada sin cuerda. La están esperando para hacer el cambio de guardia y traspasar la información; solo por eso, debería ser más considerada y estar aquí ya.

Peter Bucher remueve el café que ha sacado de la máquina expendedora, mientras otea la pantalla que transmite la grabación de la cámara. A esta hora de la mañana los sujetos aún no se han encontrado, pero no tardarán mucho en hacerlo. Antonio está en su habitación tumbado boca arriba sobre la cama, con los pensamientos perdidos en un punto del techo. Laura, por su parte, hace unos

minutos que salió de su habitación y entró en el *office*, inmediatamente después de que María cerrara la puerta del baño. Francisco camina pausado hacia el *office*; abre la puerta y se adentra en la sala. Peter vuela a ponerse el pinganillo: no quiere perderse nada. Diego lo emula y Javier despega la vista de Suárez, coge un churro y se sienta entre Diego y Peter. De tanto en tanto, cruzan una mirada: cuando Laura habla sobre su mono y su fuga o cuando Antonio Galán le prepara el desayuno a María como un amante principiante.

Suárez se sienta, se levanta, pasea, sale a buscar un café… está inquieto porque Belinda no llega. Cuanto más lo piensa, más le exaspera que sepa que la están esperando y tenga la poca decencia de llegar tarde.

—¡Madre mía! —exclama Peter al quitarse los cascos–. Un Gran Hermano dice Rivera… esto lo que parece es la Isla de las Tentaciones.

Suárez le arranca el pinganillo y escucha los gemidos de María.

—Pero ¿qué está pasando ahí dentro? —Sabe que su pregunta no necesita respuesta. No estaba entre sus planes asistir a ese tipo de escenas; necesita que recobren la memoria, no que entren en un juego de roles. Ya le parecía francamente extraña esa sumisión liderada por el médico como para ver normal lo que hace ahora.

—¡Os lo dije! ¡Anoche os lo dije y no me escuchasteis! —insiste Javier.

—¿Qué pasa, Ramírez? —Suárez se quita el pinganillo de cuajo para prestarle atención.

—Pues que ahí lo tenéis otra vez. —Se quita los cascos y Diego lo emula; mientras Suárez y Peter escuchaban por el pinganillo, Diego y él tenían los cascos puestos para escuchar a Laura y a Francisco, que están ahora en la sala común—. Mi paciente, el escritor, está haciendo un puñetero papel. Acaba de decirle a Laura otro poema que escribió para su sobrino. Mirad, Francisco es estrambótico, ya lo sabemos todos, y dentro de su estrafalaria forma de ser está el escribir poemas como desahogo. Podéis llamarlo escritura terapéutica o conducta extravagante, me es igual; el caso es que ese poema que le ha recitado a Laura habla de su sobrino: le está intentando explicar su dolor, y si tiene dolor es porque recuerda lo sucedido. Le ha dicho que no sabe a quién va dirigido, pero es mentira. Estoy seguro de que están hablando en clave. Francisco recuerda todo y el médico también, si no, ¿qué sentido tiene que se tire a otra ahí mismo? Nos están provocando, nos pretenden cortocircuitar la mente. Tendríamos que hacer algo para ponerlos a prueba.

Suárez necesita que venga Belinda ya; todo esto le sobrepasa. Tiene lógica lo que dice Ramírez, pero no cree que sea del todo cierto que

recuerdan lo de los últimos años. No le parece que sepan lo que les pasa, aunque sigue sin cuadrarle la actitud de los sujetos. Está tan desbordado que va a marcharse sin esperar a Belinda. Necesita descansar para seguir funcionando; además, tiene varios frentes abiertos que atender, aunque no se vea con fuerzas de lidiar con ninguno. Coge el móvil y comienza a escribirle un mensaje, pero lo deja al verla rebasar la puerta.

—Perdonad el retraso —dice mientras deja la bolsa que trae sobre la mesa, se quita la bufanda de camino al perchero, la cuelga y hace lo mismo con el abrigo y el bolso–, siento que me hayáis tenido que esperar. He traído unos cafés y unos muffins.

—Puntualidad no, pero comida que no falte. Vamos a parecer los putos cerdos de la cárcel; sin recursos, pero con reservas: van a poder hacer matanzas con nosotros. —Todos comprenden que las palabras de Suárez tienen carácter sentencioso.

—Belinda —mientras Suárez camina airado hacia el perchero, Diego la informa a media voz—, hemos tenido sexo tántrico.

—¿Cómo sabes que ha sido tántrico? —pregunta Peter—. Yo no he dicho nada de eso.

—Pero se entiende. ¿No decías que solo ha gemido ella? Es la espiritual, seguro que está entrenada en este tipo de prácticas sexuales.

—¿Y eso qué tiene que ver? Si no has visto lo que estaba pasando ahí dentro…

—¿Sexo tan pronto? —Belinda corta con tono divertido la disputa; la represalia de Suárez no les ha hecho perder el humor—. Pensaba que aguantarían algo más. —Coge un muffin y se sienta a escucharlos.

—Pues lo que os digo, que Francisco escribió ese poema de su sobrino intentando quitarse así la mala conciencia; era su forma de evadirse de la imagen del rottweiler de sesenta kilos que se paseaba por el césped del parque, con la boca chorreando de sangre del niño y con los ojos puestos en él, mientras el resto de padres y niños corrían despavoridos, huyendo de la bestia, con el sonido de la ambulancia cada vez más cerca. —Javier ni siquiera coge aire al hablar—. La imagen que veía Francisco no era real; en su historia había trozos de realidad y trozos de ficción.

—Belinda —la llama Suárez desde la distancia. Le hace un gesto con la cabeza pidiéndole que vaya; está al lado de la puerta, con el abrigo puesto—. Quería pedirte perdón antes de marcharme: disculpa mis formas. Se me viene todo encima —musita—. Sigo pensando que hay un topo; Rojas me telefoneó anoche y me citó para vernos este mediodía y, para colmo, Plaza también me llamó y me puso un ultimátum.

—Espera un momento: ¿cómo que te llamó Plaza?, ¿a qué hora? —

Todo lo demás parece no importarle.

—Por la mañana; me dijo que me daba cuarenta y ocho horas para hacer públicos los resultados. Belinda, estamos jodidos; eso es mañana por la mañana.

—¡¿Por qué no me lo habías contado?! —En realidad no es con él con quien está enfadada, sino con su novio. ¿Por qué Manuel se lo ha ocultado?

—Se me pasó. Me están acribillando por todos lados, Belinda. No entiendo el interés de Plaza de que salgan los resultados a la luz con tanta rapidez. Ya no sé, incluso, si alguien le puede estar presionando. ¿Qué sentido tiene, si no, que actúe así? Por eso no puedo contarle que ha salido mal la intervención.

—¿Y qué pretendes hacer?

—No lo sé, Belinda, no lo sé. —Se frota la frente—. ¿Se te ocurre algo?

A Belinda claro que se le ha ocurrido algo que hacer, pero no se lo va a decir; por eso niega con la cabeza y se despide con el mentón cuando Suárez sale del observatorio. Se da la vuelta y mira a sus compañeros, centrados cada uno en su tarea. Ahora sí que tiene que ir con más cuidado que nunca: ni sus compañeros ni su jefe saben que tiene una relación con Manuel Plaza desde hace unos meses, y este no es el mejor momento para que se enteren: podrían tomarla por una infiltrada; incluso Suárez podría pensar que ese topo que busca es ella.

Peter se quita los cascos y se despide; ya que Diego ha decidido quedarse, él se marcha a descansar para cubrir el turno de tarde y de noche, aunque promete llegar antes de tiempo al cambio de turno, quizás sobre la una. Camina a paso vivo hasta el garaje. Cuando se ha alejado un poco del Instituto, saca el móvil del bolsillo y hace una llamada que no quiere hacer, que sabe que le rebajará y que lo convertirá en un pérfido cocodrilo adormilado que ataca a la presa desprevenida, pero se ve forzado a hacerla.

—Buenos días, señor Rojas.

—¡Querido Peter! Que alegría que me llames. Así me gusta, ya sabes: que trates bien a la mano que te da de comer.

—Perdone, Rojas. Hasta ayer no sabía que estaba al tanto de la investigación.

—¿Cómo no voy a estarlo? Ya sabes que me entero de todo. Mira, hazme un favor: cuando tengas dudas de si estoy enterado sobre algo, mejor me llamas y me lo cuentas, ¿de acuerdo? Es lo que hacen los amigos, ya sabes…

Peter le explica con todo detalle lo que ha pasado.

—Pues, ya sabes, —Esa coletilla de Rojas le pone especialmente nervioso— recuerda lo que te dije ayer: te tienes que encargar personalmente de que mañana deis la rueda de prensa. Para

asegurarme de que no me vais a dejar tirado, vas a darla tú, que no me fio mucho de tu jefe, que quede entre tú y yo. En cambio, tú… tú eres un amigo que está ahí cuando se le necesita.

Después de marcharse Peter, Belinda no tarda ni dos minutos en salir de la sala de reuniones y meterse en su despacho; ni siquiera ir a la trinchera hoy le relajaría.

—Hola, ¿puedes hablar?

—¡Linda!

—Escucha, Lucas, tú sabías lo del estudio que han preparado Suárez y Manuel, el de la histamina, ¿no?

—Algo he escuchado, pero Plaza no me ha dejado participar. Ya sabes que siempre me ha puesto al frente en el resto de investigaciones, pero en esta no.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—…

—Lucas, ¿qué pasa? ¿Es porque ahora estoy con él? —Lucas es el único de su círculo que lo sabe.

—Pues sí. Ya sabes que yo te quiero mucho y quiero que seas feliz. —Le gustaría que lo fuera con él, pero sabe que eso es imposible; su amiga ya se ha posicionado a nivel sentimental muchas veces a lo largo de los últimos años—. Pero no veía mucho sentido a venirte con la pataleta de que Plaza no me ha dejado investigar un fármaco, justo ahora que estáis saliendo.

—¿Crees que siempre me voy a poner de su parte? Lucas, tú sigues siendo mi amigo. —Guarda silencio—. ¿Y, entonces, no sabes nada?

—Lo que sé es que Plaza ha creado una histamina modificada adaptada a los genes de cada uno de los sujetos que tienen que entrar en el estudio. ¿Qué ha pasado? ¿Algo ha ido mal?

—Pues más bien sí, pero hazme un favor. Tú estate al loro y cualquier cosa extraña que veas, me llamas echando leches, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello, Linda. —Aunque sea la única persona que la llama así, le encanta.

—Gracias. Eres el mejor.

Lucas es un altruista filántropo que ha enfocado su vida hacia un objetivo claro: procurar que Belinda sea feliz desde que la conoció en aquella fiesta universitaria apoyada en la barra de El Chapandaz, sosteniendo en la mano una copa de leche de pantera que se acabó convirtiendo en la primera que compartirían muchos jueves más. Belinda no tardó en encasillarlo como un amigo que, tras los cinco primeros minutos de conversación, había encajado su rechazo de ligoteo y que siempre tenía una sonrisa para regalarle antes de empezar con esos monólogos sanitarios que a ambos les unían. El

Chapandaz y su leche de pantera fraguaron una relación de amistad que se ha mantenido desde entonces, sorprendentemente fortificada más tarde por esas inesperadas casualidades de la capital que terminaron de ensamblarlos en sus vidas laborales. Comenzaron a trabajar juntos en investigaciones acordadas entre el Instituto Nacional de Salud Mental Julio Vallejo Ruiloba, de donde Belinda era psicóloga del equipo de investigación, y Alfalobul Spain, una empresa dedicada a la creación y distribución de fármacos en la que empezó a trabajar Lucas, gracias a ese puesto de becario que consiguió a raíz del máster y que le llevó a posicionarse, por sus conocimientos, su carisma y su perseverancia, y a convertirse en pocos años en jefe del área de laboratorio. Lucas es una persona responsable y respetuosa, por eso Belinda no puede pedirle lo que le gustaría: que espíe a Manuel porque no se fía nada de él. No, definitivamente no va a poner entre la espada y la pared a la única persona que sabe todo de su vida; le ha contado cosas tan duras que no se ha atrevido a contarle ni a Natalia.

Cuando Belinda vuelve al observatorio, encuentra a Javier perdido entre renglones de artículos científicos. Parece que ha terminado la revisión de las pruebas de neuroimagen y ahora echa una mano a Diego; es lo mínimo que puede hacer. Además, si le ayuda a dar con lo que busca, su compañero podrá irse a descansar de una vez; la revisión bibliográfica es una tarea insufrible. Diego se quita los cascos y se dirige a él, mientras Belinda se sirve agua y sigue desde la distancia la conversación que ambos inician.

—¿Por dónde buceas? —le pregunta Diego a Javier.

—Me estoy volviendo loco. —Se frota los ojos y se gira hacia él—. Vamos a ver… las pruebas de neuroimagen no dicen nada raro. Hemos hecho lo correcto, la histidina consiguió traspasar la barrera encefálica. Pero ese ataque de Laura me tiene descolocado: tal vez la histamina provocó una mayor vasodilatación y una bajada de tensión. —No miran a Belinda, por eso no saben que acaba de levantar una ceja.

—Cosa que no tiene lógica —confronta Diego—, porque si el ataque de Laura hubiera sido por eso, los demás también lo deberían haber sufrido… Además, la tensión baja seguramente sea por el Cóctel Lítico…

—O no —contraataca Javier—. Tal vez la histamina interaccionó con los restos de los fármacos que tomaba.

—O tal vez es que consumía demasiado alcohol y tenía ataques de pánico frecuentes que ella no recuerda, pero que yo sé que tenía —insiste Diego.

—Tal vez fue un poco todo: la retirada de medicación tan abrupta,

la histamina, el mono… La verdad es que lleva un día ahí y lo está llevando mejor de lo que esperábamos…

—No cantes victoria, Ramírez —interrumpe Belinda desde la distancia—, Laura es una bomba. —Camina hacia ellos—: en cualquier momento, estalla. No os confiéis. —Se detiene antes de seguir—. Está claro que lo que tuvo al despertar fue un ataque de pánico, normal y corriente; aunque no hubiera tenido ninguno antes, es comprensible que lo tuviera. Lo del mareo puede ser por el Cóctel Lítico, ¿no es así? —lanza la pregunta a los médicos.

—Podría ser que no estuviera recuperada de la bajada de tensión, claro. Por otro lado, el temblor y el nerviosismo pueden ser por la abstinencia. Diego, Laura tenía un opioide pautado, ¿no? —Diego asiente—. Así que la diarrea podría venir de esa retirada abrupta… En cualquier caso —aclara Ramírez—, con todo el batiburrillo de síntomas que tiene Laura, no creo que podamos sacar nada en claro. Deberíamos fijarnos en el resto para entender qué pasó con la histamina.

—Lo que me llama la atención —dice Belinda— es que ni siquiera esos síntomas le estén sirviendo para asociarlos al recuerdo. Me habéis contado que se ha planteado pedirnos tabaco. Es decir, ha sido capaz de saber que tiene mono porque no está fumando; lo mismo le pasaría si reconociera un mono por no poder beber.

—No si se enganchó hace menos de cinco años, fumando lleva toda la vida —le aclara Diego.

—Es cierto —coincide Belinda.

—Podría ser… —dice Ramírez después de un momento de silencio —, que una dosis inadecuada de histamina les haya provocado neurotoxicidad —insiste de nuevo. Ya lo dijo ayer, pero Suárez no le hizo demasiado caso.

—Ramírez, busca estudios relacionados con ese síntoma como causa de neurotoxicidad —le señala Belinda para que teclee en el ordenador.

—¿Desde cuándo me mandas?

—Desde que llegas al trabajo drogado.

—Vale, eso ha sido un buen golpe. —Se gira y comienza a escribir, pero se vuelve para seguir con su hipótesis—. Pero, vamos a ver, no voy a encontrar nada. Belinda, para que se haya dañado la memoria por una neurotoxicidad, se ha debido afectar estructuralmente el cerebro, ¿realmente crees que ha pasado eso?

—¡Has sido tú el que ha hablado de neurotoxicidad!

—No puede haber neurotoxicidad —tercia Diego—; si fuera así, tendrían otros síntomas además de la pérdida de memoria.

Nadie habla, hasta que Javier Ramírez vuelve a tomar la palabra.

—Lo hemos descartado, pero el Cóctel Lítico también puede alterar las capacidades cognitivas…

—Claro, mientras estás bajo sus efectos, no después —afirma Belinda—. ¿Qué te pasa? Lo sabes tan bien como yo. Diego. —Se gira hacia él—. ¿Has encontrado algo interesante en tu búsqueda?

—Pues no, no hay casi estudios que tengan que ver con lo que estamos haciendo; apenas encontré cinco de farmacogenética que se le aproximan, pero nada, ni una revisión sistemática: solo pequeñas sugerencias que animan a seguir investigando por un camino o por otro. Ya sabes, estas manías que tenemos los médicos de hacer investigaciones que nos dejan con mal sabor de boca y lo arreglamos alentando a que profundicen otros en ello. Como nos gusta tanto publicar…

—¿Encontraste algo que hablara sobre neurotransmisores?

—No, pero sí había un estudio reciente sobre un fármaco: un inmunomodulador que se ha utilizado para tratar la esclerosis múltiple y que se les ha ocurrido usar como tóxico para no fijar recuerdos durante el tiempo que dure el efecto.

—Pero ¿qué sentido tiene eso? Lo que la gente quiere es borrar el pasado, no el presente ni el futuro. Eso está en sus manos cambiarlo. ¿Y de farmacogenética? —le pregunta mientras saca algo del bolso.

—Nada nuevo que no encontráramos en la última revisión. Aquel estudio de farmacogenómica de hace más de cinco años, donde decían que habían conseguido una remodelación anatómica del cerebro.

—No se lo creen ni ellos. —Se aplica vaselina en los labios y la guarda—. Pues tenemos pocas novedades. Solo os puedo decir lo que yo he deducido hasta ahora. —Javier se gira y Diego la mira atento—: sabéis que los cambios fisiológicos influyen en la memoria, y también sabéis que Laura bebía más alcohol que un irlandés el día de San Patricio, lo que nos puede hacer pensar que tal vez su memoria esté más afectada que la del resto. —Javier cabecea; esa hipótesis podría cuadrar con la suya: el médico y el escritor están haciendo un papel; con María aún no lo tiene claro—. Y, aunque os dije que no podíamos ser la variable contaminante, creo que nos deberíamos plantear hacer algo, para saber si van por ahí los tiros. El tiempo se nos está echando encima y no hemos conseguido saber qué les pasa y tampoco que recobren la memoria.

—Y esta sugerencia tuya de que los soltemos, ¿la sabe Suárez? —inquiere Ramírez.

—No estoy diciendo que los soltemos, pero necesito saber qué le pasa a Laura. Quizás así pueda entender a los demás.

—Ahora sugieres que estudiemos a un solo sujeto. ¿Por qué? —sigue Ramírez.

—Por facilitar las cosas. Podríamos probar si funcionan con Laura algunos métodos clásicos para recobrar la memoria: alguna técnica de exposición, realidad virtual…

—Entonces, ahora propones que pasemos del Munchausen al pequeño Albert, ¿no?

—Mira, Javier. Busco una solución. ¿No veis que no podemos tenerlos aquí encerrados mucho más?

—¿Hay algo que debamos saber con respecto al tiempo que podemos o no podemos tenerlos encerrados? —le pregunta Javier, desconfiado.

—No, nada que no sepáis —miente Belinda—. Pero estaréis de acuerdo conmigo en que tenemos que probar algo nuevo; en un día no ha cambiado nada. No podemos tenerlos semanas encerrados; es mejor mantener la situación tranquila, como está.

—Por eso mismo creo que no deberíamos tocarlos, porque están tranquilos.

—Diego —dice Belinda—, ¿tú qué crees? —Diego suele estar a su favor. En esta lucha de tres, con su apoyo, conseguirá en un momento tumbar a Javier.

—Pues que hay una parte que no entiendo, Belinda. Si la intención era borrar la memoria, ¿por qué queremos que recuerden el evento traumático? Es lo que pretendes con la exposición, ¿no?

—Vete a descansar, Diego. Necesitas reposar la mente. —Salta a la vista que no le ha gustado su pregunta. No lo ha hecho partícipe para obtener esa respuesta. Necesita tener su apoyo para hacer la terapia de exposición: cree que ayudará a recordar.

27

A QUIÉN DEJAS, POR QUÉ TE VAS

Siete días después del suicidio

Fina entra al baño y coloca la toalla en el asidero de Alejandro sin encontrarle mucho sentido al gesto. Después va a la habitación y aspira el olor a suavizante de la ropa limpia y planchada del armario a la que solo le queda llenarse de ácaros y polvo. Sale del dormitorio y va al despacho. Empuja el entrepaño y reposa la vista sobre la estantería de libros que nadie más leerá, sobre ese ordenador que no volverá a encender… Toda la secuencia se ha convertido en un absurdo ritual matutino que da comienzo al día.

Camina hacia la cocina, fatigada por cada pensamiento, con el corazón astillado y la rabia adherida a la piel, fuertemente pegada. Sus recuerdos no deshacen la tristeza, más bien la fortalecen y la enmarañan junto al resto de sentimientos y emociones: la aplastante rabia que le recuerda que el viaje a Venecia queda postergado para nunca jamás, la ardiente desazón que le dice que no verán ninguna película juntos, la insistente culpa que le recrimina no haberse dado cuenta de lo que le pasaba a su marido, la electrizante amargura que la apremia a comer a bocados la soledad que se le viene encima. Todos esos pensamientos punzantes y esos sentimientos ultrajosos la acosan a todas horas, sin tregua, día y noche. La tumban en la cama, le anudan el estómago y no le dejan comer; la estimulan en las horas de sueño, yendo en todas direcciones: de un lado para otro de la cabeza, como una lluvia de meteoritos.

Mete una taza de agua en el microondas y la calienta; mientras espera, se entretiene en pendular el saquito de la infusión y cuelga su mirada de él siguiendo su balanceo. Suena el micro y saca la taza, mete las hierbas y sopla. Da un sorbo y recuerda la conversación con los policías; da otro y recuerda la de Belinda. ¿Cómo se ha atrevido a venir a verla a su casa? Fina le dijo que su marido le contaba todo, pero era una simple frase fabricada a golpe de impulso, de reproche, con el fin de diluir ese dolor punzante porque ella estuviera allí, por entrometerse en sus vidas, porque su marido la hubiera dejado sola. Una frase falsa que solo pretendía rebajar a Belinda hasta el lugar que debía ocupar: el de repudiada. El dolor que pasea sobre Fina se tensa y desgarra una punta del corazón cuando recuerda que su marido no le contó que se había jubilado. ¿Cómo podía haberle escondido algo que debería haber sido una alegría? Una persona que se prejubila lo hace entusiasmada, para disfrutar del tiempo, y él en cambio se lo había ocultado. ¿Por qué? ¿Podría querer su marido ocupar ese tiempo libre

con otra? ¿Tal vez con Belinda? No tenía sentido: ella trabajaba a esas horas. ¿Qué hacía entonces Alejandro durante la mañana? ¿Cómo, con quién y dónde pasaba el tiempo?

Da otro trago y piensa en las veces que ella le había sugerido que se prejubilara para poder pasar más tiempo juntos. Él siempre se lo negó. Decía que mientras pudiera, no dejaría de trabajar. Fina acaba de recordar que su marido le comentó que para prejubilarse había que solicitarlo con mucho tiempo de antelación. Eso significaba que lo habría gestionado hacía tiempo. Pero, por otro lado, si pensaba prejubilarse, ¿por qué se metió en una nueva investigación? No tenía sentido. Al no ser que le obligaran a hacerlo. ¡Eso es! ¿Y puede ser que le obligaran a esconderlo? ¿Era eso? ¿Tenía tanta vergüenza que por eso no se lo había contado? Ya no sabe en qué barco navega: no le encuentra lógica a nada.

Al momento le viene la conclusión de forma repentina, cortándole la respiración y zarandeándola. Acaba de entenderlo todo: su marido no pretendía dejarla sola. Alejandro era feliz a su lado, pero alguien debía estar persuadiéndolo. La misma persona que lo obligó a jubilarse. Ese alguien podría estar relacionado con la investigación, incluso, aún peor: podría ser el culpable de su muerte. ¡Sí! Todo empieza a cobrar sentido: a su marido le obligaron a suicidarse y ella no piensa parar hasta descubrir quién fue y por qué lo hizo.

***

Belinda no puede permitirse enfundarse en un traje negro con forma de sombra silenciosa y dejarse arrastrar por el fantasma del pasado, empeñado en asustarla. Tiene un hijo que atender, un trabajo que levantar y una vida que vivir. Intenta acelerar el proceso y desinfectar todos esos pensamientos de Suárez que la acuchillan: debe volverlos asépticos y purificarlos, para que no se queden instalados en ella y así no ensucien su conciencia. Es psicóloga y conoce la teoría; sabe las partes del duelo, pero se niega a vivirlo. Quiere subir la marcha, pisar el acelerador, ir más rápido y sentir el aire en su cara, pero sus recuerdos son más fuertes que ella e insisten en reproducirse en su mente una y otra vez.

—Belinda, te lo suplico: déjame conocer a Ares.

—No conoce ni a su padre. ¿Tú crees que puedes colarte en nuestra vida así de fácil?

—Te pido perdón por todo. Otra vez. Las veces que haga falta, pero por favor…

—Ares no te necesita y yo tampoco. No ahora. No estuviste cuando sí me hacías falta. Ya sabes a qué me refiero…

Belinda lo tiene claro: Suárez no va a tener contacto con Ares. No, no y no. No pensaba ceder entonces y, aunque siguiera vivo Suárez,

tampoco cedería ahora. El rencor se agarra a ella como un perro rabioso: no puede perdonarle.

28

UN FUNCIONARIO POLÍTICO

Dos días después de la intervención (por la mañana)

Laura ha pasado la mayor parte de la mañana lábil. Pero también irritable. Antonio Galán ha conseguido tranquilizarla en varias ocasiones, pero aun así Belinda no las tiene todas con ella: Laura es una bomba atómica que puede detonar en cualquier momento. En cuanto a los demás sujetos, no le preocupan: no ha visto ninguna conducta fuera de lugar, más allá de ese juego de miradas que se traen el médico y la jueza y esa actitud inexplicablemente paternalista y persistente de Francisco con Laura. A su entender, todo está en orden.

Suárez se marchó a primera hora y no ha aparecido por el observatorio. Diego se fue a descansar y Javier, que se ha quedado con ella en el observatorio, lleva toda la mañana observando a los sujetos, especialmente a Francisco, y revisando la bibliografía. Lo mira: está cansado y desaliñado, pero al menos guarda silencio y no la desafía. No le ha gustado nada ese comentario de antes: el del pequeño Albert. Le horroriza ese cruel experimento que desarrolló Watson hace cien años, haciéndole experimentar el miedo a un bebé de meses. No se explica cómo ha podido compararla con un investigador inmoral. Ella no pretende provocar ningún daño en los sujetos; es una psicóloga con ética que nunca aprovecharía la coyuntura para marcarse un tanto. No jugaría con la salud mental de las personas solo por hacer un estudio de campo. Ella les ha planteado la opción de que sometan a Laura a una terapia de exposición para avanzar: es el segundo día que van a pasar despiertos y no han conseguido averiguar nada sobre lo que ha pasado. Los sujetos no han tenido *flashbacks* ni han recordado nada, y no cree que siguiendo con el encierro vayan a mejorar las cosas. Está claro que la decisión que tomaron en su momento, la de no dejarlos ir hasta que no supieran cómo había ido realmente la intervención y los daños que podían haberles ocasionado, ahora se ha quedado desfasada; tienen que virar el plan, construir uno nuevo. Está empezando a frustrarse de que no la escuchen; tiene la sensación de que, haga lo que haga y diga lo que diga, no servirá de mucho, porque Suárez, el capitán del barco, va a la deriva.

Aunque ha conseguido estirar la mañana y sacarle provecho, a pesar de haber llegado tarde, no puede hacer mucho más de lo que ha hecho. En condiciones normales, después de haber revisado las historias clínicas y de haber hecho el trabajo de observación directa, debería consultar otras fuentes externas: estaría bien poder llamar a la

familia, incluso a amigos cercanos para contrastar información, pero no puede hacerlo. Está encallada. Enquistada en un punto porque no la dejan avanzar; un punto en el que tampoco puede retroceder. No ahora, a estas alturas y con los sujetos desmemoriados; no conseguirían nada dejándolos ir sin más. De hecho, hacerlo jugaría en su contra. Por eso su idea de hacer una exposición graduada y controlada con Laura es lo más favorable. Le dé las vueltas que le dé, siempre llega al mismo punto.

Peter y Suárez, que han debido de encontrarse fuera, entran en la sala de reuniones y Javier aprovecha para irse a tomar un café. Peter les había dicho que intentaría venir a la una y allí está, a la una menos cuarto. Suárez ha pasado por casa, no es difícil saberlo: se ha aseado y cambiado el traje, aunque se nota que no ha descansado; sigue con esa línea de expresión pronunciada en la frente y tiene la piel de la cara más arrugada e hinchada. Debe llevar unos dos días sin dormir, algo que no ayuda a que procese la información adecuadamente y tome decisiones correctas. Belinda piensa que debería irse a descansar, pero no va a ser ella quien se lo diga; no tiene que olvidar que, a pesar de que haya validado sus anteriores propuestas y de que le tenga aparentemente de su parte, es su jefe. Por lo tanto, tiene que medir sus palabras. En cualquier caso, lo primero que va a hacer es tantearlo. A él y a Peter. Le interesa saber cómo verían la opción que les ha planteado esta mañana a Javier y a Diego, y ahora, que Javier ha salido, es el mejor momento para hacerlo. Por eso decide conducir la conversación hacia ese punto.

—¿Habéis descansado?

—Se puede decir —responde Suárez—. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Igual, —Aparenta pesar— no hay avances. Tal vez deberíamos plantearnos otras opciones. —Guardan silencio, a la espera de que concluya el rodeo—. Se me ocurre que podríamos aplicarles alguna técnica de exposición.

—¿Cómo dices? —La incredulidad de Suárez da paso a un discurso sarcástico—: ¿Ahora ves bien que les soltemos? ¿Qué pretendes? ¿Que les saquemos de ahí con los ojos vendados y les llevemos de la mano al lugar que a cada uno le traumatizó? Hasta que recuerden lo que pasó, ¿no? Entonces, cuando les venga el recuerdo, les damos una piruleta.

Aunque Belinda se siente contrariada al ver que Suárez ha arrancado de cuajo sus intenciones, no se da por vencida. Lo ha tenido en todo momento de su lado, y así es como quiere seguir teniéndolo. Tiene que volver a llevárselo a su terreno.

—No me refiero a ese tipo de exposición —acierta a explicar—. Me refiero a exponerlos con realidad virtual o algo así…

—No.

—¿Por qué no? ¡Ya dijimos que el plan tendríamos que ir adaptándolo según detectáramos la necesidad!

—No se trata de que la necesidad la detectes tú sola. Los demás no vemos necesidad de alterarlos; están tranquilos: vamos a seguir como hasta ahora.

—Pero ¿qué pasa con el tiempo? —Peter no dice nada, pero sabe a lo que se refiere Belinda. Sabe que existe ese ultimátum.

—No vamos a contaminar más el estudio. He dicho que vamos a esperar. Tenemos que descartar algunas cosas.

—Algunas cosas, ¿cómo qué?

—Como una posible interacción o un puto teatro de los sujetos… —Su voz ha sido un látigo que ha roto las intenciones de Belinda de seguir intentando convencerlos.

Suárez se sirve agua e intenta calmarse mientras la mira. No sabe qué pretende con esa descabellada propuesta. ¿Por qué se empeña ahora en cambiar los planes cuando los sujetos están tranquilos? Necesita que entienda que las decisiones las toma él; que él sigue siendo el jefe. Puede que en cuestión de minutos todo cambie entre ellos, pero, digan lo que digan las pruebas, ella tiene que entender cuál es su lugar. No puede demorarlo más; ha venido esta mañana con la firme intención de hacerlo: de bajar al laboratorio y recoger los resultados. Tener la duda botando en la mente todo el día no le ayuda a pensar con claridad y, aunque sabe que no le ayudará a resolver la situación, al menos le quitará un peso de encima.

Mira el reloj: es la una, la hora a la que ha quedado con Rojas. El ministro debe estar esperándolo, maldiciéndole, con ese lenguaje denigrante retumbándole en la cabeza como una pelota en un portón metálico. Suárez le conoce y sabe que no debe jugar con él, pero no se trata de eso; no es que esté desafiándolo por no querer acatar su orden, porque esa citación de anoche tenía un claro carácter de sentencia: es solo que no tiene fuerzas para verlo, para enfrentarse a él, aunque sea consciente de que eludirlo le va a ser tan difícil como rehuir la mirada de un hipnotizador.

Sale del observatorio sin mediar palabra y baja a la planta menos uno. Camina hasta que se detiene frente a la puerta del laboratorio. Rebasa el umbral, atenazado por el miedo, y coge la carpeta que le tiende su compañera; da las gracias y se marcha. No tiene valor para abrirla allí delante de nadie. No quiere que le pregunten, no quiere que le miren. Camina a paso vivo y dobla el recodo. Apoya el cuerpo en la pared sin más horizonte vital que lo que delimita aquella prueba que tiene en la mano. Se arma de valor y lo abre. Rápido, aunque con todo el terror del mundo devorándole la boca del estómago. Ahí tiene la verdad, frente a sus ojos, hablándole con una gota de sorna y

recreándose como un aristócrata parisino. Necesita que la sangre vuelva al cuerpo para salir de allí, para subir y terminar de zanjar el tema.

***

Belinda observa a Peter, quien mira de hito en hito a Laura a través de la pantalla, con esos ojos de becario amoroso y un claro sentimiento abstracto e indefinible. Peter no se está dando cuenta de que tiene la mirada puesta en él, a veces de soslayo, a veces fijamente. Salta con los ojos de su compañero a los sujetos e inmediatamente se pierde en sus reflexiones. Vuelve a pensar en lo que le ha dicho Lucas. ¿Por qué Plaza le habrá dejado fuera del estudio? ¿Qué buscaba con eso? Lleva todo el día conteniéndose; quiere llamarlo y echarle en cara que sabe todo lo que ha hecho a sus espaldas y, sobre todo, preguntarle por qué ha actuado así. Aunque le gustaría hurgar en esa catarsis que le ha provocado Manuel, prefiere dejar de pensar en él; aparcar el tema y centrarse en conseguir que Suárez entienda que la exposición podría ser una buena opción para que los sujetos recuerden. Pero, para llegar a convencerlo, tiene que dar con una estrategia que no genere un caos entre los sujetos y que a ellos no les ponga en peligro, si no, no conseguirá arrancar a los de su equipo de esa posición de control en la que están, tranquilos, viendo las horas pasar; sin derramar una gota de su depósito de quietud. Debe hacerles comprender que el hecho de que ahora los sujetos estén tranquilos no les asegura que vayan a seguir así; las cosas podrían complicarse en cualquier momento. De hecho, cada vez tendrán más complicado dejarles alimento, ropa limpia, y eso sin contar que puede que los sujetos se alteren, decidan fugarse, que se enzarcen en disputas, riñas, incluso agresiones. Por eso, ella tiene la obligación tácita de mostrarles la realidad a su jefe y a sus compañeros. Mira de nuevo a Peter y se le ocurre que, tal vez con ese juego que le pasa por la cabeza, consiga ceder algo su tensión y llevarlo a su terreno.

—Es guapa, ¿no crees? —le pregunta Belinda, trayéndolo de vuelta.

—¿Qué dices? —Se quita los cascos, pero la ha escuchado perfectamente—. Estoy observándola, como hago con todos. —Se coloca los cascos; clara señal de que le ha incomodado.

—Ya… —Belinda reprime una carcajada.

Peter oscila la mirada entre los demás sujetos; sabe que a Belinda no se le escapa una y no quiere que empiece con una de esas insinuaciones puntillosas suyas que arrastran sorna. La cabeza le rebota de repente en Rojas y su amenaza; no sabe cómo se las va a ingeniar para dar mañana esa rueda de prensa ni cómo se lo va a contar a Suárez. Una náusea le revuelve el estómago al recordar que no puede pedirle ayuda a nadie; a su vez, el sudor frío le recorre el

cuerpo al pensar en lo sexi que es Laura. Le aturde el hecho de pensar en conquistarla, ¿acaso no está loco por querer hacerlo? Siente una barrena atravesarle el estómago al recordar que se trata de una paciente psiquiátrica: no ha llegado a sus manos por una lesión en la pierna o por una dermatitis. Que Laura tenga problemas de salud mental le está robando el aire, que acaba de salir del pulmón hacia el brazo y le comprime como el manguito de un tensiómetro. Cierra los ojos en un intento de diluir el mordisco que el masetero le ha dado en la mandíbula, hasta que Belinda le arranca de la abstracción con sus palabras.

—Peter. —Abre los ojos y se gira hacia ella con el cuerpo pegado a la silla y la mirada extraviada—. ¿Seguro que no quieres que saquemos de ahí a Laura? —Peter se gira y cierra los ojos; necesita calmarse.

Suárez acaba de abrir la puerta; sostiene en su mano unos documentos hechos un rulo y mira a Belinda desde la distancia con cara de fuego fatuo.

—Peter —dice alzando la voz—, ¿te importaría ir a revisar las historias?

—Ya lo hice, jefe —responde con los ojos aún cerrados y los cascos puestos.

—Vuelve a repasarlas, por favor.

La fuerza en la voz de Suárez tiene carácter de arresto; Belinda se siente aprisionada en esas palabras, las cuales encierran un mensaje claro: dejarlos a solas. Aunque Belinda no se gira, se imagina los ojos de Suárez comiéndosela por la espalda, la quemazón de su respiración en el oído y las pegajosas intenciones en su cuerpo. Necesita recordarse que con su jefe no corre peligro: nunca le haría daño ni sería irrespetuoso con ella, pero no puede evitar tener esas sensaciones que toman forma de conspiranoia. No quiere que se acerque a ella con una sonrisa artificialmente amplificada, ni una charla trufada de buenas intenciones que acaban siendo deformadas. Está entrando en el laberinto del miedo y no puede quedarse parada esperando que la solución le caiga encima por arte de magia. Reza. Uno: para que Peter no se levante de la silla; dos: para que no camine hacia la puerta; tres: para que no les deje solos.

La puerta acaba de sonar: Peter ha salido.

—Belinda. —Nota el peso de la mano de Suárez en su hombro que le pide que se gire y le sostenga la mirada. Y lo hace; temblando hasta las pestañas, pero lo hace—. Tengo que contarte algo. —Belinda sortea esos pensamientos catastrofistas que, de forma caprichosa, se le presentan como bombas atómicas.

Por suerte, suena el teléfono de la sala de reuniones; Suárez despega la mirada de ella y camina para cogerlo.

—¿Doctor Suárez?

—Sí, Aurora, dime.

—El señor Rojas está aquí abajo y me pregunta por usted.

—Gracias, Aurora. —Arruga la frente y se toma su tiempo para seguir—. Puedes enviarlo a mi despacho, voy para allá. —No sabe cómo ha podido pensar que se iba a librar de él no acudiendo a la cita.

Belinda se da la vuelta y se coloca los cascos para esquivar la mirada de Suárez. Él, a pesar de todo, lanza la información al aire.

—Es Rojas, ya sabes que me había citado a la una. —Mira el reloj—: El capullo no me ha dado ni diez minutos de cortesía. Viene a por mí, Belinda, y yo no tengo fuerzas para plantarle cara.

Belinda no se gira; un síntoma más de su mala gestión del pasado. Sabe que Suárez no tiene valor para posicionarse frente a ese malnacido; nunca lo ha tenido y nunca lo tendrá, pero no puede reprochárselo. Ella le entiende a la perfección, aunque, por otro lado, no puede negarse que le produce urticaria en la sangre que Suárez no le plante cara. El indeseable de Rojas siempre aparece en el momento oportuno, con sus envites a la grande y sus órdagos a la chica, como una sanguijuela carroñera disfrazada de gaviota, merodeando por el pesquero de turno a la espera de algo que llevarse a la boca.

Belinda escucha la puerta y se gira: Suárez se ha marchado. Respira aliviada.

Ahora que los nervios se han suavizado, tiene que detenerse y pensar con claridad. Está segura de que Rojas se ha enterado de lo que se traen entre manos y va a usar la fuerza de la extorsión como siempre, pero no pueden caer en su trampa. ¿Cómo se habrá enterado? Suárez le insiste en que hay un topo, pero ella no sospecha especialmente de nadie del equipo. Solo espera que Manuel no tenga nada que ver con lo que está pasando. Esas mentiras ocultas con las que su novio ha tamizado el pastel no le han pasado desapercibidas; no le encaja que la animase con palabras balsámicas cuando debería haber puesto el grito en el cielo cuando ella le contó todo. ¿Realmente Manuel está tratando de que la investigación vaya mal? ¿Y puede que esté tramando algo con Rojas? Demasiados frentes abiertos sin aparente conexión. La llegada de Peter, que entra a la sala, desvaído y sin fuerzas, la saca de su abstracción.

***

Rojas abre la puerta y entra decidido al despacho. Cuando rebasa la entrada, comienza a hablar mientras camina hacia Suárez, quien le espera sentado en la silla, tras su escritorio, con las piernas cruzadas y las manos una sobre la otra.

—Como sabe, me he casado cinco veces. Es un dato que no oculto: hasta mis amigos lejanos lo saben. ¿Y puede creer que ninguna,

ninguna —repite mientras sigue caminando a paso reposado— de mis mujeres me dio plantón ni una sola vez? ¿Todo un logro, no cree? —Se detiene frente a él y le mira un instante sin palabras—. ¡Que sea la última vez que me plantas!

—Pensaba ir ahora, solo han pasado diez minutos…

—Amigo, —Chasca la lengua y cabecea— mírame bien, hazme el favor. —Su voz ahora es conciliadora, aunque sigue encarado—. Dime, ¿ves mis orejas bajitas? ¿Acaso los ojos son almendrados y pequeñitos? ¿La cara aplastada, tal vez? —Por su tono, da la impresión de que le habla a un niño—. Y mi cuello ¿es corto? —Suárez no responde—. ¡¡¡Pues no me trates como a un maldito subnormal!!! —brama.

Rojas retira la mirada y la vierte en el cristal mientras camina hacia allí, pausado. Comienza a hablar con las manos en los bolsillos, la vista volando entre las nubes de fuera y la lengua amarrada en un reprimido alboroto bélico.

—Menudo despachito que te has agenciado, ¿eh? Tiene mejores vistas que el de Rivera. No hay nada como ser funcionario, ¿verdad? —Se gira y se encuentra con la cabeza de Suárez elevada y la ceja arqueada—. Dime una cosa, —se agacha y coloca sus rígidas pupilas sobre las de Suárez— ¿cuántas guardias te colocas al mes? Me han contado que os las pagan bien. Bueno, ¡permíteme matizar! Que os las pagamos bien entre todos.

—Es algo que tenemos en común con los políticos. Solo que nosotros cobramos por trabajar.

La sonrisa de Rojas se extiende de lado a lado de la cara, tan tirante que parece a punto de rajarle el rostro.

—¿Sabes qué es mejor que un político? —No da tiempo a que responda—. Tú. Un funcionario político. Ya sabes, un funcionario al que ponen en un cargo de dirección a dedo. Sin lugar a dudas: el mejor puesto. Los chatarreros de los periodistas no os siguen, ya sabes: que si te cambio una pieza por un poco de información, que si me entero de que te vas de putas, que si ahora me marco la exclusiva porque te hemos pillado con una negra chupándotela. Basureros, que a vosotros os dejan en paz. Como no sois personas mediáticas, no os torturan con los ojos puestos todo el día encima de vuestros trajes, vuestros movimientos bancarios, vuestras relaciones personales… —Cabecea mientras otea el mobiliario—. Eres un tío con clase, sí señor. Aunque, para ser honesto, tengo que confesar que yo también vivo de puta madre y que tengo intención de seguir manteniéndome donde estoy. Pero ya sabes cómo funciona esto. —Vuelve a mirarle—: Si te tienen por un tío honrado, pulcro y demás, pues sigues chupando del bote; así que comprenderás que mi intención sea seguir sin manchas que ensucien mi ministerio. —Suarez se mantiene al frente en la

reyerta de miradas—. No te voy a engañar, no es tan fácil como parece; con esa escoria periodística todo el día encima…, pero, al final, uno le coge el tranquillo. —Se aproxima a él hasta que ambos respiran el aire del otro—: Que no se te olvide que esas subvenciones que recibís son gracias a mí, y en mi partida presupuestaria no va a aparecer que hemos subvencionado una mierda de estudio. Creo que me sigues, ¿verdad? —El silencio crepita sobre la cabeza de Suárez—. Pero, como creo en la investigación, voy a promocionarla. No pensarás que te íbamos a retirar la subvención. ¡No! ¡Los amigos están para ayudarse! Por eso, mañana vas a dar tú la rueda de prensa. La verdad es que le había pedido a Peter que la diera él y contara la verdad, ya sabes que somos muy amigos y me cuenta todo, ¿verdad? Pero he cambiado de opinión. Estoy convencido de que lo mejor es que mañana por la tarde des tú la rueda de prensa y cuentes, ya sabes, lo bien que ha ido la intervención. Básicamente lo de siempre: que ha sido todo un éxito, que se está manteniendo la privacidad de los sujetos… Yo me voy a encargar de que vengan todos los medios de comunicación, las farmacéuticas, los mecenas… Como comprenderás, tengo que rendir cuentas de hacia dónde se dirigen las partidas presupuestarias que damos. ¿O acaso pensabas que no me iba a enterar de dónde ha ido destinado el último pellizco en investigación? Aunque en el Comité de Ética no haya registrado nada, tú has puesto en marcha la investigación. Estoy al corriente de todo, pero no te preocupes, que ese será nuestro secreto. A cambio de que mañana, ya sabes, nos cuentes a todos tu experimento.

De todo lo que le ha dicho el ministro, lo que le está abrasando la cabeza es lo de Peter. ¿Cómo que Peter iba a dar una rueda de prensa a sus espaldas? Tiene que hablar con Belinda, tiene que contarle lo que ha pasado, porque está seguro de que él es el topo. Peter les ha engañado: a él y a todos. Se lo contará y le dará la razón, pero antes de eso piensa hablar con ella del tema que tenía pendiente; no puede retrasarlo ni un minuto más. Por otro lado, no entiende qué le está llevando a Rojas a entrometerse en el estudio. Y, sobre todo, ¿por qué tanto interés en mostrar su investigación al mundo? ¿Acaso quiere hundirlo? ¿Hasta dónde sabe el ministro? No tiene sentido que le obligue a ridiculizarse delante de todos con un estudio respaldado por el Gobierno; por lo tanto, no: Rojas no puede saber que en realidad la intervención ha fracasado. ¿Qué tiene que ver Peter con la información que maneja Rojas? El ministro lo arranca de sus pensamientos con una provocativa despedida antes de cerrar la puerta.

—Por cierto. —Empuña el pomo y se gira para hablarle—. Belinda… no estará por aquí, ¿no? Hoy vengo cargado de munición para ella.

Suárez se levanta de la silla y la empotra contra el ventanal con el impulso; camina con la cólera devorándole por dentro hacia el ministro. Se ha terminado: el perturbado de Rojas no se va a volver a acercar a ella, piensa darle un puñetazo que le rebajará las ínfulas de pavo real de un plumazo, destrozando a golpe limpio ese sucio ritual de apareamiento que acostumbra a usar con las mujeres; piensa tumbarle el orgullo. Cierra la mano y la lanza directa al ojo, cargada de rabia y con gesto victorioso, pero Rojas es rápido en su movimiento y consigue cerrar la puerta antes de que le alcance el puño de Suárez, que cae sobre la puerta, desollándole los nudillos *ipso facto*. El sonido del teléfono corta de cuajo su intención de salir corriendo tras él y devorarlo como un lobo a una vaca a plena luz del día. Vuelve sobre sus pasos y, jadeando, responde al teléfono.

—Suárez. —Es Belinda, la reconoce con una sola palabra. Necesita contarle que Rojas puede ir hacia allá, que ya no va a esconder lo que le acaban de confirmar las pruebas: que es su hija y que necesita que le perdone por todo lo que ha hecho y por todo lo que no ha hecho. Ella le entenderá. Que nunca ha ejercido como padre, ni como abuelo, pero que lo siente; que quiere empezar de cero; que por favor le dé una oportunidad. Quiere decirle, con los ojos llenos de lágrimas, que se emociona cuando piensa que es abuelo, porque parece que la soledad y la caricia de una inminente vejez han conseguido despertar en él algo que siempre ha estado dormido. Quiere decirle que se lo va a contar a Fina, aunque sabe que esta no va a celebrar la noticia; pero lo va a hacer porque no quiere seguir repudiándola como ha hecho durante todos estos años, cuando ni siquiera se ha preocupado por saber cómo y dónde estaba su hija. Quiere decirle, ahora, aún con un jadeo que le corta la respiración, que siente esa desvinculación. Y, cuando acabe con ella, le dirá lo de Peter: que les ha traicionado. Quiere decirle todo eso, pero se ahoga en su propio silencio al escuchar las palabras de Belinda, las cuales se atropellan unas a otras al salir cabalgando de su boca:

—Tienes que venir rápido. ¡Peter ha sufrido un infarto!

29

A ACTO PASADO

Dos días después de la intervención (por la mañana)

A Francisco solo le faltaba que el médico le hiciera partícipe de un complot contra los que les han encerrado. ¿Cómo ha podido pensar Antonio que él sería capaz de crear un lenguaje encriptado que les ayudara a escaparse? Si apenas es capaz de mantener sus obsesiones amarradas y a raya. Cada minuto que pasa le cuesta más secarse el cuerpo con esa toalla, no entrar en el baño a revisar el gel que queda, permanecer tumbado en la cama sin comprobar si la toalla que ha colocado sobre la cámara que le filma está bien puesta o asegurarse de que el café que ha guardado para la noche aún sigue en la nevera. En definitiva, está aguantando con estoicidad, sin hacer esas ridículas comprobaciones religiosamente necesarias para él, a pesar de que le cuesta sobremanera dominarlas. En cambio, lo que no ha podido controlar es lo de los refranes. Hace tiempo que su psiquiatra, Javier Ramírez, le recomendó practicar la biblioterapia para tratar esa especie de coprolalia que entre los dos habían bautizado como refralalia, en un intento de aplacar con algo de humor esa compulsión suya. La técnica era muy sencilla: consistía en usar los libros como un recurso terapéutico a modo creativo o clínico. Tanto le servía leer sobre su trastorno para entenderlo como escribir sobre ello. Y leyendo los síntomas fue cuando entendió que esa manera suya de expresarse con refranes no era más que una conducta que se le presentaba para aplacar a su enemiga la ansiedad. Dentro de todo, no era tan malo eso de la «refralalia»; al menos, no decía palabras obscenas cargadas de gestos sucios o despectivos como le pasaba a las personas que sufrían coprolalia. De esta forma, él lo hacía con estilo, como hace un momento ha hecho con María, al notar sus ojos chismosos clavados en él.

***

Laura intenta controlar sus temblores cuando habla con Francisco, pero tiene la sensación de que le tirita hasta la voz; lo está pasando mal. En realidad, sus sentimientos han ido en detrimento desde primera hora de la mañana, cuando Antonio llamó a Francisco desde el baño para que le ayudara con la cisterna. ¿Cómo ha podido pensar Antonio que pasaría desapercibido así? Está claro que lo ha llamado para contarle algo o para tramar un plan allí dentro. Y, dado que el

baño es el único sitio que no está vigilado, ha debido pensar que era un buen lugar para trasvasar información. Si ella se ha dado cuenta de eso, los de fuera también lo habrán hecho. Lo del fallo del váter no se lo ha creído nadie. El hecho de no saber lo que han hablado o que no le digan lo que están tramando para salir de allí le encrespa los nervios. Además, las ganas que tiene de fumar, y esa agorafobia que está empezando a sentir por estar encerrada, le generan una angustia rebelde y malmandada, que además no deja de recordarle el escándalo que ha montado hace unas horas y que ahora le avergüenza. No ha sido ella quien le ha chillado a Antonio hace un rato: era su acostumbrada impulsividad desmedida a la que no consigue poner límites, la que pasa de forma intempestiva de brisa a huracán. Y, desde su punto de vista, es secundaria a una causa: cada vez le enfada más ser partícipe del anacronismo al que está sometida; la han encerrado supuestamente porque ha dado su consentimiento, pero ahora lo está revocando. Hace un rato ha expresado su deseo de acabar con todo y que ese refrendo que dio en su momento quede en papel mojado; quiere su libertad y no se la dan, y eso, claro está, la ha hecho sublevarse.

A pesar de estar alterada, está consiguiendo amarrar su lengua y contenerse, porque, al final, además de la vergüenza que siente por los insultos lanzados al aire y esa enajenación que la ha poseído, tampoco le gusta el rol de enferma, y desde que está encerrada esa es la función que ha venido desempeñando. No quiere ser la trastornada ni tampoco la extremadamente quejumbrosa; por eso prefiere no darle importancia a las náuseas que sufre desde hace un rato. Prefiere pensar que pasarán, como le ha pasado con la diarrea y los temblores que le van y le vienen, sin decirle nada a Antonio ni al resto de compañeros. Pero, a pesar de todo, aunque pretenda restarle importancia, el hecho de que tenga esos síntomas y sus compañeros no, la tiene un poco en vilo. Sabe que el nerviosismo que arrastra sí es causa directa del mono de tabaco, pero lo demás no: los temblores, las náuseas y la diarrea no se deben a eso. Aparte de la pérdida de memoria, está claro que debe tener algo más, aunque ahora mismo prefiere no rizar el rizo porque no quiere sincopar la situación. La vergüenza a acto pasado le dura un tiempo y, por suerte, ese sentimiento de pérdida de dignidad la mantiene estacionada, con el freno de mano echado; siempre le pasa lo mismo.

***

Antonio Galán lleva toda la mañana devanándose los sesos: intentando comprar la idea de que el encierro es preventivo, quizás incluso recuperador; que los que les cuidan fuera lo están haciendo por su salud, porque son médicos como él y buscan lo mejor para el

paciente. Pero en una esquina de su córtex prefrontal sabe que no es así, que por mucho que analice, planifique, secuencie, busque soluciones o cambie el foco de atención de un problema a otro, siempre se da de bruces contra la misma conclusión: no se fía de nada ni nadie. No sabe por qué tienen que encontrar ellos el motivo por el que están allí; sigue sin comprender a qué tipo de intervención les han sometido y no entiende por qué nadie viene a socorrerlos.

Tenía planes: había varias opciones para salir de allí, pero todas se han ido al traste. El escritor no quiere ni escucharle hablar de su idea de codificar un mensaje por medio de sus palabras; no sabe en qué momento María ha podido encontrar el antídoto en el lenguaje. Por otro lado, su plan de provocar emociones en los de fuera no está sirviendo de nada; lleva toda la mañana fingiendo, aparentando pesar, obligándose a mantener una expresión melancólica, pero ha resultado insignificante, insuficiente, ineficaz. Está claro que la aparente tristeza endógena que ahora ha amarrado y convertido en una mueca irascible no le ha servido para dar pena. ¿Cómo podía haber pensado que dando pena le soltarían? A pesar de haber estado la mañana fingiendo tristeza, ha estudiado los conductos, los falsos techos, las puertas y ventanas, buscando otras opciones que le sirvan para salir de allí, de forma disimulada, sin levantar sospechas. También ha pensado en cómo sortear o engañar a las cámaras, cómo hacer una falsa grabación; pero, con los pocos recursos que tiene, las soluciones se le resbalan de la cabeza.

¿Cómo ha podido acabar así? Él, que solo buscaba en la vida la sencillez y la humildad. Ha llenado las horas de la mañana con reflexiones sabias, contradictorias a veces, pero no le han llevado a ningún puerto.

No tienen ningún reloj, pero, por el tiempo que ha pasado, debe ser la hora de comer. De un momento a otro van a dejarles la comida, y esta vez no se va a quedar de brazos cruzados. Se ha cansado de esperar; por eso ha decidido actuar: cuando alguien abra esa puerta, no la volverá a cerrar. No con ellos dentro. Se ha cansado de soportar el carácter voluble de Laura y las extravagancias del escritor. En cambio, lo que sí va a echar de menos cuando salga es a María y su aura. Realmente le gusta, le hace sentir bien. Pero no puede soportar más el peso de muro contenedor que tiene que hacer todo el tiempo, como si nada le afectara, como si fuera una escultura de hielo y nieve creada para la ocasión, tranquilizando al resto, intentando convencerlos, activándolos. Ya no puede más. No tiene por qué asumir el rol de salvador y, además, no tiene por qué aguantar ser carne de recreo como lleva soportando desde que ha tenido relaciones con María, sintiendo los ojos de los de dentro y de los de fuera puestos en él. Otra de las consecuencias vergonzosas a acto pasado.

Quiere irse a casa y seguir con su vida porque ahora tiene clara una cosa: vivía en una infelicidad inexcusable.

30

LA DEBILIDAD DE LA SITUACIÓN

Dos días después de la intervención (al medio día)

Peter yace en el suelo a medio camino entre la vida y la muerte. Belinda está agazapada sobre él, sosteniéndole la cabeza sobre sus piernas; con los ojos empachados de lágrimas y los pensamientos temblando. Se siente hecha papilla; cansada, presionada, culpable de haberlo arrastrado a este sin sentido. Todo se le viene encima: la mentira de Manuel, esa mirada de Suárez en forma de caricia, el infarto de Peter, los sujetos encerrados, Javier consumiendo drogas; con su idea, ha terminado destrozándolos a todos. Suárez mira a un punto del infinito: se ha quedado en *shock*. No dice nada, no hace nada y se le han clavado los pies al suelo. Ella está rebosada, pero enseguida entiende que tiene que reponerse, y lo tiene que hacer ya, porque en estas ocasiones hay que actuar rápido y Suárez, así, congelado, no es capaz de pensar.

—Dentro de esa sala hay un cardiólogo… —dice Belinda apremiándole.

—Yo también soy médico —responde enfadado, saliendo *ipso facto* de su abstracción.

A Suárez no le gusta que Belinda aproveche la debilidad de la situación para conseguir su objetivo ni que siga insistiendo en lo mismo, como acaba de hacer con esa frase maquillada, cuando salta a la vista que, al fin y al cabo, lo que busca es sacar a los sujetos de allí. Le fastidia que intente jugar con él, y más ahora, que tiene la certeza de que es su hija. No puede dejarse convencer por ninguna idea, por mucho que salga de ella, y más cuando es así de descabellada. En cualquier caso, lo que tiene que hacer de forma inmediata es olvidarse del tema y centrarse en reanimar a Peter. Por eso se despoja de la corbata, se arremanga la camisa y se arrodilla en el suelo. Coloca los dedos sobre la muñeca y comprueba que no hay pulso; tampoco respira, por lo que comienza las maniobras de reanimación cardiopulmonar mientras Belinda le mira con los ojos anegados en lágrimas rezando por dentro que llegue ya la ambulancia a la que llamó hace un rato. Han sido apenas unos minutos de máxima tensión, pero ha funcionado: ha conseguido recuperar los latidos y el aliento. Lo coloca de lado y le pide que no se mueva, que se quede tranquilo hasta que acuda el equipo de emergencias, que debe estar al llegar porque Belinda llamó después de colgarle a él. Al ver que lo ha traído de vuelta y que Peter está fuera de peligro, se levanta y se retira

simplemente para respirar.

Aunque Peter está consciente, Suárez le obliga a guardar silencio y reposo; no quiere que se esfuerce ni se preocupe por nada. Suárez se levanta del suelo y saca el teléfono del pantalón, mientras clava la mirada en Belinda.

—Ramírez, tienes que venir ya. Te necesitamos aquí.

—¿Algún problema con los sujetos?

—Con los sujetos ninguno —dice después de echar una ojeada a la pantalla—. El problema es que a Peter le ha dado un infarto. Tienes que quedarte aquí. —Acaban de entrar el médico y el enfermero de la ambulancia—. Tengo que dejarte, vente ya para acá y llama a Diego para que se quede contigo. Belinda —Vuelve a mirarla— y yo nos vamos al hospital con Peter.

Suárez cuelga el teléfono y se acerca a informar al médico. Le comenta las actuaciones que ha hecho él; en cuestión de minutos, Peter está montado en la ambulancia y Belinda y él en su coche.

Belinda vive desde hace años con una latente suspicacia aversiva hacia los hombres, y lo hace en silencio, enmarcada en una soledad náufraga de palabras. Le ocurre con todos menos con dos: su amigo Lucas y Manuel. No quiere ni pensar en él; está enfadada: ¿Por qué se la ha jugado? ¿Qué está tejiendo a sus espaldas Manuel Plaza? Había conseguido confiar en él y mantener una relación, pero todo se ha ido al traste. Realmente todos son iguales.

No puede pensar en otra cosa ahora que Suárez la mira de soslayo mientras conduce. Está incómoda. Quiere bajarse del coche y marcharse a su casa, tomarse un Alprazolam y desaparecer de ese bucle de pensamientos en el que se sumerge sola. La idea de que esa solución venga a su cabeza le asusta. No. Esa no es la solución. Fue durante un tiempo, pero no puede serlo ahora. No puede volver a vivir lo mismo. Sabe afrontar las cosas de otra manera.

Intenta no mirarlo. Cree que cualquier gesto por su parte puede suponer el pistoletazo de salida para Suárez. Está claro que busca continuar la conversación que inició antes de que le llamara Rojas.

—Solo espero que se recupere. Todos estamos sometidos a una fuerte tensión con lo que está pasando. —Dedica una mirada displicente a Belinda para que entienda que no por eso piensa soltarlos, como ella propone.

—Al final rebosamos nuestras emociones. —No era su intención dar un aire poético a la situación, pero, sin pretenderlo, lo ha hecho.

Suárez no dice nada, tan solo la mira de soslayo y piensa que cuando todo esté más tranquilo zanjará el tema que tiene pendiente con ella.

Llegan al hospital poco después que la ambulancia, porque, aunque ha intentado seguirla en todo momento, al final se le ha acabado

colando algún coche delante y la ha perdido. Peter ha llegado estable, pero necesita observación y descanso, por eso deciden ingresarlo. Antes de entrar en la habitación, Suárez y Belinda se cruzan con el cardiólogo que ha atendido a Peter y este les pone al corriente.

—Parece que ha sufrido un infarto agudo de miocardio, aunque para asegurarnos necesitamos hacerle un electrocardiograma; también haremos una prueba de imagen: una coronariografía, que nos permitirá tener una imagen estructural del órgano. —Suárez sabe de sobra en qué consiste la prueba, pero no quiere interrumpirlo—. Y lo completaremos realizándole otras pruebas médicas. Tendrá que quedarse unos días ingresado.

—Gracias, doctor. Solo pasamos a saludarle y les dejamos hacer su trabajo.

Suárez y Belinda entran en la habitación. Suárez lo saluda desde la distancia y Belinda también; ella saca el móvil del bolso y lo pone en silencio. Peter está despierto, pero agotado. Tiene el cuerpo consumido y los ojos apagados; la sonrisa derrengada sin llegar a formar una mueca.

—Peter. —Suárez da dos pasos al frente y se sitúa a los pies de su cama—. Tienes que quedarte aquí unos días, tranquilo. No te preocupes por nada, nosotros solucionaremos lo que tenemos en marcha. —Ni siquiera se atreve a mencionarlo.

—Estoy bien, Suárez. En cuanto me recupere vuelvo al trabajo.

—No quiero que te apresures, ¿me oyes?

Peter asiente; no tiene sentido llevarle la contraria. Belinda le sonríe por primera vez con una sonrisa sincera; realmente parece contenta de que esté fuera de peligro.

—¿Cómo fue? El infarto, digo… —inquiere Peter.

—Perdiste el conocimiento un momento, pero Suárez te reanimó. Enseguida te conseguiste estabilizar. Ahora no pienses en eso, lo importante es tu recuperación.

—Siento haberos hecho pasar este mal trago. —Peter habla con sinceridad. Ha tenido poco tiempo para reflexionar, pero realmente se ha dado cuenta de que debe relajarse y liberar toda la presión que se ha puesto él solo: para ser quien su padre quiere que sea, para no sentirse culpable por lo que está haciendo con el estudio, para no lidiar con unos sentimientos repentinos hacia una paciente. Es importante que se tome en serio su salud y se relaje. Sobre todo, que deje de pensar en Rojas y sus sobornos: no vale la pena jugarse la vida por nada de eso.

Belinda y Suárez han decidido dejar descansar a Peter, por eso se marchan del hospital. Caminan pausados hacia la salida con los ojos puestos en el suelo.

—Belinda, necesito hablar contigo. Tengo que contarte algo.

Belinda se detiene y le da paso con la mano para que lo haga. No tiene fuerzas para practicar la esgrima verbal. Suárez está empeñado en hablar con ella y no parará hasta hacerlo; le conoce lo suficiente. Suárez, por su parte, a pesar de tener la necesidad de soltarlo ya, sabe que se va a desdorar él solo con lo que va a decir. No tiene ni idea de cómo empezar; decorar el principio puede servirle, pero comprende que, al final, el rumbo que tome la conversación va a depender del contenido, no del continente. Por eso opta por sincerarse.

—No sé por dónde empezar… Esto es algo complicado.

—¿Qué pasa, Suárez? —Los ojos de Belinda titilan como una vela a punto de apagarse.

Él suelta a bocajarro la noticia tras desgarrar de su garganta las palabras ahogadas:

—Eres mi hija.

Belinda siente un leve mareo, conjugado con una viva sensación de desazón, que le quema por dentro. No puede haber escuchado lo que ha escuchado. No puede ser. Él no es su padre, es imposible, es una noticia espantosa. Precisamente él, la persona que ha sido testigo de todo y que no ha hecho nada. Le ha costado años perdonarlo, porque, al fin y al cabo, es su jefe y no le quedaba otra: no podía pedirle que se involucrara a nivel sentimental en una injusticia hacia ella. Pero siendo su padre…, no, no puede asumirlo. Un padre nunca consentiría que le hicieran eso a una hija. No, definitivamente no lo quiere como padre. Además, su madre siempre le había dicho que su padre estaba muerto. No esperaba encontrarse con un progenitor salido de la nada. Y no solo eso: lo ha tenido al lado todos estos años. Un arsenal de preguntas explosiona en su cabeza. ¿Cómo es posible que su madre le haya escondido tal cosa? ¿Desde cuándo se lo ha estado ocultando Suárez? ¿Cómo puede haberla tratado así? A pesar de todas las preguntas que le acribillan, no es capaz de lanzar ninguna.

—Me he enterado esta misma mañana, Belinda…

Sus palabras la destrozan, caen como granizo sobre la luna del coche. Le llega su voz desde la lejanía, a pesar de que lo tiene enfrente, y le da la sensación de que está escuchando algo así como que él lo sospechaba, pero que no sabía si era verdad, que se arrepiente de haber sido un padre ausente y que quiere conocer a Ares. Su discurso le parece distante, hondo y pesado, repleto de florituras repentinas.

Acaba de entender que lo que ha hecho su madre ocultándole que su padre vivía era ofrecerle un mecanismo de protección; la típica trama de cuento tradicional que la intentaba alejar del dolor de hija repudiada, para resguardarla de un padre que no ha querido estar, de un hombre que ha conseguido posicionarse socialmente gracias a que

se desvinculó por completo de sus funciones y se dedicó únicamente a nutrir su porvenir, mientras ella, su madre, engullía analgésicos después de horas y horas de duro trabajo para darle unos estudios, un futuro decente.

Le dé las vueltas que le dé, llega a la misma conclusión: se niega a llevar sus genes. No lo quiere cerca, acorralándole las emociones con ese discurso de salvador arrepentido con el que ahora le viene. Su actitud no le va a hacer olvidar que ha pasado sola cada cumpleaños, cada operación de su madre y cada llanto tumbada en su cama, aislada del mundo. No tuvo padre cuando no le quedó más remedio que pasarse los veranos trabajando para pagarse la matrícula de la universidad, ni cuando quería tomar clases de pintura o piano y no pudo; tampoco cuando su madre doblaba turno para comprarle el material escolar y los uniformes del colegio. No tenía padre porque seguramente estaba comiendo con el jefe de algún laboratorio o escuchando a un guía turístico en el Coliseo, tal vez subiendo a bordo de un avión para asistir a un congreso o haciendo puntos para figurar como presidente de la Asociación de Neuropsiquiatría. Mientras él pagaba cómodamente las cuotas de la hipoteca de la casa de la playa, gracias a que podía negociar el sueldo del doblaje en la privada, ella estudiaba y estudiaba y su madre limpiaba y limpiaba. No es ahora cuando lo necesita: ahora no lo quiere.

Los ojos de Belinda desprenden matemáticas. Acaba de darse cuenta de que Suárez tiene la edad de su madre; por lo tanto, tenía veinticuatro años cuando ella nació. Sigue clavada en el suelo, iracunda y destilando rabia, con los ojos hinchados y la cara enrojecida. El fuego sale por el iris y la conjuntiva ha explotado en pequeñas llamas. Suárez entiende que esa mirada transgresora va a sobrepasar los límites.

—Eres un hijo de puta.

31

LA CULPA

Siete días después del suicidio

Han pasado tres días desde que le pidió a Laura ayuda, y ya hace una semana que Suárez se quitó la vida, pero ella no avanza: se siente como una balda combada por el peso. Sabe que la noche no es buena aliada para pensar; cuando la mente está fatigada, le juega malas pasadas, pero no puede evitar hacerlo. El presente cambia de tonalidad por momentos y el futuro se le condensa como un día de niebla. Hay momentos en los que el corazón se le acelera a un ritmo insoportable, latiendo cada vez más y más rápido. Los pensamientos se le vuelven erráticos: van de aquí para allá, sin un rumbo fijo y encontrándose en encrucijadas continuas, sin saber qué camino tomar. Y ella siente que ya no puede más; tiene la sensación de que va a seguir enfrascada en este retroceso que la coloca de nuevo en la casilla de salida. No tiene fuerzas para volver a luchar contra sus gigantes.

Ayer vio a Javier; se había vuelto a drogar. Ha escogido las drogas como su lugar seguro, pero bien sabe ella que, a pesar de no ser una elección adecuada, algunas veces es la única opción que a uno se le plantea. Por eso no lo culpa: porque entonces tendría que culparse a ella también. Al fin y al cabo, esos fármacos que ha empezado a engullir para dormir y el peso que está perdiendo vienen a ser una estrategia similar de afrontamiento a la de Javier, solo que más aceptada socialmente.

Por otro lado, Diego sigue como siempre, con su anhedonia pegada a la piel, aislado y codeándose con su soledad. Seguramente esté tumbado en el sofá viendo alguna de sus series frikis, mientras se evade de todo. Al menos él lo hace de una forma más sana que Javier y que ella. Lo que pasó con él fue un error, un impulso. Fue su lugar seguro cuando todo en ese momento era una amenaza.

Peter, en cambio, es el que mejor parado ha salido a nivel laboral con todo lo del estudio. Ella le guarda respeto y mantienen una relación cordial, pero no por ello deja de sospechar de él. Le gustaría saber cómo ha conseguido que le hagan director del Instituto, después de la convulsión que generó todo.

La mente le rebota a Suárez, el jefe del equipo. Su padre. El abuelo de Ares. Vuelven a ella los sentimientos encontrados, como los combinados, que mezclados confunden, emborrachan. Siente culpa, al momento rabia, al instante tristeza. Las emociones van ligadas a los momentos que recuerda, a las frases que le vienen a la cabeza.

Las súplicas de su padre intentando conocer a su nieto se le

reproducen cada vez con más frecuencia, como un niño tocando la puerta que sabe que no debe sobrepasar. Sigue dolida con él por haber estado vivo todos esos años y, en cambio, haberlo sentido muerto. Ni siquiera ahora, que ya no está, puede perdonarle. No se arrepiente de la decisión que tomó; no dejarle conocer a Ares fue lo mejor. ¿Qué pretendía que le contara al niño? ¡Mira, hijo!, ¿te acuerdas de que el papá de mamá se fue al cielo cuando mami era una niña? ¡Pues no, mi papá está aquí! ¡Te presento a tu abuelo! A esa conversación imaginaria siempre le seguía la frase que le había repetido Suárez en un par de ocasiones: «Aunque no lo creas, solo quiero protegerte». ¿Cómo tenía la cara dura de decirle eso? A una hija se la protege de pequeña, se la educa y se le enseña a creer en ella, a poner límites y a evitar desgracias como la que le pasó, no se la protege a los treinta y ocho años, con la vida hecha. Además, no era ahora cuando necesitaba protección; la necesitaba cada vez que Rojas la hostigaba, la molestaba, se pavoneaba sin importarle que Suárez estuviera delante. ¿Cómo descargarlo de su parte de culpa como ciudadano? ¿Cómo perdonar que siempre mirara a un lado cuando se sobrepasaba? Como hombre, había conseguido perdonarle; pero como padre… ¿Cómo iba a mirar hacia un lado como si fuera normal no tomar parte?

Volver a recordar los abusos que le vienen en forma de *flashback* la deja deshecha, con un reguero de lágrimas brotando de sus ojos, la tristeza sacudiendo su cuerpo y los ojos hinchados de soportar tanto llanto.

Suena el teléfono y tapa el altavoz con el dedo antes de descolgar: Ares y su madre están dormidos. Ayer vino de sorpresa; no es habitual que Lidia vuelva a visitarles cuando hace apenas unos días que estuvo allí, pero sabe que, en estos momentos, su hija la necesita. Se precipitó marchándose el otro día.

—Ya iba a colgar. ¿Cómo estás? —Es Laura; tiene la voz ronca. Apuesta a que lleva todo el día fumando, eso si no se ha tomado una copa detrás de otra.

—No tengo el mejor día de mi vida —murmura y se faja el cinturón de la bata con fuerza mientras sostiene el teléfono con el hombro—. La verdad —Saca la nota del bolsillo y la relee: «No dejes que te quiten lo que te pertenece». Rompe el silencio que ella misma ha generado— es que creo que ha sido uno de los peores días de mi vida. —Asoma la cabeza y ve a su madre durmiendo con Ares en su cama; cierra la puerta del despacho para no despertarles.

—Bueno, sabes que me puedes llamar cuando quieras.

—Gracias, Laura. Eres un sol.

—Bueno, te llamo porque tengo novedades. ¿Puedes quedar mañana?

—Sí, puedo quedar mañana, pero no me dejes así, anticípame algo.

—Pues que tenías razón. —Hace una pausa para generar intriga—. Rojas ha sido el promotor de todo. Mañana, ¿a las diez?

—Lo sabía, el muy capullo… Vale, nos vemos a las diez donde siempre.

Cuelga el teléfono y se convence de que cada vez está más cerca de descubrir la verdad, toda la verdad. Ella ha estado en el bando de los investigadores, pero se siente igual de estafada que sus amigos, los que antes eran los sujetos experimentales. Les ha cogido cariño a todos, especialmente a Laura. Pero, aunque sea una periodista extraordinaria y se esté apoyando bastante en ella para llevar a cabo averiguaciones, también está investigando por su cuenta. A pesar de que sean amigas, Belinda no le ha contado que Suárez era su padre, entre tantas otras cosas que le avergüenza decir; por eso ella ha abierto una investigación paralela que nadie conoce.

Hay una idea que le ronda la cabeza desde hace días y que no puede aguantar más. Necesita saber si sus sospechas infundadas son ciertas, por lo que sale del despacho y va a la habitación de su hijo. Toca suavemente a su madre y le recomienda que se vaya a su cama a descansar. Lidia se sobresalta al verla, a pesar de que la ha despertado sigilosamente, y le habla mientras se incorpora.

—Hija, ya has llegado, ¿qué hora es? —acierta a decir. Las palabras le salen pastosas.

—Son las doce, mamá. Vete a tu cama. —La mira caminar tambaleándose con una marcha narcótica. Tiene que preguntárselo; aunque esté medio dormida no puede esperar a mañana—: Mamá, ¿tuviste algo que ver con lo de Suárez?

—Hija, tu padre ha hecho lo mejor para todos.

Lidia cierra la puerta de la habitación y deja a Belinda masticando sus palabras, espantada y sin dar crédito. No va a pegar ojo en toda la noche, lo sabe. Mañana por la mañana, sin falta, hablará con ella. Ahora necesita tranquilizarse porque esa frase no le ha gustado nada, la ha sobresaltado más todavía.

El miedo se cierne sobre ella como una nube negra: cree que su madre ha tenido algo que ver con el suicidio de su padre.

32

TU HIJA

Un mes antes de la intervención

Hace unos días que Lidia ha visto a Alejandro Suárez en la televisión. Desde entonces, no ha dejado de darle vueltas al asunto. Lidia siempre ha pecado de cauta, de honesta, y se ha sostenido por unos pilares basados en el esfuerzo, la humanidad y el respeto. Hasta ahora, que ha decidido diseccionar sus valores y creencias; reventar su carácter metálico y desoxidarse. Va a poner las cosas en su lugar.

Mientras ve a gente subir y bajar del metro, le viene un recuerdo a la cabeza: el día en que conoció a Alejandro Suárez. Fue hace cuarenta años, en la fiesta de un amigo común: él estaba a punto de terminar medicina y ella su carrera de música. Eran de mundos distintos, sin lugar a dudas; Alejandro seguía el legado familiar de dedicarse a las ciencias de la salud y ella estaba terminando su carrera artística gracias a una beca que había conseguido por su esfuerzo y que anunciaba con dignidad. Hacía dos años que había perdido a sus padres en un accidente y, a pesar de tener el apoyo de una tía cercana, quería valerse por sí misma, de modo que lograba estudiar la carrera algo apretada pero con decente honra. Comenzaron a quedar algunas tardes; después, algunas noches. Hasta que acabaron formalizando la relación. No por ello Alejandro le presentó a sus padres, y tan solo conocía a algún amigo de él: parecía que el futuro médico no tenía demasiado interés en mostrar su novia a sus más allegados.

Lidia no quiere desmenuzar sus recuerdos; no pretende hacer jirones de la cruel realidad que le marcó su destino, por eso los aparta de un manotazo y se centra en el ahora: ahora no es momento de sentimentalismos ni de arrepentimientos. Es la hora de machacar esas emociones que la pueden traicionar y dejarlas almacenadas en tarritos pequeños, relegadas en la ínsula cerebral. Bien escondidas en medio de toda su materia gris. Estacionadas.

Baja del metro y camina airada sobre unos tacones que no suele usar. Se ha arreglado; la ocasión lo merece. Cada pisada que impacta en el suelo le devuelve un torrente de confianza que le asciende por las venas y le recorre el cuerpo: hoy es un gran día. Las cosas van a cambiar.

Lidia entra en el Instituto Nacional de Salud Mental Julio Vallejo Ruiloba, ya despojada de cualquier recuerdo doloroso, y se acerca al mostrador de recepción con una seguridad aplastante, confiando en su juicio y determinación. Por la conclusión a la que ha llegado, cree que Suárez trabaja allí, pero no está del todo segura; en cualquier caso, en

un momento saldrá de dudas. Pregunta a la chica que atiende al público por Alejandro Suárez, presentándose como Andrea, una visitadora médica. La chica coge el teléfono y lo llama, cuelga y le transmite el mensaje: «El doctor Suárez podrá atenderla en su despacho de aquí a un rato. Puede subir, si quiere, y esperar. Él saldrá a buscarla cuando pueda atenderla; no hace falta que le avise al llegar». Lidia da las gracias y camina hacia el ascensor, dobla el recodo y espera a que llegue. No era su intención mentir ni pretende hacerse pasar por alguien que no es; sencillamente es que no le parecía adecuado explicarle a la chica quién era ni arriesgarse a que Suárez, presa del pánico, le hubiera negado una reunión.

Sube al ascensor y se retroalimenta de su propia calma. No está nerviosa; aunque lleve treinta y ocho años sin saber nada de él, siente que tiene el toro cogido por los cuernos. No le asusta verlo. A estas alturas de la vida, va a paso de banderillas, con ventaja y sin riesgo.

Sale del ascensor, enfila el pasillo y se detiene donde le ha indicado la chica: en la segunda puerta a la izquierda. Un cartel le indica que está en el lugar correcto: frente a la puerta del doctor Suárez. Espera de pie, porque no hay una sola silla.

Pasados quince minutos, Suárez abre la puerta y se la encuentra. La reconoce al instante; a pesar de que algunas arrugas surcan su rostro, la expresión de su cara sigue siendo la de siempre, aunque no hay rastro de aquellos ojos chispeantes: ahora están encendidos de rabia. Suárez le cede el paso al despacho sin decir palabra. Se ha quedado atónito.

—Gracias por recibirme, a pesar de que no soy Andrea, como te habrás dado cuenta. Supongo que un hombre como tú tiene mucho trabajo, de modo que no te robaré mucho tiempo.

—Puedes sentarte; así hablamos con tranquilidad, si te parece. —Se le nota que está fuera de juego.

—Gracias. —Toma asiento—. Como digo, no te robaré mucho tiempo: vengo con las ideas claras. —Suárez digiere el nudo que se le ha formado en la garganta—: Como sabes, tienes una hija de la que nunca te quisiste hacer cargo. Y, fíjate qué casualidades tiene la vida, al final es verdad que si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

—No te sigo, Lidia.

—Tienes razón; estoy dando demasiados rodeos, más de los que pretendía. Te he dicho que no te robaría mucho tiempo, así que voy a ir al grano. —Suárez cruza las piernas y coloca las manos sobre las rodillas. La mira atentamente sin perder detalle de sus gestos, de sus movimientos—: Mira, te he dejado tranquilo todos estos años, no te he pedido ni un solo céntimo. Te he permitido que culminaras en lo alto, mientras a tu mujer la mantenías viviendo a cuerpo de reina.

Mientras, yo me he estado deslomando por mi hija. —Calla, pensativa, y añade—: Perdón, supongo que debería decir «nuestra hija». Es la costumbre. —Hay sarcasmo en sus palabras. Continúa, decidida—: En cualquier caso, no te he pedido nada porque no quería que te comprometieras con una niña a la que no querías. Pero, después de casi cuarenta años, es hora de poner los puntos sobre las íes. —Suárez se limita a escucharla—. En realidad, ha sido tu exposición pública la que me ha traído hasta ti. Ya ves que no todo lo mediático es positivo. —Sonríe ligeramente de lado—. El otro día te vi en la tele, en el programa ese en el que invitan a especialistas de diferentes áreas… y, mira por dónde, te reconocí. Cuando escuché dónde trabajabas, no me lo podía creer. Supongo que entenderás que asocié de inmediato que eras el jefe de *tu propia hija*. ¿Sabes qué me pasó entonces? —Suárez no responde; trata de entender y asimilar todo lo que Lidia le está desvelando—. Pues que me di cuenta de que la mayoría de la gente busca vivir bien sin esfuerzo, que el mundo se ríe de los humildes como yo. Que los que somos así no conseguimos más que querernos a nosotros mismos, sin llegar más allá en la vida. Mientras los que sois como tú os queréis más todavía, porque los demás os tienen cierto reconocimiento. Yo he necesitado sesenta y dos años para darme cuenta; en cambio, tú te diste cuenta mucho antes: te felicito. Como rectificar es de sabios, he pensado que *tu hija* —Lidia le aporta énfasis a la palabra— y yo nos merecemos unas vacaciones después de tanto esfuerzo… unas vacaciones indefinidas. Lo que quiero, viniendo a verte, es proponerte dos cosas: primero, que le consigas a tu hija un puesto de tu nivel; y, segundo, que la reconozcas como primogénita para que herede lo que le corresponde. Que yo sepa, no tienes descendencia, por lo que tampoco va a suponer un gran agravio. Ya ves que he hecho bien los deberes; estoy al tanto de tu vida. A mí no hace falta que me des nada: con que le des a ella lo que es suyo, yo podré respirar como madre. Eso para mí es suficiente. —Suárez no parpadea—. A cambio, guardaré el secreto de tu insolencia y egoísmo. Diré incluso que te oculté que estaba embarazada porque ni siquiera yo sabía si quería tener al bebé. Estoy dispuesta a ello, siempre y cuando tú cumplas con tu parte.

Lidia termina su discurso y respira con suavidad, notando la adrenalina en todo el cuerpo. Suárez se toma unos segundos para procesar la información antes de preguntar:

—¿Lo sabe Belinda?

—¡Qué cosas tienes! ¿No ves que he venido ahora que ella está de vacaciones? Por supuesto que no. No pretendo hacerla sufrir gratuitamente. Además, ella nunca me permitiría hacer lo que estoy haciendo, por eso vas a dejarle la herencia sin que ella lo sepa…, porque me temo que, con la educación que le he dado, es capaz de

rechazarla. Cuando tengas todo arreglado, estoy segura de que encontrarás el mejor modo de contárselo.

—¿Y tengo que fiarme de que lo que me dices es cierto?

—Si quieres confirmarlo, lo tienes fácil. Trabajas con ella: solo necesitas coger una muestra cualquier día de estos y analizar su ADN. —A Lidia le molesta que, encima, desconfíe de ella. Altiva, se pone a la defensiva—: En cualquier caso, no te demores demasiado. Últimamente me cuesta contenerme un poco…, ya sabes, las cosas de la edad, que a uno le quita los pelos de la lengua.

Lidia se levanta y le estrecha la mano; un gesto que a Suárez le sorprende, hasta que comprende que no ha sido a modo de despedida, sino que con ello Lidia ha cerrado un trato. Camina hacia la puerta, asía el pomo y le dedica una mirada antes de salir; como si caminara sobre tres puntos seguidos, como si estuviera segura de que la historia no se cierra con el sonido de esa puerta. Su talento ha estado por encima de su obra; se siente mejor que nunca, y eso que acaba de hacer algo que siempre ha detestado.

33

CONSENTIMIENTO

Dos días después de la intervención (al medio día-primera hora de la tarde)

Javier Ramírez apenas tarda cinco minutos en llegar a la sala de reuniones del observatorio, pero, cuando lo hace, ya no hay nadie. Se pregunta cómo a sus compañeros les ha parecido acertado dejar solos a los sujetos, en lugar de retrasar unos minutos su llegada al hospital. Sigue sin verlo como un gesto responsable.

Se quita el abrigo, lo cuelga en el perchero y saca el móvil del bolsillo del pantalón para llamar a Diego. Lo ha llamado varias veces pero no responde; le dará unos minutos antes de volver a intentarlo. Se sienta en la silla y se coloca los cascos, mira la pantalla y analiza a los sujetos. Hay algo que no le gusta; aparentan tranquilidad, pero le da la sensación de que es una calma fingida. Laura, por una parte, aprieta la mandíbula y Antonio pasea continuamente por la sala mientras parece perdido en sus pensamientos. María parece que está meditando y Francisco salta con la mirada de uno a otro. Es como si estuvieran intentando tranquilizarse, como si hubieran tramado algo. Cuando Javier ve a Antonio entrar en el *office*, rápidamente se quita los cascos, se pone el pinganillo y revisa la pantalla; de esta forma tiene los dos puntos controlados: escucha a Antonio dentro del *office*, y al resto, aunque no los escuche, los ve.

Antonio Galán lleva minutos dentro del *office* y a Javier Ramírez le espeluzna no haber escuchado ni el más mínimo ruido desde que entró. No se fía del médico; es demasiado listo como para quedarse de brazos cruzados y más cuando lleva dos días allí sin que haya cambiado nada. Si no ha tramado algo, no tardará en hacerlo. Le sigue pareciendo extraño que no se escuche nada, ¿y si se está intentando escapar y no lo oye porque han encontrado el micro y lo han escondido en otra parte? ¿Y si es parte de su plan disolver el punto de atención en varios focos? ¿Qué va a hacer si se intentan escapar? Está solo y sin apoyo, lo que no denota un buen pronóstico de la situación.

Las ideas se precipitan en su cabeza como una lluvia torrencial después de haberse sobrecalentado, inundando el cerebro con la misma conclusión: él solo no podrá contener a cuatro personas. Pero, por otro lado, tampoco puede llamar a Suárez y combustionar su cabeza sin una razón de peso, con suspicacias y sin pruebas infundadas que le hagan pensar que realmente la situación no está

bajo control. Lo único que puede ganarse es otra reprimenda por haberle agotado el depósito de paciencia a su jefe. No, no es eso lo que le conviene, no después de cómo se ha portado Suárez con él a pesar de haber llegado drogado en dos ocasiones y de haber intentado convertir en lúdica una situación delicada.

Saca de nuevo el teléfono del bolsillo y vuelve a llamar a Diego, pero tampoco responde. La llamada ha terminado colgándose sola tras agotar los tonos. Suelta el móvil sobre la mesa y se coloca el pinganillo otra vez; ahora escucha algo: parecen respiraciones fuertes.

***

Antonio Galán lleva un rato sentado dentro del *office*, relajándose y repasando el guion con la mente antes de entrar en escena, recordándose que tiene que actuar con naturalidad porque es parte de su arco dramático. Él normalmente, por muy enfadado que esté consigo mismo, no haría lo que va a hacer, y realmente no es partidario de usar la fuerza bruta ni la violencia, pero no le han dejado otra alternativa.

Vuelve a coger aire y hace una fuerte exhalación. Cuando cree que está preparado, se levanta encolerizado, coge una silla y la tira contra la pared, haciendo todo el ruido que puede para atraer la atención de los de fuera y de los dentro. Lanza un par de sillas más, tumba la mesa, saca los cajones del mueble y empuja la nevera hasta conseguir desplazarla y tumbarla. Al escuchar los ruidos, sus compañeros corren al *office* y se quedan fuera, observándolo, desconcertados pero sin miedo.

***

Javier se arranca el pinganillo de cuajo y, hecho un basilisco, pasea por la sala. Lo sabía, sabía que tramaba algo. Maldice a Galán y maldice al momento. ¿Por qué ha tenido que pasar justo cuando está solo? ¿Qué debería hacer? Tiene que pensar y actuar rápido, tomar decisiones unilaterales porque su maldito compañero no le coge el teléfono y su jefe está lejos, no sabe ni en qué hospital. Lo que tiene claro es que debe protegerse: ellos son cuatro y él uno. Debe encontrar la solución y lo tiene que hacer ya.

Se le ocurre algo. Vuelve a la mesa, coge el teléfono y busca el contacto en la agenda. Cada tono que suena le arranca una bocanada de aire: uno, nada, dos, nada, tres…, responde.

—Dmitry, ¿dónde paras? —No tiene tiempo de saludos.

—Amiga, Ramírez. Chienes prisa por lo que veo.

—Mucha, ahora no puedo explicarte. ¿Sigues teniendo contacto con los militares?

—¿Qué necesitas?

—Necesito que me hagas llegar ya, a la dirección que te voy a decir, algún tipo de gas para dormir a personas.

—Esa cosa es complicada, me pides que me juegue mucha.

—Lo sé, Dmitry, te pagaré lo que me pidas. Mira, ahora mismo tengo un asunto complicado que resolver y por eso necesito que me lo hagas llegar sea como sea.

—Está bien, dime dirección y yo mando a alguien. Haz todo como che diga.

Javier siempre ha sido un psiquiatra cercano con sus pacientes, tanto que a veces ha conseguido estrechar relaciones con alguno de ellos. Ese es el caso de Dmitry, un ruso al que conoció hace años en la consulta y que siempre se ha mostrado dispuesto a echarle un cable. Es consciente de que el camino que ha tomado lo va a dejar en ventaja durante un tiempo, pero, si sale mal, se puede buscar la ruina. Vuelve a la mesa, se coloca el pinganillo y sigue escuchando, mientras va sintiendo el corazón cabalgando en la garganta y los nervios enmarañados por el cuerpo.

***

Galán sabe que sus compañeros le están mirando y precisamente por eso no se detiene; todo marcha como quiere. Los mira de soslayo mientras sigue con su tarea hercúlea de tumbar muebles y destrozarlo todo, rebuscando entre los cajones, por debajo de la mesa, de las sillas, hasta que encuentra lo que busca.

Agarra el micro y lo muestra en alto a sus compañeros, jadeando pero con orgullo, con la sensación de haber hecho una buena estocada. Camina airado hacia fuera, envarado y presuntuoso, con el brazo aún estirado y el micro sujeto en la mano; los demás le franquean el paso y le siguen con la mirada. Al verlo salir, María va tras él.

Javier Ramírez se quita el pinganillo y se coloca los cascos para escucharlos. Antonio se coloca frente a la cámara de la sala de estar y grita, enfadado:

—¿Cuánto tiempo pensáis tenernos encerrados? ¡Esto no guarda la ética! ¡Lo sabéis tanto como yo! ¡Si he dado mi consentimiento, lo revoco!, ¿me oís? ¡¡¡LO REVOCO!!!

—Cálmate, Antonio —musita María, envolviéndolo en un abrazo. Le coge de la cara y le mira sin palabras; le besa y le habla con su frente apoyada en la de él—. Sabes que estas cosas hay que hacerlas por escrito, ¿verdad?

—Lo sé —susurra. Su plan va viento en popa. Ahora que ha reventado ese carácter sumiso todo es más creíble.

***

Javier se quita los cascos y los deja sobre la mesa; se frota los ojos, se masajea las sienes y respira. Está muy nervioso. No puede creer que el líder se haya sublevado; si los demás le siguen, está perdido. Suena el móvil y se sobresalta: es Diego. Ya era hora.

—¿Qué coño haces? ¿Por qué no contestabas?

—Lo siento, no he oído el móvil. —Con lo enfadado que está su compañero, prefiere omitir que lo había puesto en silencio para descansar—: ¿Todo bien?

—¡No! Todo mal. ¡Ven ya!

Javier cuelga y mira la pantalla. Parece que están más tranquilos; Antonio sigue hablando con María, mientras Laura y Francisco guardan silencio y los observan desde la distancia. No por ello se tiene que fiar. Cree que solo es un momento de trance; después de lo que ha pasado, está seguro de que Antonio va a volver a explosionar, y la próxima vez va a arrastrar a Laura con él, consiguiendo hacer un motín. Entonces, todo será aún peor. Por eso no puede relajarse: debe anticiparse a ellos. Vuelve a sonar el móvil y responde sin mirar la pantalla.

—¡Que vengas! Cuando llegues te cuento lo que pasa. Ahora no puedo explicártelo.

—Señor Ramírez. Estoy abajo.

Javier está siguiendo los pasos que le ha dicho Vladímir, el chico que ha enviado Dmitry, para esparcir adecuadamente por los conductos de ventilación el gas que le ha asegurado que adormecerá a los sujetos sin que su vida corra peligro. Confía en los rusos: sabe que en cuestiones químicas son los mejores. Solo espera que sea cierto eso que le ha comentado de que el gas es inodoro, incoloro e insípido, las tres íes según el chico. Es importante que los sujetos no perciban su inhalación.

Vuelve a su sitio y se sienta a observarlos. El escritor está caminando por la sala cuando lo ve desplomarse. El sonido del impacto hace que sus compañeros se giren hacia él. Laura sale corriendo a socorrerle, pero no llega a alcanzarle porque también cae al suelo. Es entonces cuando Antonio descubre lo que pasa: deben haber esparcido un gas somnífero. Por eso tiene que actuar rápido; le hace un gesto a María, que está cerca de él, sentada en el sofá, y le insta a taparse las vías respiratorias. Sin embargo, antes de que ella pueda protegerse se desmaya. Está perdido: no tardará mucho en ser el siguiente. Tiene claro que la inhalación del gas les está generando neurotoxicidad, la cual, en consecuencia, los paraliza e incapacita. Recuerda lo que debe hacer: solo con taparse las vías respiratorias no es suficiente, necesita mojar la prenda para eludir el gas. Por eso se

levanta del sofá y camina hacia el baño, más desorientado a cada paso que da, hasta que comienza a repetir a modo de mantra delirante una palabra: agua, agua, agua; pierde el conocimiento y cae redondo al suelo.

Javier Ramírez respira aliviado, aunque implorando que las consecuencias de la intoxicación no vayan más allá de mantenerlos dormidos un tiempo, porque de lo contrario está perdido. Es consciente de que no tenía una razón inexorable para usar ese gas y de que una cosa es encerrarlos, algo que podrían alegar mediante la orden judicial que tienen y los consentimientos firmados, y otra muy distinta es cometer un homicidio; o peor aún: cuatro.

Diego abre la puerta, acelerado, y se queda clavado en mitad de la estancia al ver que los cuatro sujetos están tumbados, esparcidos por distintos sitios de la zona hospitalaria.

—¿Me vas a contar qué está pasando?

—Te lo cuento mientras me ayudas. Tenemos que entrar ahí, llevar a cada uno a su cama e inyectarles otro Cóctel Lítico.

—¿Estás loco? ¿Qué has hecho? ¿Dónde están los demás? —Diego tiene demasiadas preguntas que hacerle.

—Ven conmigo, te lo explico mientras preparamos todo. —Se levanta del asiento y se dirige al quirófano—: Toma, ponte esta máscara para entrar ahí. Tenemos que preparar…

—Para un momento. —Javier se gira y lo mira—. Siéntate a mi lado y explícame desde el principio qué coño ha pasado. No pienso mover un dedo hasta que lo sepa.

Javier camina hacia él, se detiene a su lado y lo tantea antes de sentarse. Diego ha hablado contundente; parece que su decisión es firme, por lo que le tiene cuenta darse prisa y contarle todo lo que se ha perdido antes de que los sujetos despierten y no haya servido de nada lo que ha hecho.

***

Suárez ha caminado durante una hora por un parque cercano al hospital. Necesitaba relajarse y pensar en la conversación que ha tenido con Belinda. Estaba demasiado nervioso para coger el coche y, además, no tenía ganas de volver al Instituto ni a su casa ni a ningún sitio que no fuera un lugar insólito del planeta donde nadie le buscara. Ahora, en cambio, conduce pausado y con la música apagada, a pesar de que el tic que le ha aparecido en el ojo le dificulta en cierta medida la visión y que la cantidad de tráfico que hay en la capital a esas horas es exasperante. Es tolerante con los que se cambian de carril y se le cuelan delante, solidario si alguno le pide permiso antes de adelantarle, hasta que sale del atasco y un torrente de energía vuelve

a él; entonces pisa el acelerador, sin prestar atención a las señales, sobrepasando gestos obscenos que le hacen otros conductores y con un impulso antisocial que acaricia la idea de estrellarse como un kamikaze. ¿Qué sentido tiene todo? ¿Qué está haciendo con su vida? Es un horror de persona, un incivilizado que solo ha buscado el reconocimiento de los demás mientras seguía alimentando su cinismo oportunista, soportando procacidades de un psicópata hacia su propia hija, encerrando a cuatro personas para salvar su trasero e hinchando su cuenta bancaria a costa de los demás.

Pisa el acelerador y nota cierta adicción en el acto; quiere pisarle más a fondo. Hace un rato que ha sobrepasado el límite de velocidad, pero necesita sentir el vehículo más revolucionado todavía, tanto como está su vida ahora mismo. Nota la nube de adrenalina condensada dentro del coche y pisa con fuerza el acelerador hasta el fondo. Siente poder, libertad, control. Está soltando el estrés, deshaciéndose de toda la tensión que ha ido acumulando desde que Lidia reapareció en su vida. Toma una curva y, de repente, el coche se le va por detrás; ha pasado todo muy rápido. Intenta hacerse con el control del vehículo, por eso frena suavemente mientras reduce la marcha y gira el volante al contrario. No puede pensar ni siquiera en una despedida, tan solo en que se acabó. Está a punto de estrellarse. Por suerte, consigue controlar el coche y salir de la curva; pisa el freno y reduce la velocidad hasta la mínima impuesta. Ahora que regresa a la conducción normal, nota un torrente de nervios que le provoca temblor de pies a cabeza, el tic del ojo amplificado y un repentino dolor cefálico. Todos los nervios que había dejado atrás revolucionando el coche han vuelto a él cobrándose intereses. Será mejor que se aparte un momento de la carretera y se tranquilice antes de seguir conduciendo. ¿Cómo ha sido tan idiota de perder el control sobre sí mismo?

Consigue llegar al Instituto, aparca el coche en la plaza de aparcamiento que hace años compró y camina desvencijado hacia allí. Sube al observatorio y encuentra a Diego y a Javier descamisados, con el pelo revuelto y empapados en sudor. Echa un vistazo a la pantalla y ve a cada sujeto tumbado en su cama. Mira el reloj: son casi las cuatro. Podría ser que se hayan dormido la siesta, pero eso no le encaja.

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo está Peter? —desvía Javier la conversación.

—Fuera de peligro. ¿Qué ha pasado aquí?

Javier Ramírez le explica lo sucedido esquivando detalles, haciendo en ocasiones una crítica destructiva de la situación, mostrando un interés fingido por los sujetos, esculpiendo su culpa y, en definitiva,

salpimentando todo lo que puede el discurso. Suárez lo escucha mientras cocina la paciencia a fuego lento, con los ojos desorbitados y a punto de alcanzar el punto de ebullición. Dirige de vez en cuando la mirada a Diego, quien mantiene la cabeza gacha mientras Javier le explica todo. Cuando Javier termina, Suárez habla contundente.

—Con el efecto del Cóctel Lítico dormirán hasta mañana. —No va a amonestarles más allá de lo que ya les ha regañado con los ojos—. Lo hecho, hecho está, no pienso daros la monserga, pero lo que tengo claro es que vais a arreglar las cosas durante estas horas. Os vais a quedar aquí los dos hasta mañana por la mañana, custodiándolos, y quiero que, mientras ellos duermen, reviséis la grabación de todo el día: desde que se levantaron esta mañana. Es importante que analicéis cada movimiento, cada gesto, cada mueca; con todo lo que ha pasado hoy, nos hemos perdido trozos de su día y quiero saber si realmente estaban tramando algo. Cuando vuelva a ponerme en contacto con vosotros, me contaréis hasta el más mínimo detalle. Y ya te aviso, Ramírez, de que voy a mirar con lupa las consecuencias que puedan aparecer por haber inhalado ese gas; como algo no me cuadre, prepárate.

Javier no cree que la posibilidad de que tenga que acabar buscando otro trabajo sea real, por mucho que Suárez parezca seguro de su medida. Esta vez tampoco aplicará su amenaza porque tiene demasiado que esconder; no podría ir ventilando los motivos del despido.

Suárez se despide de ellos con un portazo, camina hacia el ascensor, se sube y, mientras baja a la planta cero, llega a dos conclusiones: la primera es que mañana no va a dar esa rueda de prensa y la segunda es que va a tomarse medicación como para dormir a un caballo antes de tumbarse en la cama. Lleva días sin pegar ojo y necesita descansar; nota que su cabeza no funciona como toca. Al final, va a tener que darle las gracias a Javier por haberles vuelto a pinchar a los sujetos, induciéndolos a un sueño narcótico que le va a permitir desconectar de todo a él también.

34

REGALAR EL TIEMPO A QUIEN IMPORTA

Dos días después de la intervención (por la tarde-noche)

Belinda se sube al taxi a las puertas del hospital con la sensación de haberse escapado de un hangar en el que la tenían secuestrada. Por nada del mundo piensa volver al Instituto; poco le importa el estudio, su jefe y sus compañeros. No quiere saber nada de todo eso.

Mira el reloj: debería comer algo, pero no tiene hambre. Los disgustos siempre le cierran el estómago y le despiertan la melancolía. Siente que en cualquier momento va a desaparecer por un agujero negro y se enfada con ella misma por tener esa sensación. El maldito Suárez la arrastra a la desgracia haga lo que haga, antes como jefe y ahora con su rol de padre reaparecido. Podría comprar comida o sentarse a picar algo en cualquier sitio, ir a recoger a Ares y pasar la tarde con él, relajarse y sacudir un poco sus disgustos para no absorberlos. Pero no puede, porque lleva demasiados días desconectada de la asociación; eludiendo sus deberes como jefa. Aprovecha el viaje para retocarse un poco el maquillaje, mientras se pierde en sus propios pensamientos. El reciente enfado con Suárez no rebaja lo furiosa que está con Manuel: tiene pendiente una conversación con él.

Baja del taxi y cruza la calle hasta que llega a Violetas y Azafrán. Se detiene frente a la puerta y lee la frase de letras moradas, pegadas sobre el cristal del escaparate: «No hay que apagar la luz del otro para hacer que brille la nuestra. Mahatma Gandhi». Mira el reloj: son las cuatro. Saca el móvil del bolso y llama a Natalia: necesita que hoy también se encargue de Ares. Está pidiéndole demasiados favores últimamente y no le gusta; odia tener esa sensación de madre ausente y desvinculada.

Pasa dentro y se encuentra con su compañera Victoria, la que empieza a considerar una amiga. Realmente este trabajo es su causa social: luchar contra la violencia de género en cualquiera de sus vertientes es lo que le llena. Y si lo hace con Victoria, el reporte es doble. Ahora va a centrarse en gestionar todo lo que tiene pendiente, pero cuando termine también va a poner orden. Fuera: en su vida.

Es casi de noche cuando sale del trabajo y va a casa de Manuel. La recibe en la puerta con ánimo festivo y gesto cariñoso. Parece contento de verla. Belinda, en cambio, no le corresponde con la misma efusividad; se adentra en su casa envuelta en un silencio ceremonioso y habla en el recibidor.

—Solo voy a estar unos minutos. Tengo que irme con mi hijo, que es el que no tiene culpa de nada y está pagando todas las consecuencias.

—¿Qué ha pasado?

—Dímelo tú.

Manuel estudia su rostro y esa helada soberanía que se ha colado en sus ojos. Si al abrir la puerta ha dudado de si le pasaba algo, ahora no tiene ninguna duda: está enfadada. No quiere una disputa: necesita recuperar el pulso de su relación, desterrar ese gesto de contrariedad de su preciosa cara y recrearse en el acostumbrado ambiente poético que se forma cuando los dos disfrutan a solas el uno del otro, con una copa de vino en la mano y los pensamientos apartados.

—Pasa, cariño. Si quieres, puedo pedir algo de cena y hablamos tranquilamente.

—Tengo la intención de regalar mi tiempo a quien me importa: Ares. ¿Qué tienes que ver con lo que ha pasado? —pregunta tajante.

—¿A qué te refieres?

—No me trates como si fuera imbécil. —Los ojos de Belinda destilan rabia—. Tú me has utilizado como infiltrada. Me querías de tu parte para que te diera toda la información de lo que pasaba allí dentro, ¿no es cierto?

—Pero ¿cómo puedes pensar eso?

—Explícame, entonces, por qué estás tan tranquilo cuando sabes que estamos hasta el cuello con cuatro personas famosas encerradas. Explícame cómo es que llamas a Suárez para ponerle un ultimátum. Explícame por qué cojones sacas a tu jefe de equipo, en el que más confías y al que siempre pones al frente en tus investigaciones, de este estudio. Y, sobre todo, explícame cómo es posible que, sabiendo que mañana Suárez tiene que dar una rueda de prensa y que va a salir el nombre de tu laboratorio, sigas tan tranquilo.

—¿Mañana Suárez va a dar una rueda de prensa?

—¿Esa es tu puñetera respuesta?

Belinda se gira. Manuel la agarra del brazo y la atrae hacia él; la busca con los labios, pero ella se separa dándole un empujón que lo empotra contra la pared. Sale y cierra la puerta con brío. No tiene intención de volver a saber nada más de él. Se lo ha dicho antes: no va a perder tiempo con alguien que no le importa.

35

SU VÍCTIMA

Tres días después de la intervención (por la mañana)

Suárez ha dormido toda la noche del tirón y, aunque se ha levantado renovado, no se ve con coraje de esquivar preguntas proyectiles, como las que Fina acostumbra a disparar. Por eso decide vestirse en el baño, bajar con sigilo y marcharse sin desayunar; todo con gestos autómatas, rápidos y silenciosos. Por último, pone el móvil en silencio.

Cuando llega al observatorio, Javier y Diego le ponen al tanto. Javier da vueltas y más vueltas en su discurso para hacer ver a Suárez que su decisión de verter el gas ha sido legítima. Y por otro lado, aunque no lo dice, está angustiado porque aún no sabe si ha podido provocarles un daño mayor o si se ha pasado con el Cóctel Lítico. Diego, por su parte, le cuenta que les ha dejado desayuno de La Estrella para cuando se despierten y otro puñado de conclusiones insípidas. La medicación que se tomó anoche Suárez le ha dejado poso, porque ni siquiera las banalidades de uno y el egocentrismo del otro le importan. Simplemente está tranquilo.

Han pasado las ocho y Belinda no llega. Suárez se pregunta si acaso no piensa ir a trabajar; ayer, tras la confesión, estaba enfadadísima. Vuelve a mirar el reloj y habla:

—Ramírez, márchate a descansar, llevas aquí un día entero.

—Prefiero esperar a que se despierten. Por cierto, ¿dónde está Belinda?

Alguien llama a la puerta y corta de un tajo la conversación. A Suárez no le sale la voz: se teme lo peor. ¿Quién puede ser? Aunque no ha dado permiso, la puerta se abre.

—¡Hombre, tío! —Se acerca Diego al ver que es Peter y que tiene buen aspecto—. ¿Cómo estás? —Le da un golpe en la espalda e interpreta su gesto—. Perdona, ¿te duele? —Peter asiente.

—Peter, ¿qué haces aquí? Deberías estar en el hospital… —Suárez es tajante.

—Eso opinaba el cardiólogo, pero estoy bien… Puedo volver al trabajo…

—De eso nada. Ahora mismo te vas al hospital…

—No me voy a ir al hospital, Suárez. Me encuentro bien y necesito trabajar.

—Si no quieres ir al hospital allá tú, pero de aquí te marchas. No voy a alimentar tu negligencia.

Javier respira aliviado al ver que Laura se acaba de despertar. Se cuela entre Peter y Suárez y corta la conversación para informarles de ello. Todos dirigen la vista a la pantalla y ven a Laura salir de la habitación, ir al baño y meterse en el *office*. Al momento ven moverse a Francisco: le ha debido despertar la cisterna del baño. Se levanta y va al *office* también. Están impregnados de medicación aún, lentos, aletargados.

—Ramírez, vete a descansar —insiste Suárez—. Ya has visto que están despiertos. Y tú también, Peter. —Se gira sin dar opción a réplica. Le sobran las personas, le sobran las palabras, le sobra la vida. Pero le falta el perdón de Belinda.

Javier y Peter bajan juntos y en la puerta del edificio se despiden; Peter se marcha a casa y Javier a su sitio de recreo para celebrar que todo ha ido bien, pero esta vez con más control: ya ha tanteado la dosis que tolera de *popper*.

Diego y Suárez se quedan en el observatorio en silencio; uno con sueño y el otro sin sueños. La puerta se abre y llega Belinda con un impersonal buenos días. Se quita el abrigo, lo cuelga y se sienta. Se coloca los cascos y se dirige a Diego:

—¿Algo nuevo?

Diego se encoge de hombros. Prefiere no dar explicaciones; si alguien debe hacerlo, es Suárez. Pero no lo hace, porque Belinda le esquiva la mirada: está claro que algo les pasa. Suárez le hace un gesto con la cabeza para que se marche y los deje a solas.

—Ahora vuelvo —dice Diego; se levanta y se va. Belinda no se inmuta.

—Belinda, ¿podemos hablar, por favor?

—No —niega sin despegar la vista de la pantalla.

—Lo siento, siento todo esto.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde ayer.

—¿Desde cuándo lo sospechas?

—No hace mucho que vino tu madre al Instituto y…

—¿Mi madre? —Se gira—. ¡Qué poca vergüenza! —Los ojos de Belinda son imperiales—. No se te ocurra meter a mi madre en tus mierdas. No me triangules. En cuanto pueda, me pido el traslado; no quiero verte más la cara.

La mirada de Suárez se apaga tanto como sus intenciones de arreglar un descosido que da por roto. No va a conseguir desplazar el dolor de Belinda de ninguna manera, así que será mejor que se centre en los frentes abiertos. Ahora Laura y Francisco se han ido a conversar a la sala común y María se acaba de despertar y se sienta con ellos. Suárez mira de hito en hito a Belinda, pero ella no gira la cabeza. En vista de su actitud, Suárez se levanta y se marcha. Llega al despacho y

saca el móvil para llamar a Plaza y avisarle de la rueda de prensa. Después de hablar con él se sentará a escribir el discurso; hoy no puede pedir ayuda al responsable de comunicación, que normalmente le echa una mano con estas cosas. Busca en la agenda y lo llama: un tono, nada, dos tonos, nada, tres tonos, nada, cuatro tonos, responde.

***

Belinda sigue enfrascada en su propio disgusto. Para rebajar sus ansias de estrangular a Suárez y evitar ir a buscarlo al despacho y escupirle en la cara todo su dolor, se centra en observar a los sujetos. Se concentra tanto que no nota la presencia de la persona que ha entrado en la sala. De repente siente una mano recorriendo su espalda. Rodeándola, en dirección al pecho. Se gira rápida, pero no tiene tiempo de reaccionar. Es Rojas. La está bloqueando y la ha arrinconado: está perdida. Intenta concentrarse y pensar. No puede consentir que haya una tercera vez bajo ningún concepto. No: esto no le puede estar pasando otra vez. Cierra los ojos y aguanta la respiración. Los músculos se le han paralizado, la voz está ahogada y el miedo ha desarmado su rostro. Siente los latidos del corazón en las sienes: sabe que está a punto de desplomarse, de perder la conciencia. Y casi que lo prefiere; al menos así no tendrá que volver a pasar el mismo trago. No tendrá que luchar contra esos recuerdos pegajosos e inoportunos. Vuelve a recordar la teoría; lo sabe: sabe que tiene que levantar la cabeza y mirarle con ojos de loba salvaje, mantenerse firme y contundente. Empujarlo, decir no y salir corriendo a buscar ayuda. Muchas veces, el contrataque funciona. Está pensando con claridad a pesar de que no puede moverse, lo que no la deja del todo fuera de combate. Ha decidido que lo va a hacer: va a levantar la cabeza. Alza la mirada y al clavarla sobre Rojas se encuentra con Suárez, quien grita a su espalda.

—¡¡¡Maldito cabrón!!!

En lo que dura un pestañeo, se abalanza sobre el ministro. Le agarra del traje y se lo quita de encima a Belinda. A pesar de que la corpulencia de Rojas supera a la de Suárez, la rabia le ha dado la idea de tumbarlo dándole una patada donde más le duele a su ego: en las partes bajas. Belinda se marcha de allí corriendo y se mete en su despacho, el único lugar donde se encuentra segura. Estalla en lágrimas e intenta hacerse con el temblor de las piernas; se sienta y se permite llorar. Ha estado a punto de ser una vez más su víctima.

36

PROTEGE AQUELLO QUE TE PERMITE VIVIR

Tres días después de la intervención (por la mañana)

Indefensión aprendida; esa es la palabra que le asoma a Antonio Galán por una esquina de la mente al despertar y le tambalea la intención de incorporarse de la cama. La dijo Francisco Vega aquel día que él les explicó a sus compañeros lo importante que era que se mostraran sumisos ante la situación, que se enfundaran de una artificiosa naturalidad para engañar a los de fuera y así retenerlos en su zona de confort. Esa palabra, de la que pensaban apropiarse para montar su teatrillo, ahora se ha convertido en tangible, ahora es real: Antonio se siente indefenso. Acaba de comprender que, haga lo que haga, no servirá de nada.

Mientras recuerda el momento de ayer previo a desplomarse, examina el techo con los puños cerrados, respirando el aire viciado de una habitación que lleva días sin ventilarse. No tiene fuerzas para seguir luchando. Lo ha intentado todo y nada le ha servido. Sigue sin comprender qué hace allí, por qué no recuerda las cosas, por qué le tienen retenido y, sobre todo, hasta cuándo. Piensa incluso si es un falso inocente; tal vez ha hecho algo horrible que no recuerda y por eso le han encerrado. Puede incluso que no se haya sometido a ninguna intervención.

Antonio se levanta de la cama, reposado y sin prisa; total, tiene otro día más por delante…, o, según lo mire, otro día menos. Otro día más de encierro, otro día menos de libertad. Aunque se siente desvalido, se le presentan fogonazos repentinos de ánimo. Ánimo para dar unos pasos más, para salir de la habitación, para llegar al *office* y servirse un café; ánimo para sentarse en silencio a escuchar a Laura, quien les cuenta algo sobre Zimbabue mientras Francisco parece pensativo.

Aunque no lo parezca, Francisco la está escuchando. En realidad, está poniendo todos sus sentidos, pero no puede evitar desviar su mente hacia la trama de su próxima novela. Cada vez tiene más claro que va a convertir a Laura en su protagonista y que el escenario será ese lugar mágico: las cataratas donde las gotas de esa lluvia constante que lo envuelve todo se deslizarán por su rostro hasta formar un laberinto sin pérdida, con Isabel a su lado comiéndosela con los ojos. Pasando sus ratos libres con las zimbabuenses afables y leales de las que habla, con su incansable sonrisa, ofreciéndole siempre una amistad más valiosa que el cobre, el platino y el oro del país. No necesita demasiado para inspirarse.

—Si hay algo que me ha enseñado Nehanda —Francisco consigue, mediante la frase, reconectar con la historia—, una de las personas más importantes que he conocido allí, es el arte de tener esperanza. Porque la esperanza es un arte, es el secreto para conseguir la felicidad. La esperanza te ayuda a reponerte, te vuelve fuerte, resiliente…, al contrario que la desesperanza, la cual te hunde, te hace que no tengas metas. —A Laura le acaba de venir un *flashback* a la cabeza que no consigue situar muy bien en el tiempo; se ha acordado de aquella noche en que quiso quitarse la vida: se tomó más de un litro de alcohol y algunos antidepresivos de los que tenía recetados en ese momento. Ese recuerdo le angustia, por eso prefiere apartarlo de un zarpazo y seguir contándole a todos su historia de Zimbabue; sigue pensando que no quiere ser la lisiada mental del grupo—: Ella siempre usaba una frase, decía: «Abre tu corazón». —María acaba de mirar de soslayo a Antonio: sus ojos son dulces, sus chakras puros, aunque lo nota un poco alicaído—. Y me enseñó otra cosa muy importante: que quien realmente tiene el poder del mundo es la naturaleza, no los humanos. Allí la cuidan; nosotros, aquí, la desafiamos. Ella usaba otro dicho para denominar su amor por lo salvaje, lo recuerdo perfectamente: «Protege aquello que te permite vivir».

—¡Qué cosas más bonitas decía Nehanda! —Celebra María.

—La verdad es que sí; definitivamente, me quedo con sus valores. Ella consiguió desterrar de mí mi síndrome de peonza activa. —Al ver la cara de sus compañeros, se explica mejor—. Ya sabéis: giro sobre mí misma, me caigo para un lado, vuelvo a girar y me caigo para el otro. Intento buscar un camino y me tuerzo. Intento vivir en Zimbabue y tengo un trozo de corazón en España; estoy en España y tengo un bocado de alma en Zimbabue.

—Siempre puedes estar en los dos sitios a la vez —interviene María —. Me refiero a que puedes sentirte como quieras estés donde estés. En todos los sures hay nortes y en todos los nortes hay sures. En el sur de África hay un trozo de norte, ¿me entiendes?

—Creo que sí… Te refieres a que puedo crear mi pequeño universo allí donde esté, ¿no?

—Exacto. Sé de lo que te hablo. —Y, al decirlo, María ve con nitidez algunas imágenes en su mente: acaba de recordar su viaje a la India.

—¿Estás bien, María? —le pregunta Laura, al verla distraída.

—Sí, sí. —Se levanta y comienza a pasear. Necesita pensar en ese recuerdo nebuloso que le ha venido a la cabeza antes de permitirse sentir; además, no quiere acaparar la atención justo cuando Laura se ha abierto otra vez.

—Perdón, ahora vengo.

Laura se levanta del sofá y va al baño. Cierra la puerta, se apoya en el entrepaño y rompe a llorar. Hablar de su vida en Zimbabue le ha

traído recuerdos de Isabel: como esas cenas bajo la luna, distraídas por las manadas de elefantes, o el día que sobrevolaron en helicóptero las cataratas Victoria o cuando se metieron a bucear con los animales más agresivos y peligrosos del mundo: los cocodrilos. Los días que pasó con ella fueron los más bonitos de su vida, y esos momentos se están sedimentando en su cabeza a modo de aluvión, formando abanicos de recuerdos, deltas de emociones. No entiende qué le está pasando, pero las cosas más excitantes que ha vivido a lo largo de su vida le vienen a la cabeza.

Llora y recuerda a los niños en fila india esperando para lavarse las manos; llora más fuerte y recuerda cómo estrujaban Isabel y ella cada hora cuando estaban juntas; se lava la cara y recuerda cómo era cada reencuentro con ella; llora cuando piensa en cómo fue la despedida. Se echa más agua fría en la cara y recuerda los campos de café y tabaco; recuerda cómo se escondía en ellos para desaparecer del mundo cuando estaba triste. Se seca la cara, pero se le escapan algunas lágrimas más al pensar que ahora llora escondida en un psiquiátrico. Daría cualquier cosa por volver a esos campos de café.

Sale del baño y todos la miran en silencio. María deja de caminar; se sienta en el sofá y ella se sienta a su lado. Laura la mira y lanza un grito ensordecedor al aire.

—La he visto. —Es lo único que consigue decir, con la voz tiritando; su mandíbula lanza un temblor que acaba en un escalofrío, el cual le recorre el cuerpo. A Antonio se le erizan los nervios. Se levanta y se pone a su lado, le da la mano e intenta calmarla—. Vivía en una choza en Kololo —Laura vuelve a hablar mientras aprieta la mano de Galán con fuerza—, como todo el mundo de por allí. Le cayó encima el rayo cuando estaban reunidas. —Rompe a llorar con fuerza y va aflojando el llanto poco a poco, hasta que, a través de los sollozos, consigue continuar la explicación—. Era algo clandestino; se tenían que esconder para tratar ciertos temas. Aquella reunión mensual era como una especie de fiesta para ellas. Fueron calcinadas todas. La naturaleza se llevó a Nehanda en un segundo, a su antojo. Y yo lo vi: su cuerpo estaba electrizado, quemado.

Aunque Laura no es capaz de construir un discurso conexo, creen haberla entendido: a su amiga Nehanda la calcinó un rayo y ella lo vio con sus propios ojos. Estaba claro, por cómo lo estaba diciendo, que eso le había traumatizado. Antonio Galán atrae la cabeza de Laura contra su pecho, para ayudarla a calmarse, mientras sus pensamientos se lo llevan lejos. Acaba de entender lo que les ha llevado hasta allí: un trauma. Esa maldita intervención debió haber girado en torno a ello. Se prepara para un golpe; dentro de poco recordará y está seguro de que va a doler.

37

cuando la vívora muerde, el zorro ataca

Ocho días después del suicidio

Lo que menos le gusta a Belinda de sus funciones como presidenta de la Asociación Violetas y Azafrán es la burocracia. Si pudiera, comisionaría la revisión del papeleo a Victoria. Mira el móvil y resopla. No puede creer que su madre se haya marchado de sopetón y que no le responda al teléfono. Anoche se acostó con regusto a desconfianza en la boca. La huida intempestiva de su madre la deja en peor lugar aún que las palabras de anoche, que a Belinda le estuvieron retumbando en la cabeza hasta altas horas de la madrugada. La ha llamado varias veces en lo que va de mañana, pero ni responde ni devuelve las llamadas. Da por hecho que ha vuelto a su casa de la sierra, pero necesita asegurarse de que es así y, sobre todo, necesita confirmar que su madre no ha tenido nada que ver con el suicidio de Suárez.

Alguien llama sutilmente a la puerta; sabe que es Victoria: le tiene medidas las formas.

—Belinda, tienes visita —dice al abrir la puerta.

—No espero a nadie, ¿quién es?

—El teniente… —Mira hacia atrás para que le recuerde su apellido.

—El teniente Sánchez —dice Belinda, levantándose de la mesa—. Victoria, muchas gracias. Adelante. —Le invita a pasar y cierra la puerta. Victoria se marcha a su despacho—. ¡Cuéntame! ¿Alguna novedad? —Se sienta frente a él después de comprobar que el hombre toma asiento.

—Belinda, tengo información que tal vez te interese.

—¿Ya, tan pronto? Perdona, que no te he ofrecido nada. ¿Quieres un té, un café?

—No, gracias. Estoy bien así. —Se detiene un instante antes de continuar. Es un tipo carismático y pulcro; todos sus superiores y sus subordinados le aprecian, pero no por ello a veces deja de cruzar la línea higiénica de la ley—. No ha sido fácil acceder al caso del doctor Suárez. Ya sabes que esto no lo llevamos en la Guardia Civil, sino que lo lleva la policía de Homicidios. Pero, por suerte, he dado con un tipo majete, joven pero listo; él lleva el caso y me ha informado de todo.

—¿El inspector Álzaga?

—¿Lo conoces, Belinda?

—Solo del día del suicidio: él nos interrogó. —Sánchez asiente a modo de comprensión.

—Bien, pues al parecer la mujer de Suárez, por medio de su

abogado, está intentando que reabran el caso.

—¿Eso lo puede hacer?

—A ver, no es lo habitual. Los casos se retoman cuando hay algún nuevo hallazgo de peso, cuando hay que analizar algo que antes no se analizó.

—¿Y hay algo así? —Belinda ahora solo piensa en su madre y en su posible relación con el suicidio de su padre.

—No. Belinda, creo que puedes estar tranquila. No creo que el juez vaya a ordenar que exhumen el cuerpo, no hay nada raro en su suicidio. Lo único que yo veo aquí es que su mujer no acepta que su marido se haya quitado la vida, como la mayoría de familiares que viven algo así.

—Normal —dice Belinda, fijando la vista en un punto de la pared—. Lleva su tiempo asumirlo. Me imaginaba que su mujer no se iba a quedar de brazos cruzados.

—Dime una cosa, Belinda. ¿Por qué quieres saber cómo está el caso?

—Sánchez, nunca te he pedido nada personal, pero esa imagen de Suárez tirado en el suelo me está machacando. Necesito saber qué está pasando…

Hace años que Sánchez trabaja en la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil y ha tenido la suerte de haberlo conocido, pero la desgracia de haberlo hecho porque algunas de las usuarias de su asociación se vieron envueltas en circunstancias tristemente complejas y acabaron siendo atendidas por él. Es un buen tipo: familiar, trabajador y accesible.

Belinda lo acompaña hasta la puerta y allí lo despide. Lo sigue con la mirada y hace un breve barrido por la calle, simplemente por inercia, hasta que la atisba a lo lejos; la ve de forma imprecisa por la distancia y la luz que le da de frente, pero no tiene dudas: es ella, Fina. No se lo puede creer. Regresa al despacho, intentando convencerse de que no está allí por ella, que no la está esperando ni espiando ni tanteando ni siguiendo, aunque la haya desafiado con esos ojos de pantera negra.

Mira el reloj: son las once de la mañana. Solo lleva una hora y media en el trabajo, pero parece que una jornada completa le ha pisoteado el cuerpo. Necesita salir de allí y ventilar un rato sus pensamientos, pero no quiere ver a Fina. ¿Por qué la sigue? ¿No tiene bastante con intentar reabrir el caso? Baraja todas las opciones, pero llega a la misma persona: su madre. ¿Puede estar sospechando Fina de su madre? ¿Es eso? ¿Por eso la está siguiendo descaradamente? Tiene que conseguir hablar con ella. Poner fin a todas las rumiaciones homicidas que tiene desde ayer y aclarar que no tuvo nada que ver con su muerte. Coge el teléfono y la llama: un tono, nada, dos tonos,

nada, tres tonos, nada. El teléfono acaba colgándose. De repente, Belinda nota un mordisco en un nervio craneal. Le duele bajo el ángulo de la mandíbula: debe ser el estrés. Sabe que todas las preocupaciones acaban sugestionándola y enfermándola. Tiene que relajarse.

Se ata el pelo en un moño alto y vuelca la vista en los papeles, pero no consigue centrarse. Será mejor que salga y acabe de una vez por todas con esto; no puede pasarse la mañana pensando que la pantera está ahí fuera, al acecho. Aparta las rumias, los dolores difusos, los pinchazos del pecho, el miedo del cuerpo y sale. Sale con afán de terminar cuanto antes con esa incómoda situación, con la intención de plantarle cara, de decirle que deje de seguirla y de importunarla; que se siente agredida, invadida por su presencia. Cruza la calle airada y, en lo que dura un pestañeo, se planta delante de Fina.

—¿Por qué me sigue? —dice a guisa de saludo; tajante, contundente.

—¿Estas son formas de saludar a una madrastra? —Belinda no es capaz de decir una sola palabra; no esperaba una respuesta así—. Te acompaño al bar de enfrente.

No estaba entre sus planes pasear tras la mujer de su padre, analizando cada elemento de su *outfit* mientras ella se contonea mayestática y con extrema elegancia sobre esos tacones, embutida en un traje negro de chaqueta y pantalón. No puede negar que a pesar de su edad conserva un estilo moderno, elegantemente informal, distinguido y depurado. No va a enjuiciarla, no le interesa; igual que tampoco tiene el más mínimo interés en sentarse a hablar con ella. Mientras caminan, Fina echa la vista atrás de vez en cuando para asegurarse de que la sigue, dibujando en el momento una sonrisa de lado a lado que esconde una clara cercanía impostada, falsa.

Entran en la cafetería más cercana, un Santa Gloria, y lo hacen sin romper el silencio que se ha creado durante la marcha. Y allí dentro, a pesar de tenerla cerca, la siente lejos. Fina deja que elija asiento y Belinda se sienta al fondo, dando la espalda a la pared y viendo a la gente pasar. Fina se sienta enfrente y la fulmina con la mirada *ipso facto*. Ha cambiado radicalmente su actitud: no hay rastro de esa mirada conquistadora de antes ni de ese ademán de sonrisa transgresora que parecía querer romper su pacto costumbrista; ese que ninguna había firmado, pero que ambas habían asumido como refrendado, intentando situar así la una a la otra en el lugar que debía ocupar. Fina entrelaza las manos en un gesto selecto y las posa en la mesa.

—Verás…, es que no me creo que seas su hija —suelta a bocajarro.

—Ni yo tampoco. —El tono socarrón de Belinda le pilla desprevenida a Fina—. Ojalá pudiera verlo con orgullo, como tú, pero

—Chasca la lengua—, para mí es un oprobio más que otra cosa. —Se levanta con la intención de ir a la barra para pedir—. Voy a buscar un café. ¿Qué quieres?

—¡Siéntate! —le ordena—. No quiero nada de momento. —Inclina el cuerpo hacia ella—. Tú manipulaste los resultados de las pruebas, así que no vayas de monjita malparada.

—Te puedo asegurar que no.

—Los resultados de esas pruebas salieron del propio Instituto y tú conoces a la jefa del laboratorio; me he informado y, mira por dónde, he descubierto que sois amigas.

—Te voy a pedir que hables con propiedad, porque yo amigos tengo dos. Mis compañeros de trabajo son eso: compañeros. Y sí, me llevaba bien con ella, como con todos. Y te voy a decir una cosa, Fina: espero que no vuelvas a seguirme ni a inmiscuir tus narices en mi vida. Si me siento intimidada, te denuncio. —Belinda no da crédito a lo que dice ni a cómo lo está diciendo, pero le gusta la sensación que tiene: de poder, de respeto, de veneración a sí misma.

—¿De dónde sacó mi marido una muestra de tu ADN? —insiste Fina.

—¡Y a mí que me cuentas! ¡Pues de cualquier sitio! Trabajábamos juntos. Pudo coger un pelo mío. ¡Yo qué sé! No trabajo en el CSI.

—Eres una mentirosa. No pienso dejar que te lleves ni un pellizco de la herencia. Es mía, para eso era mi marido. Tú no has estado nunca en su vida.

Belinda se detiene un momento a paladear sus palabras antes de responder.

—Tienes razón: soy una mentirosa. En realidad, —Se acerca a ella —, ahora que lo dices, sí que me interesa algo de mi padre: lo que me corresponde de herencia. Pensaba rechazarla, fíjate por dónde, pero lo he pensado mejor: cuando la víbora muerde, el zorro ataca.

—Zorra de mierda. —Arranca las palabras de su boca cargada de furia; la agarra del brazo con fuerza y la desafía con la mirada.

—¡Veo que lo has entendido! —Se sacude su mano, quitándosela de encima, y sale de allí con el mundo a sus pies.

Camina hacia el coche, se sube y arranca; conduce conteniendo la respiración y apretando la mandíbula. Gira dos manzanas, detiene el coche y rompe a llorar abruptamente: no puede controlarse más. No sabe qué le ha pasado después de cruzar el umbral de la puerta de Violetas y Azafrán; es como si hubiera reventado su carácter, su forma de ser. Ha sido algo extraño, pero genial. Nota que se ha perdido y se ha encontrado ahí dentro, en esa cafetería, mientras desafiaba a Fina con cada palabra, con tono seguro, plantándole cara, dándole sentido a la deslealtad hacia su padre. Todo para hacerla entender una cosa: ya no va a agachar la cabeza y, por supuesto, no piensa consentir que

ni ella ni nadie le diga lo que tiene que hacer. Aparta las lágrimas de sus ojos y arranca el coche. Saca el móvil y vuelve a llamar a su madre, pero sigue sin cogerle el teléfono. Se acabó: va a recoger a Ares del colegio y van a ir a la casa de la sierra. Por suerte, es viernes y tiene la opción de cambiar los planes de comer algo fuera de casa e ir al cine por hacerle una visita sorpresa a la abuela. Conduce hasta el colegio.

Belinda espera en la puerta del colegio, mirando de soslayo y de forma intermitente a los grupos de madres y padres que forman corrillo y hablan sin parar. No puede quitarse de la cabeza la conversación con Fina. Quizás ha sido injusta por no permitirle a Ares conocer a su abuelo, aunque, pensándolo bien, ha hecho lo mejor; si no, ahora tendría que explicarle su muerte. O peor aún: tal vez, si le hubiera permitido conocerlo, puede que hubiera cambiado todo y Suárez no se hubiera suicidado. Será mejor que deje de pensar en eso porque ella misma está levantando una tolvanera con sus preguntas. Se aproxima a uno de los grupos de madres y padres y saluda. Nota que el móvil le vibra dentro del bolso; con el griterío de los niños no lo había escuchado. Es un número desconocido; descuelga y responde mientras sostiene la mirada en la puerta del colegio, esperando que en cualquier momento salga Ares.

—Belinda, —Enseguida reconoce la voz; es Rojas—, ve con cuidado con lo que preguntas a los cuerpos del estado. Ahora que vamos a abrir la campaña electoral, a todos nos interesa estar unidos, sobre todo a las madres con sus hijos, creo que me entiendes. —Belinda no responde—. Por cierto, ¿Ares bien?

Belinda rezuma rabia. Cuelga el teléfono y nota que se le encienden las mejillas, las vértebras se le recubren de decencia una a una y por su médula espinal circula un mensaje definitivo: voy a destrozar a Rojas. Guarda el móvil en el bolso y atrae a Ares contra su cuerpo cuando la alcanza, abrazándolo. Le cuenta el cambio de planes y van hacia el coche. El niño está contento porque van a la casa de la sierra, le gustaría que su madre le llevara más frecuentemente; no entiende por qué no le deja ir nunca. Llegan al coche y a Belinda vuelve a sonarle el móvil; solo espera que no sea otra vez Rojas. Es su madre; la está llamando. Apremia a Ares para que suba al coche y ella descuelga el teléfono al cerrar la puerta tras él. No puede permitir que Ares escuche la pregunta que le va a hacer a su madre.

38

la voz de la conciencia

Tres días después de la intervención (por la mañana)

Cuando Diego entra en la sala de reuniones, se encuentra a Rojas retorcido de dolor, tirado en el suelo con la mano protegiendo sus genitales. Suárez deambula a su alrededor lleno de furia, intentando contenerse para no reventarle la cara con un puñetazo. Diego le echa la mano para ayudarlo a levantarse y Rojas se marcha con la dignidad hecha papilla: huye. Suárez se sienta en la silla e intenta calmarse. Cuando lo consigue, le cuenta todo lo que ha pasado.

Diego no consigue encajar que Rojas haya intentado abusar de Belinda. Quiere saber cómo está, mostrarle su apoyo y abrazarla. Debería ir a verla al despacho, aunque solo sea para asegurarse de que está bien o para ofrecerse a acompañarla a casa. Piensa en cómo gestionar lo del observatorio: podría llamar a Peter o a Javier para que le cubran.

—Diego, quédate aquí —le dice Suárez—. Quiero bajar al bar a pedir un poco de hielo para el ojo. —Diego repara en que su ojo se está amoratando, no se había dado cuenta antes. Parece ser que Rojas se ha defendido durante la pelea.

—Necesito hacer una cosa. Si me das un par de minutos, vuelvo rápido y puedes bajar.

—No tardes.

***

Diego abre la puerta del despacho de Belinda y se la encuentra deshecha; le pide permiso para entrar y ella cede. La estudia conforme se acerca: está agazapada en la silla, abrazándose a sí misma y con la mirada en el suelo, con un vestido gris de punto combinado hasta la mitad de la pierna, unas medias negras tupidas y unas botas bucaneras color negro. El vestido se le pega al cuerpo y le ensalza la figura a pesar de que esté plegada sobre sí misma. Está preciosa, pero no es motivo para que un tipo intente sobrepasarse con ella. Diego busca sus ojos al agacharse frente a ella y le pregunta si está bien, a lo que ella responde retirándole la mirada y volviendo la cabeza. Diego le dice la verdad: que siente lo que ha pasado, que no es justo, que va a hacer todo lo que esté en su mano por vengarla, que ella no se merece eso y que, si vuelve a enterarse de que alguien intenta forzarla sin su consentimiento, conocerán al verdadero Diego.

***

Suárez se coloca los cascos y pone toda la atención en los sujetos. Laura ya está más tranquila; Antonio se ha sentado a su lado, la ha cogido de la mano y ha empezado a hablar con lágrimas en los ojos.

—Aquella noche me tocaba pasarla con Alicia, mi hija. Paz y yo nos habíamos separado hacía poco. —Le suelta de la mano y acaricia su dedo anular sin anillo; ahora recuerda su divorcio—. Pero, como tenía guardia esa noche y no quería dejarla sola en casa, la llamé y le dije que mejor que se quedara con su madre. —Está contando todo conforme lo está recordando—. Ella se enfadó muchísimo y me dijo que no quería quedarse ni un minuto más en esa casa; la relación con su madre nunca había sido buena y ella me culpaba a mí por obligarla a vivir allí. —Un arsenal de lágrimas recorren su rostro; llora y solloza más fuerte. Tan fuerte que es incapaz de seguir hasta minutos después —. Mi pobre hija… —Son las únicas palabras que consigue arrancar de su garganta; acaba de recordarlo todo. María se acerca a él y lo abraza mientras Laura y Francisco guardan silencio y se miran compungidos, con el estómago anudado y a la espera de que Antonio vuelva a hablar.

Suárez no puede creer lo que está pasando; otro sujeto más acaba de recobrar la memoria y eso solo tiene una explicación: la histamina les ha borrado la memoria durante un tiempo, lo que le exime a él de un buen trozo de culpa. Si es así, si el fármaco en sí ha sido el que les ha borrado la memoria durante ciertas horas, eso significa que es cuestión de minutos que Laura y Antonio también vuelvan a recordar. Dentro de lo malo, dentro de que el estudio no ha funcionado, hay algo de luz al final del túnel: los sujetos están recuperando la memoria.

Está excitado, contento de que las personas a las que pensaba que había destrozado la vida hayan recuperado sus recuerdos. Ahora sí podrán sacarlos de allí, hablar con ellos, llegar a algún acuerdo y compensar los daños de algún modo. Aunque, cuando todo vuelva a la normalidad, tiene que dejarse los sesos para saber exactamente qué ha pasado con la histamina. ¿Tal vez fue Plaza el que manipuló el fármaco? De ser así, tiene que ponerse en ventaja. Por eso dentro de unas horas irá a esa rueda de prensa y se pondrá a la cabeza de la situación.

Galán se repone y sigue hablando con la mirada temblorosa y las palabras atascadas en la garganta, desembozándolas con dificultad.

—Nos lo contábamos todo; desde pequeñita he intentado que no hubiera secretos entre nosotros. Creía que había construido un puente de hierro que nos unía, pero ese impulso desquiciado que sacó de su madre… le hizo… Rompió el futuro… —Se detiene para tragar saliva

y buscar el aire que se ha perdido dentro de él; le cuesta hablar, le duele recordar. Todos lo ven—. La llamó neurótica, me dijo claramente que no pensaba quedarse con ella, me lo dijo y no la escuché. —Rompe a llorar otra vez fuertemente y esconde su cara entre las manos. A los demás les cuesta entender el relato: así, a trompicones, es complicado atar cabos—. Me echó en cara que solo pensaba en mí y en mi trabajo, que solo me interesaba guardar mis formas y que no me dejaba llevar ni siquiera por los contraataques de Paz. Me llamó cobarde, básicamente; me reprochó que prefería hacerla sufrir a ella antes que plantarle cara a su madre. Me pidió a gritos que la escucháramos de una vez y que le dejara vivir conmigo. Quería que yo tuviera su custodia, y yo solo pensaba en mantener la calma en la familia. Tenía razón: fui un cobarde. —Se detiene un momento antes de seguir—. Alicia me colgó el teléfono y lo que pasó después lo sé porque me lo contó su madre. —Coge aire y lo expele con dureza—. Se insultaron. Alicia le dijo a su madre que se quedaba a pasar la noche en casa, la madre le dijo que no era posible porque había hecho planes. Por lo visto, había invitado a cenar allí a un novio nuevo; se había organizado pensando que su hija no estaría en casa y no le sentó muy bien que yo y mi guardia le cambiásemos los planes, de modo que Paz le dijo a Alicia que de eso nada, que me llamara y se viniera conmigo, que cambiara mi guardia yo, porque ella no iba a posponer su cita. —María abre los ojos en señal de asombro; ella no tiene hijos, pero no le parece una conducta muy apropiada de una madre—. La niña la llamó puta con toda su furia; ella la confrontó y Alicia acabó saliendo de casa dando un portazo.

Laura suspira: se teme que algo duro viene a continuación. Si para ella fue doloroso ver morir a su amiga, para un padre debe ser horrible soportar que a una hija le pase cualquier cosa. María empieza a llorar: acaba de recordar que su prometido se estrelló con la avioneta, que siempre pensó que lo hizo adrede y que ella no había dejado de fustigarse por no corresponderle con el mismo amor. Las lágrimas también han venido a los ojos de Francisco. Tiembla, llora y se pone una mano en el corazón al recordar al perro atacando a su sobrino ante sus ojos. Galán los mira y se detiene.

—Lo siento; siento…

—No tienes que sentir nada. Sigue —le dice María—, necesitas contarlo. —Galán le agradece el gesto con la cabeza y prosigue.

—La llamé unas cuantas veces después de que me colgara: me había dejado preocupado y con mal cuerpo, aunque nunca me imaginé que fuera a hacer algo así. Simplemente, pensé que sería una rabieta de adolescente que se le pasaría en un par de días. Pero no. Me fui al trabajo y operé de urgencias a una mujer. Los dos cirujanos que estábamos de guardia entramos en la operación, aunque yo estaba al

mando; por eso, cuando entró la enfermera para llevarse sutilmente a mi compañero porque tenía que atender de urgencia a una paciente grave, me pareció de lo más normal. Seguí con mi operación hasta que la finalicé muchas horas después; fue larga, pero salió bien. Al entrar en el vestuario, fui a mi taquilla y cogí el móvil; esa noche no había pasado ni siquiera por el despacho, no me dio tiempo, así que me cambié al llegar al hospital y dejé las cosas dentro de la taquilla. Al revisar el registro de llamadas, vi que tenía muchas llamadas perdidas de Paz y otras tantas de un número desconocido. Como os podéis imaginar me pasó de todo por la cabeza; a esas horas de la noche no era normal que me llamaran. —Cuelga la mirada en un punto de la estancia—. Entonces, devolví la llamada a ese número. —Hace otra pausa—. Mi compañero, el otro cardiocirujano, entró en el vestuario y se quedó mirándome en silencio, a la espera de que terminara de hablar por teléfono; tenía los ojos rojos e hinchados de haber llorado, lo que terminó de corroborar mis sospechas.

Un escalofrío recorre la espalda de Suárez. Justamente ahora que los sujetos lo están recordando todo, no hay nadie con él para escucharlo. Se pregunta dónde se ha metido Diego; le ha dicho que volvería en dos minutos y lleva al menos diez sin dar señales. En condiciones normales iría en su búsqueda, pero ahora no puede marcharse de allí: es el único que está escuchando lo que dicen.

—La persona que respondió al teléfono era policía. Primero se presentó; me dijo que necesitaba hablar conmigo porque había ocurrido algo y después me explicó que estaba relacionado con mi hija. —María deposita su mano sobre la de Antonio y la encapsula—. A partir de entonces, empecé a escuchar las frases a trozos, difuminadas, mientras miraba a mi compañero, quien seguía con la mirada puesta en el suelo. Poco a poco, conseguí entender lo que me decía: habían encontrado a mi hija tirada en el asfalto, medio muerta. Le había dado un infarto, probablemente por haber consumido cocaína. Después, colgué. Mi compañero levantó la cabeza, me miró y rompió a llorar: comprendió que el policía me acababa de dar la noticia. Entonces me dijo que lo sentía, que había hecho todo lo posible por salvarla. Yo salí de allí; tenía que verla, pero él no me dejó. Me retuvo porque pensó que sería peor si la veía en ese momento. Me agarró muy fuerte y me abrazó, hasta que caí desplomado al suelo. Ese momento puso mi cuerpo y mi mente en *off*. A partir de entonces, no he tenido fuerzas para vivir. —Antonio se queda pensando con los ojos cerrados, se frota la frente y hunde los dedos en su pelo—. En poco tiempo, conseguí entenderlo todo: mi hija estaba tomando anticonceptivos y no me lo había contado. Si lo hubiera hecho, le habría dicho que no podía tomar la píldora porque tenía una coagulopatía que yo mismo le controlaba. No quiso hacerse

la maldita revisión; otro de los desafíos que acabó con su vida. Y todo por mi culpa, porque yo no le insistí, no le obligué. Si se hubiera hecho la revisión, podría haberlo detectado y ella estaría viva. Esnifó cocaína aquella noche; no mucha, pero la suficiente para acabar con su vida. Mi pequeña estaba en la sala de emergencia, con mi compañero intentando reanimarla, y yo luchando por la vida de otra persona mientras ella se iba; no pude hacer nada por salvarle la vida, ni siquiera me dejaron intentarlo… —Levanta los ojos sin lágrimas; se le han secado de tanto llorar—. Me acabo de acordar de todo; me sometí a una intervención para borrar ese recuerdo. No vi a mi hija morir, pero mi cerebro construyó una imagen irreal: no paraba de verme a mí mismo intentando devolverla a la vida. Era aterrador: caí en una depresión profunda; llevo meses sin trabajar, saliendo de casa para hacer la compra e ir a terapia, nada más. La cosa cada vez ha ido a peor. Realicé varios tratamientos psicoterapéuticos, pero ninguno me resultó, por eso accedí a someterme a esta intervención. Peter Bucher, mi psiquiatra, me convenció. —Todos cabecean: ellos también recuerdan haber tomado esa decisión.

—Recuerdo que firmé el consentimiento e hice la grabación. Pero no me dijeron que me ingresarían después, y menos en estas condiciones —dice Laura.

Antonio cabecea: él hizo las mismas actuaciones. Se levanta del sofá y va al baño. Necesita estar solo y pensar: pensar qué hacer con todos esos recuerdos otra vez.

***

Belinda mira a Diego. Sus facciones están enmarcadas por la luz moteada que entra por la ventana. Se acerca a él y le besa suavemente. A Diego le parece algo etéreo, sutil; una sublime y deliciosa reacción inesperada. Quiere convertir en algo imperecedero esa efímera presión de los labios: lleva demasiado tiempo esperando este momento y no quiere hacer algo que no deba. Por eso se limita a sostenerle la mirada tan cerca que puede respirar su aire, esperando que ella marque el ritmo.

Belinda le vuelve a besar, con más fuerza, con más ganas; adelanta su pecho y se levanta de la silla. Apoya los glúteos en la mesa y lo atrae hacia ella. Separa la boca de la suya y lo mira al fondo de los ojos, calibrándolo; Diego dibuja una arruga dudosa en su frente y sonríe con recato. La rodea por la cintura con las manos y Belinda responde aflojándole la corbata, tirando de ella y arrojándola al suelo. Le agarra de la cara y le besa con suavidad. Se separa de él, cierra los ojos, paladea el beso y espera su respuesta. Diego ahoga un jadeo, echa su cabeza hacia atrás y besa el cuello que ella ha dejado al descubierto. Belinda enrosca las piernas en su cuerpo y aspira su

fragancia: huele a mandarina, extracto de lilas, naranja y cuero; le gusta.

Desabrocha la camisa de Diego mientras él hunde los dedos en su cabello y se lo retira de la cara. Le sostiene entre sus manos la cabeza, le mira a los ojos y acelera el ralentí; le saca el vestido, apremiado, y contempla sus pechos mientras ahoga otro jadeo. Le encanta el sujetador negro calado que lleva puesto; tiene los pezones como flechas a punto de disparar: está deseando tocarlos. No acierta a desabrochar el sujetador, por eso se lo saca por la cabeza mientras ella cede. Deposita una mano en el pecho y, con la otra, la sujeta por la espalda. La estancia se llena de jadeos sonoros y ahogados. Acaricia su pezón y ella siente el latido de su pubis. Sus pechos, su símbolo de sensualidad, ahora están expuestos a la máxima potencia: turgentes y voluminosos; han aumentado aún más su tamaño. Diego los masajea, pasa de uno al otro con una mano, mientras con la otra juega en la zona baja haciendo que Belinda se retuerza al introducir el pezón en su boca y deslizar su lengua por el perfil circular. Belinda olvida su odio por el sexo. Diego se siente afortunado. Empuja y entra en ella, elevando su éxtasis. Se dejan llevar los dos hasta que explosionan juntos.

Belinda no sabe qué le ha pasado. Lo único que necesitaba era que alguien la abrazara, que la protegiera. Ha sido un impulso. Salen del despacho juntos. Ella cierra con llave, se miran, se sonríen y se despiden: Belinda va al observatorio a decirle a Suárez que se marcha a casa y Diego va a parar antes en el baño.

***

Cuando Belinda entra en el observatorio, Suárez se levanta de la silla y corre a su encuentro.

—Belinda, han recobrado la memoria.

—¿Cómo dices?

—Todos, uno a uno, después de Laura y por el orden en el que les realizamos la intervención.

—Lo que significa que la sustancia estaba preparada para durar un tiempo determinado.

—Exacto.

—¿Así que ha sido Manuel Plaza?

—Eso parece; no obstante, no podemos asegurarlo. En cualquier caso, Belinda, necesito que te quedes aquí. Tengo que marcharme a dar la rueda de prensa. Retén a los sujetos ahí dentro hasta que vuelva; invéntate lo que sea, pero de hoy no pasa que estas personas duerman en su casa. Llama a Ramírez y a Peter, ¡que vengan! Te aviso cuando salga de la rueda de prensa. Voy al despacho un momento y me marcho. ¡Menos mal, Belinda! ¡Menos mal!

Se queda sola en la sala. Se sienta en la silla y mira la pantalla.

Antonio Galán acaba de salir del baño y se ha quedado clavado frente a la cámara del pasillo, mirándola indefensamente desafiante, ambivalente, perdido. Belinda tiene la sensación de que la mira a ella. Se quita los cascos y los arroja sobre la mesa. Siente una descarga nerviosa electrizante que la activa. De repente, le vienen los recuerdos a la cabeza: Suárez es su padre; Rojas casi vuelve a violarla; se acaba de acostar con Diego; Manuel la ha engañado; y hace días que no atiende a su hijo como debe. ¿Qué está haciendo con su vida? ¿Qué sentido tiene que haga lo que quieran los demás? Pensamientos huérfanos, sin sentido, enmarcados en un patrón dismórfico, le dicen que lo haga: «Hazlo de una vez por todas. Haz valer tu opinión, Belinda. Haz que te respeten más». Y lo hace: se levanta, coge la llave, dobla el recodo y abre la puerta.

Se encuentra a Antonio Galán, con el semblante serio; observándola sin hablar.

—Podéis marcharos.

—¿Crees que somos unos animales a los que les abren una jaula? ¿Nadie piensa explicarnos nada?

Sus compañeros observan desde la distancia. Están esperando la respuesta de Belinda.

—No hay tiempo para explicaciones. Tenéis que marcharos cuanto antes.

Antonio entiende que la decisión de dejarles marchar ha sido unilateral: que es ella la que les está ayudando a fugarse. Por eso mira a sus compañeros y se hablan sin palabras. Belinda les franquea el paso y salen uno a uno; Antonio se detiene frente a ella un instante hasta que, finalmente, también se marcha. Belinda le sigue con la mirada.

Suárez abre la puerta de la sala de reuniones; había olvidado decirle algo a Belinda. Se los encuentra de frente y, sin salir de su asombro, cierra la puerta, intentando evitar que salgan, mientras le grita a Belinda que qué ha hecho. Antonio lo empuja y lo aparta de la puerta. Así, arropados con un manto de serenidad, los sujetos consiguen salir de allí.

Suárez no puede creerse que su hija le haya traicionado. ¿Qué se supone que va a pasar ahora? Está acabado. Seguramente vayan a la policía o contacten con algún amigo fiscal; puede que en cuestión de horas circule la noticia o que la propia Laura salga por la tele, dándola en primicia. Necesita estirar el tiempo como un chicle, pero no sabe cómo hacerlo.

—Será mejor que te maquilles un poco ese ojo —le dice Belinda a Suárez; se pone el abrigo, coge el bolso y enfila la sala hasta la puerta.

Al abrirla, se topa con Diego y le dedica una mirada afilada—: Lo de hoy no ha significado nada, no cambia las cosas entre nosotros —le dice. Se gira hacia Suárez y ahora le habla a él—: Hace tiempo que has estado viendo cómo intentaba sobrepasarse conmigo y no has hecho nada hasta ahora: cuando te enteras de que soy tu hija. ¿Crees que como hombre eso te pone en mejor lugar? —Antes de irse, añade —: Que vaya bien esa rueda de prensa.

Ha sido su despedida; las últimas palabras como psicóloga del Instituto Nacional de Salud Mental, como hija y como subordinada.

39

la rueda de prensa

Tarde del 24 de febrero

Mientras Suárez camina hacia la farmacia, piensa en lo que ha pasado: a pesar de haberle pedido expresamente a Belinda que retuviera a los sujetos, los ha dejado marchar sin más. No puede creer que le haya traicionado.

No tiene ganas de dar esa rueda de prensa, y más sabiendo que los sujetos están fuera, sin control, y que alguno de ellos incluso podría presentarse allí. Pero, aun así, después de barajar de nuevo todas las opciones, entiende que debe comparecer frente a los medios. Y, en cuanto a los frentes que tiene abiertos, ya buscará una solución después.

Entra en la farmacia y pide un colirio y una base de maquillaje con la cabeza gacha y la vergüenza pegada a la piel. Aunque no entiende de tonos ni de aplicación de cosmética, prefiere no pedir ayuda a la farmacéutica. Coge sus cosas y se marcha, abatido.

Camina hacia el *parking*, llega al coche y se sube. Se aplica el colirio y espera un momento a que sus ojos respondan al líquido; se seca con la mano las gotas sobrantes y se extiende el maquillaje sobre el morado sirviéndose del espejo de la visera parasol. Cuando termina, se acerca más al espejo y se dice que tendrá que mirarse esa lesión del ojo: tiene un derrame ocular.

Se cala las gafas de sol y enciende el motor, sintoniza otra emisora más animada y sale del aparcamiento; si todo va bien, en veinte minutos estará allí.

***

Isabel entra en la sala de prensa del Ministerio de Sanidad con el brazo trenzado en el de su marido: Roberto Rojas, que, al poner un pie dentro, barre la estancia con los ojos para ver quién ha acudido al acto. Busca a su hermano: el ministro Santiago Rojas. Al verlo, alza la mano.

Mientras caminan pausados hacia allí, ella otea la sala: la luz que entra por los ventanales es blanca y natural; tres atriles reinan en lo alto del escenario y ocho filas de butacas rodean la sala en forma de semicírculo, con dos pasillos en medio para acceder a ellas. Isabel no comprende nada; no entiende por qué ha tenido que venir a este evento obligatoriamente con su marido, pero, en cualquier caso, prefiere no preguntarle por qué la ha hecho venir: últimamente está más nervioso.

Para ella es importante mantenerse tranquila, porque está en los inicios de su gestación. Aunque está de pocas semanas, al ser el tercer embarazo, la barriga le ha crecido considerablemente y, además, ella no la esconde. Se ha enfundado en un vestido color miel de terciopelo, siendo consciente de que le redondea aún más el vientre; por eso ahora no le asombra que los asistentes la miren mientras enfila sosegada el pasillo. Lo cierto es que, con el atuendo que ha elegido, desentona: se ha arreglado demasiado para la ocasión, pero quiere pensar que se compensará con la asistencia a algún cóctel o alguna recepción importante después de la rueda de prensa. Si no, su marido le habría advertido sobre su inadecuada vestimenta antes de salir de casa.

Intenta mantener la calma, como siempre que acude a algún evento donde sabe que habrá periodistas y que, por lo tanto, es posible que se encuentre con Laura: su prima, su expareja. Mantiene el conato de sonrisa para no parecer grosera; es parte del arco dramático que asumió desde que comenzó su relación con uno de los hombres más poderosos del mundo.

Llegan a la fila donde está sentado Santiago; le saludan ambos y se sientan: Roberto a su lado y ella al lado de su marido. Mientras se acomoda, repara en que no para de entrar gente en la sala: periodistas, políticos, empresarios. Reconoce a alguno, pero es una minoría de entre tantos. Estira su espalda, cruza las piernas, apoya las manos sobre las rodillas y espera en silencio a que empiece el acto.

***

El doctor Suárez entra en la sala de prensa y, con la mirada clavada en el suelo, avanza hacia la tarima. Se sube y enciende el micro, rebajando de inmediato el murmullo de la sala. No alcanza a escuchar lo que se dice, pero cualquier sonido, aunque esté distorsionado, le parece infractor; acusatorio. Sabe que con esas ideas paranoicas se puede oler el miedo que lleva pegado al cuerpo, así que intenta dejar de pensar en los murmullos y levanta la cabeza, dignamente. Pasea la mirada por la sala y reconoce a varias personas: a Manuel Plaza, acompañado de Lucas y de dos farmacéuticas más del equipo; cerca de él, Santiago Rojas. Para su sorpresa, ha ido Peter: está ovillado en una de las butacas del fondo, alejado del ministro. También han acudido más políticos y dueños de otros laboratorios; y una ristra de periodistas, con sus micros y sus flashes, terminan de llenar la sala.

Mira al lado y ve un *roll up* con la imagen de Alfalobul Spain; está seguro de que ha sido Plaza quien se ha encargado de que lo pongan. Pero, en ese caso, ¿qué sentido tiene que hubiera alterado la histamina de la intervención? Por el contrario, ¿cómo podría estar ahí sentado, con esa mirada de toro valiente, si hubiera provocado el fallo del

estudio adrede? Por no decir que, aunque no haya montado él la rueda de prensa, sí que está interesado en mostrar los resultados. Cada vez que Suárez cree que avanza dos pasos, se da cuenta de que no: de que no hace más que retroceder al punto de partida. Ve a Plaza culpable y al momento inocente; claramente responsable e inexplicablemente absuelto.

Debe empezar a hablar porque todos le esperan. Saca un papel del bolsillo y lo coloca sobre el atril, afloja el tapón de la botella y sube el micrófono. Sabe dónde está, pero se siente como un toro desorientado. No es la primera vez que da una rueda de prensa, pero sí la primera en la que es el cabeza de turco; sí la primera en la que va a mentir como un bellaco. Da dos tragos de agua, coge aire, suspira y empieza a hablar.

—Buenas tardes a todos. —Plaza y Rojas se miran con recelo a distancia; se han localizado el uno al otro nada más llegar—. Tenemos una misión conjunta para con la sociedad. La misión que tenemos por delante no es otra que volcarnos en la salud mental y el bienestar emocional de todas las personas de este país que están sufriendo. Las cifras nos piden que actuemos con decisión y tomemos el control de esta situación que está afectando a una de cada cuatro personas. —Se detiene un instante—. Fíjense en que los datos han generado una curva ascendente en los últimos años en cuanto a los diagnósticos filiados. Fíjense en que somos el único Instituto de referencia para el país y en que, junto al Gobierno —Mira a Rojas— y gracias al trabajo conjunto de Alfalobul, la farmacéutica más importante de nuestra nación, —Mira a Plaza—, hemos logrado innovar con fármacos que ni imaginábamos durante los últimos años; así como patentar algunos que han mejorado la salud mental de la población. Los datos nos avalan. —Se detiene y paladea lo que acaba de decir—. Los estudios científicos ponen de manifiesto que el objetivo del Instituto Nacional de Salud Mental Julio Vallejo Ruiloba ha sido siempre salvaguardar la salud mental de todos nuestros conciudadanos. —Saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se limpia el sudor perlado de su frente—. No quiero esconderles nada: saben que siempre me he mostrado sincero con todos y con todo.

Santiago Rojas sonríe con sorna. Ha llegado el momento de que Suárez se hunda solo; ya no habrá necesidad de retirarle la partida presupuestaria, porque acaba de echarse a los leones él mismo. Desvía la vista para mirar a Plaza y se regodea pensando que él también está acabado: Suárez va a explicar que su investigación no ha funcionado. Haga lo que haga, Plaza no conseguirá nada; nunca podrá comprarle: alguien lo ha hecho ya por una cifra que de ningún modo superará.

Manuel Plaza, por su parte, está expectante. A pesar de que Suárez no le ha dado parte de los resultados, está claro que el estudio ha

funcionado; para muestra un botón: Suárez ha venido a comparecer frente a un puñado de periodistas y grandes empresarios. En ese caso, tendrá que seguir estudiando la histamina: el neurotransmisor promete.

Cuando Suárez le planteó a Manuel Plaza participar en el estudio, no se lo pensó; era una nueva oportunidad para demostrar el interés de su laboratorio por la salud mental y para mantenerse en el podio de empresario humanista. No lo hizo por engrosar su cuenta bancaria; eso no le iba a permitir embolsarse dinero, pero sí ser pionero en una técnica que ensalzaría su moral.

—Por eso quería decirles que en pocos días tendremos resultados en firme que les podremos mostrar. —Los pensamientos de Plaza se rompen con estas palabras.

Suárez detiene su discurso y deposita los ojos en Rojas, arrancándole en el acto el poder de la dominancia de su mirada. El ministro le observa, rabioso, con las pupilas consumiéndose en sus propias órbitas.

Eclosiona un murmullo generalizado que envuelve la estancia con forma de nube turbia, la cual corta uno de los periodistas al ponerse en pie y alzar la voz.

—Señor Suárez, se nos ha convocado aquí hoy para mostrarnos los datos del estudio.

—Como les he dicho, hoy no les daremos resultados. —Suárez eleva el mentón y aprieta los labios.

—Señor Suárez, —Ahora se ha levantado una periodista de la fila de delante—, se nos dijo que hoy acudirían a la rueda de prensa los sujetos experimentales, ¿por qué no han venido?

—Ya les he respondido: hoy no vamos a mostrar conclusiones.

—Señor Suárez —insiste la misma mujer. Tiene el micro apagado, pero no pierde el tiempo y le embiste a viva voz—, los ciudadanos llevan años escuchando hablar de la importancia que le dan ustedes a la primera persona. Todos los ciudadanos, quienes les pagan con su sueldo, esperan ver la dirección que siguen sus políticas.

Rojas se acaba de dar la vuelta con ademán de responder a la periodista, pero decide abortar sus pretensiones. Será mejor que no suelte la grosería que le pasa por la cabeza; no quedaría bien delante de todas las cámaras que están filmando.

—Como siempre he dicho, señorita —toma la palabra otra vez Suárez—, nos debemos a la sanidad y, en consecuencia, a los ciudadanos. Todos disfrutamos de una sanidad pública, y créanme si les digo que, como jefe de servicio del área de investigación del Instituto Nacional de Salud Mental, siempre hemos aplicado técnicas lo menos invasivas posible; realistas, ajustadas a los presupuestos del Estado y, siempre, —Traga saliva—, siempre, —repite, otorgándose

veracidad—, hemos actuado bajo unos criterios deontológicos impecables, atendiendo a criterios de igualdad, accesibilidad y ética para todos. —Se detiene un instante antes de continuar—. Por lo tanto, como les he dicho, no les voy a engañar. —A los hermanos Rojas les ha subido un calor fulminante a la cara—. Detrás de nuestras actuaciones, no hay más que la búsqueda de la felicidad de la sociedad. —Se detiene a pensar en la frase tan demagógica que acaba de decir—. Solo les diré que el Ministerio —Mira a Rojas con una sonrisa consumida— está haciendo todo lo posible para mostrarles cuanto antes los avances.

Apaga el micro y baja la mirada al suelo. El ojo le palpita y se le impone un calor volcánico en él. Baja de la tarima y observa a Rojas con fijeza; para que sepa que no le tiene miedo, que ha venido a desafiarlo y que va a salir por la puerta, apretando la marcha y sin que nadie le detenga.

***

Roberto Rojas ve a Suárez salir y, aunque le gustaría correr detrás de él, agarrarlo de la pechera y subirlo de nuevo a la tarima para hacerle hablar, sabe que no puede; esa conducta no entra en su abanico de patógrafos; además, viene con Isabel. Sale de allí con su mujer, agarrándola del brazo con una fuerza desmesurada, frenético. Le abre la puerta del coche y la mete dentro. A Isabel no le gusta cómo se está comportando con ella. ¿Qué está pasando? ¿Por qué la trata así? Ni siquiera le ha explicado por qué tenía que acompañarlo a esa rueda de prensa. Además, no se ha dicho nada concreto y, al parecer, no hay cóctel ni recepción.

Su marido conduce el Lamborghini a toda velocidad; parece que no piensa en que dentro del coche no solo van ellos dos: también hay un bebé. No la mira, no la toca, no le habla; tan solo se limita a girar el volante, expulsar cada cierto tiempo el aire por la nariz con dureza y hundir el pie en el acelerador. Ella le mira de soslayo: ya no hay rastro de esos ojos verdes que antes eran pinos que la oxigenaban; ahora se han vuelto montañas rocosas y agrietadas. No sabe dónde se perdió hace unos meses el tipo que le enamoró y que la convenció para volver de Zimbabue.

Rojas pasa todo el camino en silencio hasta que llega a casa; aparca el coche y se va directo a la ducha.

Isabel va a ver a los niños. Les da un beso, los arropa y se dirige a su habitación. Se descalza, se desnuda, se pone el pijama y se tumba en la cama; esa cama que hace meses, básicamente desde que Roberto ha perdido el brillo de sus ojos, se le estira en varias direcciones.

El teléfono de su marido suena; se le pasa por la cabeza cogerlo y mirar el mensaje que le han enviado, pero no debe hacerlo, aunque

entiende que quizás ahí está la explicación a su distanciamiento. No es el móvil del trabajo el que ha sonado a estas horas de la noche, sino el personal. No duda más: coge el teléfono, desbloquea la pantalla, abre el mensaje y lo lee:

«El sol de Cancún está apagado sin ti cerca. Te echo de menos».

40

prioridades

México, mañana del 24 de febrero de 2019

Madrid, tarde del 24 de febrero de 2019 (durante la rueda de prensa)

Álvaro Rivera está despierto tumbado en la cama del hotel. No necesita abrir los ojos para saber que todavía es de noche. Se gira y nota cómo se le enreda la pierna en la sábana de lino; abre los ojos y mira a Mar, quien sigue dormida, y al verla recuerda cómo anoche gemía enroscada en sus piernas. Ahora, el colchón no es lo único firme de la cama. Mira el reloj y ve que son las cinco y media de la mañana: maldito *jet lag*. Será mejor que se dé la vuelta, deje de mirarla y siga durmiendo.

Mar no puede dormir con luz, por eso se ha despertado en cuanto el sol ha empezado a bracear en el cielo y ha atravesado los cristales de la habitación. Debería haberse acordado anoche de correr las cortinas opacas: por algo las ponen. Mira a Álvaro: está profundamente dormido. Se levanta con sigilo y se cubre con el caftán blanco calado que está sobre la silla, coge la pamela color caramelo de encima del escritorio y se marcha de la habitación; le apetece estar sola. Sale del bungaló y decide irse a dar un paseo por la playa.

Mientras camina, hundiendo los pies en la arena, piensa en él: en su amante. Siente mucho haber tenido que hacer el teatro de anoche; no le apetecía acostarse con su marido, pero era absolutamente necesario: se supone que están avivando la relación. Siente culpa, e intenta sacudírsela: al fin y al cabo, Álvaro no se merece que lo arrastre hasta la otra punta del mundo para desplegar sus tentáculos.

Cuando Álvaro Rivera se vuelve a despertar, el sol inunda la estancia y Mar ya no está a su lado. Se pregunta dónde se habrá metido: le hubiera gustado despertarse junto a ella. Quién sabe, quizás podrían haber repetido lo de anoche y, después, haberse ido a desayunar al bufé; pero así las cosas: será mejor que asuma que lo de anoche tal vez fue un espejismo de la vida de hace veinte años y que la realidad es que se va a despertar solo cada día, como en Madrid.

Se levanta de la cama y coge el portátil; necesita comprobar si Suárez le ha mandado la documentación que le pidió antes de subirse al avión. Lo enciende, espera y accede al correo. Ahí está su mensaje; lo abre y comprueba que la documentación es correcta. Ahora sí puede respirar. Por fin va a poder disfrutar de la tranquilidad de la isla.

Lo de hacer el viaje ha sido prácticamente una obligación; un

ultimátum encubierto con forma de chantaje que le hizo su mujer utilizando una frase al uso: «Tú verás cuáles son tus prioridades». Esas palabras le dijo Mar cuando Álvaro le explicó que debían anular el viaje, ya que por razones laborales de peso le era imposible abandonar Madrid durante unos días. Al final, después de que entendiera que era el trabajo o su matrimonio, optó por hacer las maletas e intentar solucionar lo del estudio a distancia. Y ahora, que acaba de recibir la documentación y que Suárez le ha puesto un poco en situación con el cuerpo del mensaje, está más tranquilo; por suerte, los sujetos están recuperando la memoria: extraordinario.

Al sentir que todo está bajo control, se detiene a pensar y se da cuenta de que su mujer tenía razón: tenían que esforzarse, anteponer la familia a lo demás y darse un tiempo para estar a solas; por eso se han ido lejos, a México. Sabe que ella también ha hecho un esfuerzo, porque él es el director del Instituto, sin duda un puesto con responsabilidad, pero, al fin y al cabo, no deja de ser un empleado público; en cambio, Mar es dueña de su empresa: si ella cae, todo se va a pique. Álvaro se alegra de haber decidido ir. Apaga el ordenador, lo cierra y va a ir a buscarla en lugar de llamarla; se imagina dónde está.

Mar no puede dejar de pensar en Roberto. Le aseguró que no le llamaría, pero es superior a ella: necesita escucharle, le echa de menos. Roberto tiene toda la razón en eso de que deben ir con cuidado para no levantar sospechas; si justo ahora, que se va a destapar lo del estudio con la rueda de prensa, se la relaciona a ella, la dueña del laboratorio Somnifarma, con Álvaro Rivera, el director del Instituto que ha llevado a cabo la investigación, todo puede irse al traste.

Roberto Rojas y su hermano lo tienen planeado: han preparado una rueda de prensa para que el propio Suárez se desprestigie solo; entonces, tendrán el camino libre. Esa es la intención, por eso ella debe andarse con cuidado; si se descubre que su amante es Roberto Rojas, el gran empresario que ha decidido unirse a ella en la cama y en la empresa, la noticia podría arruinar su proyecto. Ha sido una buena decisión alejarse de todo y alejar de allí a Álvaro durante los días críticos.

No puede dejar de pensar en Roberto y en qué estará haciendo: si habrá empezado ya la rueda de prensa o si estará comiendo con su mujer; solo de pensar que puede estar con ella, mirándola con ojos melosos en una ecografía, se le retuercen las entrañas. Coge el teléfono y le llama.

—Cariño —responde él con dulzura—, quedamos en que no nos podíamos llamar.

—Lo sé, pero necesitaba escucharte. ¿Qué haces? —Roberto deja la

pregunta en el aire; Mar entiende que se ha debido apartar de Isabel para hablar—. Borraré la llamada en cuanto cuelgue.

—Sabes que pueden rastrearla aunque la borres de tu móvil. Intentaré encargarme de ello…

—Siento darte trabajo. ¿Sigues pensando lo mismo?

—Cariño, antes de tomar una decisión le doy muchas vueltas: ¡claro que sigo pensando lo mismo! ¿A qué viene esto ahora?

—…

—Mar, quiero estar contigo… Sabes que debo hacer las cosas con cuidado. Todo lo que tengo en la vida lo he conseguido por mí mismo, y no estoy dispuesto a perderlo por un acto impulsivo. Me entiendes, ¿verdad?

Roberto sabe por qué le pregunta lo mismo otra vez: Mar cree que no va a ser capaz de dejar a Isabel. No la culpa por pensar así. Se lo ha prometido muchas veces y no lo ha hecho; por lo tanto, su duda es legítima.

Mar cuelga el teléfono y levanta la vista para contemplar las olas, haciendo visera con la mano. Le gustaría creer a Roberto, pero le ha dicho tantas veces lo mismo que está empezando a dudar de él. Siente que la rodean por la espalda y la agarran por la cintura; se gira, pero la pamela no le permite ver bien. Él se la quita con delicadeza y le da un beso aterciopelado, como una leve brisa; se acerca al oído y le susurra algo.

—¿Con quién hablabas? Los niños están bien. El pequeño ya conduce. —Una frase que su marido le dice a menudo para recordarle que sus hijos se valen por sí solos.

Mar siente las lágrimas agolpadas en los ojos; por un momento ha pensado que el que la rodeaba era Roberto. No sabe qué decir, ni siquiera le ha dado tiempo de borrar la llamada del registro, por eso se le ocurre un único modo de salir del aprieto. Arrastra a Álvaro hasta el agua y le hace el amor mientras el sol les alumbra y tres turistas ven a lo lejos las llamas del sexo ardiendo a primera hora de la mañana dentro del mar Caribe; solo espera que así se olvide de la llamada.

41

víctima premium

Ocho días después del suicidio

Lidia cuelga el teléfono y se deja caer en el sofá, intentando recuperarse de la fatiga que le produce el doloroso recuerdo y pretendiendo desprenderse del rol de víctima. Hablar del tema y recordarlo le agota el depósito de energía, pero ya no puede esconderlo más. Ya no puede seguir callada; por eso le ha devuelto la llamada a su hija, después de haber estado toda la mañana posponiéndola. Le ha contado lo justo por teléfono, pero sabe que, en cuanto Belinda se presente en su casa, querrá saber más, le preguntará sin tapujos, sin medidas, y ella tendrá que darle respuestas; tendrá que contarle de una vez por todas lo que pasó en realidad. Cómo pudo ser tan inocente; cómo no pudo ver que ese joven de futuro prometedor, romántico y cariñoso, que la fue camelando con su cuerpo atlético y sus ojos color avellana, acariciándole con una sonrisa pícara fruncida en la cara, que se acercaba poco a poco a ella, no era el dueño del mundo. Le debería haber plantado cara en su momento; así todo hubiera sido distinto.

Cuando se conocieron, Suárez tenía veinticuatro años; ya había terminado la carrera de medicina y ella la de música. Él combinaba la preparación de la residencia con las guardias de los festivos que ningún psiquiatra quería y que le pagaban míseramente. Era un chico formal; aunque más que formal podría decirse desplazado, algo acomplejado tal vez, pero, eso sí, procedía de buena familia y tenía una buena tela social que le amparaba. En realidad, no hacía otra cosa que buscar su propia identidad mientras mantenía oculto el verdadero estafador que había bajo aquella bata blanca, paseándose por los pasillos del hospital y luciendo el fonendoscopio a modo de collar de perlas.

Una noche de paseo por el parque se desviaron y se tumbaron en el césped. Los besos fueron a más y Suárez le prometió que haría la marcha atrás. Ella cedió: no era la primera vez que pasaba; al fin y al cabo, los preservativos no eran entonces tan accesibles y tampoco habían previsto ninguno acostarse esa noche, y menos allí. Pero, a pesar de la promesa, Suárez no salió. Vertió sus fluidos dentro de ella. Ella se quejó, se enfadó y estuvieron días sin hablar; ninguno de los dos cedió a la disputa y la relación se fue disolviendo, hasta que meses después se enteró de que estaba embarazada. Entonces fue a buscarlo y él la insultó, la menosprecio diciendo que ese bebé no era suyo, porque ella era una furcia que se acostaba con cualquiera. La

amenazó: le dijo que no se le ocurriera pedirle nada como padre, que él pensaba terminar su residencia y que no estaba dispuesto a que un engendro suyo le arruinara su futuro. Le aseguró que algo malo le pasaría al bebé si no guardaba silencio. Si hubiera querido, se habría responsabilizado, aunque solo fuera a nivel económico; su familia le habría ayudado, al igual que le ayudaba con sus caprichos. Pero no quiso.

Lidia le odia con la misma intensidad que antes, no lo puede negar, pero no tanto como para inducirle al suicidio. Sí que había tomado parte de la situación antes de que él decidiera suicidarse; por supuesto que había intentado hacer justicia para su hija desde aquel día en que fue a verle al Instituto. Pero nada más. No piensa sentir la más mínima culpa, porque no es culpable y porque él ni siquiera merece que se lo plantee; lo único que le queda esperar es que haya cumplido su promesa y se haya encargado de reconocer a su hija como heredera.

Comprende que todo está siendo muy duro para Belinda y que necesita respuestas, por eso sigue pensando en sincerarse con ella. Le gustaría aprovechar el fin de semana para disfrutar de su hija y de su nieto, ya que han decidido quedarse con ella en casa; sabe que para Belinda supone un esfuerzo permanecer allí. Ojalá las cosas fueran de otra manera: ojalá su hija no odiara su casa, ojalá pudiera tener un hogar que no le recordara a aquella etapa de su vida, ojalá pudiera hablar con ella abiertamente y decirle que entiende por qué le trae malos recuerdos y que comprende que no quiera ir a visitarla.

Lidia conoce su secreto: sabe que esa noche de verano a Belinda la forzaron en el bar donde trabajaba. Aunque ella se empeñara en escondérselo, aunque se negara a comer, a salir de la cama, a estudiar la asignatura que le había quedado para septiembre; a pesar de todo eso, y por todo eso, Lidia lo sabe. Pero no se lo va a decir: no va a desenterrar el dolor. Lo que le importa es que su hija consiguió sobreponerse y seguir adelante; se sacó su carrera, se marchó a trabajar a la capital y pudo rehacer su vida. No como ella, que, en lugar de continuar con su profesión de pianista, decidió autocalificarse como desmerecedora de una vida así y se limitó a castigar sus manos limpiando casas. Debía ocuparse de dar sustento a su hija; lo demás eran caprichos.

Le costó despedirse de ella cuando decidió marcharse, aunque entendió que era lo mejor. Belinda buscó un piso compartido y alquiló un despacho de psicología para pasar consulta privada un día a la semana. Meses después, amplió el alquiler del despacho a unos cuantos días; después a todos los días y, luego, por la mañana y por la tarde. Aunque había prosperidad y había conseguido hacerse con una buena cartera de pacientes, su ánimo no mejoró del todo; aun así, seguía visitando a su madre, hasta que un día, sin más, dejó de

hacerlo.

Lidia, intentando atajar el problema y cansada de sus mentiras, se presentó en su piso; cuando su hija la recibió en la puerta, ella desvió los ojos al vientre y la abrazó. Acababa de entender que todo era fruto de una eclosión hormonal: Belinda estaba embarazada.

Pasaron la tarde juntas, pero su hija estaba ausente. No consiguió arrancarle ni una sonrisa; nada le animaba, tan solo obtuvo como respuesta un áspero silencio. Por la noche, desde la habitación de al lado, le escuchó llorar. Se levantó de la cama sin hacer ruido para no despertar a su compañera de piso y se coló en su habitación.

—Sé que estás pensando en si tenerlo o no.

—…

—No hace falta que me cuentes nada, hija. Yo no te voy a criticar. Solo déjame decirte que, aunque ese niño no sea deseado, siempre lo querrás.

Nunca le ha preguntado por el padre porque sabe que Belinda no quiere hablar de eso, así que no se imagina que el hombre que la dejó embarazada fue el mismo que la sometió en contra de su voluntad la primera vez en aquel bar. Tampoco se imagina que Belinda sigue luchando por intentar entender por qué el misógino que la ha violado dos veces ha decidido convertirla en su víctima *premium*. Lidia no tiene ni idea de que Santiago Rojas, el ministro, es el padre de Ares, ni de que la dejó embarazada la segunda vez que la forzó. No lo sabe, ni lo sabrá, porque Belinda solo se lo ha contado a su amigo Lucas; a día de hoy, aún le pesan demasiado la culpa y la vergüenza.

La primera vez que Santiago Rojas la forzó fue en aquel bar de la sierra de Madrid. La segunda vez fue aún más surrealista que la primera y, por supuesto, completamente inesperada; algo contra todo pronóstico. ¿Cómo iba ella a pensar que podría reencontrarse en un punto de la capital con un desgraciado con el que se topó en un lugar perdido de la serranía? Belinda, ya instalada en Madrid y atendiendo en la consulta privada a pacientes día y tarde, había comenzado a prepararse las oposiciones. Por eso no paraba de estudiar y de apuntarse a cursos, jornadas y congresos para superar la fase de concurso posterior al examen. Aquel día asistió con su amiga Natalia a unas jornadas de salud mental perinatal, un tema de actualidad que les interesaba a ambas y que, además, les daba puntos para sus futuras plazas de funcionarias. Después de la segunda ponencia, un tipo se subió a la tarima junto a dos personas más. Belinda aguzó la vista y lo reconoció: era él. El hombre que la había forzado en aquel bar. Habían pasado años, pero él seguía con la misma mirada de punzón de acero. Belinda no entendía qué hacía allí aquel hombre; miró el programa de la jornada y encontró su nombre y cargo: Santiago Rojas, consejero de Sanidad. No entendía nada: ¿era político?, ¿qué hacía allí una persona

con ese puesto? Normalmente, algún político inauguraba ese tipo de actos, pero, ¿qué pintaba un consejero? La única opción que se le ocurrió fue que aquel tipo había empezado a hacer una carrera demagógica de fondo. Estaba claro, después de escuchar sus vacías palabras sanitarias llenas de promesas políticas, que no buscaba otra cosa que visibilizarse. Un empresarucho mal parado que había llegado a ese puesto cargado de vibrantes propuestas falsas con aire de poesía barata: pura dominación tirana.

Después de la ponencia, hubo un pequeño descanso donde, como de costumbre, los asistentes y los ponentes se entremezclaban mientras hablaban y picoteaban algo del *catering*. Lo siguió con la mirada en todo momento, mientras escuchaba a su amiga Natalia, quien, como futura matrona que sería, sin saber aún que no llegaría a superar nunca el examen de la especialidad, le comentaba lo mucho que le había gustado la segunda ponencia, esa en la que hablaron de la necesidad de atender la salud mental en el puerperio de la embarazada. A pesar de evitarlo a toda costa, él la vio; sus miradas se cruzaron y ella sintió el peso del osmio sobre ella, aplastándola. Después de la jornada, se fue a su casa, con la sensación pegada a la piel de que la seguían, con una intuición tan palpable, tan tangible, que resultó ser real: Santiago Rojas la estaba siguiendo.

Mientras caminaba desde el metro hacia su piso, era consciente de lo suspicaz que estaba; daba cada paso asustada, sintiendo el peso de la culpa por la anterior violación sobre ella, incluso pensando que no debería haber ido a aquella jornada, que debería haberse marchado, haberle puesto cualquier excusa a Natalia, como que se encontraba mal de repente, por ejemplo. Quizás era todo culpa suya. ¿Por qué le hacía esto el karma? No podía consentir que el miedo la paralizara, por lo que decidió enfrentarse a sus propios temores y avanzar. Caminar a su ritmo, sin pensar que en cualquier momento la podría acechar por detrás, apartando de su mente la posibilidad de que volviera a pasar lo mismo. Era improbable, imposible, que pasara de nuevo: a ella, la misma persona. Pero sucedió. No recuerda qué le dijo en concreto ni cómo consiguió llevarla hasta aquel rincón por el cual no pasaba gente a última hora del día, donde acabó sometiéndola a sus sucios deseos.

Aquella fue la segunda vez que la forzó, pero no por ello el político se daría por satisfecho. No por exponerse a diario en público, ni por estar inclinándose en su curvatura y consagrándose como personaje político, iba a acabar con su idea de amargarle la existencia a quien sabía que no le denunciaría. Supo leerlo en sus ojos ambas veces: esa mujer le negaría a su propio cerebro lo ocurrido. Por eso mismo, porque sabía que no corría el peligro de que ella tumbara los andamios de su vida, se permitió seguirla de cerca; tanto, que

descubrió que el hijo que iba a tener era suyo. Ella siempre se lo negó, pero él tuvo a bien usar al niño como objeto de chantaje: para extorsionarla y mantenerla a raya durante años. Pero todo eso Lidia no lo sabe; si hubiera sabido que Ares era fruto de una violación, no le habría aconsejado a su hija que lo tuviera.

Vuelve a pensar en Suárez y condena su cobardía: con su muerte ha removido todo. Por su culpa, ahora su hija cree que ella tiene algo que ver con el suicidio. Solo le faltaba que la convirtieran ahora en verdugo, cuando se ha pasado la vida siendo redentora. Cada vez que piensa en cómo ha conseguido tergiversar las cosas matándose, lo maldice; estuvo años trabajando con su hija y está segura de que sabía que era ella, aunque lo escondiera. Y ahora, con su muerte, le ascienden a la categoría de héroe muriente. No, no puede soportarlo: la rabia le corroe.

No piensa callarse más cosas porque sabe que, así, lo único que hace es protegerlo; no tiene sentido seguir alimentando la mentira. Le contará a Belinda la verdad, sin esconderse: le dirá que, después de esa primera visita que le hizo en el observatorio, hubo muchas más; que algunas veces le interceptaba antes de entrar en el colegio de médicos, cuando iba de camino al supermercado o cuando caminaba rápido por el parque, eso que él llamaba «hacer ejercicio». Aquel era su patrón de conducta antes de que pusiera en marcha el estudio; una vez destituido, dejó de seguir la misma rutina y se pasaba el día vagabundeando, con el alma desportillada y el ánimo en la suela de los zapatos; entonces, ella lo seguía más de cerca todavía. En alguna ocasión lo pilló espiando a Ares, y ella aprovechaba para presionarlo económicamente, a pesar de que le veía acabado. No tuvo la más mínima piedad por su melancolía.

Lidia se levanta del sofá y camina hacia la cocina, rebasa la puerta y llena un vaso de agua del grifo. Deja caer su cuerpo sobre el mueble, bebe dos tragos y paladea el sabor del agua de la sierra. Acerca la cara a la ventana y dibuja con su aliento una nube de vaho en el cristal; se separa, lo limpia con la manga del jersey y observa los cipreses de su finca. Recuerda cuándo los plantó; de eso hace más de treinta años. Fue cuando compró la casa, la cual estaba casi en ruinas; poco a poco, la fue remodelando y convirtiendo en hogar.

Le duele que Belinda, que ha crecido en ella, no quiera ir a visitarla, aunque comprende que la relaciona con malos momentos. Pero también debería pensar en los buenos que han pasado juntas. ¿Acaso las cosas buenas nunca van a aplacar a las malas? Su hija tiene treinta y ocho años, pero necesita protegerla igualmente: la necesita cerca.

Mira el vidrio y sonríe. Se agacha y echa el aliento de nuevo sobre el cristal, pero esta vez más abajo, donde dibuja con el dedo un trébol de tres puntas; en cada hoja escribe la inicial de los tres miembros de

la familia: L, B, A. Se acerca al trébol y piensa que tal vez sea hora de dejarse de tanto sentimentalismo y vender esa casa para mudarse cerca de ellos; para vivir como una familia unida. No tiene sentido aferrarse a un pasado que ya no encaja en el presente.

42

sentimientos

25 de febrero de 2019 (primer día de libertad)

Antonio Galán debería estar tranquilo porque ha vuelto a casa; pero no. Con el regreso no ha hecho más que atraer el bucle de pensamientos sobre la muerte de Alicia. De hecho, tiene la sensación de haber retrocedido: de estar pasando el duelo por segunda vez. Le hostiga la desesperanza cada vez que piensa que su hija no va a volver, que se acabó.

Ha vuelto a él ese mismo dolor que lleva años soportando en una rutina lúgubre, vituperada por quienes le quieren. Todos le comprenden; entienden lo que duele perder a una hija, pero también creen que ha pasado demasiado tiempo y que, en lugar de aislarse cada vez más, como ha estado haciendo estos últimos meses, debería intentar salir, recuperar sus hábitos, volver al trabajo e intentar enfocarse en las pequeñas cosas que pueden aliviar el dolor; apoyarse en las personas que le quieren, hacer quizás algún deporte o ir al cine con algún amigo.

En ese sentido, el encierro sí que le ha servido para algo: al menos ha conocido a María, que le llena de paz y de armonía. Además de Francisco, por muy peculiar que sea, y Laura, que con ese carácter de bomba inyectora seguro que le ayudará a coger impulso en algún momento.

Desvía los ojos y ve su foto. Cada vez que piensa en que no la quería dejar sola aquella noche en casa, y que días después la tuvo que abandonar dentro de ese maldito féretro, sola, se le eriza el corazón; esas contradicciones de la vida le electrizan la sangre. Igual que esa maraña de ideas recurrentes, que confluyen como una mezcla deflagrante, ardiendo dentro de su pecho sin llegar a explosionar, recordándole lo que podría haber pasado si hubiera cambiado la guardia, incluso si la hubiera dejado quedarse sola en casa. Todas esas preguntas estúpidas pero lógicas que se plantea, hirientes pero sanadoras, pretenden arrancar el dolor y no consiguen otra cosa que combustionar su ánimo. Aún hoy, se le siguen presentando, apagándole el alma.

Ahora que siente encima la mirada de María, le gustaría sacar fuerzas de flaqueza y conseguir reponerse, estar bien aunque sea para ella, pero no puede. Cierra los ojos y siente su mano sobre el hombro.

—Necesitas hacerlo —dice María y él abre los ojos.

—¿El qué?

—Tenéis que perdonaros mutuamente… Tienes que ir a verla.

A María le llega su negación en forma de ahogo cuando Antonio vuelve a agachar la cabeza; ni siquiera puede hablar para decir «no». No, no y no. No quiere verla, no quiere perdonarla, no quiere que exista. Gran parte de la culpa es suya, y ahora, que no hay nada que la una a ella, no tiene necesidad de verla, aunque no pueda ni decirlo. María sabe que no va a ser fácil convencerlo; se le han vuelto catatónicos los pensamientos y cuando les da por moverse siempre lo hacen en la misma dirección. Le agarra el mentón y le eleva la cara para que entre en el radio de su mirada mientras le habla.

—Por favor, ve a verla. Aunque no te apetezca, te vendrá bien; además, seguro que ella necesita que la perdones.

Antonio se resiste, pero sabe que tiene razón, por eso finalmente cabecea y se levanta del sofá. María le acompaña y salen juntos de casa; ella se monta en su coche y él en el suyo.

A pesar de que ha tenido el coraje de ir hasta allí, le cuesta salir del vehículo, porque sabe que, en cuanto lo haga y llame al timbre, el recuerdo de su niña volverá a él como una ola sísmica. Allí nació, allí creció y cerca de allí murió. Se arma de valor y sale. Llama al timbre y espera mientras le parece escuchar al otro lado de la cancela la risa saltarina de su pequeña; su alma aún brilla allí. Paz acciona el botón y la puerta de la cancela cede; Antonio pasa y, al ver el árbol del jardín delantero, recuerda cómo se encaramaba a él con solo seis años, cuando era una rubia de pelo alborotado y sonrisa infranqueable, con la incesante manía de robarle a menudo la cinta métrica a su madre.

—Pero, mamá, ¿qué más te da si te la cojo? ¡Si, total, no coses nunca!

—¡Que la dejes en su sitio cuando la cojas!

La niña resoplaba mientras miraba a Antonio de soslayo, quien cabeceaba, otorgando la razón a su madre, pero dándole a su vez un toque de humor a la ocurrencia de la niña. Solo tenía ocho años cuando les anunció, después de verse en un fin de semana todas las películas de Harry Potter, que de mayor sería guionista. Leía muchos libros, veía mucho cine y se fabricó su propio cuaderno, donde copiaba diálogos o frases de las conversaciones de los personajes de las historias que más le gustaban. A los diez años tuvieron que comprarle una librería para su habitación porque no le cabían los libros encima de la cómoda. Las lágrimas se le agolpan en los ojos cuando recuerda el cuaderno personalizado que le regaló en su décimo cumpleaños y la nota que le escribió dentro: «Lucha por tus sueños. Haz todo lo necesario para conseguirlos, incluso lo prohibido». Y eso había hecho: lo prohibido.

Rompe a llorar y se concede un minuto para reponerse; no le parece que el encuentro vaya a ir por buen camino si Paz lo ve deshecho en

lágrimas. Consigue calmarse antes de que ella abra la puerta; es lo bueno de haber secado el llanto, después de tantos años llorando.

La puerta se abre con delicadeza, como en un susurro, y aparece Paz con los ojos hinchados, solitarios y perdidos. Su pelo se ha vuelto gris y un manto de arrugas surcan su cara. Al verla, Antonio da dos pasos al frente y se desploma inmediatamente en sus brazos. Entonces lloran juntos: en un acto de perdón, sin palabras de por medio, sin miradas; tan solo compartiendo el dolor. Antonio consigue sobreponerse y sostiene la cara de Paz entre sus manos, le enjuga las lágrimas, la acompaña al salón y se sientan a hablar. No tienen mucho que decirse, pero ahora no necesitan palabras para entenderse.

***

En otro punto de Madrid, en ese mismo momento, Peter Bucher está escondido tras un árbol porque ha tomado una decisión esta mañana: va a conquistar a Laura, le cueste lo que le cueste. Espera a que salga de su casa para seguirla; para estudiar sus movimientos y poder así planificar un encuentro que pueda parecer fortuito. Está en ventaja; tiene datos de Laura que no debería tener, aunque en realidad sabe menos de lo que cree. Si se sincera consigo mismo, debe admitir que no le gusta lo que está haciendo. Lo cierto es que le habría gustado algo más de romanticismo, más autenticidad en el encuentro. Y, puesto a pedir, preferiría que Laura no tuviera una ristra de diagnósticos, pero, dado que nada de lo que le gustaría va a pasar, la única carta que le queda jugar es la de la mentira.

Lleva un rato observando el portal y Laura no sale. Está cansado; al fin y al cabo, el devenir de los últimos días ha sido como lanzarse con paracaídas: el encierro, la manipulación de Rojas, el infarto… y, para colmo, se enamora.

Laura sale finalmente del portal. Al verla, a Peter se le pierde el aire dentro del cuerpo; nota la adrenalina acelerando su corazón, dándole más oxígeno, ciñéndose a la sangre, y gracias a ello consigue dar un paso, luego otro, hasta que se repone del cansancio y la sigue con el paso apretado y el corazón en la garganta. Camina tras ella por la calle, poniendo especial cuidado en que no le vea; la sigue en el metro, la espera a la salida del banco, también aguarda en la calle mientras ella desayuna en la cafetería. Hasta ahora, que se ha metido al trabajo. No sabe cuánto tiempo estará, pero se armará de paciencia y aprovechará para pensar.

Mientras la espera, le da tiempo a idear todo tipo de encuentros fortuitos: podría buscar a un conocido para que los presentara, podría hacer triquiñuelas para convertirse en su psiquiatra, podría buscarla por alguna red social o en alguna de esas aplicaciones para buscar pareja… en definitiva, solo da con ideas típicas, previsibles y

aburridas, hasta que, de repente, le viene la solución a la cabeza: ya lo tiene; ya sabe cómo conquistarla.

Laura por fin sale del trabajo tres horas después. No sabe si irá a hacer algún reportaje o a atender un asunto personal; no se imagina que Laura ha estado gestionando una suspensión de empleo y sueldo temporal. Ahora no está centrada para volver al trabajo. En cualquier caso, lo único que tiene que hacer es lo que ha hecho todo el día: seguirla.

Camina tras ella como antes y se da cuenta de todo lo que lleva andado hoy. No sabía que Laura fuera una de esas madrileñas a las que les gusta ir caminando siempre que pueden. Solo ha cogido el metro en una ocasión y ha sido para hacer un trayecto largo. Se pregunta si será una afición eso de ir a pie; si le gustará hacer rutas por la sierra madrileña. Es una asignatura que él tiene pendiente y podría ser bonito hacer excursiones juntos. Laura dobla la esquina y él aprieta el paso. Sabe que están en el barrio de Tetuán, pero no tiene ni idea de la calle por la que van; no es un lugar que suela transitar. Al doblar el recodo se adentra en unos soportales que desembocan en una comisaría de policía y, al ser consciente, se detiene y se gira. No puede creerse que haya ido a denunciarlos. ¿Cómo ha podido ser tan idiota como para seguirla? Se ha metido solo en la boca del lobo. Necesita salir de allí o, al menos, esconderse lejos para controlar si Laura sale de la comisaría, porque en realidad no tiene la certeza de que se haya metido dentro; al fin y al cabo, pueden ser conjeturas suyas.

Barre la zona con la mirada y decide esconderse tras la última columna. Saca el móvil y hace como que habla por teléfono, controlando que los viandantes y los policías que entran y salen de comisaría no sospechen de él. Debería irse, pero necesita saber si Laura ha entrado o no, así que decide esperar.

Momentos después la ve salir y, tras ella, camina un hombre de vaqueros gastados y camiseta negra; no va vestido de policía, pero se ve a leguas que lo es. Se cala las gafas de sol, saca un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón, coge un cigarrillo de la cajetilla y lo enciende, expulsando *ipso facto* el humo de la honda calada. Se da la vuelta y le ofrece un cigarrillo a Laura.

Peter aguza la mirada para examinar esa postura chulesca que tiene el policía mirando a su alrededor con el pitillo en la mano. El tipo, de repente, le mira y se cruzan las miradas. Se esconde tras la columna mientras contiene el aire; no sabe cómo ha podido ser tan idiota como para haberse quedado a confirmar sus sospechas. Nota el corazón bombeando con fuerza; tiene que calmarse, hacer que ceda el ritmo y que deje de aporrearle el pecho. Peter echa un último vistazo, pero tiene la sensación de que ha vuelto a cometer un error: el policía le

está mirando fijamente. Debe salir de allí, ya. Saca el móvil del bolsillo, se lo coloca en la oreja y camina en dirección opuesta hasta doblar el recodo y desaparecer.

Laura mira a su amigo Álzaga y le habla.

—¿Y bien? —le apremia.

—Puedes estar tranquila, no te va a seguir más —dice Álzaga; da la última calada al cigarro y lo tira en la papelera que tiene al lado.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Sabes que con las cenizas de un cigarrillo podemos llegar hasta el criminal? —responde con la mirada puesta sobre el cigarro, parcialmente encendido.

—¿A qué viene eso? —Frunce el ceño Laura y da la última calada también a su cigarro.

—A que el más pequeño detalle, el más mínimo gesto, a los policías, a los buenos —remata mirando hacia la comisaría—, nos dice mucho. —Laura lo mira inquisitiva; espera una respuesta personalizada—. El tío que estaba ahí escondido no es una comadreja, no busca abundancia de presas. Mira, Laura, tengo un sexto sentido con los acosadores y los agresores, aunque esté en Homicidios, y tengo que decirte que, aunque no sé por qué te seguía ni qué ha hecho en el pasado, te aseguro que ese tío no te va a poner la mano encima. Por cierto —le dice, acercándose a su oído—, estoy deseando que me cuentes por qué me dejaste tirado hace tres días. Hoy se nos acopla Taura a comer, pero de mañana no te escapas, guapita. Que te he llamado veinte veces; me tenías bien preocupado. No te habrás echado un rollete y me lo estás ocultando, ¿no? —Laura distancia la mirada y Álzaga se la busca—. ¿Qué pasa, pues?

Taura sale de la comisaría y camina hacia ellos.

—Mañana te lo cuento —consigue decirle antes de que les alcance Taura—. Pero prométeme que no vas a hacer nada. Tengo muchas cosas que averiguar, y lo voy a hacer yo.

***

A pesar del cargo de conciencia que tiene, Belinda se siente aliviada porque, dentro de lo malo, los sujetos han recobrado la memoria. No le preocupa tener que enfrentarse a sus compañeros por ponerse de parte de los pacientes, aunque tampoco tiene intención de sincerarse con ellos; además, cree que Suárez no la delatará, por mucho que insista para intentar embaucarla con su nuevo rol de padre.

Javier Ramírez se siente orgulloso por haber pasado solo un rato en la *chemsex* de ayer; ya está empezando a hacerse con el control: al menos no se desorienta ni se droga una vez tras otra hasta quedar consumido, obligándose a marcharse agotado al trabajo. Ayer pasó la tarde con las niñas y con su mujer, ha dormido en su cama, se ha

duchado y se ha marchado al trabajo como si nada; como si volviera de unas pequeñas vacaciones. Ayer no le llamó Suárez, lo que le hizo deducir que no lo necesitaban. Él lo agradece porque tenía que descansar de verdad. Ahora acaba de entrar en el observatorio; acaban de darle la noticia de que los sujetos ya no están.

Diego Matesanz siente culpa, aunque se repite que no debería sentirla; al fin y al cabo, la decisión de encerrar allí a los sujetos no fue suya, sino que él se ha dedicado a cumplir órdenes, como esos soldados que aniquilan obedeciendo a su dictador. Se pregunta dónde estará Belinda. Desde que toda esta pesadilla empezó, no ha llegado ni un día a la hora de fichar. Cuando tengan un momento a solas, le gustaría hablar con ella sobre lo de ayer.

Suárez repasa con la mente el anecdotario estéril de los últimos días mientras siente los ojos de Ramírez puestos en su cara amoratada. Ni le ha explicado ni tiene intención de explicarle por qué tiene el ojo morado, por mucho que le mire como un perro esperando un hueso. Le gustaría dar con algún ungüento para la mala conciencia; para dejar de pensar que estos últimos días se ha dedicado a segar vidas y a buscarse enemigos, entre ellos Rojas, lo cual no le conviene en absoluto. Ayer le echó un órdago que le va a traer consecuencias. Lo sabe; pero ahora ya le da igual.

Todos creen que Belinda no va a venir; aunque no lo digan en alto, creen que es culpable. Suárez tiene la certeza de que así es. Por su parte, Diego también sospecha de ella, pero no la va a acusar; no lo habría hecho antes y menos lo va a hacer ahora que tienen algo especial entre ellos. Por último, Ramírez tiene la intuición de que ha sido ella la que ha soltado a los sujetos: nadie se lo ha insinuado, ni la ha visto, pero lo sabe. Por eso entienden que hoy Belinda no vaya a venir; en cambio, nadie entiende por qué no ha venido Peter a pesar de que le hayan llamado.

43

legado familiar

Ocho días después del suicidio

Belinda se ha quedado pasmada; acaba de colgar el teléfono y no puede creerse que su madre le haya dicho que sí: que ha tenido algo que ver con la muerte de Suárez.

Se sube al coche y se mira en el espejo. Se le insinúa una pequeña crisis. No puede ser: no puede permitirse volver a tener una y menos ahora. Tiene que salir del atasco del colegio y conducir durante horas. No puede verse flotando sobre sí misma. Se pellizca sutilmente en la mano para retomar el contacto con la realidad, controlando que Ares no la descubra desde el asiento trasero. Hace algunas respiraciones y consigue volver sobre su cuerpo. Está preparada: arranca.

Ares está tan emocionado porque va a pasar el fin de semana con su abuela que no para de hablar. Ella se abstrae de la verborrea del niño pensando en que está bien, en que no va a tener otra vez esas horribles pesadillas que tenía cuando dormía en casa de su madre. No quiere volver a soñar con ese zapato pisándole el cuello, con la corbata que caía al suelo y con esa aparatosa risa siniestra. Se mira la cicatriz de la muñeca y le duele.

Ares lleva un rato jugando solo a las palabras encadenadas, justo desde que ella le ha dicho que siguiera él porque necesitaba centrar su atención en la carretera; una mentira blanca de madre soltera. En realidad, lo que quiere es evadirse. Pero no puede: la imagen de Rojas le viene enseguida a la mente. Le genera una abominable aversión, igual que Suárez, que lo vio sobrepasarse con ella y no hizo nada. En el fondo, Belinda sabe que siempre le ha pedido a Suárez que ponga los límites que ella no ha sido capaz de poner. Pero no por eso piensa ser condescendiente con él: al fin y al cabo, tiene su parte de culpa. Ella por su parte, podría haberse alejado de su agresor. ¿Podría haberse pedido una comisión de servicios como funcionaria que era y haberse ido a otro puesto? Sí, pero no quiso: no quería pasarse la vida huyendo. Además, siempre ha tenido la sensación de que no le serviría de nada hacerlo. Lo tendría pisándole el cuello, asfixiándola y amenazándola porque Ares es biológicamente su hijo. La fuerza de la verdad la aplasta: Rojas nunca la dejará tranquila.

Derrama una lágrima y coge las gafas de sol del salpicadero para ponérselas; a Ares no se le escapa una. De la última agresión han pasado años, concretamente doce; debería haberlo superado, pero no, lo único que ha hecho creyéndose que así se ayudaba ha sido crear una asociación de la que es presidenta. Como si eso fuera a rebajar su

furia, como si ayudando al resto se curara a sí misma. Como si presentándose como máxima autoridad ayudara a empoderarse a las mujeres, como si trabajando de psicóloga no necesitara hacer su propia psicoterapia. ¿A quién quiere engañar? Se ve desde fuera y se avergüenza: es una hipócrita, una farisaica. Ni siquiera ha tenido el valor de denunciarlo nunca. Es la presidenta, pero se ve como una víctima con forma de chupatintas y con fondo de psicóloga. Una impostora traumatizada que no para de atascar su día de ocupaciones con un solo fin: no conectar con el pasado.

No por dejar el Instituto ha desconectado del estudio; sigue indagando, buscando respuesta a muchas cuestiones que siguen sin resolverse. Tiene la cabeza a punto de estallar, por eso cree que le va a venir bien pasar el fin de semana con su madre, aunque no le guste estar en la casa de la sierra, aunque no quiera tiempo libre.

Mira a Ares por el retrovisor y piensa que no quiere que crezca, que le aterra pensar que pueda convertirse en un monstruo, que pueda parecerse lo más mínimo a su padre.

Quedan unos diez minutos para llegar; acaban de pasar El Berrueco, el pueblo vecino, donde vive el amigo de su madre, el que la acerca a casa o la recoge de allí para dejarla en la parada del autobús que llega a Madrid. Ella no tiene coche, ni siquiera tiene carnet, y por su casa no pasa transporte alguno. Es la parte mala de vivir apartada del mundo.

Ya ve la casa: su madre les espera detrás del cristal. Sonríe y sale a recibirles. Ares se baja del coche y echa a correr hacia su abuela. Belinda saca el teléfono del bolso y llama a Laura. Quiere desconectar el móvil antes de entrar en casa de su madre; no lo va a encender hasta que no se marche de allí. Tienen demasiadas cosas que hablar este fin de semana. Se apoya en el coche y saluda a su madre con la mano, le señala el teléfono para hacerle saber que debe hacer la llamada antes de ir y pasea por el campo mientras espera a que Laura le responda. Escucha el crujir de la hierba bajo sus pies y los pájaros cantar mientras suenan un par de tonos, antes de que su amiga responda.

—Laura, ¿qué tal?

—¡Belinda! ¿A qué hora te va bien que nos veamos?

—Verás, es que he tenido que venir a ver a mi madre y voy a estar fuera de Madrid unos días, ¿podrías contarme lo de Rojas por teléfono?

—Preferiría verte, pero es igual. Te cuento.

Belinda rebasa la puerta de la casa y se encuentra a Ares sentado a la mesa.

—Hija, le he dicho que empezara a comer él: venía el pobre como si

saliera de la jungla. Deberías sentarte a comer tú también. —La escruta en un parpadeo—. Estás más delgada.

—Después comeré yo —Se acerca a su madre y la besa en la mejilla —. ¿Podemos hablar?

—Vamos al salón, hija.

Belinda le dice a Ares que no se levante hasta que acabe de comer y lo deja viendo la tele de la cocina a un volumen excesivo: mejor, así no podrá oírlas hablar. Sigue tratándolo como a un niño y él sigue comportándose como tal, a pesar de que tiene un pie puesto en la adolescencia. Belinda se sienta en la mecedora, al lado de la chimenea —aunque esté apagada le encanta: es lo único de la casa que echa de menos— y comienza a hablar.

—Mamá, ¿a qué te referías el otro día cuando me dijiste que Suárez había hecho lo mejor para todos suicidándose?

La madre se sienta en el sofá y suspira.

—Belinda, —Suspira y se toma su tiempo para continuar— te he criado sola y estoy orgullosa de haberlo hecho. Siempre te he dicho que puedes conseguir lo que te propongas, y a la vista está, hija: has conseguido tener una buena vida. Pero, ¿sabes? Tanto esfuerzo como he hecho…, tantas casas como he limpiado…, tantas pastillas que he tenido que tomar durante años para los dolores… Siempre te he enseñado los valores que creo que me representan: el respeto, el esfuerzo, la gratitud…, pero, hace cosa de tres meses, vi por casualidad al doctor Alejandro Suárez en la tele y lo reconocí. Hija, yo te había escuchado mencionar a un tal doctor Suárez y tengo que confesarte que alguna vez se me pasó por la cabeza que pudiera tratarse de tu padre, pero enseguida descarté la idea: me parecía una casualidad; era imposible que estuvieras trabajando con él. Pero, como te digo, cuando lo vi en la tele, cuando vi su cara, mi cabeza hizo clic. Me enfureció verlo ahí clavado, con su corbata y su sonrisa triunfadora, y entonces recordé todas las veces que no he podido ir al cine porque no tenía con quién dejarte, todo lo que he cocinado para ti, lo que he trabajado para darte un buen futuro, mientras él ha estado viviendo todos estos años a cuerpo de rey, y su mujer disfrutando de ese tren de vida. —Lidia se retuerce las manos, apoyadas en el regazo—. Mira, Belinda, él sabía que yo esperaba una hija suya y te repudió: nunca te quiso reconocer como suya. Tienes que saber que no me arrepiento de todo lo que he hecho por ti, de todo lo que te he dado, porque no hay nada de lo que esté más orgullosa en la vida que de ti. Bueno, y de mi niño, por supuesto —dice, desviando la mirada a la cocina—. Créeme, de verdad que no me arrepiento de haber invertido mis horas en cuidarte. —Las lágrimas se le agolpan en la garganta—. Pero algo, no sé cómo explicártelo…, algo me pasó que quise hacer justicia.

—¿Y qué hiciste?

—Fui a verlo al día siguiente; me vino de perlas que estuvieras de vacaciones. Así yo podía ir tranquila a visitarle. Aunque debo admitir que de tranquila poco, porque, nada más verlo, me entraron ganas de matarlo.

—Mamá —dice muy seria Belinda—, dime que no tuviste nada que ver con el suicidio. Porque fue un suicidio, ¿verdad?

—No hija. No tuve nada que ver. Lo que te he dicho antes ha sido por decir, porque en parte siento que toda la presión que le he metido no le ha venido bien; estaba muy flojo últimamente. Tenía los ojos apagados, muy tristes.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quedabais?

—Según como se mire. Más bien…, bueno, le seguía.

—Mamá, ¿qué dices? —Mira a Lidia, anonadada.

—No le acosaba, Belinda, no te vayas a creer, que sé los límites que no debo sobrepasar. Pero, mira, la vida de prejubilada deja mucho tiempo libre y, bueno, digamos que, cuando pasaba unos días en Madrid con vosotros, el hecho de ir a verlo me ayudaba a estructurar el día.

—El día dice. —Belinda habla al aire—. ¡Tendrás morro! Bueno, ya me hablarás después de lo que hacía Suárez, que creo que sabes más de la cuenta. ¿Por qué me has dicho por teléfono que sí tuviste algo que ver con su muerte?

—Porque, como te digo, puede que el hecho de presionarlo contribuyera a su suicidio. Nada más. —Espera en silencio mientras Belinda la calibra—. Hija, que tu madre sigue siendo la misma.

—Lo sé, mamá. —Cubre con su mano la de Lidia—: Volviendo a lo de la visita: ¿qué te dijo cuando fuiste al Instituto?

—Pues no daba crédito. La verdad es que él me dijo poco a mí; más bien hablé yo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que, si no se encargaba de dejarte lo que te pertenecía, me encargaría personalmente de sacarlo todo a la luz. Contaría públicamente que era un cerdo, básicamente.

Belinda abraza a su madre e intenta calmarla mientras ella solloza en silencio, para que no la escuche Ares. Va a la cocina y le hace una tila. Comprueba que Ares sigue comiendo y se va al salón. Le entrega la infusión a Lidia y decide aparcar la conversación: ahora su madre necesita un abrazo; no va a hacerla sentir culpable por haberle ocultado todos estos años que su padre estaba vivo y que nunca la ha querido. Ha decidido que en un rato se sentará a comer con ella: se lo debe. Le debe dejar sus restricciones alimentarias de lado. También le debe una llamada telefónica a Lucas y otra a Natalia. Ha cambiado de opinión con respecto a desconectar el móvil: precisamente lo que va a

hacer va a ser conectarse con el presente y empezar a cuidar de sí misma y de quienes la quieren.

44

costumbres en peligro de extinción

Primer día de libertad

Francisco Vega se prepara el café como de costumbre: largo y sin edulcorar. Está realizando su rutina habitual, basada en unas costumbres en peligro de extinción, aunque él aun no lo sabe. Tiene la taza de café humeante frente a él; se lo tomará entero: a estas horas la cafeína no le alborota los pensamientos, y después leerá un par de horas. La lectura siempre ha sido una actividad de ocio para él, pero desde hace años se ha convertido en parte de su trabajo: necesita leer buenos libros para escribir buenas novelas.

Camina hacia el despacho, acompañando cada paso con una respiración profunda que no le está sirviendo para relajarse; de hecho, sigue notando un leve mareo. Respira: cuenta cuatro mientras inhala, seis mientras exhala. Diez segundos en total para hacer una respiración profunda, seis respiraciones por minuto, sesenta respiraciones en los diez minutos que acostumbra a hacer de relajación. Un número par, redondo y perfecto. Al darse cuenta de lo que está pensando, se detiene: tiene que poner en práctica todo lo que aprendió con su psiquiatra. Está retrocediendo en su recuperación con esas manías que pretende controlar. Practicar *mindfulness* le fue bien, ¿por qué no retomarlo? Se acaba de dar cuenta de algo: María también lo practicaba. No puede ser que tengan algo en común. No. Conforme se le van echando encima sus absurdas ideas cae en algo: María es un pensamiento atascado en sí. ¡Eso es! Es un pensamiento más contra el que tiene que luchar. Pero él ya sabe cómo tiene que hacerlo: precisamente no pensando en el pensamiento, porque al intentar sacudírselo de encima, más se pega el a la mente, como la miel a la cucharilla. Al menos no tiene pensamientos de contenido sexual con la jueza, porque esos sí que le molestan: esas sucias ideas inmorales que le dificultan pensar con claridad y le avergüenzan. «Cambia el canal basura, Francisco», se dice. La autoinstrucción le funciona y lo sabe, por eso empieza a despegar sus manías de la cabeza, tal y como le enseñó Javier Ramírez: «Reconozco que es un pensamiento pegajoso y solo eso: un pensamiento. Lo acepto, no pasa nada por tenerlo; lo veo flotar, sí, flota y lo siento ligero. Voy a darle tiempo; contaré hasta tres y lo veré marcharse: uno, dos, tres».

La cabeza le lleva ahora a pensar en Laura. Dentro de lo malo, el encierro le ha traído cosas buenas: una nueva amiga. También ha entendido que hay más personas que viven con un vacío, como él: un vacío que no tiene que llenar ni hacer desparecer, sino aceptar. Tiene

el perdón de su hermana, y eso es mucho; no obstante, necesita quitarse el peso de la culpa de encima: su sobrino está muerto por su imprudencia. Se recuesta en el diván del despacho. Aunque está más tranquilo, siente un pellizco en el estómago; es esa especie de mordisco autofágico muscular. Coge el libro de la mesita, sube la potencia de la luz de la lámpara, se coloca las gafas de carey y empieza a leer. Disfruta de la lectura como cuando era niño: sin buscar errores gramaticales ni faltas de estilo. No le gusta lo que lee. Cierra el libro, lo deja sobre la cama, se levanta, se cuelga las gafas en la camiseta del pijama y va a la estantería para coger un libro: el que le hizo consagrarse como un experto de la pluma. Lo sostiene entre sus manos y lo mira; necesita tantearlo. Sabe que la interpretación del texto que él mismo escribió hoy va a ser otra, porque él ha cambiado, su enfoque ha cambiado. Hoy lo verá con ojos de lector, de persona humana que comete errores, que se permite sufrir sin fustigarse por hacerlo; lo va a mirar desde el palco.

Todavía no quiere abrirlo. Le apetece estudiarlo por fuera antes de hacerlo por dentro, por eso se detiene a mirar la portada: una imagen donde las olas rompen al mar y no al revés; una captura fotográfica realmente poética.

Hacía ya seis años que le habían entregado el premio mejor dotado del país, pero lo recuerda como si fuera ayer. El día de la gala tuvo que mantener la compostura y evitar que los sudores fríos le controlaran a él y no a la inversa. La obra había recibido halagos del estilo «Es una obra deliciosa y sensible» o «Vega nos sorprende con una historia honesta». No podía estar más en desacuerdo con aquello; de honesta, la obra tenía más bien poco. Algunos críticos valoraban la introspección de la historia; otros señalaban los sentimientos que conseguía arrancar el autor, algunos haciendo un uso literario del lenguaje, otros hablando de manera comercial, pero todos confundidos. No estaban en lo cierto; aquella obra no era sincera, sino que se trataba de una gran mentira. Una burda y gigante trola que solo pretendía materializar sus miedos.

Desliza los dedos sobre las letras de la cubierta y aprecia cierto relieve. Abre el libro y lo huele; después se detiene a mirar las hojas, que han amarilleado un poco, y se da cuenta de que la tapa dura compensa el minúsculo peso del papel reciclado y le da al libro un aspecto elegante. Busca el número de la página que quiere leer; piensa paladear ese fragmento especial que escribió con la poca honestidad que contiene la obra. Se coloca las gafas de nuevo y comienza a leer.

«Rodrigo era amante ante todo y sobre todo de lo femíneo y del *whisky*. Aquella noche la desvistió con los ojos ardientes de deseo y, a pesar de que su mirada desafiante troquelaba huellas sobre su memoria, ella se dejó hacer, ofreciéndole antes su sensualidad: todo un torrente de vida volcado sobre su boca»…

Cierra el libro y lo devuelve a su sitio. Le ha encantado leerlo con otros ojos. Recuerda perfectamente cuál fue el germen de la trama y eso le hace pensar en su próximo libro. Tiene claro que va a abandonar la historia que tenía a medias; ahora la que le interesa empezar es la de Zimbabue, aunque no todavía. Aún necesita entender algunas cosas, como, por ejemplo, el porqué le encerraron. Se pregunta si la decisión que han tomado ha sido la correcta. Eso de buscar respuestas por su propio pie sin denunciarles no termina de convencerle; sigue sin encontrarle sentido a lo que ha pasado. Coge el móvil y busca en la agenda; necesita llamar a Laura.

—Francisco, ¡qué sorpresa! ¿Cómo has pasado el día?

—Bueno…, pensando… ¿Y tú?

—No sirve de nada pensar tanto. Voy a ver qué hago para que dejes de rumiar. ¿Sabías que eso de rumiar proviene de las vacas? Así que ya sabes, objetivo: dejar de pastar. Sé que te cuesta, pero lo conseguirás. —Francisco chasca la lengua con fastidio; conoce sus limitaciones y aún no se ha acostumbrado a la naturalidad de Laura. Ojalá viera todo tan fácil como ella—. Yo he pasado el día fuera. Precisamente para no pensar. Y ¿sabes qué? ¡Funciona! Deberías probarlo. —La periodista saca una cerveza de la nevera y le da un trago; cierra la puerta con el trasero.

—Laura, no sé si estoy convencido de lo que decidimos ayer.

—Francisco, ¿subestimas la democracia? —Él no responde—. Es una broma. Ya lo hablamos y lo decidimos entre todos. ¿Qué pasa? Que dudas porque la idea fue de María, ¿a que sí?

—…

—Tienes que quitarte esas manías de la cabeza; lo que propuso es lo más sensato. De hecho, cada vez que lo pienso me convenzo más. Me alegro de no haber denunciado, así tenemos el campo libre de minas; a ver si se relajan y sondeamos el terreno. Además, ¿acaso quieres ser noticia en todos los medios de comunicación? Tengo un programa televisivo y no pienso estar en boca de nadie, y menos perder audiencia, que lo mío me ha costado. ¿Tú quieres estar en el punto de mira?

—No —dice tajante; necesita mantener el respeto de su público y de la crítica. Se queda en silencio durante un segundo, antes de atreverse a añadir—: Laura, tengo que confesarte algo…

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo más?

—No, nada. Es solo que, por primera vez, necesito confesar algo para quedarme tranquilo. Verás, es que…, tengo un problema de ansiedad. Un trastorno que no me deja vivir tranquilo, que me obliga a realizar durante todo el día una serie de acciones, comprobaciones en mi cabeza…, y…, bueno, tengo algunas manías con los nombres y…, cuando me pongo excesivamente nervioso, no puedo evitar soltar

refranes a diestro y siniestro, es todo parte de mi…

—De tu TOC. Ya lo sé. No hace falta que te excuses. Sé que eso ha favorecido que tengas un trastorno de estrés postraumático. Eres obsesivo, qué le vamos a hacer. No pasa nada: todos tenemos alguna tara. —Francisco abre los ojos con sorpresa; no esperaba que Laura supiera tanto de salud mental—. ¿Sabes? Yo también tengo las mías: a mí me va el alcohol, el tabaco y el sexo —dice como si nada, y Francisco siente que se le escapa el aire de los pulmones.

—Bueno…, ahora que me cuentas eso, y viendo tu facilidad para cortejar, —Suelta una carcajada amistosa que Laura acepta—, quizás puedas ayudarme.

—Estaré encantada. ¡Cuéntame!, ¿qué necesitas?

—Bueno, tú también leíste *Cuando el mar se rompe*, ¿verdad?

—Sí, y me encantó, ya lo sabes.

—Pues no se lo he confesado a nadie, pero aquella obra expresaba mis temores. Intenté volcar en ella la solución a mis miedos, dando vida al personaje que me gustaría ser… —Se detiene un momento antes de continuar; nunca antes había confesado nada así a alguien que no fuera un psiquiatra—. ¿Me podrías ayudar a conseguir acercarme a una mujer sin que me tiemblen las piernas? De amarrar a mis pensamientos catastrofistas me encargo yo. Solo te pido que me muestres cómo lo haces…

Francisco siente las mejillas encendidas; no puede creerse que lo haya confesado. Está orgulloso de sí mismo, de lo valiente y lo franco que ha sido: ha hablado sin tapujos y lo más importante: ha pedido ayuda. Sabe que la voluntad es importante, pero en su trastorno no lo es todo. Aun así, con lo que acaba de hacer, ha dado un paso al frente.

—Francisco, entiendo que tengas la necesidad de compartirlo conmigo, créeme que me siento afortunada de que confíes en mí. Pero creo que tienes que entender que todos escondemos algo, casi siempre. Y que no por esconderlo somos peores personas: simplemente cuidamos nuestra intimidad. A veces, no contarlo supone no juzgarse, así que sí, estoy aquí para lo que quieras contarme y para lo que decidas ocultarme. ¿Sabes por qué me dio aquel ataque el primer día que nos encerraron? —Francisco recuerda la angustia que había pasado ese día al verla así—. Pues porque me faltaba mi dosis de alcohol. No lo recordaba en el momento porque ni siquiera recordaba que era alcohólica. Bueno, está bien, que tengo problemas relacionados con el alcohol. Dice mi psiquiatra, al que tendrás el gusto de conocer pronto si todo va bien —apunta con sorna—, que no me tengo que llamar alcohólica. Dice que me castigo a mí misma estigmatizándome. ¿Tú te crees la tontería? ¡Como si eso me fuera a quitar la adicción! Pues eso…, que lo mío era un mono de cojones.

—…

—No quiero que te sientas mal, solo que comprendas que todos tenemos por donde callar. Todos escondemos algo y lo solemos hacer en nuestro beneficio. A veces, en el de la persona que queremos.

—Gracias por ayudarme siempre, Laura. Tienes buen corazón.

—Sí. Y María también lo tiene, eh —se despide, soltándole la puya en tono de broma—. Que descanses.

Francisco ya entiende que en esa relación amistosa la última palabra siempre la tiene Laura. Admira su sinceridad y su forma de enfrentarse al mundo, alzándose y envarándose ante todo lo que la pretenda tumbar.

Camina hasta la cocina y da el último trago al café; debería leer: aún no son las once, pero ha decidido dejar de lado los debería y optar más por los me apetece. Y sí: no hacer nada a veces también puede ser un buen plan.

Va al baño, se lava los dientes y se tumba en la cama. Cierra los ojos, intentando dejar la mente en blanco, pero le viene a la cabeza con tono divertido una pequeña voz que dice que a la mente hay que darle color.

45

la habitación 213

Un mes después de la intervención

La habitación 213 del hotel con vistas a la Puerta de Alcalá se ha convertido en su punto de encuentro. Hace tiempo que se ven allí y hace tiempo que llega la primera siempre a las citas; cosa que empieza a no gustarle. En realidad, está empezando a cansarse de ser la primera de la relación en todo: en ceder parte de su empresa a él, en dejar a su marido… A pesar de que Roberto le ha prometido varias veces que dejaría a Isabel, no lo hace; no cumple con su palabra y a Mar se le empieza a agotar la paciencia. Prefiere dejar de pensar en ellos, rebajar su estado de ebullición y calmarse, por eso se pone el traje de baño, el albornoz y baja al spa.

La armonía del lugar le ayuda a tranquilizar el remolino que se le había formado en el estómago y que responde a la sensación de burla. Siente que Roberto se está riendo de ella, que la maneja como un títere a su antojo, metiendo la mano debajo de su vestido. Sumerge el cuerpo en la piscina de chorros e intenta contagiarse del romanticismo que le despierta el lugar, pero, al volver a sacar la cabeza, respira y ve la situación como un trampantojo: está inmersa en una realidad fingida, con una perspectiva muy diferente a la de Roberto.

Una luz azul de Prusia, cálida y tenue, tiñe el spa, acompañando la música de fondo; le recuerda a un baño termal al estilo las mil y una noches. Vuelve a sumergir la cabeza en el agua y sale. Cierra los ojos y disfruta del masaje en las nalgas. Piensa que tal vez después se someta a un tratamiento de aromaterapia; la última vez disfrutó: sobre todo, cuando la quiromasajista le hizo ese masaje en la espalda que culminó en los glúteos. Nunca podría haber imaginado que pudiera tener tales nudos en esa zona.

Termina el masaje de los glúteos en el jacuzzi y se cambia a la zona de la piscina donde están los chorros a presión. Pulsa el botón, se coloca debajo de ellos y deja que el agua caiga en cascada sobre sus hombros, masajeándole con el impacto y haciéndole sentir ese picor agradable en los trapecios. Cierra los ojos y, de repente, siente un mordisco en el pubis, como un pez cuando muerde el anzuelo. Después otro y otro más. Abre los ojos y ve salir a Roberto del agua con una sonrisa seductora y rasgando sus ojos almendrados; dándose un aire de pícaro. Está todavía más sexi con las gotas de agua que le caen del pelo y le recorren el rostro. Se pone frente a ella, choca su nariz contra la suya y la agarra por la cintura; elevándola con la ayuda del agua y sintiendo su peso como la pluma que pierde un pájaro

enjaulado.

—No pensaba que me ibas a dar esta sorpresa —Desliza el dedo por la tela de su bikini— y tengo que admitir —Mira sus pechos— que me ha gustado aún más que cuando me esperas arriba desnuda con la copa en la mano.

Mar frunce el ceño. A pesar de que ha conseguido relajarse, no se ha desprendido de todo su enfado. Necesita posicionarse ante él, adquirir cierto decoro dentro de la relación. Por eso, hoy va a mantenerse firme; ya está bien de estar a la espera de sus decisiones. Al margen. En segundo plano.

—¿Cuándo piensas dejarla? —Se aparta de sus brazos—. Yo ya he cumplido mi parte del trato, tú no. —Suena contundente.

—Cariño, sabes que para mí no es tan fácil. Mis hijos son pequeños y, además, como sabes, Isabel está embarazada…

—¡No pronuncies su nombre! Sabes que no puedo soportarlo. Eso que dices no es nuevo; no ha cambiado nada desde que tomaste la decisión de dejarla, pero no lo haces. A pesar de que sabías la condición de tu familia y que tu mujer —Se le nota claramente contrariada al pronunciar la palabra «mujer»— estaba embarazada ya entonces.

—Lo sé, pero he tenido un contratiempo. Verás, cariño, —Atusa su cabello mojado y se detiene a mirar sus pechos—, creo que sospecha algo.

—¿¿¿Y qué si sospecha??? ¡¿Qué crees que puede hacer?! ¡Todo está en tu mano!

Isabel se separa más de él, se gira y camina hacia la escalera. Sube un peldaño, encolerizada, y otro más mientras Roberto camina rápido hacia allí, luchando contra la fuerza del agua y de los chorros. Mar sube el tercer escalón y Roberto la alcanza, tira de su brazo y la hunde. La atrae hacia él y la despoja de la braga del bikini; aproxima toda su fuerza hacia arriba contra su cuerpo para que la sienta. Por suerte, están solos en el spa, y por eso Mar acaba cediendo y convirtiendo su enfado inicial en una nube de hormonas que flota en el ambiente y que se une a los olores, a la música ambiental y al recuerdo que le viene a la cabeza de Roberto tocando el piano en la habitación 231. Mar llega al éxtasis aun siendo consciente de que Roberto Rojas está usando la misma estrategia que usó ella con Álvaro hace un mes en una playa de Cancún.

46

alphonse meyer

Un mes después de la intervención

Laura y los demás están atados de pies y manos con correas; cada uno en una cama de contención dentro de la amplia sala de adoquines blancos y negros desde donde se escuchan a modo de eco los pasos de alguien que se acerca. Francisco Vega está poseído: soltando blasfemias a borbotones y con los ojos ensangrentados de rabia. María lleva una bata blanca por debajo de la rodilla, como la suya, y no para de decir cosas inconexas; algo acerca del yin y el yang, la armonía de la tierra, la elevación del alma al cielo, e intercalando entre tanto algunas risas inmotivadas. Antonio Galán tiene la mirada extraviada; solloza y dice algo del corazón, de una niña, de unas pastillas. Y ella los mira. Le viene otro vómito de sangre que deposita sobre la almohada al girar la cabeza. Cuando mira hacia el otro lado, ve una botella de vodka; vuelve a girar la cabeza y ya no encuentra el vómito, sino una botella de tequila; la gira de nuevo y ve una cerveza, una botella de vino, unas copas vacías, llenas. Cierra los ojos y los aprieta con fuerza mientras escucha los gritos de Francisco. Al abrirlos, por fin, ve el rostro del médico del que se escuchaban los pasos. Está frente a ella, sosteniendo en la mano una jeringa cargada. Le va a pinchar en el glúteo; ella no quiere, no quiere que lo haga, por eso grita, pero él le tapa la boca. Siente el pinchazo y cae rendida al sueño.

Despierta sobresaltada, empapada en sudor y con la respiración entrecortada. Otra vez la misma pesadilla. Desde que salió del encierro, sueña lo mismo prácticamente a diario. El sueño parece tan real que, cuando se despierta, siente el dolor de las correas en las muñecas y en los tobillos. Empieza a temer la hora de acostarse; si antes el problema era conciliar el sueño, ahora lo son las pesadillas. Además, está intentando dejar de beber alcohol; de hecho, ha disminuido el consumo considerablemente, pero se ha dado cuenta de que los días que no bebe, las pesadillas son más intensas. Ella quiere dejarlo, de verdad que quiere, pero, si eso le va a suponer tener que lidiar con el inconsciente, quizás no esté preparada.

Mira a Alphonse durmiendo a su lado; él también tiene parte de la culpa de que quiera dejar de beber. Le avergüenza que la vea como una borracha, por eso cuando duerme con él se contiene, aunque las pesadillas esa noche sean peor que cualquier otro día en el que acaba con un par de *gin-tonics*. Se levanta de la cama, intentando no hacer ruido para no despertarle. Va al baño y se lava la cara. Se mira al

espejo y piensa que tiene mucha suerte de que Alphonse le haya caído del cielo. Lo conoció hace casi un mes de un modo un tanto extraño pero diferente, y eso le gusta. La llamó por teléfono: le dijo que era psiquiatra y que llevaba años indagando sobre los beneficios de la inmunidad en la salud mental, que se había enterado de que ella investigaba el tema y que tal vez podrían hablar en persona. Laura, a pesar de haberse cogido una excedencia, quiso aprovechar la oportunidad. Con esa burda excusa, Alphonse ha conseguido colarse en su vida. Es como un ángel, una divinidad en la que confía a ojos cerrados, por eso le ha contado todo lo del estudio: ha roto el pacto de silencio con sus compañeros. Pero le ha hecho prometer que no hará nada. Ella quiere tomarse la justicia por su mano.

Laura sale del baño y Alphonse se hace el dormido. Ella desconoce la verdad: que su nombre real es Peter Bucher. Peter abre un ojo al verla alejarse y piensa en lo mal que se siente por engañarla, por hacerse pasar por otra persona. Quiere contarle la verdad, de verdad que quiere, pero no sabe cómo hacerlo. No solo le ha ocultado su verdadero nombre y que es uno de los psiquiatras que la observaba a través de la cámara que les filmaba, sino que además le oculta que sabe todos sus diagnósticos porque ha husmeado en su historia clínica y que, para colmo, se ha encargado personalmente de borrar todos sus datos psiquiátricos de su historial porque necesita una novia cuerda que presentarle a su padre; porque le conoce y sabe que, cuando se entere de su relación, no tendrá reparo alguno en indagar sobre ella.

En ese sentido, está tranquilo porque sabe que Laura no le va a denunciar: básicamente, porque un paciente por norma no sabe lo que pone el médico en su historia clínica y, además, en última instancia, si se viera apurado, siempre podría recurrir al típico error informático que ha podido borrar la información por una migración mal hecha o un fallo del sistema. Es así como Peter ha conseguido una novia limpia: libre de etiquetas y de diagnósticos, presentable a la sociedad. Además, en parte le ha hecho un favor; un personaje público, como ella, debería cuidar la información personal que pone en manos de otras personas, porque en un momento determinado alguien la podría usar para intentar hacerle daño.

Laura vuelve a la habitación y se mete de nuevo en el baño. Peter cierra otra vez los ojos y finge dormir. El agua cala los huesos de Laura; queda poco para la primavera, pero le encanta ducharse con agua muy caliente. Mientras se enjabona, piensa de nuevo en los sueños y se da cuenta de algo: desde que salió del encierro, ha soñado muy pocas veces con Nehanda; encima, despierta no le duele tanto pensar en ella. Las pocas veces que la ve no se resiste a la imagen, como le aconsejó Peter que hiciera.

Peter abre la puerta del baño y descorre la cortina. La mira con unos

ojos empapados en sueño y con una sonrisa provocadora, mientras recorre su topografía y se come a bocados su cuerpo con la mirada. Sus piernas son delgadas, tiene el culo prieto, las caderas marcadas y los pechos pequeños pero turgentes.

—¡Vaya! Parece que alguien ha dormido bien… —dice ella, riendo—. ¡Deja de mirarme así, que sabes cómo me pongo! Tengo prisa…

Peter obedece algo resignado, porque lo que realmente le apetece es meterse con ella en la ducha, aunque sabe que no puede. No quiere enredarla: sabe que la periodista tiene el día liado. No sabe qué le está haciendo Laura; su carácter ha cambiado y nota que se está volviendo más dulce, con mejor fondo que antes. A pesar de que ella sea arisca y brusca, consigue sacar de él una versión mejorada: más romántica y cercana.

—Hoy has quedado con tus compañeros, ¿no? —pregunta desde la cocina.

—Que manía tiene de hablarme cuando se va —musita para ella misma. Luego, responde a gritos desde el baño—: ¿Qué dices?

—Que si has quedado esta tarde.

—Sí, tengo el día ocupado. —Va a la habitación, se viste y se coloca la toalla en la cabeza.

Peter enciende la Nespresso que ha comprado para casa de Laura; está acostumbrado a tomarse un café intenso y cremoso nada más despertarse y no quiere renunciar a ese pequeño capricho. Por eso, a pesar de que Laura puso de vuelta y media a la cafetera cuando la trajo, y a él por comprarla, es un pequeño detalle que le hace sentirse parte de esa casa. Coge la taza y la coloca en la cafetera, acciona el botón y se pierde en el líquido que cae en cascada.

—¿Tú tienes algo después del trabajo? —le pregunta Laura al llegar a la cocina; está descalza y se está secando el pelo con la toalla.

—No, hoy no tengo nada.

—¿De verdad eres capaz de tomarte ese café asqueroso? ¡Si es aguachirri! ¡Anda, ponme la cafetera! Y bien cargada por favor —remata antes de marcharse a la habitación.

Peter dibuja una sonrisa; le encanta la naturalidad de Laura. Aunque sea la antítesis a las chicas con las que acostumbra a estar, le tiene comiendo de la palma de su mano. Aunque use toallas ásperas, aunque amontone platos sucios en el fregadero, aunque se enrosque en la cabeza la toalla más grande que tiene, aunque vaya siempre sin sujetador y se tome cinco cafés al día, le gusta, le encanta.

—¡Y no me eches azúcar! ¡Que te lo tengo que repetir siempre!

47

madama butterfly

Horas después (por la tarde)

La cafetería Madama Butterfly es el lugar de moda, donde acuden los intelectuales y los artistas de toda la capital. Por allí se pueden ver a escritores, actores, dramaturgos, tertulianos y algunos mecenas que se dejan caer a veces. Por eso María lo ha sugerido como punto de encuentro: cree que allí Francisco se relajará.

Laura apura el cigarro mirando a través del cristal a María y a Antonio, quienes no paran de hacerse carantoñas; si no fuera porque les aprecia, diría que son repelentes. Por otro lado, le resulta extraño que no haya llegado Francisco, con lo puntual que es siempre. Mira el reloj y nota que alguien le da unos ligeros toques en la espalda; se gira y se encuentra con los ojos diáfanos del escritor.

—¡No me estarías esperando aquí fuera! ¿Dónde estabas, que no te he visto? —Francisco no responde, pero Laura sabe por qué no ha entrado—: Tienes que esforzarte más, enfrentarte a tus manías… ¿no habíamos quedado en eso? —le reprende—. Ya que nos sinceramos, ¿me vas a contar qué narices te pasa con María? No me has llegado a concretar qué te ha hecho —Laura da la última calada y tira la colilla al suelo; Francisco agacha la cabeza y emite un ahogado «ya te lo dije: su nombre»—. ¡¿Eso?! ¡Menuda tontería! —Lo agarra del brazo y tira de él, haciendo que la siga—. Ahora mismo vamos a poner fin a esto…

A Francisco se le seca la boca y un nudo en ocho le amarra el estómago mientras la frente se le perla de gotas de sudor. Laura está yendo demasiado rápido: él necesita hacer estas cosas poco a poco, con calma y elogiando la lentitud. Rebasan la puerta y Laura repara en que va demasiado deprisa con Francisco, por eso afloja.

Francisco ha quedado fascinado con el lugar. Los dueños del local han conseguido reproducir a la perfección el escenario de la ópera que tanto le gusta: Madama Butterfly. Aguza el oído y escucha la ópera en tres actos y traduce en su mente lo que dicen; lo sabe de memoria: «¿Estás llorando?, ¿por qué?, ¿por qué? No tienes fe…». La dulce voz de la cantante pone palabras a la historia de una frágil geisha, quien no consigue superar el abandono de su marido. Se siente identificado con ella, al fin y al cabo, él también ha intentado suicidarse varias veces.

Le golpea en la nariz un fragante aroma; una mezcla de todas las flores combinadas que inundan la cafetería. Hay lirios asiáticos en maceteros de cerámica color miel, flores de cerezo en pequeños maceteros de vidrio soplado sobre algunas mesas; en otras, pequeños

manzanos silvestres y bonsáis con flor, sin flor, más grandes y más pequeños. Es un pequeño oasis para los sentidos. La pared frontal tiene pintada una gran mariposa, igual que la que llevaba Madama Butterfly tatuada en su espalda.

Aguza la vista y la enfoca en la barra del bar: le llama la atención la cantidad de pétalos de rosas que la decoran. Las mesas están dispuestas en forma de anfiteatro y con ese piano de cola en el centro, sus manías se evaporan, se diluyen, quedan tamizadas.

Mira a Laura, quien lleva un buen rato observándolo en silencio y que ahora le anima con la cabeza a que avancen hasta la mesa donde les esperan María y Antonio. Hay demasiados detalles en la cafetería que son dignos de escudriño. Demasiados objetos con encanto que le hacen querer volver, querer pasar un buen rato allí para disfrutar del lugar; no le extraña que algunos escritores lo elijan como sitio para escribir: la inspiración viene a uno con solo mirar alrededor.

—Es precioso, ¿a que sí? ¡Vamos, dilo! ¿Por qué te cuesta tanto?

Francisco resopla y pone los ojos en blanco. Laura no va a parar hasta conseguir que diga que es ideal, aunque lo haya elegido María.

—Es perfecto —dice, y Laura dibuja una sonrisa.

Laura le coge de la mano y lo arrastra tras ella. María y Antonio se levantan al verlos llegar. Se saludan con besos, abrazos, apretones de mano; todos menos Francisco, que se mantiene retirado. Se sientan: Antonio y María juntos y frente a ellos Francisco y Laura, esta última enfrente de María.

—¡Qué agujetas tengo! —dice Laura al flexionar las piernas para sentarse. María y Antonio sueltan una carcajada; se imaginan que sus agujetas no son de salir a correr—. Bueno —ojea la carta—, lo que también tengo son novedades. —Mira por encima de sus ojos a María y Antonio mientras espera a que dejen de hacerse carantoñas–: Tortolitos, al lío.

—Cuéntanos. —Cruza Antonio las manos sobre la mesa y se inclina hacia ella después de retirar el brazo del hombro de María—. ¿Qué has descubierto?

—Confirmamos que el cabecilla es Suárez. Por lo visto, lleva años investigando la histamina con Plaza, el dueño del laboratorio Alfalobul Spain, y la novedad es que Manuel tenía una relación con Belinda. Ella misma me lo ha contado. —Sus compañeros se han sorprendido tanto como lo hizo ella—. Como os imagináis, ya no están juntos: el tío la engañó; según ella, intentó que hiciera de topo. Lo que sabemos es que nos inyectaron una histamina modificada para borrarnos el recuerdo y parece que tienen el trasero a salvo porque nosotros firmamos el consentimiento. Tenéis que revisar cada uno el vuestro para ver qué pone sobre los efectos adversos; yo he revisado el mío, aquí lo tengo. —Lo saca y lo muestra; después, se lo extiende a

María para que lo revise—. Supongo que es igual que el vuestro; lo único que pone es que se ven obligados a revocar los posibles daños, pero no especifica nada al respecto. Hemos firmado el consentimiento para someternos a una pequeña intervención de la que nos habían informado y de forma voluntaria hemos dado nuestro visto bueno. Aunque, desde mi punto de vista, en realidad los daños que nos provocaron fueron transitorios, por lo que no tendrían daños como tal que reparar.

—En parte —dice María al revisar el consentimiento que le ha tendido Laura; se lo devuelve tras ver que es idéntico al suyo: ella ya lo estudió en casa—. Eso mismo que ves negativo, yo lo veo positivo para nosotros. Dices que no hay daños que revocar porque al final hemos recuperado la memoria, pero es que, en realidad, la intervención no ha funcionado: no nos han borrado el trauma. Vale que la funcionalidad no la hemos perdido, pero sí hemos sufrido una serie de daños colaterales, como, sobre todo, el más importante, que nos encerraron después de intervenirnos —Galán cabecea; está totalmente de acuerdo con ella—. Toda acción tiene su consecuencia. Les podríamos pedir una compensación económica por los daños psicológicos que hemos sufrido. Aunque en el consentimiento se hable de revocar los daños, no especifica si se refiere sólo a los daños anatómicos o funcionales. Pero, insisto, sí que podríamos pelear los daños psicológicos, eso es algo demostrable… —reitera, convencida, y da un trago al café—. Además, tampoco especifica cómo van a revertir los daños ni qué alcance tienen. No sé quién ha hecho este documento tan pichulero y tampoco me explico cómo pude firmarlo… No se especifica la técnica a utilizar y, por supuesto, no mencionan nada de un posible encierro al finalizar la intervención. Tenía que ser una pequeña cirugía ambulatoria, eso nos dijeron a todos.

—Los médicos evitamos dar más información de la necesaria en cuanto a pronóstico, pero sí que tenemos que informar sobre posibles consecuencias o riesgos y eso no aparece en el consentimiento —añade Antonio—. Se escudarán en que buscaban protegernos con el internamiento: lo usarán de excusa. Dirán que con ese síndrome confusional que teníamos no nos podían dar el alta; que nos encerraron para salvaguardar nuestra seguridad. Debemos defender que el encierro no fue para aplicarnos ninguna técnica con el fin de revocar los daños, sino que se limitaron a aislarnos. Por mucho que se empeñen en mostrarlo como una continuidad de la intervención, no lo era: no era parte del estudio al que accedimos. Por otro lado, con respecto a que no avisaran a ninguno de nuestros familiares del encierro, tampoco termina de parecerme correcto. Os explico: nosotros, los médicos, antes de realizar una cirugía, le preguntamos al paciente a quién quiere que se llame para informar sobre la

intervención. Pues bien, si el paciente dice que no quiere que se llame a nadie, se le respeta y no se llama, no nos podemos saltar la autonomía del paciente, pero no es nuestro caso: en este caso, estaría justificado saltarse nuestra autonomía, porque se supone que nosotros en ese momento no podíamos decidir y la situación era urgente. Al menos, así lo entiendo yo; es la única manera que explica que nos tuvieran que encerrar. Y ese mismo motivo creo que es el que usarán para defenderse: dirán que no nos podían dejar marchar con el estado confusional que teníamos hasta que no recuperásemos la capacidad de juicio, porque eso era parte del tratamiento. —Se detiene a pensar un momento—. La misma Belinda podría defenderlo así; ella nos soltó cuando recuperamos la memoria. —Coge una bocanada de aire—. Lo mismo que os digo esto, os digo que nosotros podemos rebatirles ese argumento, porque, si nos ponemos escrupulosos, no es lo mismo tener alterada la capacidad de juicio que la memoria; en realidad, lo que nosotros teníamos dañado era la memoria. Y, basándonos en eso, nos tendrían que haber dejado elegir, nos deberían haber comunicado lo que pasaba, y no lo hicieron. De modo que, como mínimo, si consideraron que perder la memoria podía contemplarse como pérdida de juicio, tendrían que haber avisado a algún familiar de cada uno de nosotros. Deberían haberlo hecho, aunque seamos personas independientes y nos hayamos sometido a la intervención por decisión propia. Yo tengo claro que aquí hay muchas cosas que no hicieron como debían, así que, María…, bueno, y los demás: podéis contar conmigo para buscar resquicios de información. Ahora hablo como paciente, no como médico. Y, a todo esto, tendríamos que averiguar si hay una orden judicial que haya ordenado nuestro ingreso ese día.

—La hay. —Laura aprieta los labios después de decirlo—. Hay una orden de un juez, corrupto seguramente, del día que se produjo el ingreso. Está firmada a la hora que nos encerraron. En ella, el juez ordena el internamiento para salvaguardar la seguridad de los pacientes, es decir, nosotros. Hay cuatro órdenes judiciales iguales; una de cada uno de nosotros. En todas pone exactamente lo mismo, pero cambiando los datos personales.

—¿Y no le has preguntado a Belinda sobre el tema? —pregunta Francisco.

—Sí, pero ha vadeado. Belinda nos apoya y nos ayuda, pero tengo que ir con mucho tacto a la hora de hacerle según qué preguntas. No olvidemos que, al fin y al cabo, ella estaba en el grupo de los investigadores, por mucho que no participara en sí en el estudio; no la podemos empapelar. —Todos cabecean menos Antonio Galán.

—Laura, ¿crees que podrías hacerte con alguna de las órdenes judiciales? —pregunta María—. Me gustaría revisar el documento y, por supuesto, ver qué juez la firmó. Creo que podría conseguirla yo,

pero si luego me ven meter las narices en el asunto quizás llame más la atención.

—Cuenta con ello. Es más, te prometo hacerme con la original —le guiña el ojo—. Y todavía hay más: he conseguido acceder al registro de la base de datos del Comité de Ética de la Investigación. —Galán se incorpora en el asiento, presintiendo la gravedad de las palabras que vienen a continuación.

—Suárez no pasó el estudio al Comité de Ética, aunque aquí nuestro cabecilla sí que falsificó un documento, supuestamente —Hace comillas con los dedos— a modo de informe favorable por parte del Comité de Ética de la Investigación. Y se lo fue restregando a su jefe y a quien hizo falta. —Todos miran a Antonio Galán, esperando que les explique la importancia del hecho.

—¿Cómo has accedido a esos datos? El Comité de Ética no es de fácil acceso… — pregunta Antonio.

—Soy de las mejores, ¿recuerdas? —Emite una carcajada Laura.

—Cada investigación que se realiza con personas tiene que ser previamente estudiada y aprobada por el Comité de Ética de la Investigación —les explica Antonio a sus compañeros, al ver que no entienden por qué es tan importante el documento—. Si el proyecto no cumple los criterios éticos, no puedes poner en marcha el estudio, básicamente porque cualquier actuación en medicina se sostiene por criterios éticos y, por supuesto, toda actuación siempre tiene que ir en beneficio del paciente o usuario, como lo queráis llamar. Y, a su vez, tiene que protegerlo.

—Parece que aquí el beneficio que buscaban no era el del paciente, sino el suyo —tercia María.

—Exacto. Y no os he contado lo mejor: aunque no pasó el visto bueno del Comité, Suárez contrató a un jáquer que introdujo a posteriori el *ok* por parte del Comité en la base de datos. No tuvo bastante con el papelito. ¿Qué os parece?

—Me preocupa más que antes la cosa… —dice Antonio.

—Hay más: la dosis de medicación fue estudiada y preparada en colaboración con el laboratorio Alfalobul Spain, cuyo gerente y dueño es Manuel Plaza, un farmacéutico, que, como os he dicho, era pareja de Belinda. Bueno, pues, al parecer, llevaban años investigando un neurotransmisor que pretendía acabar con los traumas y, por lo visto, lo encontraron: la histamina. Pero como necesitaban borrar un recuerdo muy concreto, evitando que se afectaran otras partes de la memoria, modificaron el neurotransmisor.

—¡Por eso nosotros! —recapitula Antonio—. Necesitaban tiempo para demostrar la eficacia de su fármaco, recientemente descubierto. Necesitaban tiempo y Suárez no tenía. No podía dejar pasar los años y ver desfilar una ristra de pacientes que le hicieran tener una masa

sólida para demostrar que la histamina podría ser eficaz. Cuanto mayor sea el tamaño muestral de un estudio, mejor. Suárez necesitaba atajar la vía convencional porque solo le quedaban tres años para jubilarse. Es muy poco tiempo para aplicar una técnica tan selectiva en una gran cantidad de pacientes. Con tan poco tiempo de experimentación, no podría consolidar la técnica ni nadie consideraría fiable la sustancia que nos inyectaron. Tres años no son suficientes ni para la técnica ni para el fármaco. Por eso pensaron en hacerlo con ciudadanos que, en caso de que la intervención fuera bien, se encargarían de hacer la noticia mediática. Rápido, impactante, novedoso. ¡Qué cabrones! No hay nada que venda más que la primera persona. Si yo, que soy un cardiólogo con un considerable recorrido laboral, sugiero la intervención, será un movimiento en masa.

—Si Laura —prosigue María— se somete a un experimento, como ha hecho con anterioridad en muchos de sus programas, y transmite sus beneficios, el producto se vende solo.

—Pero hay algo que no entiendo —repone Francisco—. Por más que le pudiera dar un reconocimiento profesional a Suárez patentar un medicamento revolucionario, ¿cómo es que decidió arriesgarse por algo así?

—Y eso es lo que tengo que averiguar —responde Laura.

—Veo que te ha cundido esta última semana, Laura —dice María.

—Y no te pienses que me he pasado el día con esto. Que una tiene otras necesidades. —Le guiña con descaro el ojo a Francisco, quien se enciende como una bombilla—. Bien, y, por último, sabéis que han echado al director del Instituto, ¿verdad?

—Hombre, después del revuelo no quedaba otra —añade de nuevo María.

—Bueno, bueno… —responde Laura—, ya sabéis que cuando quieren aguantar a alguien en un puesto, lo aguantan. Claramente les interesaba no tenerlo a la cabeza. —Hace una pausa para generar suspense—. Lo tenían reservado para alguien. —Ahora la pausa es más larga—. Y esa persona es Peter Bucher —revela rompiendo la intriga —. Uno de los investigadores colaboradores. Aún no circulan fotos suyas… ¿Te suena, Antonio?

El médico se ha quedado blanco. Traga saliva y responde, con la voz colgando de un hilo.

—Es mi psiquiatra…

48

mentira

Horas después (por la noche)

Tanto a Laura como a Alphonse les gusta dormir en su cama, por eso han acordado ceder cada día uno. Como la noche anterior durmieron en casa de Laura, hoy les toca en casa de Alphonse.

Laura se asoma a través de la ventana perfilada con un moderno PVC negro que contrasta con el blanco límpido de las paredes. La casa de Alphonse es diáfana, moderna y se puede comer en el suelo, pero no le transmite sensación de hogar; aún así, para pasar la noche es cómoda. Eleva la copa de vino al trasluz del cristal, donde cae la luz del foco; lo encara y se detiene a analizarlo visualmente. El color dorado del vino blanco la mantiene absorta. Se aproxima la copa y aspira su olor el tiempo justo, con moderación, evitando que se fatiguen sus bulbos olfativos. Se introduce el vino en la boca y paladea el azahar, el limón, el clavo, el roble y el suave toque de miel. Respira profundamente; le encanta ser capaz de hacer una cata como una experta, sin que el alcohol le sirva como medicina. Siente un torrente de autocontrol cuando lo hace.

Alphonse se detiene a mirarla y comprueba lo excesivamente largo que ha sido el trago. Se acerca a ella y aproxima su copa, animándola a brindar. Laura choca suavemente.

—Alphonse Meyer, ¿me vas a contar ya qué celebramos?

A Peter se le retuercen las entrañas cada vez que se escucha mentar así; se siente un estafador, un usurero.

—Señorita Hidalgo —pronuncia seductor mientras acerca su cuerpo al de ella—. Tiene frente a usted al nuevo director. Me han ascendido.

—Director ¿de dónde? —pregunta, haciéndose la dura, perpetuando el juego de poder que hace de antesala al sexo—. Quizás le apetezca al nuevo director decirlo en los medios. No sé, se me ocurre que, tal vez, una tal Laura Hidalgo podría hacer un reportaje sobre el funcionamiento de su unidad. A la gente ahora le interesa la salud mental. —Guiña el ojo.

Peter se separa de ella, da un trago a su copa y le retira la mirada. Laura entorna los ojos en señal de desafío.

—¿Ocurre algo?

—¿Ya vas a retomar el trabajo? ¿Vas a volver?

—No sé, voy a días. Iré viendo. Hay veces que me apetece volver, pero, cuando vuelvo a poner los pies en la tierra, me doy cuenta de que no; que es mejor que cierre todo antes de retomar mi vida. —Laura se levanta del sofá.

Peter empieza a notarse nervioso; mira a Laura y baja la mirada. Quiere decirle que sí pasa algo; le gustaría sincerarse con ella y contarle que no consigue dormir por las noches porque quiere vivir con ella una relación real, quiere ser él, pero a la vez no serlo. Se odia por haberle ocultado la verdad. Quiere decirle: «Deja de buscar cada día por favor, no pierdas tiempo en eso. Soy yo a quién buscas. Estoy aquí, frente a ti». Pero es tan difícil hacerlo…

Cada vez se siente más ahogado; la mentira se está inflando más. Deja la copa sobre la mesa, va hasta ella, le quita la copa de la mano, vacía en su boca el líquido y la deposita sobre la mesa. Se acerca a Laura, la mira, inquisitivo, como un tigre a punto de atacar a su presa, y la rodea por la cintura. Ella sube uno de sus pies, dejando el tacón en el aire, y él le quita el zapato, con delicia, haciendo que tenga que apoyarse de puntillas con los pies para permanecer frente a él.

—No me has respondido… —insiste Laura.

Peter coloca el índice sobre sus labios, invitándola a guardar silencio. Le besa el cuello y desliza sus labios desde la clavícula hasta detrás de la oreja, recorriendo con su lengua toda la topografía de su cuello, acabando con un susurro al oído: «Quiero hacerte el amor a todas horas».

—Maldito cabrón. Sabes cómo anular mi cabeza.

Eleva su cuerpo sobre el pie descalzo y deja al aire el otro tacón. Peter se lo quita y el zapato cae al suelo, junto al otro. Laura entrecruza las piernas en su espalda y él la lleva hasta su dormitorio. Después de cuarenta minutos de juegos y lujuria, se queda desparramada sobre la cama, sin fuerzas. Peter se inclina sobre ella y le besa la punta de la nariz; va a darse una ducha.

Laura mira hacia la mesita de noche y ve el teléfono móvil y la cartera de Peter. No sabe por qué lo hace, pero siente que tiene que hacerlo; coge el móvil, desliza el dedo por la pantalla y lo desbloquea. Encuentra su propia foto como fondo de pantalla, cosa que no le sorprende porque le vio el otro día ponerla. Curiosea la galería de imágenes; quiere ver alguna foto de sus padres, Alphonse no le habla de ellos. Encuentra algunas fotos suyas desnuda, lo que le provoca una pequeña carcajada, fina y juguetona, pero segundos después, cuando deja de ver la intención morbosa, se enfada. ¿A santo de qué tiene fotos suyas desnuda? ¿Y si la cosa va mal? No se fía, por eso las borra, sin pensarlo. Cierra la galería; no ha encontrado mucho. Revisa la lista de llamadas; ve algunas extensiones, llamadas de centros de salud que tiene apuntados en la agenda, llamadas a otros médicos…, y encuentra un nombre que le llama especialmente la atención: Manuel Plaza.

Se incorpora de la cama con rapidez, notando cómo el corazón le golpea el pecho. ¡Plaza: el dueño de la farmacéutica con la que habían

trabajado los médicos que la sometieron a la intervención!

Se queda bloqueada.

Segundos después vuelve a activarse y comprueba la fecha de la llamada: hace tres semanas. Desliza hacia abajo el dedo, buscando otras llamadas de la misma persona: las encuentra. En muchos días diferentes. El hombre con el que se acuesta ha llamado muchas veces a ese tal Plaza y también ha recibido llamadas suyas. Una de ellas es del mismo día de la intervención; también hay llamadas al día siguiente, al siguiente y al siguiente, y el anterior a la intervención y el de antes y la semana anterior, y un sin fin de llamadas a ese número y desde ese número. Intenta calmarse y acompasar el ritmo de sus pulmones. Vuelve a la pantalla principal y medita durante un instante. Accede de nuevo al registro de llamadas y, algo más calmada, revisa la lista entera. Tiene que darse prisa: Alphonse suele ser rápido al ducharse. Levanta la cabeza cada vez más frecuentemente para comprobar que no sale del baño. Encuentra otras llamadas que antes no había visto mientras buscaba obcecada las llamadas de Plaza: las de Santiago Rojas. Sabe de sobra quién es. Lo conoce demasiado bien. ¿Qué hace Alphonse llamando a ese egocéntrico, falso, extravagante y desagradable hombre que maquilla sus modales de cromañón delante de las cámaras? ¿Qué tiene que ver su novio con ese hombre? ¿Y con el dueño del laboratorio?

Se siente idiota por haberle confesado todo; se siente engañada, estafada. Le ha contado sus problemas a un tipo que no sabe quién es. El estómago le arde.

Deja el móvil en la mesita y coge su cartera mientras levanta la mirada con frecuencia. Busca el DNI, lo saca y mira su foto; se detiene a mirar su nombre y una bocanada de aire se le escapa de los pulmones: Peter Bucher. Le viene una imagen a la cabeza; lo vio. Aquel día, al despertar de la intervención, él estaba allí. Le pinchó en el culo porque se había agitado. Él es el que busca: el tipo que acaba de hacerle el amor.

La rabia la devora por dentro y, cuando Peter sobrepasa la puerta de la habitación con la toalla en la cintura y el pelo alborotado, la encuentra sentada sobre sus piernas en la cama, con el DNI en la mano y el rostro crispado de rabia.

—Aún no me has respondido a la pregunta —le dice, mirándole fijamente. Conteniendo la ira, le pregunta a gritos—: Peter, ¿de dónde te han hecho director?

49

la desventaja de la duda

Segundo día de libertad

Álvaro Rivera cogió ayer un vuelo después de que le llamara por teléfono Suárez y le contara todo: que había comparecido ante los medios la tarde anterior, que los sujetos habían recobrado la memoria, pero que se habían escapado unas horas antes y que a Peter le había dado un infarto.

Durante el trayecto pudo reflexionar y llegó a dos conclusiones: la primera, que los investigadores habían desafiado al destino y, por lo tanto, tenían lo que merecían; y la segunda que se arrepentía de haber intentado arreglar con Mar las cosas: estaba claro que había sido un viaje forzado. La mira, ahí, sentada a su lado, sin cruzar palabra, y se reafirma en lo que pensaba antes de partir a Cancún: que el matrimonio, *per se*, es un tedio; una concatenación de rutinas y de aburridas previsiones que le hacen a uno abrir el saco de la melancolía. Definitivamente, el matrimonio acaba con uno, si uno antes no acaba con él. Ahora mismo no va a pedirle el divorcio a su mujer porque bastante tiene con los problemas del trabajo, pero, en cuanto todo tome lugar, lo hará.

Ayer, Álvaro Rivera desembarcó en el aeropuerto Adolfo Suárez-Madrid Barajas con las ideas claras y dispuesto a dar un golpe encima de la mesa y zarandear a todos los que bailan a su alrededor. Y hoy sigue en las mismas. Por el maldito síndrome transoceánico no ha pegado ojo, por eso ha llegado al trabajo antes que nadie. Por eso se va al despacho hasta que sean las ocho: la hora de la reunión que ha convocado. Ha citado a todos menos a Belinda; ya no trabaja con ellos: ha gestionado una excedencia, antecedida por sus vacaciones correspondientes.

***

Suárez entra al observatorio y cuelga el abrigo en el perchero, junto a la bata que se puso el día de la intervención. Sabe que Álvaro no les ha convocado para sacar conclusiones sobre el estudio ni para pedirles explicaciones. Les ha convocado para echarlos; para abrirles un expediente o para inhabilitarlos como médicos. Javier y Diego, que acaban de entrar, también piensan como Suárez; al director no le va a temblar el pulso. Solo falta Peter.

Suárez se pasea por la sala mientras Javier mira a Diego, provocativo. Sabe reconocer ese brillo especial en sus ojos; sabe que le ha pasado algo interesante y por eso lo presiona con la mirada para

que se lo cuente, pero Diego le esquiva. De repente, se abre la puerta y aparece Belinda, quien viene con paso firme y serena, saludando con un seco «buenos días» y con la clara intención de no buscar refugio en ninguno. Sus pasos no parecen una promesa de continuará: más bien insinúan un adiós; un fin inminente. Un me marcho yo antes de que me echen.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Suárez.

—¿No puedo venir a por mis cosas? —responde ella mientras percibe a Javier escrutando su cuerpo: de arriba a abajo, del derecho y del revés. No tiene ganas de tonterías: no viene a explicarle a nadie lo que hizo ni lo que dejó de hacer.

Se acerca a la mesa y coge su cuaderno; es básicamente lo que ha venido a buscar. Ahora que todo se acabó no quiere que nadie encuentre sus anotaciones sobre los sujetos. Se gira y se topa con Diego, quien se acerca a su oído para hablarle mientras ella sigue embutida en esa personalidad que ha decidido sublevarse hace poco.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien? —Belinda aprieta el cuaderno con fuerza contra su pecho y asiente. Él añade—: Sé que tú no abriste la puerta.

Belinda lo mira, intentando buscar en sus ojos una respuesta que no entiende. Lo rebasa, dejando la pregunta en el aire, y se marcha dando un portazo. Al instante, abre la puerta Peter.

—¿Qué le pasa? —pregunta a modo de saludo.

—Que cree que la culpamos de la fuga —explica Javier.

—Pues cree bien —responde Peter, a pesar de que no estuvo ayer ni antes de ayer en el Instituto y que, por lo tanto, no debería opinar.

—¿Por qué estáis tan seguros? —contraataca Diego.

—¿Y tú por qué la defiendes? —le reprocha Javier—. Pues claro que fue ella. ¿Quién si no?

—¿Por qué cargáis todos contra ella? Cualquiera de nosotros pudimos cometer el error de dejar la puerta mal cerrada, incluso tú mismo, Javier, cuando les dejaste el desayuno…

—¿Me culpas a mí antes que a ella? —se le encara—. A ver si sabes reconocer la verdad, que Belinda de monja tiene poco.

—¡¡¡Ya está bien!!! —grita Suárez con rabiosa autoridad—. No estamos aquí para buscar culpables. Como sabéis, nos ha convocado Rivera: quiere hablar con nosotros.

—¿Hablar con nosotros? A lo que viene es a echarnos. ¿Si no a santo de qué vuelve de ese viaje? —conjetura Javier.

—Suárez, —Se acerca a él Diego—, necesito salir dos minutos. Te prometo que vuelvo enseguida. —Suárez asiente; sabe de sobra dónde va. Solo espera que no estire esos dos minutos como la última vez que le dijo lo mismo.

—No tardes: voy a avisar a Rivera de que estamos todos.

***

Belinda está en el despacho recogiendo los pocos objetos personales que tiene allí: un par de plantas, una decoración de macramé que descuelga de la pared, los libros y poco más. Ha atravesado la sala de reuniones imponiéndose a sus andares, aguantando estoicamente las inexorables miradas acusatorias de Javier, quien, en lugar de darle las gracias por haberles ayudado, lo que ha hecho con esos ojos de juez ha sido colocar sobre ella la desventaja de la duda. Vale que pueda pensar que les ha traicionado, pero eso no es del todo cierto. El hecho de ayudar a los sujetos a escapar ha sido un acto higiénicamente humano. Ya no tenía sentido retenerlos: habían recobrado la memoria. Ella había intentado ayudarlos durante todo el encierro, intentando avanzar hacia nuevos planes mientras ellos, sus compañeros, no hacían más que ponerle trabas. Por no decir que había tenido que tirar del carro porque él llegaba drogado, porque Peter se había infartado, porque Suárez estaba sobrepasado y porque Diego no tomaba partido en nada, como siempre. Además, ella también es humana, también tiene un punto de fragilidad; no se la podía estirar, masticar y pisotear como a un chicle, porque no volvería a su forma previa. Ella también ha perdido con todo esto de la investigación: ha perdido horas con su hijo, la confianza en Plaza, el respeto con Rojas y la decencia con Suárez. Y, además de todo eso, la que estaba sola en el observatorio soportando la tristeza de Antonio era ella.

Aunque, para ser sincera consigo misma, debe admitir que quizás no debería haberles abierto la puerta y que sí, que puede que soltarlos no fuera la mejor solución, pero ya no podía más. Ni podía más entonces ni puede más ahora; por eso, a pesar de notar un mordisco en la conciencia, no va a pedir perdón. Porque sí, porque ya es hora de cometer errores y no machacarse después, porque tiene que ser consecuente con sus actos y alzar la cabeza. Por eso mismo se marcha: porque sí, porque quiere.

Alguien toca a la puerta y rompe su abstracción. Mientras retuerce entre sus dedos el cable del teléfono, da permiso para entrar a pesar de que no le apetece ver a nadie.

—¡No tienes que castigarte! Tú no hiciste nada… —le dice Diego nada más verla, avanzando hasta su mesa mientras ella le espera de pie; ha dejado de manosear el cable.

—¿Crees que necesito que me defiendas? —Cruza los brazos y le mira fijamente.

—No —contesta, conciso —. Sabes defenderte sola, pero quiero ayudarte.

Belinda resopla; siente que tiene que cortar con esta situación de raíz de una vez por todas.

—¿Sabes por qué me acosté contigo? —Diego se pone ceñudo y espera en silencio: no pensaba encontrársela en guardia—. Lo primero, por un impulso; eso si buscamos la parte irracional. Y si buscamos la racional, diría que porque pensaba que tu practicidad la aplicarías también conmigo y me dejarías en paz. No pensaba que me colocarías en la posición de víctima como acostumbráis a hacer los hombres de esta sociedad patriarcal.

—Pero ¿qué dices? Lo que pienso es mucho más sencillo que todo eso. Lo primero: me gustas. Lo segundo: quiero portarme bien contigo. Fin, no hay más.

—Lo que te digo: empiezas por querer portarte bien conmigo, pero acabarás protegiéndome, invitándome a cenar, regalándome pulseras… hasta que acabe relegada al asiento del copiloto y te apropies de mi coche. —Diego no entiende nada. Aun así, se inclina hacia ella con actitud conciliadora, pero Belinda zanja la conversación con unas gélidas palabras—: Siento decepcionarte, pero sí: fui yo quien les ayudó a escapar.

Belinda rompe a llorar cuando Diego cierra la puerta; otra vez esa maldita androfobia le ha empujado a hacer cosas que no quería. Ella no es así. Por mucho que intente hacer estallar sus miedos y envararse frente a los hombres, pasear delante de ellos con cierto decoro y hacer valer su opinión, la realidad es que solo consigue hacer daño. Esas malditas imágenes de Rojas le vienen a la mente como fogonazos contra un paredón; le nublan y le desorientan. Será mejor que se siente e intente serenarse y desembozar sus emociones. Tiene que dejar de buscar en esas pequeñas crisis cíclicas pretextos para la frustración, aceptar lo que le ha pasado y lo que le pasa y asumir que puede pasarle algo horrible en el futuro. Y que entonces tampoco será para tanto. Porque vivir expone a sufrir y es inevitable tropezarse a lo largo de la vida con alguna desgracia que le haga a una tambalearse por un momento, pero que le permita seguir caminando después.

Diego se marcha con el ánimo rasgado y las esperanzas de conquistar a Belinda en los pies; ha reventado sus pretensiones, ha rasgado su fe, ha quebrantado su confianza, astillado su inocencia, arruinado el estudio. Belinda no es así: todo esto ha debido afectarla mucho; debe estar estresada y, en consecuencia, irascible, porque jamás se ha comportado de una manera tan déspota. Vuelve sobre sus pasos hacia la sala de reuniones y cuando abre la puerta se encuentra con Álvaro Rivera, quien le recibe con una frase:

—Como te imaginas, Diego, quedas destituido del puesto, al igual que tus compañeros.

50

un cambio de mirada

Nueve días después del suicidio

A Mar ya no le gustan las cortinas ni el edredón de la habitación 231; ni siquiera la mirada de Roberto le parece limpia. Ya no se fía de sus palabras: le ha dicho demasiadas veces que va a dejar a su mujer, pero no lo hace. Empieza a cansarle que la vida de ambos tenga que restringirse a una habitación de hotel. Roberto sirve una copa de vino y se la ofrece, pero ella la rechaza.

—Creo que has olvidado que soy tu jefa —le dice, arrogante.

—Lo eres porque te dejo serlo —le responde él con un toque de gracia, pero no provoca en ella la más mínima simpatía.

—Aunque este plan lo elaboramos juntos, la idea de patentar la vacuna fue mía; así que hazme el favor de no desprestigiarme y recuerda que te permití ser socio de mi empresa, pero que la dueña sigo siendo yo. ¿Me comprendes?

—Perfectamente. —Camina hacia ella con la copa en la mano. Se detiene a mirarla y desliza los dedos de la otra mano sobre su hombro, dejando adivinar la trayectoria que pretende seguir con sus dedos.

—Deberías saber lo que nos gusta a las jefas —Roberto detiene el recorrido de la mano y afila la mirada—, sobre todo a las que tenemos socios apuestos. —Le da un palmetazo en la mano, haciendo que él la retire—. ¿Sabes qué quiero? —Roberto la invita a darle su respuesta elevando el mentón—. Quiero que estés tan pendiente como yo de los datos de salud pública.

—Lo estoy —se defiende.

—No, no lo estás. Si lo estuvieras, te habrías enterado de que los casos de alergia se han incrementado mucho. —Roberto se acerca a ella más pausado, tanteándola—. Hace cinco años que empezamos a estudiar la histamina, Roberto. Quiero que te preocupes por mi laboratorio tanto como por cualquiera de tus hoteles. ¿Me entiendes?

Roberto pone las manos sobre sus caderas y las atrae hacia él. Reconoce que Mar ha tenido mucha paciencia. Cuando se conocieron, él ni siquiera tenía a su primer hijo y, prometiéndole que dejaría a su mujer, lo que ha hecho ha sido tejer una doble vida que ahora es incapaz de deshacer. Es consciente de que ha estado tirando de la cuerda demasiado y ahora está a punto de romperla. Será mejor que la tome en serio.

Mar es una mujer inteligente que hace cinco años tuvo una idea magnífica: estudiar la histamina y todas sus modificaciones para crear con ella una vacuna revolucionaria, que acabase siendo imprescindible

para todos los alérgicos y que fuera cubierta por la seguridad social. No se puede comparar una alergia con un virus mortal, eso está claro, ni siquiera con un virus de esos justicieros o de los que provocan daños colaterales, pero la idea de ofrecer calidad de vida a una masa social que cada vez buscaba tener menos molestias era buena. Además, no les resultaría difícil conseguirlo: podían contar con su hermano para ello. Por un lado, estaban los dirigentes: ¿quién mejor que un ministro de Sanidad que lleva tres legislaturas en el cargo? Y por otro lado estaban los destinatarios de las políticas, los ciudadanos: ¿quién vería mal tener otra prestación sanitaria más de forma gratuita?

Por lo tanto, en España lo tenían fácil. Y, con respecto al resto de países, no sería complicado: cuando hubieran extendido su vacuna por todo el territorio nacional, podrían demostrar con estadísticas la cantidad de histamina suministrada en el estado, así como sus beneficios. Respaldados por sus buenos resultados, no tendrían ningún problema para expandir filiales a otros países; de esa parte en concreto se encargaría Roberto, que para eso era el gran empresario.

Ahora que lo ve con otros ojos, Mar se convence de que ha sido injusta con Álvaro; él no se merece que se haya cargado con su pasotismo y su menosprecio la relación tan bonita que tenían, y menos por un tipo que solo la quiere para pasear su lengua por toda su topografía y tenerla dispuesta cuando le apetezca en la habitación 231. Y menos aún se merece haber perdido su trabajo. Ha sido su culpa; lo sabe, y por eso no va a dejar de buscar la forma de compensarle por el daño que le ha hecho.

No quería hundirlo, de verdad que no; pero cuando se enteró de que el jefe de servicio del Instituto donde trabajaba su marido había empezado a estudiar la histamina junto con el laboratorio de la competencia, no le quedó otra que impedirlo. Aunque no fueran a utilizar la histamina con el mismo fin que Roberto y ella, más tarde o más temprano lo harían: intentarían hacerles la competencia. Por eso tenían que evitar que a Plaza le fuera bien con la nueva investigación. Porque si alguien tenía que hacerse con el monopolio de la histamina esa era ella, que había empezado antes a investigarla.

Roberto, al principio, no le daba importancia: ¿qué tendrá que ver con ellos un laboratorio que usa la histamina para otra cosa? Mucho, le hizo entender Mar, porque al final acabarían usándola para otras cosas, hasta crear vacunas antialérgicas.

Hoy, sin embargo, Roberto ha sabido leerla perfectamente: ha entendido que su empresa le importa más que él, más que cualquier hombre. Ya le ha avisado en varias ocasiones de la necesidad de que tomara en serio a Somnifarma y él no le había dado la importancia que debía. Hasta ahora, que ve a Mar bien segura de lo que dice.

Mar sigue pensando que la vacuna le va a dar más dinero que los neurolépticos, puede incluso que más que los ansiolíticos, los analgésicos y los antiinflamatorios, por una razón muy sencilla: los antihistamínicos también los necesita mucha gente.

Ahora mira a Roberto sentado en la cama, con las piernas cruzadas y la copa vacía y se dice a sí misma que se acabó: ya no va a jugar más con ella.

Roberto la mira: está con los pies clavados en el suelo y con los brazos cruzados, tanteándola, esperando para decirle lo que quiere escuchar, como siempre. Pero esta vez hay un brillo extraño en su mirada, un resplandor que nunca antes había visto: es la luz de la victoria. Parece que Mar va en serio. Tiene que admitir que lleva demasiado tiempo jugando con ella y que ha llegado el momento de parar. Tiene la obligación tácita de cumplir con su parte del trato: debe untar el bolsillo de su hermano porque les ha quitado de encima a Plaza y a Suárez y tiene que terminar de perfilar con él la inclusión de la vacuna en la cartera de servicios de salud, para que todos los ciudadanos puedan tener acceso a su vacuna gratuita.

Mar alardea de que es la jefa, pero sin él no podría haber hecho nada ni podrá hacer lo que pretende. Roberto lo sabe, pero no se lo va a decir; lo que tiene que hacer ahora es relajarla y volver a llenar su depósito de pasión.

—Cariño, —Se incorpora de la cama y camina hacia ella—, te prometo que pronto te voy a sorprender. —La mira al fondo de los ojos, intentando aplacarla—. Vamos a empezar una vida juntos.

—Roberto, te quiero, pero no voy a consentir que me manejes. Cada uno pone punto y final cuando quiere. No juegues con mi disposición a amarte.

51

un recuerdo que olvidar

Algo más de un mes desde la intervención

Laura conduce escuchando el GPS, algo que le aburre tremendamente. Ya ni siquiera la entretienen las canciones de la radio: aunque suba el volumen, no la arrancan de ese bucle de pensamientos que empieza en Peter y acaba en Isabel. Hace solo unos días que ha desmantelado a Peter y su mentira, y sigue rabiosa. Aún no sabe si lo va a denunciar; de momento lo que sí hace es amarrar su impulsividad. Tiene que pensar bien en la estrategia.

No le ha quedado otra que engullir su orgullo y embutirse en un vestido para acudir a las bodas de oro de sus tíos, los padres de Isabel. Viene con la sonrisa impostada preparada, para cuando tenga que plantarles un par de besos a cada uno o retirarse al escuchar a su madre decir cualquier barbaridad o cuando empiece a echarle en cara que no le ha devuelto las llamadas de hace días. Va a tener que tragarse la ceremonia de amor estanco y perpetuo en el tiempo, en el que no cree, y menos ahora. El verdadero amor, de existir, sería algo perecedero, como las flores en primavera. Y si no que se lo digan a su hermano, que al pobre le ha dejado la mujer después de años de matrimonio y dos hijas en común. Está hecho polvo. Tiene ganas de verlo; aunque han intentado quedar, últimamente ha sido imposible. El GPS le informa de que ha llegado a su destino; aparca el coche en el descampado y se cambia las deportivas por los zapatos. Esos zapatos con tacones de infarto que ha usado dos veces y que no se lo ponen fácil. Intenta caminar con decoro por el césped, mientras otea la casa desde la distancia; les ha debido costar una fortuna el alquiler: es un espacio colosal. No conocía el lugar, no suele visitar las villas a las afueras de Madrid.

Se adentra en un jardín más cuidado que el césped que ha dejado atrás y rebasa una fuente de ángeles; eso sí que le parece anticuado y no usar cafetera italiana como le reprochaba siempre Alphonse, o Peter…, ya no sabe ni cómo llamarlo en su cabeza. Avanza y deja atrás una fuente arabesca, puntos de agua junto a pequeñas cascadas, atraviesa un puente que le recuerda al Puente Japonés del cuadro de Monet y finaliza el paseo recibida por una hilera de almendros en flor con forma de bifurcación. Mira a su alrededor y ve plantas rojas y amarillas que no sabe cómo se llaman, pero que tiñen de color el lugar y delimitan el terreno.

La atisba desde lo lejos mientras intenta no descoyuntarse con los

tacones: ahí está Isabel, en la entrada, recibiendo a los invitados. El corazón se le descarrila y un calor fulminante le sube a la cara, aunque no se detiene, sigue avanzando hacia la casa. La tiene casi al lado; es inminente que le hable. Solo espera que no note lo nerviosa que está.

La mira de soslayo: está guapísima. Lleva puesto un traje rojo de chaqueta y pantalón y se ha pintado los labios de rojo frenesí. Con esos labios, que parecen pintados bajo un manto de brujería, solo va a conseguir que el cielo se deshaga sobre ella si la mira fijamente. Por eso intenta apartar la mirada, pero Isabel la llama.

—Laura. —Se gira fingiendo una alegría postiza—. ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás?

—Bien, bien. —Le da dos besos—. ¿Y tú? —No puede evitar desviar los ojos hacia su vientre; su expresión radiante, puramente teatral, se apaga al verlo más abultado.

—Te presento a mis hijos: Adrián y Mario —dice cuando los niños vienen hacia ella.

Laura se detiene a mirarlos: son dos pequeños satélites con forma de hombrecillos, vestidos con pantalón beige, camisa blanca y zapatos azules, que no dejan de girar alrededor de su madre y que tienen cada vez el pelo más alborotado y sudoroso. Deben tener dos y tres años, o quizás tres y cuatro; eso de adivinar las edades nunca se le ha dado bien. Aunque no le gustan los niños, tiene que reconocer que son graciosos; han conseguido arrancarle una carcajada.

—Me alegro de verte. —Despega la vista de los niños al escuchar a Isabel y alza la cabeza.

—Y yo —responde; no quiere sonar desesperada, pero tampoco desconsiderada.

Se ha creado un silencio incómodo que Laura rellena con la misma sonrisa impostora de antes, mientras intenta aflojarse el cinturón del vestido y repasa con recato a Isabel; tiene la piel brillante.

—Espero a mi tercer hijo —le informa su prima de sopetón.

—Enhorabuena, es lo que querías.

Isabel no sabe cómo abordar a Laura y su tirantez. Desprende resquemor en cada frase que dice, con su tono, con la catadura de su cara, aunque intente ocultarlo. Le gustaría que las cosas fueran de otra manera con ella, pero la conoce y sabe que cuando está con esa actitud es infranqueable.

Laura saca la pitillera del bolso, le pide permiso para fumar y se enciende un cigarrillo. Gira la cabeza al lado para expulsar el humo y aprovecha para barrer la zona con la mirada. Está buscando al hombre que quiere pero no quiere ver, el que debería estar al lado de Isabel. Ve a su madre, quien la saluda festiva con la mano y se dirige hacia ellas, seguida por su padre y su hermano. Todos se saludan. Laura

estudia a su hermano; está infinitamente más delgado: ha perdido bastantes kilos, horas de sueño y claramente autoestima. Tiene la mirada desterrada, perdida.

—Hija, ¡qué flaca te veo! —le dice la madre. Se gira y mira a Isabel, le pone la mano en la barriga esbozando una pequeña sonrisa y le habla—: ¡Que guapa estás! ¿Ya sabes si tendrás la nena?

—Aún no se sabe. —Le devuelve la sonrisa.

—Y tú, —Se gira de nuevo hacia Laura y le habla con el dedo enhiesto—, mañana vienes a casa, que te vas a llevar unos cuantos botes de caldo y croquetas.

—Deja a la niña, que ya es mayorcita. Además, ¡está muy guapa! —tercia el padre. Y los dos se enfrascan en una discusión.

—Que pesada está mamá. —Se acerca a ella su hermano y le habla a media voz—. No veas la matraca que me ha pegado a mí con lo mismo.

—¿Cómo estás, Mateo? —pregunta con ojos pesarosos.

—Ahí voy. Lo peor de todo es no poder ver a los niños cada día. Lo que más me jode —dice, musitando pero enfadado— es que el tío duerme allí con ellos y yo no puedo darles ni un beso de buenas noches. —Laura le acaricia el brazo y lo entrelaza con el suyo.

—Hoy tú y yo vamos a brindar por la libertad. No la valoramos como toca.

De repente llegan los novios, prorrumpiendo animosos, cogidos de la mano y repartiendo besos volados, saludando a los invitados con la mano que tienen libre. A Laura le parece divertido; parecen dos adolescentes. Coge el saquito de pétalos de rosas blancas que le da uno de los niños de Isabel y les lanza los pétalos, como el resto de los invitados. Alguien suelta globos dorados que se escapan por el cielo mientras los niños hacen sonar los matasuegras, con el rostro encendido de esfuerzo y sudor. La gente aplaude, sonríe y el ruido no cesa hasta que Isabel hace aspavientos a los invitados para que pasen dentro.

Los camareros desfilan con bandejas en lo alto; ya ha probado la tartaleta de trigo con brandada de bonito, la cucharita de pulpo con pimentón de la Vera y otros seis aperitivos de nombres más raros, pero todos exquisitos. No pierde a Isabel de vista, aunque esté hablando con su hermano; la controla de tanto en tanto. Se muere de ganas por hablar con ella, pero sabe que es mejor no hacerlo. Se le acerca un camarero y coge una copa de vino de su bandeja, le saluda con cortesía y lo prueba: es espumoso, le gusta. Detiene a otro camarero y le pregunta qué tipos de vinos tienen, a lo que él le responde con una retahíla de vinos ligeros, secos, espumosos… Laura se ha perdido hace tiempo en la explicación. Coge una copa de vino blanco y le da la gracias al camarero.

Ve demasiada sofisticación en la ceremonia; su familia no es así de pulcra, de adinerada, de detallista. Si las cosas no han cambiado, su tío Juan, el padre de Isabel, no se habrá vuelto un enófilo y su tía Pilar nunca ha sido tiquismiquis, por eso mismo le chirria el despliegue que ve ante sus ojos: la cantidad de invitados, el lujo del lugar, la cantidad de vinos diferentes, de aperitivos sofisticados… No cabe duda de que el dinero de Roberto Rojas ha tomado partida en la ceremonia.

Deja la copa de vino sobre una de las mesas altas, abre el *clutch*, saca la pitillera y se enciende otro cigarro. Aprovechando que su hermano se ha marchado, va a buscar a Roberto Rojas; tiene que tenerlo vigilado. Da una calada y saborea la nicotina, mirando al frente. Los invitados están contentos, los niños entretenidos con los animadores y su hermano parece más animado; es la tercera copa que se toma: al fin disfruta de su libertad. Su madre está enfrascada en una conversación con su tía desde hace rato y su padre degusta los canapés mientras cabecea; está escuchando a su cuñado con atención.

—¿Me estás evitando? —Le entra la voz de Isabel por la espalda, sobresaltándola.

—¿Qué? —Al darse la vuelta, la ve; no tiene a los niños girando a su alrededor.

—Tu padre tiene razón: estás muy guapa. ¿Cómo has pasado estos años?

Laura coge aire. Quiere transmitirle en pocas palabras el sarpullido emocional que tiene por dentro sin parecer enferma. Ante su silencio, Isabel le roba el cigarro de la mano.

—¿No me vas a responder? —Le da una calada.

—¿Qué haces? ¡Estás embarazada! —Intenta quitarle el cigarro.

—¡Chsss! Hoy es un día especial —responde, escondiendo el cigarro en la espalda—. No me has respondido…

—Bien y mal. —Dibuja en su cara un atisbo de sonrisa—. Yin y yang, ya sabes. —Isabel sonríe con recato al recordar el significado de esa frase.

Laura se enciende otro cigarro después de entender que no va a recuperar el que le ha robado Isabel. Aunque no debería fumar, con su gesto, Isabel ha conseguido destensar un poco el ambiente. Los niños vienen corriendo hacia su madre, quien al verlos tira el cigarrillo al suelo y lo pisa. El mayor hace aspavientos mientras chilla y se estampa contra su pierna; el pequeño llega después y le echa los brazos.

—Dice el ginecólogo que no coja peso —le dice a Laura mientras se lo carga encima—. Explícaselo tú a este bichillo. —El niño se agarra fuerte al cuello de la madre e Isabel le hace un gesto con la cabeza a alguien—: Quiero presentarte a mi marido.

A Laura se le atraviesa la noticia en el estómago y no consigue

digerirla, hasta que al final consigue desmenuzar los nervios. El tipo se acerca con paso seguro y mirada firme. Un arsenal de recuerdos le bombardean la mente: se acuerda de todas las noticias que ha leído sobre él, su imagen de las fotos de la red, su contrato de Zimbabue…

—Roberto, Laura, Laura, Roberto. —Laura pone la mejilla intentando no rozarse demasiado y estira los labios a ambos lados sin enseñar los dientes—. Roberto es mi marido y el padre de estos renacuajos. Laura es mi prima.

—Así que la famosa prima Laura… Isabel me habla mucho de usted, seguimos sus entrevistas con entusiasmo.

Es nauseabundo escucharlo hablar con esas repelentes y pedantes palabras que lanza con fuerza, intercaladas por una sonrisa depredadora de caníbal. Por suerte, a Roberto le suena el teléfono y se aparta para hablar después de haberse disculpado.

—Así que mis entrevistas. Dime una cosa, ¿os sentáis abrazados en el sofá y veis mis reportajes? —Da la última calada al cigarro y lo hace volar por los aires. Isabel no habla—. Me imagino que no le has contado la verdad…

—¿Qué querías que le contara, que me metía en la cama con mi prima?

—Por ejemplo…

—Laura, que somos primas. Lo nuestro es imposible.

—Somos primas, no hermanas. Así ha sido siempre en los pueblos. El problema es que no asumes que te gusta una mujer… —Enciende otro cigarro.

—Fumas más que antes.

—¿Te importa?

—Me importas, aunque no lo creas.

—Ya… ¿Crees que porque no se lo hayas contado no lo sabe?

—Pues sí.

—Pues estás muy equivocada. —Laura no tenía intención de discutir con ella hoy; no había pasado años sin verla para acabar enzarzadas al primer encuentro, pero no puede callarse más. Mira a Roberto de nuevo, con esa sonrisa de dientes afilados y feroces y esos ademanes de hombre cortés con voz grave: le repulsa—. Te voy a contar la verdad: tu marido fue el que me envió por medio de mi antiguo jefe, Luis Pedrosa, a Zimbabue. ¿Y sabes por qué? —Isabel no responde—. Para apartarme de ti.

—Es imposible. Nos conocimos por casualidad y él no sabía nada de ti.

—¿Crees que un tipo como él, con su fortuna y su poder, no es capaz de investigar sobre ti y tus relaciones? Pues estás bastante equivocada, guapa. Roberto se encaprichó de ti y, como yo sobraba, me mandó a Zimbabue con un contrato de tres años, para que

estudiara la cultura de allí y otras cuantas cosas más. ¿Y sabes para qué? Necesitaba matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, buscaba datos reales para estudiar su viabilidad de negocio; quería montar allí safaris y organizar rituales y fiestas en medio de la tribu…, un bombazo, ¿no te parece? Y, por otro lado, tenía que apartarme de ti.

—¿Qué estás diciendo, Laura?

—Isabel, solo dime una cosa. ¿Has escrito algo desde que estás con él?

—No escribo, pero soy feliz —se defiende; sabe por dónde va Laura con sus insinuaciones—. Tengo dos hijos maravillosos y un tercero en camino.

—Ya veo que tus hijos son lo primero. No me has dicho nada de lo feliz que te hace Roberto.

—Me hace feliz —dice con un hilo de voz—, pero tengo que confesarte que tenía la esperanza de verte en la rueda de prensa. —Laura se sorprende ante tanta sinceridad.

—¿Qué rueda de prensa?

—Una a la que acompañé a Roberto. La daba un psiquiatra. Estaba también su hermano.

—¿Su hermano? ¿El ministro? ¿Santiago Rojas?

—Sí, ¿por qué?

Laura se queda masticando sus palabras.

—Laura, deja de maquinar todo el rato. Esta es mi vida y no quiero cambiarla. Soy feliz.

—¿Sabes qué, Isabel? Que no eres feliz. —Laura da la última calada al cigarro, lo tira al suelo, lo pisa y echa la nube de humo a la cara de Isabel—. Pero veo que quieres seguir engañándote. Yo, mientras tanto, voy a borrar mis recuerdos contigo: he aprendido que puedo hacerlo.

52

todo para mí

Once días después del suicidio

Pasar el fin de semana en la casa de la sierra ha sido un acierto. Ha podido desconectar; ha estado con quienes le importan y se ha reconciliado con el lugar. Volver a la agitación de la capital se le hace duro, y más cuando sigue teniendo un rimero de papeles sobre la mesa del despacho. Suena el móvil y lo coge; es Agustín Sánchez.

—Buenos días, Belinda.

—Buenos días, Agustín. ¿Qué tal todo?

—Bien, gracias. Belinda, te llamo para confirmarte que la mujer de Suárez no ha conseguido que el juez reabra el caso. No hay nada fuera de lo común: parece que el hombre quería quitarse del medio, simplemente. No sé si saberlo te sirve… Ya me entiendes.

—Gracias por la información, Agustín. Cualquier información que me haga entender me ayudará a asimilar. O al menos eso espero…

No es cierto; no busca información para pasar página: no puede hacerlo hasta que no entienda todo. Su madre no ha tenido nada que ver con la muerte de Suárez y, al parecer, nadie ha inducido su suicidio, lo que demuestra que se suicidó porque quiso, aunque no lo explicara en la nota. En cambio, escribiendo la nota sí que tenía la clara intención de ponerla a salvo. Pero ¿de qué? Ella no tiene la sensación de estar en peligro ni de que nadie pretenda quitarle lo que le pertenece. Recuerda la nota: «No dejes que te quiten lo que te pertenece». ¿Qué es lo que se supone que le pertenece?, ¿su herencia? La única persona a la que siente como una amenaza es a Fina, sin contar al malnacido de Rojas, pero eso no es nuevo, eso no ha cambiado durante los últimos meses. Por lo tanto, debería estar hablando de su mujer, ¿es eso? ¿Debía tener cuidado con ella?

Mira el montón de folios e intenta apartar los pensamientos de su cabeza; debería centrarse en terminar el trabajo pendiente, y más ahora que solo tiene un sueldo: el de la asociación. Se pregunta si sus compañeros del Instituto se habrán acostumbrado a su nueva vida tan bien como ella. Sabe que Diego está trabajando en una unidad de salud mental como psiquiatra; debería haber sido más amable con él cuando coincidieron en el entierro de Suárez, al fin y al cabo, es un buen hombre y no se merece sus desplantes y sus giros emocionales. También coincidió con Javier y lo vio mucho mejor. Lo han trasladado a una unidad de patología dual: aunque tratar a personas que consumen sustancias no sea lo más recomendable ahora para él. Con respecto a Peter, sigue tratándolo con respeto, aunque le desconcierta:

aún no le encaja que haya terminado ocupando el puesto de Álvaro Rivera. Está claro que le han enchufado.

Al recordar dónde los vio por última vez, le viene a la cabeza algo de lo que se había olvidado: el día del entierro, antes de que se colocara en la fila del pésame, se le acercó un hombre y, oculto entre la masa de gente, le dio una tarjeta. Le dijo que era el albacea de su padre y que, cuando pudiera, le llamara. Belinda guardó la tarjeta en el abrigo y se olvidó de ella. En cuanto llegue a casa tiene que acordarse de telefonearle.

Victoria llama a la puerta y se mete en el despacho; cierra tras de sí y se acerca a ella para hablarle a media voz.

—Belinda, ha venido una mujer que se llama Fina. Dice que quiere hablar contigo.

—¿Fina? —El corazón se le sale del tórax y se le adosa al pulmón, obstaculizándole la respiración. Victoria se da cuenta de su estado.

—¿Quieres que le diga que no puedes atenderla?

—No. —Se recupera—. No, hazla pasar. Gracias, Victoria.

Victoria sale y le franquea el paso a Fina. La mujer camina mayestática con su paraguas de burbuja transparente en la mano.

—Perdona la intromisión, querida. —Se sienta frente a ella—. Habían dado lluvia —le explica al verla con la mirada puesta en el paraguas—. Desde luego, no dan una. Mira, hace un sol radiante… —Belinda espera en silencio a que le dé una explicación y deje de caldear el ambiente; Fina le sostiene la mirada y habla—: Vengo a pedirte perdón —ataja—. Me siento confundida por todo esto que ha pasado. —Belinda nota cómo su tono de voz se va rebajando, cómo empieza a temblarle el pulso y la voz—. Él ha sido todo para mí, y ahora que lo he perdido… Es muy duro. —Se tapa con la mano los ojos que en un momento le rebosan de agua—. Él me lo confesó: hace años, me dijo que tenía una hija y que quería buscarla; te juro que quería encontrarte, pero yo no le dejé. No podía consentir que nadie se interpusiera entre nosotros; éramos felices así y una hija podría cambiarlo todo. Sobre todo, si era madre. Ya sabes lo que les pasa a los hombres cuando son abuelos: es como una llamada de la naturaleza… —Belinda no da crédito a lo que escucha—. Se sintió culpable durante mucho tiempo por no haberte buscado antes, pero yo le hice entender que no debía castigarse. Si las cosas estaban tranquilas, era mejor dejarlas así. En fin, ya sabes lo que pasa cuando se remueve un avispero.

Belinda cada vez lo tiene más claro: Fina es una celópata; una retorcida egocéntrica que dicta decretos bajo un manto de brujería y mala sangre, resistiéndose como un corderito a que la vida no gire alrededor de ella, mientras encandila con gestos hipnóticos y palabras acogedoras a quien tenga delante. Es un parásito que se ha pasado la

vida alimentándose de Suárez, empeñada en torcer las líneas del porvenir. ¿Podría haber llegado a esa misma conclusión su padre? ¿Podría ser cierto que la estaba avisando para que se protegiera de ella?

—Él me lo contaba todo —continúa—. Sigo sin entender por qué no me contó lo de la destitución. —La gélida naturalidad que arrastra en sus palabras es pavorosa—. Yo le habría apoyado. —Ante el silencio de Belinda continúa—: Vengo a pedirte perdón. Sé lo mucho que has sufrido, de verdad.

Belinda levanta la cabeza y Fina ve que en sus ojos arrastra la fuerza de la naturaleza.

—No tienes ni idea de por lo que he pasado. Él sí.

—Sé que el sinvergüenza de Rojas intentaba sobrepasarse contigo. Pero comprende que Alejandro no podía hacer nada… No me puedo imaginar lo difícil que ha debido de resultar todo para ti. Trabajando sola con cuatro hombres por los que no te sentías respaldada —la escucha decir con una voz que le parece cada vez más alejada—. Pero, volviendo a lo antes, como te comento, él no sabía que eras su hija, aunque, a pesar de ello, como hombre quería ayudarte. Sabes que el ministro es un hombre muy poderoso y, claro, ya sabes que tu… —rectifica; ambas saben que iba a decir «tu padre»— que mi marido debía llevarse bien con todo el mundo…

—¡CÁLLATE! —Se levanta para otorgar dureza a sus palabras. La agarra del brazo y la levanta del asiento. La mujer la mira espantada; intenta quitarse de encima las manos, pero sólo consigue dar un traspié—: ¿Sabes por qué no se enfrentó a él? Porque siempre ha sido un cobarde y un egocéntrico y es algo que la muerte no puede borrar. Pero eso a ti te da igual. ¿A qué vienes? ¿Eh?

—Querida, quiero que nos llevemos bien…, solo es eso…

—A ti lo único que te importa es no desprenderte de ninguna de tus propiedades, pero ¿sabes qué? Que pienso coger todo lo que me corresponda. ¡Ten claro que lo voy a hacer! ¡Los genes, por desgracia, los tengo!

Fina sale por la puerta con la cabeza gacha y arrastrando por el suelo su decencia. Belinda no se lo va a poner tan fácil.

53

un baile de todos

Once días después del suicidio

Laura le cuenta a Francisco con palabras atropelladas las novedades: al final ha conseguido información en las bodas de oro, aunque le haya removido ver a Isabel. Francisco desvía su atención hacia la música. La cafetería Madama Butterfly ahora es su sitio preferido; además, hay una camarera que le llama la atención. Mira hacia la barra: le gusta verla tan centrada en su trabajo, con esa sonrisa imperecedera. Tiene clase: se pinta las uñas con cuidado, se hace el moño a la misma altura cada día y el uniforme negro le sienta bien. Ahora está atendiendo a un cliente y a Francisco le fastidia verla tan amable con otro que no sea él.

Ha empezado a frecuentar el lugar más asiduamente y lo que más le gusta, a parte de la camarera, es que cada vez que va descubre nuevos detalles. El otro día, por ejemplo, vio que tenían una caja registradora de principios del siglo pasado, perfectamente conservada; de madera y con botones de metal. Justo enfrente, está el molinillo de café, haciendo que huela todo el rato a café recién molido. O el día anterior, cuando fue a ver a la camarera con la excusa de leer el periódico; se dio cuenta de que la cafetería en realidad tiene forma de hendidura y que está dispuesta para alojar a unos pocos músicos en un nivel inferior. Las mesas son de madera paulonia, y las sillas de ratán y abedul hacen juego con el resto de materiales. Los aromas están equilibrados y la gente es educada.

—Francisco, no me escuchas. ¿Qué te pasa? Esto es muy serio.

—Perdona, Laura. —Se inclina para escucharla atentamente—. ¿Puedes empezar de nuevo, por favor?

Laura le mira con gravedad y vuelve a empezar.

—Te digo que ese hombre no me gusta nada. Ya te conté que descubrí que fue él quien me envió a Zimbabue. Isabel no lo confiesa, pero estaban liados antes de marcharme a África, estoy segura; el tío me usó y la muy zo…

—Tranquila —suaviza Francisco—. Empieza por el principio, que me he perdido, pero habla sin alterarte.

Laura suspira y continúa:

—Pues te cuento: resulta que hace unas semanas coincidí con Isabel en las bodas de oro de sus padres y me hizo una pequeña confesión emotiva, sin tener ni idea de lo que suponía lo que me estaba diciendo. Me dijo que había ido a una rueda de prensa que dio un psiquiatra y que fue con su marido.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Pues mucho. Recuerdas que te conté que Roberto, el empresario, el marido de Isabel, es hermano de Rojas, el ministro, ¿verdad?

—Sí.

—Pues parece ser que fueron juntos a esa rueda de prensa, los dos. A ver, Francisco, que se refería a la rueda de prensa que dio Suárez el día en que nos escapamos, bueno, que Belinda nos ayudó a escapar —aclara al verlo confuso—. ¡Está claro! ¿No lo ves?

—¿Crees que tiene algo que ver el empresario con nuestra investigación?

—Pues sí, enseguida me di cuenta, así que me puse a investigarlo. ¿Y a que no sabes qué descubrí? —Francisco le da paso con la cabeza—. Pues que a mi prima se la pega con otra. El muy cabrón está con Mar Ribas, la dueña del laboratorio farmacéutico Somnifarma. Menuda zorra también la otra.

Francisco abre los ojos ante su sorpresa.

—Laura, eres una gran profesional. Pero últimamente te veo bastante alterada: pierdes las formas —le dice, categórico.

—Es verdad —confiesa; da un trago al café—. Bueno, al lío. El caso es que no te imaginas quién es esa tal Mar. —Hace redobles con las manos sobre la mesa—. ¡La mujer de Álvaro Rivera! Bueno, ahora la exmujer, se han separado hace nada, pero lleva años liada con Rojas, lo que supone que él lleva también años engañando a Isabel. —Francisco no sale de su asombro—. Y ya ves el desenlace cual fue: destituyeron a Álvaro Rivera del puesto de director y ¿a quién colocaron?

—A Peter Bucher.

—Al maldito ca… Bueno, vamos a dejarlo para lo último porque me enciendo. —Se contiene cuando viene la camarera porque la estaba llamando con la mano; le pide una Coca-Cola normal y Francisco le da las gracias y le dedica una sonrisa babieca después de decirle que está bien y que no necesita nada más—: ¿Le has sonreído a la camarera? —le pregunta Laura cuando esta se marcha.

—¿Qué? —Francisco se inquieta en el asiento.

—Es igual, sigo… Peter tiene relación con Rojas y con Plaza: eso está claro porque vi sus llamadas. Por lo que he averiguado, Plaza me parece un tipo limpio; no tiene ni una mancha en su historial y creo que no tiene la culpa de nada. Por lo visto, lleva años estudiando el fármaco con el Instituto, pero, al parecer, la idea de usarlo para borrar la memoria fue de Suárez, no de él. Y parece ser que accedió a realizar el estudio más por cortesía que otra cosa, porque estaban acostumbrados a trabajar juntos y supongo que por marcarse otro tanto con la salud mental, porque, en realidad, a Alfalobul no le iba a dar tanto dinero venderles la histamina a los hospitales. —Hace una

breve pausa para dar el último trago al café y comenzar con la Coca-Cola—. Verás, he accedido a sus cuentas y he visto que un antihistamínico no les deja casi dinero, lo que me lleva a la hipótesis que te cuento. —Francisco eleva una ceja en señal de contravención, pero Laura, como si nada, continúa con el discurso—: Plaza lleva años trabajando con psicofármacos y son los que realmente le dejan pasta. Para que te hagas una idea: una intramuscular de algunos antipsicóticos cuesta más de mil pavos; vamos a redondear, mil euros, porque depende de lo que dure y de la dosis, ¿vale? Lo dejamos en mil. Ahora súmale la cantidad de antidepresivos y ansiolíticos que vende. ¿Te haces una idea de la pasta que maneja solo con los psicofármacos?

Francisco no habla, solo es capaz de asentir.

—Sigo. Un antihistamínico es una vacuna normal que costaría unos cien euros en la farmacia, ¿sí? Pero la cantidad de personas que tienen un trauma, como nosotros, tampoco es tanta, al menos que se haya diagnosticado, que ya sabes que la gente se calla mucho…, no les va eso de que les tilden de chiflados, aún a día de hoy. —Francisco piensa que Laura tiene razón: él es uno de esos que lo oculta. Por lo que asiente, otorgando su acuerdo—. Por eso, creo que el laboratorio estudió este fármaco por hacerles un favor. Pues, como ves, Plaza tiene un imperio montado y la histamina desde luego no va a sumar grandes beneficios a su fortuna. Todo esto lo tengo claro, ahora, lo que no llego a entender es por qué se dedicó él mismo a estudiar el fármaco. Normalmente, este tipo de cosas se las encarga a su equipo, pero esto no. ¿Tú que piensas?

—No sé, Laura. No sé; tengo que digerir toda la información que traes.

—Plaza —Sigue pensando en alto Laura— tiene relación con Rojas también; no olvidemos que esto es un baile de todos: los unos se necesitan a los otros. —Laura se detiene; parece que va a soltar la segunda conclusión del discurso—: Vamos a ver si estás de acuerdo conmigo: Plaza solía investigar con Suárez, o Alfalobul investigaba con el Instituto, ¿sí? Gracias a las subvenciones de Rojas y al trabajo conjunto del Instituto con el laboratorio y con la universidad, Plaza consiguió en el pasado hacerse con varias patentes, por lo tanto, tenía mucho que agradecer a Suárez, de modo que accedió a realizar el estudio y diseñar ese fármaco para borrarnos la memoria. Lo único que me queda pensar es que Plaza pretendiera hacer algo a posteriori con esa medicación, por eso la habría diseñado él y no su equipo. Por su parte, Suárez cuenta con sus propios investigadores: los tres psiquiatras que trabajan con él y la psicóloga del equipo, Belinda, aunque en este caso la dejaron fuera porque una psicóloga no pinta nada en la aplicación de un fármaco. Luego tenemos a Rojas, que es el

ministro de Sanidad y, por lo tanto, el que se encarga de que la partida presupuestaria llegue al área de investigación del Instituto. ¿Y qué tiene que ver su hermano el empresario en todo esto? Pues que ha debido ser el que ha untado al ministro para que boicotee el estudio.

—Pero, Laura, ¿qué sentido tiene que acceda a boicotear algo que se supone que respalda a ojos de la sociedad?

—Pues, hombre, haciéndolo como lo ha hecho: sin que lo parezca. Rojas montó la rueda de prensa para que Suárez se estrellara solo mientras él hacía como si no supiera nada. A ojos de la gente, todo sucedió con normalidad: Suárez diseñó el estudio y creó la histamina modificada con el laboratorio, respaldados por la subvención del Gobierno; esa parte la hicieron como siempre. Lo que no hizo como siempre fue hacerlo ilegalmente: no lo mandó al Comité de Ética.

—Me estoy perdiendo.

—A ver, que no lo mandó al Comité de Ética porque nunca le hubieran dado el visto bueno; es lo que nos explicó el otro día Antonio. Su hipótesis de que nos eligió a dedo para hacer la difusión de las conclusiones es cierta: fue así.

—Sí, eso ya lo hablamos el otro día.

—Pues eso, que el otro día eran conjeturas y ahora te confirmo que fue así. Lo que no he podido concluir todavía es por qué Suárez se la jugó de esa manera al hacer la intervención. Creo que los tiros van por donde dice Antonio: era cuestión de tiempo. Necesitaba tiempo que no tenía porque se le echaba la jubilación encima.

—Podría haber pedido una prórroga, como hacen la mayoría de los médicos.

—Podría, eso también lo he pensado yo. Pero por algo no pensaba hacerlo. —Da un trago a la Coca-Cola—. Te digo una cosa y acabo; me he dejado la guinda del pastel para lo último, que me arde el estómago al hablar de él. Creo que Peter hizo de topo dentro del Instituto, creo que debió manipular la histamina de alguna manera; me da en la nariz que se dedicó a hacer el trabajo sucio de Santiago Rojas y, a cambio, consiguió que lo pusieran en el puesto de dirección. Trabajó de simple peón para conseguir su ascenso. —Francisco aprieta los labios—. Me he puesto un poco nerviosa hablando de él, ¿me acompañas a fumar fuera?

—Hace frío y en un rato nos vamos. Espérate anda, que no tienes que fumar tanto. Por cierto, enhorabuena, has hecho un buen trabajo… —Sin ser consciente, desvía sus ojos hacia la camarera, que ahora atiende a otro cliente.

—Ya, y tú prefieres tomarte el café congelado para ver a la camarera más tiempo, ¿no?

Francisco sonríe con gesto amistoso. A Laura no le puede esconder nada.

—Pues ya que lo sabes, ¿me vas a ayudar? —pregunta entre dientes.

Laura da un trago a la Coca-Cola, se levanta y va hacia la barra. Al momento, la camarera se acerca a la mesa y le entrega a Francisco un plato de madera con el tique de la cuenta. En su reverso hay algo escrito:

«Me encantó su obra *Cuando el mar se rompe*. Estaría encantada de prepararle un día un café tal y como le gusta: espumoso y cargado de intención. A solas».

Las letras son ligeras y acomodadas y él un perfecto idiota que, con los nervios, una vez más, ha olvidado preguntarle su nombre a la camarera. No sabe cómo se llama la mujer de la que se está enamorando.

54

conectar con la promesa

Doce días después del suicidio

Laura deja el plato sucio en el fregadero, coge la cafetera italiana y la pone al fuego. Mientras espera a que suene el pitido sigue conjeturando: ¿por qué demonios Suárez se arriesgó a realizar la intervención?, ¿realmente Plaza no tenía ningún interés?, ¿por qué había sido Peter tan rastrero como para hacer de topo? Sobre todo, se pregunta qué fuerza insondable se está encargando de ocultarlo todo; de que la noticia no salga en los medios. Ella no lo está intentando mover porque no le interesa: quiere encontrar la verdad, toda la verdad, y por eso ni siquiera ha intentado sacar un pequeño titular desde que salió del observatorio, porque necesita silencio para seguir investigando.

Se pregunta si haciendo un tanteo llegaría a ese magnate que lo oculta todo: tal vez publicando una nota de prensa lo remueva, sacuda las moscas de su alrededor y acuda a ella con sed de justicia. Le gustaría hacerlo y poner cara ya a ese mandamás, pero sabe que no debe: revolucionaría más la situación, y necesita calma en las aguas para pescar.

Últimamente se siente satisfecha porque ha reducido considerablemente su consumo de alcohol. Lo peor de todo son las noches, y más si las pasa sola en casa. Tiene que hacer un esfuerzo inmenso por controlarse y, además, debe ir con cuidado al tomar refrescos porque el deseo de tomarse un combinado se vuelve imparable, como le pasó ayer al volver de la Madama Butterfly. Al llegar a casa seguía removida por todo: enfadada con Peter, con Roberto Rojas y con Isabel por extensión; se le venían a la cabeza imágenes del encierro y necesitaba evadirse, por eso bebió hasta caer rendida de sueño. Pero hoy no; hoy no va a beber.

Se alegra de haberse retirado del trabajo unas semanas: necesitaba reestructurar su vida y cerrar la investigación, y así, con el pensamiento incesante de la intervención y el encierro, no se podía concentrar. Cuanto más lo piensa, más inhumano le parece. No puede creerse que en pleno siglo veintiuno pasen estas cosas. Realmente le supo mal dejar colgada a su compañera, y en parte comprende que se enfadara por tener que buscar acelerada un programa para rellenar el hueco televisivo que dejaba ella, pero no tenía otra opción: no podía retomar su vida como si nada; porque habían pasado demasiadas cosas que necesitaba cerrar antes de intentar volver a la *normalidad*. Y, por suerte, su compañera rellenó enseguida el hueco: una losa menos

para Laura.

Piensa en el presente y conecta con la promesa que se hizo al recuperar su libertad: iba a quererse más, a dejar de atiborrarse de pastillas, a dejar de beber, a controlar sus impulsos y a olvidar a Nehanda, cerrando el sufrimiento con un duelo sano.

Coge el móvil y mira las fotos de los investigadores. No quiere que se vayan de rositas, pero se pregunta hasta qué punto esas personas no son como Belinda, hasta qué punto Diego Matesanz no es un pobre desgraciado que respira para vivir y poco más; hasta qué punto Javier Ramírez, el padre de familia aficionado a las *chemsex*, no es un frágil infeliz; hasta qué punto Peter Bucher no ha sido un topo coaccionado.

La cafetera suena. Laura deja el móvil en la encimera, apaga el fuego y se sirve el café. Lo rebaja con un poco de leche fría y le da un trago. Coge el móvil de nuevo, sale a la terraza y se sienta en el puf. Continúa buceando en la galería de imágenes; revisa las fotos donde aparece con sus compañeros de encierro. Es lo único bueno que ha tenido el ingreso: ha quedado unida a personas maravillosas por un hilo justiciero.

Belinda no estaba con ellos encerrada, pero también la considera su amiga; la mete en el mismo saco. Les está ayudando mucho a dar con la verdad. También es cierto que a ella le interesa, porque sigue teniendo preguntas sin responder como qué pasó en realidad con la histamina: aún hoy duda de si realmente fue Plaza quien generó el desastre.

Pasa las fotos mientras intercala una calada del cigarro con un trago del café. Revisa de nuevo los titulares del día y las noticias de internet. No encuentra nada interesante; alguna noticia de una *celebrity*, otra que anuncia que el Gobierno pretende bajar el IVA en el arte y otras tantas de fútbol, de malos tratos, de yihadistas, de catalanistas…, en fin: lo de siempre. Da la última calada y apaga el cigarro, vacía en su boca el café, va al baño y se sienta en la taza mientras se lava los dientes. Entonces, alguien llama al timbre. Pone los ojos en blanco, escupe la pasta, se enjuaga y se viste.

Responde al interfono Isabel con voz dulce. No puede creerlo, ¿qué hace allí? Abre la puerta de la calle, se mira al espejo, se recompone y se apoya en la pared intentando acompasar su respiración. No quiere decirle ninguna barbaridad ni reprocharle que siga con su marido, aunque quiere confesarle que sabe que él la engaña. Necesita decírselo, pero no sabe cómo reaccionará. Coge aire y abre la puerta; no puede dejar que los ojos azul mar de Isabel, que son como relámpagos que descuartizan el cielo, la despedacen.

—¿Puedo pasar? —Parece más una súplica que una pregunta.

—Adelante —dice, seca. La invita a pasar con un gesto y, al ver que Isabel la espera en el rellano, ella camina hacia el sofá mientras le

habla, dándole la espalda—. Cuéntame, ¿qué quieres? ¿A qué has venido?

—Necesitaba verte. —Laura se gira y se queda clavada a medio camino entre el salón y la puerta.

—¿Y eso? —Isabel deja la pregunta en el aire; quiere explicarle a lo que ha venido sin palabras, por eso la tantea con la mirada, da dos pasos hacia ella y hace que la espalda de Laura choque contra la pared. Isabel la aprisiona con su barriga—. Sabes que no debemos —acierta a decir Laura. Quiere hundirle los dedos en el pelo, pero necesita aguantar estoica para no hacerlo. No entiende nada. ¿Qué ha cambiado desde el último día que la vio?—. Me dijiste que eras feliz.

—A veces cometemos errores. —Laura cierra los ojos un instante; no quiere abrir la herida. Isabel tiene una familia, espera otro hijo y en su momento decidió apartarla de su camino. No es ahora cuando tienen que hacer una vida juntas. Ni así—. Voy a dejar a Roberto; quiero estar contigo —le susurra al oído mientras acerca su pecho al de ella. Conoce el punto débil de Laura.

—¿Y qué pasa con tus hijos? —consigue arrancar las palabras de su garganta y le mira la barriga—. ¿Con el niño que esperas?

Isabel la empuja suavemente y la direcciona hasta el sofá. Hace que se siente y ella se pone encima a horcajadas; la barriga no le permite moverse con la misma soltura, pero no va a ser un impedimento. Deposita su mano sobre el jersey y acaricia su seno: sabe que así la anula.

Le saca el jersey por la cabeza. Laura se reclina y acomoda su cuerpo en el sofá e Isabel se sienta en el borde. Le acaricia alrededor del pecho y, con suavidad, desliza la yema de sus dedos, haciendo una forma circular: se concentra en ejercer presión en su aureola. Laura afloja los músculos de todo el cuerpo y eleva su pecho, buscando la boca de Isabel, que mueve la lengua en movimientos verticales mientras ve que Laura acelera el ritmo de su respiración.

La sujeta de la espalda mientras se estremece. Isabel coloca una mano sobre el clítoris y mueve sus dedos. Laura quiere devolverle a Isabel la excitación que está recibiendo, pero no puede concentrarse en sentir y dar placer a la vez. Se repone y consigue acompasarse con ella.

Los músculos de la pelvis de Isabel están tensos; Laura siente los genitales a punto de estallar. Hasta que lo hace: llega al clímax y una explosión de oxitocina forma una nube que corona sus cabezas.

Las facciones de Laura se han relajado, se han vuelto más ligeras y juveniles. Isabel le acaricia el brazo y la mira por encima de los ojos.

—Me oculta algo.

Laura se incorpora, empujada por un resorte invisible.

—¿Has venido a mí porque crees que te engaña tu marido?

—No, no lo comprendes… —Isabel mira a Laura, clavada frente a ella; tiene una luz diamantina en su retina—. Hace casi dos meses que sé que tiene una relación con otra, pero, aparte de eso, tengo la sensación de que me oculta algo que no tiene que ver con nosotros, sino con sus negocios.

—¡Vete de mi casa!

El pálpito que sentía Laura en su pubis se acaba de convertir en un dragón que escupe fuego. Tira los cojines del sofá por los aires, mientras Isabel se incorpora del sofá con dificultad. Hace días que Laura sabe que la está engañando y no le ha ido con el cuento porque nunca ha querido que vuelva con ella por no estar sola; no quiere ser el plan B de nadie ni la amante de su guion. Ella quiere ser la protagonista de su historia, aunque no a este precio.

Isabel camina hacia la puerta; se gira antes de marcharse, pero su prima le da la espalda, por lo que sale y cierra la puerta tras ella sin decir nada. Sabe que Laura necesita estar sola para calmarse; cuando se pone así, nadie consigue suavizarle los nervios. Será mejor dejarla sola hasta que sea la propia Laura quien decida retomar la conversación; tal vez otro día.

***

Mientras Laura enjuga las lágrimas de sus ojos y se enciende otro cigarro, Rojas camina despreocupado por la calle de Zorrilla, apretando el paso cuando la llovizna empieza a tomar fuerza. Suena el teléfono y lo saca del bolsillo del pantalón; su boca se convierte en un mohín de hastío cuando ve quién es. Tiene reunión en el Congreso en quince minutos, y con eso la excusa perfecta. Deja sonar el móvil mientras lo sostiene en la mano: quiere poner nervioso a quien le llama.

—Señor Plaza —saluda, seco. Plaza lo escucha desde la lejanía; estaba a punto de colgar.

—Rojas, tenemos que hablar.

—Tengo sesión en unos minutos; ahora no puedo atenderle.

—Sí que me vas a atender ahora. Llevas días rehuyéndome y me he enterado de que vas por ahí rebuscando sobre mí; no sé qué te hace pensar que vas a tener mi cabeza: yo no he hecho nada.

Rojas huele el miedo de Plaza a través de la línea, a pesar de que se le ha sublevado.

—¿Está seguro, Plaza? Porque tengo entendido que lleva años estudiando ese fármaco y me consta que usted mismo preparó la dosis que les inyectó Suárez a esas personas; tengo información de primera mano.

—Yo no provoqué la pérdida de memoria. Nuestro fármaco nunca podría hacer eso.

Rojas chasca la lengua y rebasa a los periodistas de la puerta, señalando el móvil cuando le acercan el micrófono a la boca.

—Plaza, cálmese. Si me hubiera interesado que se publicara algo, ya lo habría hecho, ¿no le parece? Me es fácil hundirle la flota, ya sabe, el juego de ingenio… —Suelta una sonora carcajada—. Como le digo, tengo una reunión ahora: me pilla entrando al Palacio de las Cortes. Aunque tengo que agradecerle la llamada porque me ha librado de responder a los periodistas que siempre merodean por aquí. Sobre todo, a la pesada esa, la lesbiana, ya sabe a quién me refiero. Por cierto, no la he vuelto a ver por aquí desde que fue vuestra conejilla de Indias. Al menos, le habéis bajado un poco las ínfulas con el encierro; si es que no hay nada como hacer un retiro espiritual para calmarse, ¿no cree? —Plaza no lo ve, pero Rojas dibuja una sonrisa socarrona en su cara.

—De eso mismo quería hablarte. Tengo entendido que Laura Hidalgo está investigando sobre el asunto.

—Ah, ¿sí? —El tono no ha sido de sorpresa, sino de ironía—. ¿Y qué me cuentas a mí?

—No te hagas el tonto: tengo motivos para pensar que la rediriges hacia mí. Para que me investigue. Te aviso de que no soy tu cabeza de turco. Mi laboratorio no tiene la culpa de nada y, por supuesto, yo menos. De modo que déjame en paz.

—¿Desde cuándo me dice lo que tengo que hacer?

—Desde que me intentas endosar la culpa de algo que no me corresponde.

—Como le he dicho, tengo que dejarle, debo entrar en la reunión. Por cierto, ya que hablamos, aprovecho para decirle que Belinda… —Cuelga Plaza.

El ministro es repugnante: pinchando continuamente en la herida y sin ceder. Seguro que él ha fomentado que lo pongan en la diana, para mantener la frustración anudada a su intestino: no se le ocurre qué más hacer; si Rojas se empeña en hundirle, está perdido. Tiene que convencer a Belinda como sea de que él no ha hecho nada, pero no hay forma de que lo escuche. No está dispuesto a que nadie le arrebate el imperio que a su padre le costó tanto gestar.

55

guardarlo todo dentro

Diez días antes del suicidio (un mes y medio después de la intervención)

Suárez forma un remolino que se lleva sus pensamientos al mover el café. Fina baja las escaleras de casa, le da un beso apagado y Suárez se va. Deja el café a medias: tiene que seguir con una rutina que ya solo es una sombra del pasado. Prefiere eso antes que contarle a Fina que hace semanas que le destituyeron: le da vergüenza, le asusta decirlo; es como si al guardárselo dentro fuera menos real.

Conduce media hora hasta el colegio de Ares y se queda dentro del coche a esperar; ya solo le queda eso: esperar para ver a su nieto, esperar a que le condenen, esperar a que Fina se entere, esperar a que ocurra lo inevitable.

Belinda no quiere hablar con él, por eso tiene que esconderse para ver a su nieto. ¡Ahí llegan! Ha tenido suerte: hoy debe tener el día ajetreado Belinda, por eso ha traído al niño a la guardería del colegio. Se bajan del coche, se despiden y Ares se mete en la escuela. Belinda vuelve sobre sus pasos, se monta en el coche y se marcha. Suárez se agacha por pura inercia y se mantiene agazapado hasta que se asegura de que se ha ido.

Arranca y conduce hasta un descampado donde abandona el coche unas horas. Coge el metro y va al Palacio de las Cortes; hoy es día de pleno y tiene que verlo. Necesita escupir su rabia por los ojos a Rojas: el hombre que le ha llevado a la ruina a él y también a su hija.

Se ha pasado toda la noche pensando en Belinda, en el daño que le ha generado simplemente con su ausencia. También ha estirado las horas de insomnio vituperando su investigación, recriminándose lo rastrero que es y reprobando sus malditas ansias por escalar en su estrato social. En realidad, las reflexiones nocturnas se han convertido en otra costumbre; en una rutina más de su día a día. Últimamente las noches se alargan mientras sus esperanzas menguan. Dormir dos o tres horas diarias se ha convertido en un bien escaso y la piel que antes ni la sentía pegada al cuerpo ahora le pesa, tanto que parece de plomo; como si atravesara la membrana del corazón. Este, a su vez, lucha por salir de su cavidad; le aporrea constantemente el pecho y, como no puede salir, acaba ahogándolo. A veces presiona tan fuerte que le duele.

Mientras camina rumbo al Palacio de las Cortes un torrente de recuerdos le inunda; tiene la sensación de que su afluencia repentina y violenta lo va a arrastrar y a llevárselo lejos, de que no va a ser capaz

de dar dos pasos más. Regresa a él con fuerza el recuerdo de aquel día en Helsinki. No consigue recordar la fecha exacta: siente que ha perdido la memoria con rapidez. Le cuesta recordar conversaciones, fechas, lugares, incluso pequeños acontecimientos del día a día. Aún con todo, se niega a pensar que está deprimido, que ese trastorno silencioso y silenciado pueda llevarse su energía para siempre.

Localiza el recuerdo, se esfuerza y consigue acordarse del nombre del tipo que estaba con él aquel día en la capital de Finlandia. Suárez, por aquellos entonces, era presidente del Colegio Oficial de Médicos de la Comunidad de Madrid; por eso tuvo que viajar hasta allí, donde conoció entre otras personas a José Sibila, quien era presidente del Consejo General Oficial de Médicos, un órgano directivo. Esa vida de codearse con los grandes, de opulentos viajes y conversaciones distendidas entre la alta esfera ya no forman parte de él. Él ahora es otra persona. Ya no necesita responder a los chistes de otros colegas con sonrisas condescendientes, ni dar palmaditas en la espalda cargadas de corporativismo. Ya no quiere viajar a Ferney-Voltaire para reunirse con los miembros de la Asociación Médica Mundial. No necesita ir a esos encuentros para establecer códigos deontológicos puramente demagógicos: ahora todo eso le importa un pimiento.

Da otros cuantos pasos y recuerda a Laura y su pinchazo; sin duda, una decisión que le ha salido cara: que ha desembocado en todo lo demás. ¿En qué momento pensó que era lo mejor sedarlos? ¿En qué momento decidió seguir las recomendaciones de Belinda de dejarlos ingresados?

Otra vez le torturan los pensamientos de aquel día en Ferney-Voltaire, en el que habló sobre la necesidad de proteger la vida del paciente, la salud, la dignidad y la confidencialidad de las personas. Sobre todo, le masacra la cabeza esa frase en la que hablaba de la necesidad de proteger a las personas que deciden formar parte de las investigaciones.

Para en seco y prorrumpe en un llanto incesante; no tiene fuerzas para seguir. No puede caminar, pero tampoco parar su tren de pensamientos; viene uno detrás de otro, sin darle tregua. Circulan como vagones pegados cargados de recuerdos, recuerdos punzantes, mordaces como una sombra de ironía, criticándole malintencionadamente; son cáusticos y aparecen con la clara función de abrasarle y destruirle.

Esas palabras que dijo él al final de la conferencia, cuando habló, tienen carácter acusatorio; ahora le dicen que es un tartufo, un hipócrita que ha conseguido enfundarse en una mentira que él mismo se ha creído. ¿Cómo se atrevía a hablar de responsabilidad, de cuidar, de consentimiento…?

Ve un banco cerca y decide dar un paso al frente, y otro, y otro más,

hasta que se deja caer en él y se tapa los ojos con las manos; no quiere que le vean llorar.

Quiere echar el freno a los recuerdos, parar el tren y bajarse, pero es imposible. Ahora acaban de venirle a la cabeza las palabras que le dijo el presidente del Colegio de Médicos de Australia después de la cena. No puede creerse que, con los fallos de memoria que tiene y las cortocircuitadas neuronales de últimamente, pueda recordar tan bien algunas cosas, como las palabras del australiano:

—Los médicos no debemos involucrarnos en estudios de investigación de seres humanos si no estamos seguros de que los riesgos han sido adecuadamente evaluados y que, en caso de aparecer, podemos hacerles frente. Siempre que haya riesgos debemos evaluar si continuamos, modificamos o suspendemos el estudio.

La frase cae lapidaria sobre él. ¿Por qué no recuerda lo que ha desayunado y sí se acuerda perfectamente de las palabras de aquella reunión? No importa seguir analizando cada palabra; está claro que no ha aplicado la ética. Quiere dejar de castigarse con todos esos recuerdos que son como una losa sobre su conciencia. Se seca las lágrimas con la manga y se levanta con rudeza.

Retoma la marcha; solo le quedan unos metros para llegar al punto de encuentro. Hoy ha quedado con Andrés, su albacea, porque quiere cambiar su testamento. Mira el reloj: son las nueve y cuarto. Ha quedado a las nueve y media; al paso que va, a la hora que llegará. Después de hablar con el albacea irá al Palacio de las Cortes y esperará con ojos de jubilado a que salga Rojas.

Vislumbra el banco: son las nueve y veinticinco, pero no ve a Andrés a lo lejos. Eso quiere decir que él ha llegado antes; mejor, prefiere que no le vea caminar a paso fatigado. Llega, se sienta y espera. Andrés aparece diez minutos después con prisas y saludando a Suárez desde la distancia; cuando está a su lado, le tiende la mano.

—Suárez, perdona el retraso. Me ha surgido un pequeño contratiempo esta mañana con la pequeña, ya sabes como son los niños. Bueno, ¿todo bien?

—Sí, Andrés, todo bien, pero quiero que me gestiones el cambio de herencia cuanto antes. Quiero dejarle todo a mi hija.

—Alejandro, supongo que sabrás que, por ley, a tu mujer Fina le corresponde…

—Quiero dejarle lo justo: lo que le corresponda por ley. Y entiendo que sería usufructuaria de la casa donde vivimos…, pero todo lo demás quiero dejárselo a mi hija —ataja Suárez.

—No sabía que tuvieras una hija. —Suárez guarda silencio—. ¿Seguro que está todo bien?

La reunión es productiva. Apenas tardan diez minutos en que Suárez le diga lo que quiere hacer con la herencia y en que Andrés le informe

de las gestiones que debe hacer para dejar a Belinda la herencia en vida, que es lo que quiere. Establecen una cita pendiente de confirmar para firmar la documentación necesaria y hacer las gestiones oportunas.

Suárez echa a andar y deshace el camino hasta que llega al Palacio de las Cortes. Son casi las diez; aún le quedan dos horas para su cita con María Castillo.

Pasa dos horas sentado en un banco, con la mirada consumida y las esperanzas perdidas. Preguntándose si aquella cita será una encerrona; si, en lugar de María, aparecerá la policía y lo detendrá. Se levanta y pasea, intentando destensarse, mirando en derredor para asegurarse de que es María la que viene. La ve aparecer a lo lejos, sola, sin nadie. Parece que sí es una reunión fiable. Ella le había convocado en el bar La Estrella, pero no tiene sentido ir allí: podría encontrarse con algún compañero del Instituto y no quiere; además, Maca ya no trabaja allí, por eso ha preferido quedar con la jueza en el parque. María se acerca con paso firme y le tiende la mano cuando lo alcanza.

—Doctor Suárez, gracias por aceptar mi propuesta para reunirnos. Ha sido todo inmediato, siento no haberle podido avisar con antelación.

Suárez la encamina hasta el banco y la invita a sentarse.

—Dime, María. ¿Por qué me has convocado? —Ha dejado de mirar a los lados: parece que no hay nadie. De ser así, ya se le habrían echado encima unos cuantos policías.

—Bueno, te he llamado porque creo que me debes una explicación, Suárez. He dejado un tiempo de cortesía, ya sabes, para que me llamaras y poder hablar sobre la encerrona que nos hicisteis, pero no lo has hecho, por eso no me ha quedado más remedio que hacerlo yo. Antes nos veíamos con frecuencia en la consulta; tenía mucha confianza en ti. Como comprenderás, ahora no tengo ninguna… —Suárez mira al suelo en señal de vergüenza y se frota las manos contra los pantalones para secarse el sudor—. La verdad es que a mis compañeros tampoco les ha llamado ninguno de tus psiquiatras para darles explicaciones ni para pedirles perdón por encerrarles.

Suárez levanta la cabeza de los pies de María, aunque mantiene la mirada a media fracción y los hombros bajos.

—Tienes que entender, Suárez, que no nos vamos a quedar de brazos cruzados. —María está serena y decidida a partes iguales—. Sabemos que no presentaste «legalmente» —hace un signo de entrecomillado con los dedos— el proyecto al Comité de Ética. Creo que los dos estamos al tanto de lo importante que es eso y tener el posterior visto bueno. —María se detiene a estudiar los ojos de Suárez, que cada vez se vuelven más oscuros y apagados—. Tendrías que

haberlo hecho y haber avisado del incidente de gravedad adverso en el que nos vimos envueltos, en vez de habernos pinchado un Cóctel Lítico y encerrarnos con una orden judicial amistosa. Sé que eres socio de Alfalobul Spain. —Es algo que a María no le ha dado tiempo de hablar con Francisco ni con Laura, dado que fue ayer cuando lo descubrió—. No he venido a hacer ningún juicio de valor, Suárez: creo que nos entendemos así. No queremos tus disculpas, no a estas alturas, aunque sí nos gustaría que nos dieras una explicación.

Suárez comprende que lo que le pide María es legítimo, de modo que se aventura a contarle, pero no le confiesa todo; hay muchas cosas que a María no le encajan y eso de que haya esquivado algunas de sus preguntas no le ha gustado, por lo que no le deja otra alternativa que seguir adelante con la investigación que tienen abierta.

Se marcha con paso firme y aire victorioso. Suárez se queda un rato más en el banco. No sabe si ha salido Rojas del pleno ni a qué hora lo ha hecho; en cualquier caso, ya no le importa. Apenas hace un par de horas que le dio a Andrés la orden de dejarle las acciones de Alfalobul a Belinda: todas. Ahora, ella se tendrá que entender con Plaza. No quiere saber nada más del laboratorio ni del estudio ni de los políticos. Todo le molesta, incluso la disposición que tiene Fina de complacerle en todo momento. Le molesta respirar, le fatiga pensar, le agobia vivir. Quiere desaparecer; se plantea cuál sería la forma más aséptica de borrar su huella del mundo.

56

sorpresas

Doce días después del suicidio

Álzaga deja a sus espaldas los dos edificios burdeles del Paseo de las Delicias para cruzar enfrente: ha quedado con Laura en la pastelería La Deliciosa, un lugar de la calle Delicias con dulces deliciosos. Una mercadotecnia de barrio, pero que funciona. Rebasa la cola que llega hasta fuera y avanza hacia la mesa donde le espera Laura. Llega tarde, lo sabe, pero aun así saluda animado al camarero y a su amiga levantando la cabeza desde la distancia y ella, a cambio, le señala el reloj con el dedo.

—Cuando llegaste de Bilbao no eras un tardón, ¿qué te ha pasado? Llevo aquí dentro media hora sin fumar. Sabes lo que cuesta conseguir una mesa en este sitio, ¿verdad?

Claro que lo sabe: sabe que si te levantas de una mesa tienes que volver a hacer cola. Álzaga deja escapar un suspiro y se acerca a ella. Le da un beso en la mejilla y se sienta.

—¡Hostia, buñuelos! —Coge uno y se lo come de un bocado.

—A mesa puesta. ¿Se puede vivir mejor?

—Por estas cosas te quiero, Laurita.

—¿Me explicas por qué llegas media hora tarde?

—Pues ya sabes que me niego a que las prisas de los Madriles me secuestren como han hecho con vosotros. —Engulle otro buñuelo; Laura enarca la ceja—. Vengo caminando desde casa; el metro se ha puesto como el taxi, es transporte de ricos. —Levanta el brazo para llamar la atención del camarero—. Además, hay que respirar aire puro. Los suburbios del metro me ponen de mal humor.

—¡Pareces catalán en vez de vasco, joder!

—Mira, Laurita, ¡no me compares con esos, eh! —Llega el camarero —. Sí, un chocolate caliente. ¿Tú quieres algo? —Laura no quiere nada: ya tiene su café; el camarero se va—. Oye, —Inclina el cuerpo hacia ella— que tú dices que me invitas a los buñuelos y, al final, acabo pagando yo. Te invito a ti y a todos los del bar si me lo propongo, que ya sabes como soy, así que no me insultes.

—Bueno, dime qué tienes —dice, tragándose la sonrisa. Le gusta pincharle.

—Pues no te creas, Laurita, que no me costó conseguir la información, pero ya sabes que por mi chiquitina —Siempre la llama así— lo que sea.

—Álzaga, al grano…

—A ver por dónde empiezo.

—Por resumir… Álzaga, en serio, que me tengo que ir… —No tiene prisa, pero quiere que le cuente ya.

—Por Suárez —responde tajante—. Voy a empezar por el cabrón ese. Bueno, pues que tiene una hija. Creo que eso no lo sabes… Pues resulta que le ha dejado toda su pasta a ella. No sé si la mujer se ha enterado, pero algo extraño hay ahí, porque, después de haber cerrado el caso, va la mujer e intenta por medio del abogado que lo reabramos. ¿Tú te crees? Como si no fuera un suicidio normal y corriente. Lo sabré yo… Que aquí no hay más que rascar. Aunque la historia es rara de cojones. —Se mete otro buñuelo en la boca.

—¿Y quién es su hija? —Laura sigue sorprendida. Creía que había investigado a fondo, pero se acaba de dar cuenta de que no, de que hay cosas que se le están escapando.

—Tu amiga, Belinda Escartín —suelta como si nada, mientras coge otro buñuelo.

—No me lo puedo creer. —Laura se queda con la mirada enganchada en el suelo. Álzaga espera mientras le da un sorbo al chocolate y se come otro buñuelo—. Para de comer un momento, que te va a dar una indigestión, ¡por dios! —Laura está nerviosa, lo nota en su voz. Su tono ha sido desproporcionado.

Álzaga esconde la mano y deja de masticar. Laura sigue pensando.

—¿Por qué me lo ha ocultado?

—Tal vez le avergüenza. Total, ella se enteró hace nada: la repudió antes de nacer.

—¡Será cabrón!

—Ya te lo he dicho yo. —Mira el plato de buñuelos y Laura le da permiso para seguir comiendo. Lo de antes ha sido una explosión de las suyas.

—Vale, sigue.

—Pues eso, que resulta que ha dejado a la mujer casi en bragas; con lo justo y bien ceñido. La ha tenido toda su vida a cuerpo de reina, pero, a diez días de suicidarse, Suárez llama a su albacea y le dice que lo deje todo a nombre de su hija. Lo demás ya lo sabes… —Se limpia los dedos con una servilleta y luego la boca. Se arrellana en el asiento y pone la mano en la barriga. —Estoy que reviento. Esto sí que es un plato de buñuelos—. Laura sonríe, mira el plato y llama al camarero.
—Bueno, y hay más.

—¿Más? Pues te ha cundido más que a mí. Y eso que tengo más datos, ahora te contaré. Sigue tú.

—Pues, siguiendo con Suárez, resulta que hacía unos meses que se había hecho socio de Alfalobul S. L., la empresa farmacéutica de Plaza, —Los ojos de Laura están haciendo matemáticas— de la que, por tanto, es dueña ahora Belinda.

—Para, para, para. Eso podría explicarlo todo. ¡Claro! Podría ser la

razón por la que Suárez no pretendiera reengancharse.

—¿De qué hablas? —Álzaga arruga la nariz, con ese tic que cada vez hace menos.

—Pues que no entendíamos por qué Suárez estaba tan empeñado en llevar a cabo el estudio y esa es la respuesta: él formaba parte del laboratorio.

—Buena conclusión. Por cierto, ¿cuándo pensáis denunciarlos y dejarnos hacer el trabajo a nosotros?

—Si ya te estamos dejando, Álzaga. Además, a ti no te va a llegar el caso, que tú eres de Homicidios.

—Eso es verdad. Por cierto, ahora me has recordado que tenía otra cosa que contarte. Te acuerdas de que entrevisté a tu amiga Belinda y a Peter el día del suicidio de Suárez, ¿no? —Laura asiente—. Pues bien, me quedé con la mosca detrás de la oreja con los dos y, bueno, les he estado investigando.

—Luego me dices a mí.

—Hombre, es que después de lo que sé de ese tío… Tenía que asegurarme, antes de cerrar el caso, de que lo de Suárez había sido un suicidio sin nadie detrás. —Vuelve a asentir—. Y por eso he descubierto lo de Belinda, porque le he seguido los pasos. Parece que es buena mujer: no he visto nada que no deba, ni siquiera una factura de móvil sin pagar. Y, con respecto a tu amigo, —Sonríe, pícaro— creo que sé por qué acabó en ese puesto.

—¿Por qué? —Se inclina Laura con el cuerpo hacia él.

—Tranquila… —Suelta una carcajada—. Pues porque parece que el padre de Peter y el ministro son muy amigos. Rojas lo ha colocado allí para hacerle un favor al padre.

—Vale. Solo nos falta saber qué tiene que ver Plaza con todo esto para terminar de atarlo todo; ¡casi lo tenemos, Álzaga! ¡Casi lo tenemos! –Al final no ha tenido que contarle nada a Álzaga, estaba bastante más informado de lo que esperaba Laura–. Por cierto, ya que dices que Belinda es buena gente, se me ocurre algo que podrías hacer por las dos. —El camarero se acerca y Laura le pide la cuenta—. Al final te los has comido todos —se regodea Laura mirando el plato vacío que el camarero ha retirado de la mesa—. Eres de los míos, la ley del pobre… —Álzaga le mira receloso: no conoce el refrán—. Anda que…, un policía de la calle como tú… La ley del pobre: ¡reventar antes de que sobre!

Laura estalla en una carcajada y Álzaga la mira fastidioso. El camarero llega con la cuenta y se la deja en la mesa. Laura desliza el plato hasta Álzaga y se lo coloca enfrente.

—No voy a hacer el numerito si vas a acabar pagando tú, como siempre.

Laura enfila la larga acera mientras camina ensimismada, pensando en por qué Belinda le habrá ocultado lo de su padre. ¿Realmente le avergonzará? Será mejor que la llame y le cuente lo que tiene; entre las dos siempre consiguen llegar a un punto común, un lugar de encuentro donde se entienden. Necesita descubrir qué tuvo que ver Plaza con la investigación y qué pasó realmente con la histamina para terminar de rematar los cuatro flecos que le quedan sueltos. Cuando consiga saber eso, todo lo demás tomará la forma definitiva. ¿Sabrá algo Belinda sobre Plaza que no le haya contado? ¿Esconderá algo más la psicóloga?

Recorre el paseo de las Delicias y desemboca en la plaza del Emperador Carlos V. Se detiene a contemplar la estación de Atocha desde la distancia y la arrolla ligeramente una mujer que empuja una *trolley*; va engolosinada con un tipo: seguro que llevan poco tiempo juntos, se les nota que tienen vocación de enamorados. Ella tiene cara de virgen renacentista, con ese coqueteo que se trae, y él encaja cada cobra con coraje de guerrero curtido. Le reconoce de inmediato cuando le ve el perfil: es Roberto Rojas, el marido de Isabel. Esa, por ende, debe ser la tal Mar Ribas, la exmujer del director del Instituto. Roberto arrastra sendas maletas, que deben ser de la mujer porque ella solo lleva la *trolley*, que para su torpeza ya le basta. Parece que se dirigen a la estación de tren.

Sigue caminando y aireando los pensamientos hasta que llega a casa. Está mucho más relajada: se nota que el paseo le ha sentado bien. Mete la llave en la cerradura y enseguida se da cuenta de que alguien la ha manipulado: no está dada la vuelta de llave que recuerda haber echado antes de salir.

Empuja el entrepaño y abre la puerta con cuidado; le golpea entonces en la nariz un olor familiar. Sabe de quién es ese perfume, pero no puede creerlo. Se adentra y se topa en el recibidor con cuatro maletas tiradas por el suelo, dos de ellas con forma de oso. Otea la casa y ve las mantas tiradas por el suelo y las sillas, que normalmente rodean la mesa del salón, esparcidas por la estancia. Un niño está gritando. Una voz se dirige a ella:

—Espero que no te importe mi forma de demostrarte que quiero hacer mi vida contigo. Siento haberte invadido, pero, si no lo hubiera hecho así, no me creerías.

A Laura le parece una parodia; es incapaz de pronunciar una palabra. ¿Qué hace allí Isabel? ¿Por qué ha traído esas maletas? ¿Cómo ha entrado? ¿Por qué ha traído a los niños? ¡¿Qué está diciendo de hacer la vida con ella?!

Ante su silencio, Isabel sigue hablando:

—Siento haberte robado el otro día las llaves. Era la única manera de…

—¿Me robaste las llaves? ¡Tuve que llamar a un amigo a las tres de la mañana!

—¿A esas horas llegaste a casa? —Laura la mira con los ojos afilados—. Es una broma, lo siento. Es que me parece tan lejano recogerse a esas horas… —Laura se peina las cejas, mientras se repite unas palabras en la mente a modo de mantra.

—Casualmente, —La mira con dureza; los niños han empezado a chillar en el salón— hace un rato, me he cruzado con Roberto. —Laura tiene la sensación de que ni siquiera van a poder discutir decentemente por el ruido de los niños. Isabel espera estoica mientras le sostiene la mirada—. Iba con…

—Me imagino con quien iba. Sabía que no tardaría mucho en pasear orgulloso su trofeo, sin tener que esconderse ya.

Laura la mira desconfiada; la están atormentando pensamientos contradictorios: quiere que se quede, pero quiere que se vaya. ¿De verdad Isabel ha dejado a Roberto por ella?

—A ver si me aclaro: has decidido de forma unilateral que quieres estar conmigo. Y, además, has invadido mi casa con tus hijos y has decidido que ahora van a tener dos madres. ¿Me has apuntado a las clases de preparto? —Isabel no esperaba otra cosa; la conoce y sabía que respondería así, es la forma que tiene Laura de responder al dolor: con la defensa por delante. Camina serena hacia ella mientras sigue hablando—. ¡Ahora somos una familia moderna, sí señor! Dos lesbianas repudiadas que se han juntado porque la unión hace la fuerza. Por cierto, ¿le has donado toda tu parte a Roberto? Lo digo porque das por hecho que vamos a vivir aquí todos, ¿no?

Isabel le pone el dedo índice sobre los labios. Necesita respirarla, olerla y acariciarla en silencio, aunque los niños sigan chillando y corriendo por la casa. A Laura le tiemblan las piernas; tener a Isabel tan cerca la anula. Cierra los ojos e intenta aliviar el dolor de cabeza súbito que se le ha instalado hace un momento. Al abrir sus ojos, se embarca en un viaje por los de Isabel, transitando su iris azul, el cual se ha vuelto más acuoso, y esas pupilas rígidas que denotan miedo; terror ante una nueva situación. Ella es la que más pierde con todo esto; se ha marchado con dos niños y medio, con las manos dentro de los bolsillos para pedir caridad amorosa, por eso necesita que la vuelva a querer. Los niños ahora están saltando en el sofá, pero Isabel no quiere desviar la atención de sus ojos. No hacen falta palabras para que entienda la súplica en su mirada. Laura entiende todo y afloja. Se acerca a ella y le deja explicarse.

—Danos unos días. Déjame pasar contigo el fin de semana y después decides si quieres una vida con nosotros. Mira, aunque no lo creas, desde que nos vimos, no he dejado de pensar en ti, en mí, en nosotros —dice, abarcando a los niños—. He fantaseado pensando una vida

contigo; he pensado en cómo decírtelo, cómo hacerlo, y está claro que no funcionó lo del otro día. Ya sabes, eso de ir a tu casa y… Así que, dado que eres una mujer de hechos, de acción, he pensado que quizás haciéndolo radical, a tu manera, me creerías.

—¿Así que soy una radical?

La pregunta ha sido coqueta; Laura está permeable. Isabel ve el terreno raso: la montaña es alta, pero conseguirán subirla juntas. Isabel se acerca más a ella, pero tantos gritos en el ambiente la desconcentran. Da unos pasos atrás y va hacia sus hijos. Aplaca a los niños con delicadeza, les dice que no vuelvan a saltar en el sofá, enciende la tele y navega hasta que encuentra unos dibujos. Comprueba que los niños se quedan obnubilados con los colores y los sonidos del aparato y vuelve con Laura, que la espera clavada en el sitio, mirándolo todo a distancia.

—Querías que fuera sincera, y por eso voy a sincerarme contigo. —La coge de las manos y la mira al fondo de los ojos—: Siempre te he querido. Me he arrepentido cada día de mi vida de haberte dejado por Roberto. De no haberme ido a vivir contigo a Zimbabue, de no haber hecho todos los planes que teníamos juntas. Eres tú. No hay nadie más. Eres la última y, si tú quieres, será para siempre.

Laura tiene las lágrimas agolpadas en la garganta y en los ojos. Al hablar, la voz le tiembla y el agua empieza a descender por su cara. No puede parar de llorar mientras Isabel le enjuga las lágrimas.

—Me ha costado mucho olvidarte; no he podido, joder. No he podido. Y ahora vienes y me dices esto. —Realmente solo ve franqueza y sinceridad en los ojos de Isabel y quiere creerla. Afloja los maseteros y se aproxima a ella—. Prométeme ahora mismo que de verdad no me vas a dejar otra vez.

—No te dejaré. Jamás.

57

capacidad de superación

Trece días después del suicidio

Son las diez de la mañana y Francisco se detiene en la puerta de la cafetería Madama Butterfly antes de rebasarla. Lleva días pensando cuándo sería el mejor momento para abordar a la camarera y cree que es ahora: después del bullicio de los desayunos. Lo tiene todo planeado: le preguntará su nombre, sonriéndole con los ojos, le pedirá ese café que le prometió, se lo tomará con recato mientras ella atiende a otros clientes; le preguntará por sus aficiones, su trayectoria laboral y quizá también le haga preguntas personales. Estará un rato, lo justo, pero intentará dejar algún poso en ella.

Rebasa la puerta y la ve de espaldas. Ahí está, donde siempre: al otro lado de la barra; pero diferente: hoy se ha soltado el moño y lleva el pelo suelto. Es rubio y está cuidado: le gusta. Camina hacia la barra, se sienta en un taburete y espera mientras la camarera termina de atender a otro cliente. Contempla su perfil meticulosamente lineal; es una musa para él. La camarera repara en que le mira y le sonríe. Él le aparta la mirada; esa sonrisa sincera despierta vergüenza en él. Aun así, necesita hundir sus ojos en ella, tiene que levantar la vista de la barra y mirarla. Cuando lo hace, la camarera le da la espalda; debe preparar un café para otro cliente. Francisco siente que le han clavado la espada de Damocles: le acaban de apuñalar sus miedos. Tiene que acabar con esto ya; esta maldita torpeza al relacionarse hace que se le escape la vida entre los dedos. Ha venido hasta aquí solo, sin Laura, para hablar con ella, y lo tiene que hacer, lo tiene que conseguir.

Saca la nota del bolsillo y repasa sus letras depuradas, su perfecta ortografía, cuidada y sin una sola impureza, que deja el mismo espacio entre una palabra y la contigua. Las letras, entrelazadas, se alzan imperiosas y atrevidas. Las mira, calibrándolas, analizándolas de nuevo; le gusta conocer a las personas por su grafismo. Por el tamaño de su letra y la inclinación entiende que es una mujer sociable, abierta a vivir nuevas experiencias. Por último, la redondez de las vocales le dice que es un tanto creativa; perfecta para él. Dobla la nota de nuevo y la guarda entre sus manos entrelazadas, levanta la mirada sin pensarlo y se topa de frente con ella.

—Aquí tienes; lo prometido es deuda. Espumoso y cargado de intención. —Le tiende el café. Apoya los brazos en la barra y se detiene a mirarlo—: Me alegra que te haya gustado mi nota. —Compone una amplia sonrisa, a juego con ese acento andaluz —.Aunque lo de tomar el café a solas no lo hayas tenido tan en

cuenta. Soy Maca, encantada.

—Podemos tomarlo otro día. —Se le han escapado las palabras de la boca; él no quería decirlo, pero han salido solas. Retira la mirada de Maca; está avergonzado. Mira el reloj de la barra y ve que solo han pasado cinco minutos desde que ha llegado. Ha escuchado la respuesta de Maca desde la lejanía, como si se la rebotara el eco: «Por supuesto, cuando quieras. Tengo que atender a un cliente, pero no te vayas, por favor. Invita la casa. ¡Ah! Y no te olvides de que después me tienes que explicar algo de tu novela».

Da un sorbo al café humeante y se quema la lengua. Necesita agua, pero le avergüenza pedírsela. Decide perderse entre las noticias del periódico mientras la espera.

—Me alegro de que sigas aquí —dice ella al volver. Mira por encima de su hombro y ve la taza llena—. ¿No te tomas el café? A la próxima te voy a dar lo que cayó en el Conquero. —Francisco estira los labios a ambos lados de la cara; no entiende si esa frase es buena o mala, pero por el tono parece estar de broma.

—Quema —explica, y se encoge de hombros. Ella emite una carcajada.

—Bueno, vamos a dejarnos de patochás y al grano, que luego me llama otro cliente y me quedo a medias. ¿Eres el protagonista de *Cuando el mar se rompe*? —suelta a bocajarro.

Francisco aprieta los labios, da dos sorbos al café y responde.

—Sí.

Ha decidido empezar por ser sincero. Le da la impresión de que Maca es una mujer limpia, como su nombre, que tiene cuatro letras, u ocho, según se mire. En cualquier caso, la hubiera visto igual de transparente aunque se hubiera llamado Ángela Mariana, Carmen Beatriz o María Daniela: sus ideas empiezan a ser antiadherentes. Francisco le habla sobre esa y sobre otras novelas y Maca le cuenta que hace poco que ha empezado a trabajar en la Madama Butterfly; que ha cambiado de trabajo porque necesitaba cambiar de aires y, sobre todo, porque le pagan mejor y ahora necesita el dinero porque se acaba de separar y tiene que pagar los estudios y la manutención de sus hijos. Por lo visto, el padre nunca ha colaborado demasiado, ni estando casados; prefería gastarse el dinero en tragaperras.

***

Desde fuera, Belinda los ve hablar y se alegra por Francisco. Maca le gusta para él: ya la conocía de La Estrella y cree que hacen buena pareja. Le apetece saludarlos, pero no puede pararse: ha quedado con Lucas y tiene que comprar unas zapatillas para Ares. Ayer se las rompió en el patio del colegio y necesita otras urgentemente.

Belinda llega cinco minutos antes a la cita y aprovecha para buscar

las zapatillas. Lucas la sorprende tapándole los ojos; al destaparlos, coloca frente a ella una rosa. Belinda se sorprende, pero la coge con una sonrisa fruncida y la huele.

—Estaba entre la flor o alguna crema corporal de esas que te gustan…

—Me parece bien cualquier opción, pero no hacía falta.

—Ya lo sé, tonta. Pero me apetecía. —Belinda respira mientras descubre que ha vuelto el brillo a sus ojos; sabe por lo que es: ya no está con Manuel Plaza y eso para Lucas es una buena noticia. Que su amigo le regale flores no es lo mismo que si se las regalase otro: en él no ve patriarcado; tan solo es un gran amigo que lleva años queriendo conquistarla, pero siempre desde el respeto—. Linda, ¿te gustan estas? —le dice él, mostrándole unas deportivas con luces.

—A mí sí, pero a él lo dudo. Empieza a hacerse mayor, Lucas.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo estás? —pregunta con ternura. Está al corriente de todo.

—Voy a días, pero al menos no tengo la sensación de apagarme; de desconectarme a veces y de no saber dónde estoy. Hacía años que no me pasaba, y ahora he vuelto a perder el control.

—No, ¡qué va! Controlas más de lo que crees. Tienes que estar tranquila y confiar en tu propia capacidad de superación. —Belinda lo abraza—. Venga, cuéntame.

—Preferiría que me contaras tú. Últimamente hablo siempre yo. —Revisa una sudadera y la suelta.

—¿Y si nos sentamos? Va, elige las deportivas y nos sentamos tranquilamente a hablar.

—Venga, vale, ayúdame a elegir y nos tomamos un café rápido, que tengo lío en el trabajo.

Al final solo tarda tres minutos en elegir las zapatillas para Ares, tras lo que se sientan en el Starbucks del centro comercial.

—Pues sí, Linda. Plaza me dejó fuera de la investigación, por primera vez y sin explicaciones. Lo que he podido averiguar es que, al parecer, Suárez le había prometido a Plaza ponerse a la cabeza de las investigaciones a cambio de llevarse un pellizco; pensaba prejubilarse del Instituto, supongo que para quitarse de encima a Rojas y dejar de depender de sus subvenciones. El caso es que, por lo que deduzco, Plaza le permitió a Suárez hacerse socio sabiendo que no podía bajar la guardia, porque podría acabar desbancándolo, así que supongo que por eso decidió estudiar él solo la histamina, para tener la sartén por el mango. Así nadie podría conocer el compuesto. —Belinda cabecea: tiene sentido la conjetura de Lucas—. Plaza no lo quería en su empresa, pero por motivos que desconocemos no le quedó más remedio que aceptar que entrara. Probablemente Suárez le persuadió con algún chantaje, ¡no ves que se deben favores los unos a los otros!

—Yo también lo creo. Suárez le ha ayudado a patentar algunos medicamentos a Manuel y no ha visto un duro por ello; no podía, porque era empleado público. A menos que manejaran dinero negro, claro. Lo único que ganó fue reconocimiento. Así que estoy contigo: creo que buscaba hacerse un hueco en el laboratorio para cubrir su jubilación; ya sabes el dinero que pierden los médicos cuando se jubilan, y más él, con los sobresueldos que tenía. —Belinda da otro trago al café—: Pero sigue sin cuadrarme que Manuel entregara las histaminas con dosis incorrectas adrede. ¿Por qué iba a querer hundirse?

—Pues para hundir a Suárez: es lo que quería y es lo que ha conseguido. ¿No lo ves? —Inclina el cuerpo hacia ella otorgando gravedad a sus palabras—. Plaza creó una dosis errónea, se la entregó a Suárez; él la suministró y pagó el pato. Plaza se hizo el sueco y empujó a Suárez a hacer públicos los resultados, a sabiendas de que había ido mal.

—Sí, lo sabía gracias a mí, claro, que me tuvo de topo, el capullo…

—Exacto. Se aprovechó de tu buena fe para saber cómo estaban yendo las cosas ahí dentro, aunque hubiera deducido igualmente que iban mal, dado que entregó dosis defectuosas. Y, con respecto a Rojas, como necesitaba hundir al laboratorio, apretó a Suárez para que diera la rueda de prensa y él solo se echara a los leones. Mientras él se mantenía en la retaguardia, haciéndose el sorprendido para retirar las subvenciones con motivo. Los dos pretendían hundir a Suárez: tanto Plaza como Rojas. Son los culpables.

—¿Y tú crees que Rojas sabía que Suárez era socio de Alfalobul?

—Pues claro: olvidas que su hermano también forma parte de esto. El empresario se habrá encargado de investigar a la competencia.

—Entonces, ¿crees que Laura tiene razón? ¿Crees que el laboratorio de Mar Ribas, del que Roberto Rojas es socio, podría estar investigando la histamina?

—Estoy completamente seguro. Es la única razón lógica para que hayan hecho todo esto. Las farmacéuticas funcionan así, Linda. —Le acaricia la mejilla—. Los mandamases estos nos tienen a todos atados de pies y manos; el mundo gira en torno a la farmacología. ¿No te habías dado cuenta? —Belinda asiente—. Ay, Linda. Vas a tener que aprender las reglas del juego; ahora eres socia de Alfalobul y tendrás que entenderte con Plaza, te guste o no. ¿De acuerdo, jefa?

Esa última pregunta ha sonado juguetona en la boca de Lucas. Belinda asiente con los ojos entornados y aspira la fragancia de la flor. Quién sabe, quizás debería dejarse mimar un poco más por su amigo.

chulita

La Pradera (Madrid), 15 de mayo de 2019

Casi tres meses después de la intervención

Parece una auténtica *manola* con su traje de chulapa. Se le ciñe en las caderas y realza su figura el vestido estampado de amplio vuelo que nace en sus hombros y muere en sus pies. Luce orgullosa sus mangas afaroladas y el mantón de manila sobre los hombros. Ares va a su lado. Parece casi un hombre; un madrileño castizo sin patillas ni tupé, pero con una brutal fuerza abrumadora. Él no necesita aparentar. No fuerza ese golpe de chulería típico del chulapo, pero sí se le ve orgulloso. Camina con los brazos en jarra y el pecho henchido embutido en el personaje del día. Los pantalones del año pasado le quedan algo justos y la gorra grande.

Belinda pasea en silencio mientras lo observa a su lado y escucha el viento seco que viene de la sierra. Alguien está cantando chotis en directo: le llega el sonido remoto. Atraviesan los puestos de rosquillas y llegan a la zona verde. Ares otea el lugar y, aunque es un hervidero de gente, localiza a dos amigos del colegio. Le pide permiso a Belinda para ir a saludarlos y ella se lo concede, mientras lo sigue desde la distancia. Belinda se cruza de brazos y aguarda, envuelta en una paz aparente, al pie de la ladera. Ha pasado un buen rato con las muñecas debajo del chorro de agua fría antes de salir de casa, pero su estrategia estrella hoy no ha funcionado: necesita desenredar los nudos que han formado sus nervios. Tiene que estar entera: hoy es un día especial. Por eso saca una guindilla del bolso y la engulle: en un rato estará como una balsa de aceite.

Una de las madres la saluda; la anima a ir hacia allá. Belinda inicia la marcha, pero alguien la agarra del brazo. Gira la cabeza y se topa con Rojas. Abajo, a los pies de la ladera, está uno de sus guardaespaldas vestido de paisano, activo y distendido. No lo esperaba tan pronto, no ahora. Las piernas le tiemblan, pero no puede consentir que se dé cuenta. Sabe toda la teoría: se ha prometido que no la intimidará, nunca más. Va a reventar sus pretensiones y no se permitirá entrar en *shock* cuando lo tenga cerca ni cuando la llame por teléfono intentando sobornarle con su hijo. Se acabó la sideración, se acabó el vivir en alerta. Va a romper con todo; ha llegado el momento.

—¡Que preciosa chulapa! —El piropo le sabe a hákarl, esa carne podrida de tiburón que comió en Islandia.

—¿Qué quieres? —Sacude el brazo para quitárselo de encima.

—Vengo a ver a mi hijo…

Belinda siente la llama de fuego macerando en su estómago. La bestia se está formando dentro de ella. Rojas coloca de nuevo su mano sobre el brazo y la desliza hacia el hombro; ella aguanta estoica mientras las madres la miran. Clava sus ojos en él; le agarra la mano del hombro y ejerce presión con una fuerza que no pensaba tener: es la fuerza de la rabia, de la ira, del odio. La sacude con brío de su cuerpo, se le encara y coloca los brazos en jarra. Rojas da dos pasos atrás al sentir su mirada lacerante.

—Te he dicho muchas veces —Mientras Rojas da pasos hacia atrás; ella camina hacia delante intentando buscarlo cuando ve a su guardaespaldas envararse, alertado; necesita que huela su coraje al escupir fuego con cada palabra— que MI hijo no es tuyo.

—Sí que es mío. Aunque lo niegues, sé que lo es. —Rojas le sostiene la mirada.

—Te equivocas, puto cerdo. —Al decir «puto cerdo» eleva el tono—. Ese niño es la antítesis al monstruo que tú eres. No te acerques a MI hijo.

Rojas suelta un golpe de aire por las fosas nasales y hace ademán de dibujar una sonrisa, pero la mueca se disuelve a medio camino. Mete las manos en los bolsillos del traje de goyesco y balancea su cuerpo. Belinda repara en su vestimenta; lo estudia de arriba a abajo y le habla con repugnancia:

—Tú, siempre aparentando. Saborea lo poco que te queda de tu estatus.

—¿Me estás amenazando, guapita? —inquiere, picado.

—Guapita no. —Destila el odio de sus ojos con los brazos en jarra; mira al cielo, baja la mirada y, con una perspectiva renovada, se dirige a él—: ¡¡¡CHU-LI-TA!!!

***

A cien metros del lugar, ajenos a lo que está pasando, se adentran en la muchedumbre de los puestos y los chiringuitos de comida Mar y Roberto. Ella luce orgullosa su trofeo: Roberto Rojas. Se le ha pasado el enfado, después de que le pidiera matrimonio en el Corral de Comedias de Almagro el otro día, y sus ínfulas han vuelto a su sitio, con las de su prometido. Todo ha quedado en un calentón, en una simple falta de reflexión. ¿En qué estaba pensando para creer que había dejado de quererlo? Luce su corpiño ajustado al talle como la más elegante goyesca con unas telas ricas y de calidad; el pronunciado escote acciona el movimiento ocular constante de Roberto hacia la zona. Mar le mira de soslayo; lleva la camisa blanca perfectamente planchada, compuesta del fajín que rodea su cintura. Ha sido una buena sorpresa haberle mandado bordar sus iniciales en la chaquetilla

del traje. Lo remira y se regodea al pensar que ha dejado a su mujer por ella; mientras tanto, Roberto camina pausado, perdido aún en la parte superior de ese corpiño que le ha robado el aire a Mar. Con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra colocada en jarra, saborea su cercano triunfo: mañana es el gran día. Su hermano lo tiene todo atado y la prensa está avisada. Toda España conocerá la noticia: los españoles podrán vacunarse gratis con Zetizol, una vacuna antihistamínica.

—Tienen buena pinta, ¿no? —le dice Roberto frente al puesto de rosquillas. A ella no le gusta que la anime a comer dulces: le cuesta contenerse.

Mar eleva la mirada y la pasea por el puesto. Hay rosquillas de Santa Clara, Tontas, Listas y las de la Tía Javiera. Quiere comerse todas, pero no debe comer ninguna.

—Señora, —Se dirige Rojas a la tendera—, pónganos tres de cada, por favor.

Roberto nota la presencia de su hermano tras él. Tienen un par de guardaespaldas a una distancia prudente. Hoy es un buen día para publicitarse como conciudadanos: así, vestidos de goyescos, muestran cercanía y distinción a su vez.

—¿Qué, has encontrado algún baño? —le dice, girando la cabeza y dirigiéndose a él—. ¡Gracias! —responde a la mujer al coger las rosquillas y darle el dinero.

—¡Mmm! ¿Hay para mí? —Santiago deja la pregunta en el aire e intenta coger una rosquilla. Roberto le da un manotazo.

—Vamos a buscar un lugar para comerlas tranquilos, ¿no te parece, cariño? —Se adelanta a un posible reproche de Mar, que suele decirle que le sienta mal comer de pie.

Como era de esperar, no encuentran ni un solo banco libre, por eso se apartan del bullicio y se comen las rosquillas de pie. Mar no coge ninguna, simplemente le da un bocado a cada una de las rosquillas de Roberto. Santiago se come las que le correspondían a ella.

Cerca de ellos caminan cinco hombres acompasados; son jóvenes y van vestidos con ropa casual, básicamente vaqueros y sin gorra ni clavel: no han venido a la fiesta. Se miran y se entienden. Uno de ellos aprieta el paso y los cuatro le siguen. Se coloca frente a los tres y les informa:

—Mar Ribas, Roberto Rojas, Santiago Rojas: acompáñenos, por favor. Tenemos una orden de detención…

—Yo no voy a ninguna parte —se defiende Santiago.

—Señor Rojas, puede colaborar con nosotros o, por el contrario, tendremos que esposarle y sacarle de aquí a la fuerza. Hay demasiada gente mirando, usted decide.

—He dicho que yo de aquí no me muevo. —A pesar de la

muchedumbre, cada vez hay más personas mirando, grabando, escuchando. Los dos guardaespaldas se acercan e intentan mediar con los policías, pero estos no han venido a negociar.

—En ese caso… —Da la orden a los compañeros que *ipso facto* les ponen las esposas con las manos en la espalda mientras el policía comienza a leerles sus derechos—. Están los tres detenidos. Tienen derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digan puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. —Roberto y Mar le escuchan en *shock*, mientras Santiago se retuerce, negándose a su detención. Uno de los policías intenta desembozar la zona y dispersar a los curiosos—. Tienen el derecho de hablar con un abogado y que esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no pueden pagar un abogado, se le asignará uno pagado por el Gobierno. —Santiago Rojas cabecea, le mira receloso, tuerce el labio y alza la mirada al frente—. ¿Le han quedado claro los derechos previamente mencionados?

Ninguno de los tres responde. Santiago Rojas pasea la mirada por el horizonte. Ve la noria de fondo, aguza la vista e identifica a Belinda, quien lo mira con los brazos en jarra y el pecho henchido de orgullo. El policía le da un pequeño toque para que responda. Gira la cabeza discretamente y le responde contundente, mirándole al fondo de los ojos.

—No.

El aire entra limpio en los pulmones de Belinda Escartín; desde allí, la vista le alcanza como para ver lo suficiente. Por fin lo han hecho; ha valido la pena que Laura y los demás denunciaran lo del encierro, igual que ha merecido la pena armarse de valor y denunciar a la policía los dos abusos de Rojas, al igual que las amenazas que sufre constantemente por su parte. La está mirando mientras se lo llevan detenido, pero ahora no le da miedo; va a hacer todo lo posible para que pase el mayor tiempo posible en la cárcel. Ha merecido la pena no ponerle todavía una orden de alejamiento; necesitaba despedirse de él de frente, con la cabeza bien alta. Se pregunta si ya habrán procedido a la detención de Manuel también; tiene información de primera mano y sabe que hoy lo harán.

Vuelve la vista hacia la parte alta de la ladera y ve a Ares jugando con sus amigos; no va a permitir que se parezca en nada a su padre. Mira al otro lado y ve que Álzaga y Laura la esperan, por eso Belinda le hace aspavientos a Ares para que vaya con ella. El niño se despide de sus amigos, baja, Belinda se cala las gafas de sol y juntos avanzan hacia la otra colina. Allí la esperan sus amigos; ellos también han disfrutado del espectáculo que entre todos habían preparado.

59

aimara llobera

Diez días después

No tiene remordimiento pero sí vergüenza de ver sus memes. Sigue sentado en el sofá, con el pijama sucio, el pelo fiero y la barba desaliñada. Hoy circula un nuevo meme, un sucedáneo de los anteriores: «¡No te tomes la vida muy en serio, no saldrás con vida de ella!». Al menos este no le ha molestado tanto como el de ayer, donde aparecía su cara superpuesta al cuerpo de Julio Iglesias, vestido de traje negro y apuntando con el dedo, acompañando a la imagen una frase: «¡Vas a ir a la cárcel y lo sabes!». No está dispuesto a entrar en prisión, por eso se ha puesto en contacto con una abogada que le han recomendado. Es la mejor; solo tiene que untarla bien y ella hará el trabajo sucio. Mira el móvil destilando rabia, se levanta y va al mueble bar, se sirve un *whisky* y se lo bebe de un trago; vuelve a llenarlo de líquido y sumerge el móvil dentro. No quiere saber nada más de memes ni de memos. Está sobrecargado del país de pandereta en el que vive.

Aún le quedan dos horas para la cita con la abogada, así que de nuevo se sirve otra copa y se sienta en el sofá. A media distancia mira el móvil sumergido en el vaso. No echa de menos ir a las reuniones en el Congreso, pero sí el respeto que le tenían antes de la detención. Además de los memes circulando y la noticia de la vacuna, cada día mencionan algo de él en los medios: que si le han destituido del Gobierno, que si el compañero de Bienestar Social también estaba en el ajo, restringiendo las subvenciones de Violetas y Azafrán, que si debe dinero a Hacienda, que si consume prostitución… Pero nada de la agresión sexual, lo que le hace pensar que Belinda pueda estar detrás de todo: puede que se esté encargando personalmente de que no se sepa lo de la violación, al menos todavía. Puede que esté compinchada con Laura Hidalgo o, en su defecto, podría estar cada una actuando por su cuenta. En cualquier caso, no se va a quedar de brazos cruzados: piensa hundirlas a las dos.

Se levanta del sofá; será mejor que se afeite y se duche. Tiene que adecentarse para ver a la abogada que le han recomendado; por lo visto, es buena. No como su abogado, que es un pazguato de mucho cuidado. Se viste al salir de la ducha, se perfuma, coge las gafas, la cartera, las llaves y se marcha.

Rojas llega con diez minutos de antelación a la cita y se sienta a esperarla en la terraza del bar, bajo la sombra de un árbol poblado. Ella lo atisba a lo lejos: con las gafas de sol caladas y el pantalón

vaquero cuesta reconocerlo, pero sabe que es su «cliente». Camina hacia él imponiendo seguridad a sus andares; hoy es Aimara Llobera, por eso se ha teñido las cejas, se ha puesto una peluca rubia ondulada, le han pintado las uñas y ha embutido su cuerpo en unos pantalones crudos a juego con la camisa blanca y unos tacones de vértigo que acompañan al conjunto. Pasea airada; indudablemente segura de sí misma, hasta que llega a la mesa donde ha quedado con Rojas. Lo saluda con palabras y no tarda en sacar a relucir los gestos y ademanes que ha ensayado frente al espejo.

—Buenos días, señor Rojas. Soy Aimara Llobera, encantada de conocerle. —María Castillo se sienta sin esperar un signo de cortesía.

—Señora Llobera, me han hablado bien de usted. Espero que no me defraude.

—Espero que no me defraude usted a mí. —Dibuja una sonrisa fastuosa; Rojas cabecea y fuerza la sonrisa—. No tengo mucho tiempo; supongo que le han dicho que me permito escoger a mis clientes, por una sencilla razón: me gusta ganar los juicios. Por eso necesito que me cuente todos los hechos por orden, por favor.

—¿Por qué? —María dibuja en sus ojos una sombra de incomprensión—. ¿Por qué tendría que fiarme de usted? En realidad, no le conozco de nada. No es así como te suele tratar un abogado.

—Tiene toda la razón; no es así como mis colegas suelen tratar a sus clientes. A casi todos les da igual si es culpable o inocente: dicen que les resulta más fácil hacer una defensa pensando que su cliente es inocente y diciendo directamente lo que debes decir para ganar el juicio. Pero yo no trabajo así; como le he dicho, yo siempre gano los juicios, ¿me comprende? Y eso es lo que me importa, no si una persona es culpable o inocente. No soy abogada para juzgar; si quisiera juzgar, sería jueza. —Rojas da un largo trago a su copa y desvía la mirada; ella le busca los ojos e insiste—: ¿Prefiere ir a la cárcel antes que contarme la verdad? Porque, si lo tiene claro, podemos dejar la conversación aquí; tengo cosas que hacer…

—¿Qué desea tomar, señora? —le pregunta el camarero; ella mira la copa de Rojas y responde.

—Lo mismo que el señor, gracias.

—¿Un *whisky* sin hielo?

—Doble, por favor.

Rojas la mira en silencio, anticipando una victoria. Acaba de conocer a Aimara Llobera, pero algo le dice que va a masacrar a la oposición; esa mujer tiene carácter de amazona y mirada de loba. Tiene frente a sus ojos a la mujer que le va a reconstruir el futuro.

María, por su parte, viene dispuesta a edificar una falsa amistad; a construir los cimientos y a levantar la estructura de una confesión que usará más tarde en su contra. Tiene la grabadora en marcha; la puso

antes de llegar.

—Creo que esto es el principio de una bonita amistad. —Coge la copa que le acaba de traer el camarero y la alza al frente.

—¿Por dónde quiere que empiece? —pregunta él, chocando la copa.

—Por aceptar que la mitad del dinero que consigamos es para mí: esos son mis honorarios. Después, puede empezar por contarme qué tiene que ver con la investigación del Instituto Julio Vallejo Ruiloba y, cuando haya terminado de darme pelos y señales, miramos cómo podemos conseguir que le devuelvan su trabajo, el respeto y la promesa de un futuro laboral; todo eso con intereses, claro, ya me entiende.

60

adrián

Seis meses después de la intervención

Javier Ramírez ya no necesita ir al Círculo de Bellas Artes a preguntar: le han incluido en un grupo de difusión de WhatsApp, donde se ofrecen pisos o locales para practicar *chemsex*. Se ha enterado por sus pacientes que ahora se usa la geolocalización para encontrar a personas cercanas que quieran juntarse para drogarse y tener sexo, pero él prefiere no usar esas aplicaciones: puede encontrarse con algún paciente.

Hace más de un mes que no acude a ninguna fiesta, pero hoy necesita airearse; últimamente le sobrepasa la vida en familia. Su mujer se ha convertido en una mandamás que ha establecido los términos de la convivencia; ha dejado claro a Javier la cláusula fundamental de su función como padre: estar en casa disponible. Con los otros embarazos, las hormonas se le revolucionaron, pero no hasta este punto; este embarazo, sin duda, ha sido el peor. Miriam está autoritaria y territorial: le ha puesto una especie de cercado con un cableado eléctrico invisible que si sobrepasa le da una oleada de descargas. Ahora es la fuerza insondable que teje la unidad familiar. Pero, por suerte, el parto amenaza con ser inminente. Por eso no han ido a las fiestas del pueblo de Javier, un pueblecito perdido en la serranía de Cuenca, porque corre riesgo de que se le adelante el parto. Cosa que Javier a ratos desea ávido y a ratos resignado. Resignado porque está desbordado con lo que ya tiene. Ávido porque no aguanta más a la Miriam gestante.

Por eso hoy va a desconectar de todo.

Pone el teléfono en silencio, llama al timbre y espera. Le recibe una rubia en la puerta; es transexual, no hay dudas. Detrás de ella hay otra, que le acoge con una mirada provocativa y, como saludo, le tiende la pipa de vidrio con la tina dentro. Javier lo agradece y da una calada. El nervudo del fondo acude a él, le retira la pipa y le baja los pantalones. A partir de ahí todo pasa a formar parte de un segundo plano: la tina con agua esterilizada que ve pasarse de unos a otros, las rayas de coca en la mesa del salón, la rubia penetrando a la castaña… La *felatio* no le deja pensar en nada más.

Sale de la casa y la luz del sol le golpea con fuerza en los ojos. No sabe cuánto tiempo ha pasado allí dentro: no sabe si han sido horas o días. Mira el móvil, pero se le ha apagado; ha debido quedarse sin batería. Tampoco recuerda dónde dejó el coche, por eso se detiene y se esfuerza, intentando hacer memoria. Por fin lo recuerda: está a dos

calles de allí.

Se monta en el coche, arranca y conecta el móvil al cargador. Lo intenta encender pero no lo consigue; la batería está agotada, como su destino. Necesita encender el móvil ya: tiene que ver en qué día se encuentra y, sobre todo, hablar con Miriam. Esta vez sí que se ha pasado; hoy, como poco, dormirá en el sofá.

Cuando el móvil se ha cargado un poco, lo enciende y ve catorce llamadas perdidas de Miriam a diferentes horas, en diferentes días. La última es de hace más de quince horas. Son las nueve de la mañana de dos días después. No puede creer que se le haya ido de las manos de esa manera: ha estado dos días metido en ese zulo.

Tiene muchos mensajes personales y de grupos sin leer; de Miriam, de su familia, de la familia de Miriam y del contacto de la *chemsex*. Abre primero el de Miriam y el mensaje le atraviesa las entrañas: «Te has perdido el nacimiento de tu hijo». Aguanta el móvil entre las manos y cierra los ojos. No atesora ninguna esperanza: acaba de perder todo lo que tenía en la vida. Lo que ha hecho es muy grave. Su mujer ha parido sola mientras él se tiraba a dos trans y un tío, y ni siquiera se ha preocupado de usar preservativo. No tiene fuerzas para pensar; está extremadamente cansado, abatido.

El cansancio le desploma, la culpa lo demuele y la desesperanza lo tumba. No tiene fuerzas para moverse: llora dentro del coche, usando las manos como muros de contención contra sus lágrimas. El desafío que le ha hecho al destino le va a salir muy caro. Debería haber entendido que ese temperamento aguerrido de su mujer formaba parte del embarazo y que se desprendería de él cuando tuviera al niño entre sus brazos. Que ese carácter era como un monzón, que venía y se iba, algo temporal, transitorio y hasta bonito; era un cóctel hormonal que culminaba cuando el estrés del día a día de madre trabajadora y mujer paraguas se coronaba. Sabe que si abre el chat de la familia lo va a ver: va a ver la foto de su hijo y no quiere; no puede conocerlo por foto, necesita verlo, acunarlo, olerlo, cambiarle el pañal.

Se mira en el retrovisor y se repugna; está sucio, con restos de gomina seca en el pelo y el traje manchado. Los ojos llenos de arañas rojas, los labios cortados y la mirada fundida. No puede aparecer así por el hospital. Se marcha a casa y se ducha; por suerte, las niñas están en el colegio y no hay nadie. En poco más de una hora está en el hospital, plantado frente a la puerta, con el cuerpo que apenas le responde y conteniendo las lágrimas. Necesita reponerse y dibujar una sonrisa antes de rebasar esa puerta y conocer a su hijo, y, sobre todo, coger fuerzas para poder lidiar con Miriam; solo espera que la oxitocina esté de su parte.

Cuando empuja el entrepaño y ve a Miriam, no es capaz de mirarla a los ojos: supura aversión. En cambio, ella sí le mantiene la mirada;

necesita que entienda que siente verdadera repulsión por él, porque ha roto aguas sola en la cocina de su casa, porque ha tenido que llamar a su madre para que fuera corriendo a cuidar de las niñas, porque ha cogido un taxi para ir a parir al hospital y porque se ha sometido a una cesárea sola. Sola, como quiere estar a partir de ahora. Mientras Javier camina hacia la cuna no piensa en lo dura, inabordable y a la vez lógica que es la mirada de Miriam. Sabe lo que le espera. Pero ahora no quiere pensar en eso; ahora necesita desprenderse de esa sensación que tiene de estar siendo tasado. Alcanza la cuna y ve que el bebé duerme. Se muere de ganas por cogerlo; quiere quitarle el gorro y ver de qué color tiene el pelo, quiere que abra esos ojos almendrados.

Miriam se revuelve en la cama, retorciéndose de dolor. La mira de soslayo y vuelca de nuevo la vista en el bebé: el gorrito hace que su cara esté más redondeada; los labios son diminutos, pero voluptuosos, como los de Caterina. Ya no está cubierto de esa sustancia gelatinosa ni parece haber salido de un combate de boxeo. Tiene las uñas muy largas y los puños cerrados. Suspira al verlo; está bien: suficiente. Él y las niñas son lo mejor de su vida y no está dispuesto a perderlos. Pasea su mirada sobre los hombros curvados del bebé y mira las rodillas flexionadas contra el ombligo; solo pide que no deje de respirar, que no sobrepase la línea azulada saludable del recién nacido, que no deje de oler a leche ni a tener el tacto de un melocotón maduro. Disfruta mirándolo, pero quiere que despierte, solo para cogerlo, para darle calor. Una sonrisa se dibuja en su cara sin que él lo impida; nada puede romper este momento mágico que roza lo místico de la vida.

—Hace meses que estás distante —comienza a hablar Miriam— y lo he soportado en silencio. He soportado incluso que te drogaras. He llegado a pensar que te follabas a otra. Creía que era un bache, pero no. Realmente, has decidido salir de la familia.

—Cariño, no he decidido nada de eso.

—Se lo llevan a neonatos en unos minutos. Acaba de decírmelo la enfermera antes de que entraras.

—¿Cómo que a neonatos? ¿Qué le pasa? ¡Si está perfecto!

—Tienen que estudiarlo, Javier. —Miriam rompe a llorar. Esa es ella, un fragmento frágil y sensible, con una cosa muy clara en su vida: sus hijos son lo primero. No era ella la que dictaba las normas familiares, era el embarazo; no era ella la que hablaba déspota, eran los celos por no tener la atención de su marido—. Hace unos días me dieron los resultados de mi última analítica, ya sabes que la pedí completa. —Javier cabecea. Miriam está triste, muy triste; ha abandonado esa posición de combate, por eso Javier camina hacia ella —. Di positivo en VIH. Tienen que ver si Adrián lo tiene.

Miriam despega la mirada de él; no puede seguir mirándolo. Les ha

hecho demasiado daño a todos. Javier siente el vacío en su estómago. No consigue arrancar las palabras de la garganta, le resulta imposible hacer una reconstrucción de los hechos; la situación es tortuosa, tanto que le deja sin fuerzas. No puede soportar escuchar lo que sabe que viene a continuación.

—Tú me has contagiado y puede que yo se lo haya pasado al niño. No quiero que te acerques a nosotros. Hace un día que me hicieron la cesárea; supongo que me dejarán unos días ingresada, así que aprovecha para recoger todas tus cosas y marcharte de casa. No quiero que estés allí cuando vuelva.

61

un final con forma de comienzo

Principios de septiembre

Seis meses después de la intervención

Belinda Escartín disfruta de su desayuno en casa: pan de yogur a la plancha, con jamón serrano y aguacate, bañado con un buen chorro de aceite virgen extra. Ha dejado de buscar bares con su desayuno favorito y personas que puedan preparárselo: nada mejor que una misma para cuidarse. Coge el móvil de la cómoda de la habitación, busca la lista de reproducción y pone la canción «I Won't Give Up», de Jason Mraz. Desliza el panti por ambas piernas y se enfunda el vestido azul zafiro. Va al baño, observa frente al espejo la luminosidad que le ha dejado en la cara la mascarilla efecto *lifting*, se da unos toques en los pómulos y respira; relajada, segura y tranquila. Se aplica crema y se maquilla; para finalizar elige un carmín rosa de textura fina que se le queda sellado en los labios como segunda piel. Está elegante, discreta. Perfecta para el evento.

Suena el estribillo de la canción, arrancándole una sonrisa; le gusta la música, le gusta Jason Mraz, le gusta retomar sus aficiones. Ahora que su madre se ha trasladado a un piso que ella ha heredado de Suárez y que está a diez minutos caminando, tiene más tiempo para ella. Lidia le ayuda mucho con el niño, como hoy, que lo ha llevado al colegio para que pueda arreglarse tranquila, porque la ocasión lo merece: no es un día para ir estresada.

Va al armario y elige un bolso versátil: color canela con detalles a contraste. Guarda sus pertenencias dentro y enfila el pasillo. Antes de rebasar la puerta, vierte la mirada en la foto, su talismán, y se repite a modo de mantra que todo esto lo hace por él, por Ares, para que vea lo que es capaz de conseguir, para que la admire a ella y a todas las mujeres con las que se encuentre en la vida, para que las respete y las venere. Cierra la puerta de casa y se dice que esto es un final con forma de comienzo.

***

Hace tiempo que Antonio Galán se dedica a la medicina y que conoce las investigaciones más crueles realizadas en la historia de la psicología, como la de la cárcel de Standford, donde Zimbardo pretendió conocer las reacciones reales de los sujetos al sentirse presos de verdad y con la que concluyó lo peligroso que podía ser dar poder a las personas. En esa época no se vio con la crueldad que se ve ahora, por eso se pregunta si, dentro de unos años, otros verán el estudio al

que le sometieron hace más de seis meses desde otra perspectiva.

María corta sus pensamientos de cuajo al terminar de hacerle el nudo de la corbata.

—¿Ves como me tenías que dejar a mí?—le recrimina chistosa—. El nudo Pratt es el mejor para la ocasión: versátil y elegante.

—¿Desde cuándo sabes tanto de moda?

—¡Desde siempre! Porque no vista moderna, no significa que no me guste la moda. Me gusta mi moda, mi estilo. —Antonio arquea una ceja—. Venga, di otra vez el discurso, te escucho. —Galán arruga la frente—. Recuerda cuidar tus ademanes.

—Gracias por ponerme más presión… ¿Tú crees que hace falta que vaya con traje?

—Sin duda… El nuevo gerente del área de investigación sanitaria tendrá que estar a la altura… Va, relájate: cierra los ojos, coge aire y ahora, ya sabes, suéltalo despacito. Otra vez: cogemos aire, soltamos, cogemos, soltamos…

—Yo no sé cómo te puedes pasar el día haciendo estas respiraciones, ahí, sin hacer nada más… Qué aburrimiento el *mindfulness* ese…

—Lo de no hacer nada energiza, y se llama silencio atencional, por si te interesa saberlo. Y no es *mindfulness*, es *wu wei* y me salvó de volverme loca durante el encierro.

Antonio la mira de reojo y la besa. Hace una larga exhalación y paladea las brumas de su beso; tiene mucha suerte de tenerla como compañera de vida. Aunque le vayan las terapias raras.

***

Belinda espera a Lucas. Han quedado para celebrar su nuevo nombramiento: el de directora general de diversidad familiar y servicios sociales. Al final el karma se ha manifestado. Lucas ha querido llevarla allí: al restaurante que mejores torrijas de Madrid hace; sabe que es su postre preferido. Lucas aparece y avanza hacia ella, sonriente y con un ramo de rosas en la mano.

—Felicidades, señora directora de servicios sociales. —Le entrega el ramo y le estampa un beso en la mejilla.

—Muchas gracias, Lucas, pero haces que me muera de vergüenza; todo el mundo me mira —musita en su oído.

Lucas se ríe:

—Anda, siéntate y cuéntame todo…

El camarero se les acerca, les pregunta qué quieren de beber y Lucas le pide que les recomiende un vino. Despiden al camarero con una sonrisa y se quedan hojeando la carta.

—¿Compartimos unas croquetas de entrantes? ¡Tienen buena pinta! —comenta Lucas; Belinda asiente y sigue leyendo la carta. Lucas

cierra la suya y se inclina hacia ella, le baja la carta y busca su mirada —. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿No estamos celebrando algo?

—Sí, perdona.

—¿Pero?

—Pero necesito acostumbrarme a esto: no sé si me va a venir grande.

—¿Grande? ¿Pero qué dices? ¡Linda, a ti nada te viene grande! ¡Tú eres grande!

—No sé, es que…

—No es por el nuevo trabajo, ¿a qué no? Tú le sigues dando vueltas a todo lo que ha pasado. —Belinda agacha la cabeza—. ¡Eh! —musita y le agarra el mentón para elevarle la cabeza—, mírame. Rojas está en la cárcel, ¿vale? Está todo bien.

—No es por él…, bueno, no sé. Supongo que es por todo. —Se inquieta en el asiento y replica con un pestañeo—. Mira, Manuel está en la cárcel y ni siquiera estoy segura de que sea el culpable. Ni siquiera sé todavía qué narices pasó con la histamina. Quiero decir, si la hipótesis que barajamos es cierta…

—Linda, la policía lo investigó todo; han sido ellos los que le han metido en prisión, no tú.

—Ya, ya lo sé. —Se permite una pausa mientras el camarero trae el vino y vacía el líquido en sus copas. Belinda la mira, pero no la coge; Lucas, en cambio, da un primer trago—. Pero ni siquiera le dejé explicarse, desde aquel día que fui a su casa no le he permitido ni el beneficio de la duda. Ahora, pensándolo todo más calmada, creo que quizás me pasé con él.

—Linda, —La mira con dureza—, lo primero: Plaza no está en la cárcel por tu culpa. Lo segundo: fue él; puso en peligro la «vida» —Hace el gesto de entrecomillado con los dedos— de cuatro personas para hundir a Suárez. Lo tercero: fue la policía la que llegó a esa conclusión.

—Sí, llegaron a todas esas conclusiones, pero porque yo testifiqué en su contra y porque los sujetos también hablaron en contra de él.

—Aún le quieres, ¿verdad?

—¡No! —Se inquieta en el asiento—. ¡Claro que no! Sigo sintiéndome engañada, pero…

—Pero le quieres.

—¿Ya saben qué comerán? —tercia el camarero a su lado; ninguno de los dos le había visto acercarse.

—Perdone, aún no —se excusa Lucas; coge la carta y la mira—. Lo siento.

El camarero se aleja y Belinda emula a Lucas. Sabe que está dolido con ella.

—Lucas, no estoy enamorada de Manuel, lo único que me pasa es

que necesito tener la conciencia tranquila y no la tengo. —Él no responde; se mantiene ceñudo mirando la carta de hito en hito—. Lucas —insiste Belinda para que la mire—, somos amigos, no ha cambiado nada. Te sigo queriendo. —Levanta la cabeza y la mira; ella mira el ramo de flores en la silla de al lado, y vuelca la mirada en él —. ¿Por nosotros? —Busca con su copa que brinde con ella; brindan y ella da el primer trago, dejando después la copa sobre la mesa. Lucas da otro trago corto y también la deposita. Belinda continúa hablando —: Si te soy sincera, no sé por qué empecé a salir con él. Supongo que por lo bien que me trataba, por la protección que sentía con él… Ni siquiera nos acostamos en los dos meses que estuvimos juntos…

—Linda. —Lucas le busca la mano otra vez—. Vales mucho, tú vales muchísimo, y no puedes dejarte embaucar porque un hombre te trate bien. Muchos hombres tratamos bien por defecto; es lo normal, ¿sabes? No te debe sorprender que alguien te trate como te mereces. —Sus ojos son suplicantes ahora—. Y, con respecto al sexo, es normal, es comprensible… Poco a todo, conseguirás superarlo.

—No quiero que nadie me toque, siento como una amenaza a cualquier hombre, necesito mucho tiempo para sentirme segura… Pero, el día de la fuga de los sujetos, me pasó algo que no logro entender. Fue un impulso, fue…, no me lo explico. ¡No consigo entender cómo fui capaz de echar una cana al aire! Yo, que no soy capaz de ponerme desnuda delante de un hombre.

—Me acabo de perder…

—Pues que el día de la fuga de los sujetos me acosté con Diego…

—¿Con Diego Matesanz? —Belinda aprieta los labios—. ¡No me jodas! ¿Me estás contando que te has acostado con ese tío, que está medio *empanao*? —Lucas se frota la frente y hunde los dedos en su pelo. Belinda espera en silencio su respuesta—. Lo siento, no me lo esperaba. ¿Por qué no me lo has contado antes? —Belinda niega con la cabeza—. Vale, lo siento. No tienes por qué contarme todo. —Abre la carta y vuelve a mirar; el camarero hace ademán de acercarse, pero, al verlo, aborta sus pretensiones.—Yo voy a pedir calamar relleno, ¿y tú? —dice Belinda, intentando desviar la conversación hacia otro lado.

—No sé, se me ha cortado el hambre.

Belinda se castiga por habérselo dicho; no debía ser tan sincera: sabe que Lucas busca una relación con ella que nunca va a tener. Por mucho que lo quiera, por mucho que le aprecie, no consigue verlo con otros ojos. No es así como quería celebrar el día del nombramiento, pero tiene lo que se ha buscado; ha sido ella la que ha llegado con un puñado de lamentos que poner sobre la mesa y ventilando temas personales. Por eso mismo, porque ella ha encendido el fuego, ella tiene que apagarlo. Lucas no se merece sufrir de esa manera.

—Lucas, perdona. Solo quiero que estemos bien. —Le busca con la

pierna por debajo de la mesa. Lucas despega la mirada de la carta y la mira a los ojos.

—Linda, yo también quiero que estemos bien, por eso he hecho todo lo posible siempre para apartar de tu lado a quien no te hace bien. Por eso no le permito a Rojas que diga que eres una fresca, por eso no quiero que te machaques pensando que Plaza no está donde debe y por eso no quiero que vivas tu sexualidad como una amenaza. Quiero que seas feliz con Ares y, si puedes algún día, con un hombre que os quiera a los dos tanto como yo. —Le regala una sonrisa y deja la carta sobre la mesa; el camarero se acerca.

—¿Ya saben qué quieren para comer?

—Sí, gracias. Para picar, unas croquetas cremosas de la casa y, como plato principal, para ella unos calamares rellenos y para mí taco de bacalao asado. El postre también lo sabemos ya: torrija caramelizada.

Belinda sonríe. Le gusta que Lucas sea como es. Siempre acaba cediendo, comprendiéndola, queriéndola: con sus rotos y sus descosidos, con sus desconchones y sus enlucidos. Ojalá algún día pueda quererlo como algo más que un amigo porque sabe que le haría la mujer más feliz del mundo. Pero, mientras tanto, le queda disfrutar de esa relación de amistad capaz de sobreponerse a todo.

62

desmemoriados

Tres días después de estrenar nombramientos

El sol vierte su luz dentro de la casa de Isabel y la suave brisa de finales de verano entra por los ventanales, ayudando a la frescura a esparcirse por su interior. Isabel se coloca el mandil, abre la nevera y busca la carne y las verduras que va a cocinar. Laura la rodea por la cintura: ahora es mucho más fácil abarcarla, aunque aún su figura no ha vuelto del todo a su sitio. Coloca frente a ella una copa de vino. Isabel agarra la copa y la pone al frente, Laura la choca suavemente y suena un tintineo fino, agradable. El bebé está durmiendo y los dos pequeños están entretenidos con la niñera.

—Quién me iba a decir a mí que el hombre que me robó parte de mi destino me devolvería todo multiplicado por cien —dice Isabel. Laura la mira con ternura.

—Podrías poner esas mismas palabras en mi boca —responde Laura.

Laura también está disfrutando del momento, de la calma, y por eso paladea el sabor del vino. Hace meses que ha conseguido hacer algo imposible para la mayoría de personas adictas al alcohol: beber y parar. Belinda la ha ayudado mucho durante el proceso y le ha dejado claras algunas premisas: nada de alcohol, nada de refrescos que le recuerden al combinado, nada de recorrer el pasillo del supermercado en el que están las bebidas alcohólicas, nada de juntarse con gente que la incite a beber; nada de lo que le ha dicho Belinda hace Laura, pero no le preocupa: ella controla. En unos meses ha sido capaz de tomarse solo una copa de vino en las cenas con amigos y no sobrepasar esa línea. Además, como hoy Belinda no viene a la cita, puede permitirse tomarse una copita de vino, o dos a lo sumo. Deja la copa sobre la mesa y ayuda con la comida: saca la tabla de olivo y corta las verduras, condimenta el pollo y prepara el resto.

Francisco aparca el coche a las puertas de la casa de Isabel. Son las dos en punto cuando se baja del coche y abre la puerta del copiloto: le encanta ser tan servicial con Maca; además, a ella también le gusta que la mime así. Saca del maletero la tarta de pañales que ha encargado Maca a una amiga. Mira la casa desde la distancia; conserva unas líneas limpias, una combinación perfecta de mortero blanco y piedra: es moderna, actual. Entrelazan sus manos y caminan hacia la puerta, mientras Maca mira a Francisco y le sonríe: le alegra que al fin le haya contado el motivo de su cojera.

Entran y saludan. María acuna a Enzo y él, al verlo, recuerda a su

sobrino: las brisas de la memoria le devuelven un mordisco en el corazón. María se levanta y le ofrece al niño. Francisco se queda paralizado, troquelado por las heridas del pasado: no quiere cogerlo. Sin embargo, sin saber cómo, finalmente accede. El bebé abre los ojos: le parecen de color gris.

—Es precioso. Se parece a su madre —dice María.

—¿A cuál de ellas? —bromea Laura—. No, en serio, gracias a dios que se parece a su madre.

—¿El parto bien? —pregunta Antonio.

—Bien, pero eso que dicen de que los terceros se caen por el camino… pues no: por poco tienen que usar fórceps. Aunque lo peor fue la oxitocina, ¡qué dolor! —Antonio cabecea; sabe lo que duele—. Pero, bueno, lo importante es que todo fue bien, y ya estamos en casa. —Busca la mano de Laura.

—Venga, sentaros que voy a traer la comida —dice Laura—. Podéis ir picando del aperitivo mientras voy a ver cómo están los niños.

—¿No comen con nosotros? —pregunta María.

—Ellos ya han comido; están con la niñera: va a quedarse unas horas con los niños. Así podemos comer tranquilos, que nosotras también necesitamos desconectar un poco; llevamos unos días de vértigo.

—¡Qué pena! Me encantan esos renacuajos —dice María. Antonio la mira, sorprendido. Parecía disfrutar con el bebé entre sus brazos y ahora pregunta por los niños. No han hablado de tener hijos, pero quizás deban hacerlo.

Laura trae la bandeja con la carne, la deja sobre la mesa y comienza a servir y a entregar platos.

—Bueno —inicia Maca la conversación—, cuántas cosas que celebrar, ¿no? El bebé, el nuevo trabajo de Antonio… y Francisco también os tiene que contar algo. —Él la mira sin salir de su asombro. No esperaba ser el centro de atención hoy—. Venga, —Le clava el codo— cuéntales. Cuéntale a Laura.

—¿A mí?, ¿qué me tienes que contar? —Francisco no responde—. Francisco, ya estás desembuchando…

—Luego hablamos, Laura. Te lo cuento a solas, no creo que le interese a nadie… —Todos se quejan con un murmullo generalizado.

—Ni mijita suelta este hombre —tercia Maca—. ¿Pues no ves que todos lo quieren saber? —amonesta a Francisco. Ante el silencio de él, ella toma la palabra—: Pues que está haciendo la trama de una nueva novela que va a tener a Laura como protagonista.

—¿¿¿A mí??? —dice Laura con la boca llena de comida. Traga y se levanta de la mesa, la rodea y abraza a Francisco—. ¡No sabes qué ilusión me hace, Francisco!

—Bueno y creo que Isabel también tiene un papel importante —

añade Maca. Isabel da las gracias a Francisco con la cabeza y con la sonrisa.

—Pues sí, sí. Pero aún está a medio esbozar. Quería tener la trama más o menos lista para contároslo y, por supuesto, pedir la colaboración de Laura antes.

—Pero vamos a ver, Francisco, a mí no me tienes que pedir colaboración ninguna: lo tienes que dar por sentado.

—Gracias, Laura. Va a estar ambientada en Zimbabue. Me gustaría hacer un pequeño viaje allí antes para conocer el lugar.

—A eso me temo que no te voy a poder acompañar. El bebé necesita ocho manos y los niños son pequeños. No puedo dejar a Isabel sola con todo.

—Ya hablaremos sobre eso tú y yo, Laura —responde Isabel y se mete un bocado de carne en la boca—. Además, te vendría bien irte unos días, reconciliarte con el sitio…

—Bueno, —Mira a Francisco—, lo hablamos, ¿de acuerdo? Además, ahora que Isabel va a empezar a… —Isabel le estruja la mano por debajo de la mesa y ella se calla.

—¿Va a empezar a qué? —pregunta María.

—No nada, nada. —Da un trago a la copa de vino.

—Bien, pues ya que hablamos de viajes, nos gustaría deciros una cosa —anuncia María—: nos casamos en la India, y queremos que nos acompañéis.

—¿Os casáis allí? —pregunta Isabel. Antonio responde asintiendo y besa la mano de María.

—¡*Ósquite*! —suelta Maca, emocionada.

Todos les felicitan, alzan las copas, brindan y aplauden. Los niños de Isabel acuden corriendo al oír el guirigay que se ha formado y el bebé, que estaba dormido, se despierta. Isabel se levanta para cogerlo y le pone el chupete. Se queda de pie en el flanco de la mesa mientras lo mece, sin perderse la conversación.

—Y hay más —habla Isabel—. Francisco, quiero que sepas que me hace completamente feliz que vayas a escribir tú la novela que debí haber escrito yo. No quiero quitarle el protagonismo a nadie, pero os quería contar que yo también me he animado a escribir, pero no una novela: voy a escribir el guion de una película. —Todos vitorean la noticia—. Laura se está encargando de la producción.

—¡Me alegro muchísimo de que tengas esos proyectos con un bebé recién nacido! Eres una crac —dice María.

—Pues a mí también me parece genial, ¡qué carajo! —dice Maca—. ¡Cuánto arte en este grupo! —Alza la copa al frente—. ¡Por el arte!

—¡Por el arte! —Chocan sus copas.

—¿Y sabemos cómo se va a llamar? —pregunta Antonio.

—¿La película o el libro? —pregunta Laura.

—Las dos cosas —responde Antonio.

—La mía aún no lo sé —responde Francisco primero.

Isabel espera un momento antes de responder; mira a Laura y dibuja una sonrisa que le cuelga de un lado de la cara.

—La película: *Desmemoriados* —responde Isabel.

—En ese caso, ¡por los desmemoriados! —Alza Antonio la voz y todos gritan por ella.

—¡Por los desmemoriados!

63

un buen trabajo

Día antes de la intervención

Cuando Manuel Plaza se adentró en el mundo de la farmacogenética, no pensó en ningún momento en dejar de producir y distribuir psicofármacos convencionales y de nueva generación, que era lo que más dinero le daba.

Plaza está en el despacho, revisando las cuentas. Otra vez está en cabeza la distribución de medicamentos para la ansiedad y la depresión en los Países Bajos, por tercer mes consecutivo; la alta tasa de ansiedad y depresión en las mujeres de allí hace que Plaza invierta gran parte del sueldo en publicidad para mujeres, desde hace años.

Ahora revisa las cifras de España, donde tiene la sede. Los números no han cambiado mucho con respecto a los meses anteriores. No es que le guste ver sufrir a las personas, pero para él es una suerte que haya tanta gente enganchada a las benzodiacepinas y a los somníferos. En realidad, Plaza sabe que vive en un mundo drogadicto y él no es más que el capo de la narcocultura; solo que, en su caso, es legal.

Abre el primer cajón del escritorio y coge su lista *premium*: la «Lista de medicamentos esenciales de la Organización Mundial de la Salud» es su herramienta de trabajo. Ese papel, que va actualizándose con regularidad, es el que le marca los objetivos. En función de los medicamentos que más se vendan, su técnica de venta cambia. La revisa y detecta que los analgésicos y los antiinflamatorios empiezan a perder posición y las benzodiacepinas y los antidepresivos suben al podio. Es ideal lo que está pasando, porque, a su vez, la sociedad está pidiendo que se rebajen los efectos secundarios de esos medicamentos y la comunidad científica trabaja en esa línea. Ahora, que está a punto de despegar en el campo de la farmacogenética, va a ganar adeptos. Todo va en cadena; si consigue poner a la sociedad de su parte, el Gobierno aumentará las subvenciones para investigar y él se hará un hueco en el nuevo mercado mientras sigue manteniendo sus ventas de medicación convencional, que irá retirando poco a poco a medida que vaya creando imperio con la farmacogenética. Guarda la lista en el cajón y coge el teléfono.

—¿Todo listo para mañana? —le pregunta Suárez a guisa de saludo.

—Todo listo. Me encargaré de llevártelo personalmente a primera hora de la mañana.

Hace unos meses que Suárez se convirtió en su socio, algo que le vino prácticamente impuesto por él. Le debía demasiados favores: gracias a Suárez había patentado algunos medicamentos que

comercializaba, de modo que no le quedó otra opción que darle un trozo de su empresa a un módico precio. En realidad, esta investigación en sí no le interesa demasiado, pero para hacerse con el imperio de la farmacogenética debe comenzar por ahí. Por eso decidió formar parte del estudio y permitirle a Suárez que se hiciera socio de la empresa. Sabe que la idea de que los propios sujetos mostraran sus resultados a la sociedad fue de Peter Bucher. Les convenció a todos de que solo necesitaban un sujeto por psiquiatra, solo uno, para mostrar a la población los beneficios de la técnica. Todos ganaban: Suárez ganaría reconocimiento y un mordisco de la fortuna de Plaza; Peter Bucher conseguiría que su paciente Antonio Galán hablara maravillas de él, con las consecuencias que eso tendría; y él ganaría terreno para poder comenzar su carrera de fondo, la farmacogenética.

Pretenden hacer entender a la sociedad que cada caso ha sido elegido y tratado meticulosamente. En tres años les había dado tiempo de encontrar a las personas ideales: a Francisco lo rescataron de la consulta privada y le ayudaron a pasar a la red pública de salud mental, a Laura Hidalgo se la derivó un colega, Francisco fue por su propio pie y María cayó en manos de Suárez porque la derivó otro colega psiquiatra.

A pesar de todo el tiempo que llevan trabajando juntos, Suárez no es de su devoción, pero no podía negarle que entrara en la empresa; al fin y al cabo, gran parte del trabajo que le llega y que le seguirá llegando es gracias a él.

Por su parte, Suárez tampoco daba puntada sin hilo; todos estos años en que había elegido a Alfalobul para llevar a cabo sus investigaciones no había sido por afinidad, sino porque sabía que más tarde o más temprano podría exigirle a Plaza la parte que le correspondía. Al margen de eso, Suárez no le desea nada malo a Plaza, pero no se fía de él, porque cree que sabe que Belinda es su hija, lo que querría decir que está jugando con su fortuna. Plaza podría ver en Belinda la forma de recuperar el trozo de empresa que le ha forzado Suárez a darle, por eso no piensa quitarle el ojo de encima.

Plaza se estira en el asiento y abre el segundo cajón, saca una llave y la guarda en el bolsillo de su bata. Se levanta de la silla y sale del despacho. Entra en la sala de almacenamiento seguro: allí tiene guardado el fármaco que él mismo ha preparado, dentro de una caja transparente, cerrada con llave y refrigerada. Es la única vez que no ha delegado en Lucas el estudio y la preparación del fármaco; se juega demasiado. Aunque sea el farmacéutico de su confianza y el que tiene destinado a supervisar todo, no quiere que nadie que no sea él dé con la clave.

Saca los cuatro botes de cristal con la dosis de cada sujeto dentro. Todos tienen una etiqueta identificadora donde aparece el código del

paciente y la dosis de cada uno. En el caso de María Castillo, que es la que está mirando, los datos que aparecen son: CM001, 0,5 mg; ni fecha de expedición ni número de lote, nada más que la dosis, el código y el nombre que le han dado al psicofármaco abajo del todo: Trankylum. No han pasado la fase de *naming*, en la que se hace el filtraje regulatorio y jurídico, ni el testeo y la selección del fármaco. Ni ha elegido el nombre el Comité del proyecto ni tampoco ha sido registrado. Ni siquiera tienen que pasar esas fases porque no están intentando patentar nada, solo quieren usar la histamina en intervenciones quirúrgicas. A pesar de eso, le ha dado un nombre atractivo que recuerda a un bien codiciado: estar tranquilo. Revisa las etiquetas de los cuatro, el color, el contenido; todo está perfecto. Devuelve los frascos a su sitio y los mete en la caja otra vez. Los introduce en la nevera que los va a trasladar al Instituto en menos de una hora y se marcha. El chófer está listo y él ha hecho su trabajo impecable. Se ha ganado irse a descansar; ha terminado por hoy.

***

Ha esperado media hora desde que Plaza se fue a casa. Se coloca los guantes, saca la caja del refrigerador y manipula la cerradura, esta cede y él coge los botes. Los coloca con cuidado sobre la superficie plana de la mesa instrumental y saca del bolsillo cuatro botes idénticos, con las mismas etiquetas identificadoras, el mismo color, el mismo contenido, pero con una diferencia: la histamina que hay dentro de esos botes les borrará los recuerdos de los últimos cinco años. Todos. Es como un campo de minas que va a explotar en cuanto la carguen en la jeringa y viaje por la cabeza de los sujetos. Y, poco a poco, a las setenta y dos horas, su efecto quedará disuelto; es el tiempo necesario para que todo se desmorone y él consiga lo que pretende. Se quita los guantes y los guarda en la bata, los tira después en la papelera del despacho y lleva la bata a lavar. Ha hecho una jugada limpia, aséptica. Él también se merece acabar su jornada por hoy, por eso se cambia, se marcha y, mientras camina hacia su coche, le llama.

—Ya está hecho.

—Has hecho un buen trabajo, Lucas. Mañana es la operación. Voy a hacer que Suárez dé una rueda de prensa en tres días, justo antes de que recobren la memoria. Se hundirá solo en la mierda. Al día siguiente tendrás en la puerta de tu casa el dinero.

—Gracias, Rojas. Ha sido un placer.

64

la verdadera lealtad

Cuatro días después de estrenar nombramiento

Belinda conserva ese aire de niña inmadura; frágil. Necesita cargarse de aplomo y sobreponerse, recobrar el ánimo y la entereza para enfrentarse a la situación que se le viene encima. Lucas está subiendo a su casa mientras ella rescata esa frase de los pliegues de su memoria. Esa que Lucas dijo hace cuatro días y que, desde entonces, no ha dejado de rebotarle en la cabeza; sus palabras han conseguido levantar un torbellino que le ha llevado a un camino oscuro.

Belinda abre la puerta y Lucas aparece detrás de un ramo de rosas rojas, con aire divertido y el ánimo de disfrutar de un gozoso encuentro.

—Diecisiete rosas para celebrar que llevas diecisiete años en mi vida. —La saluda con un beso en la comisura de los labios; Belinda le invita a pasar mientras le reconviene.

—Gracias, Lucas, son preciosas, pero no tienes que llenarme la casa de flores. Además, no sé por qué me las traes: hace cuatro días que me regalaste otras. —Mira al ramo que hay sobre la mesa del salón y dibuja una falsa sonrisa tirante en los labios.

—Pero es que hace cuatro días celebrábamos que estrenabas cargo.

—Y hoy ¿qué celebramos? —pregunta con un aguijón de curiosidad que la ayuda a aparentar normalidad.

—Hoy celebramos otra cosa. —A Belinda se le ha clavado en la cara esa sonrisa falsa que le está sirviendo como muro de contención mientras pone agua en un jarrón y mete las flores dentro—. Celebramos que voy a patentar un fármaco —dice como si nada.

—¿Perdona? —Se gira y clava sus ojos en él.

—¿Y mi niño? ¿Dónde está Ares? —Lucas mira a su alrededor.

—Se ha ido a la sierra a pasar el fin de semana con la abuela. —Se sienta junto a Lucas en el sofá. Necesita entrar en la conversación, pero tiene que ser cautelosa: quiere llevarlo a un lugar concreto.

—¿Has dejado que tu hijo duerma fuera de casa? ¿Sin ti?

—Está con su abuela.

—Ven aquí. —La abraza—. Es un gran logro por tu parte. Bueno, —Le coge la mano y se la besa—, en ese caso, me alegro. Eso significa que quizás puedas pasar más tiempo conmigo este fin de semana. —Belinda le sostiene la mirada.

—Y ¿qué es eso de que vas a patentar un fármaco? Cuéntamelo mejor…

—¿Tienes vino?

—Tengo vino, sí, pero ¿podrías contarme lo del fármaco? ¡No entiendo por qué hay que regar con alcohol cada buena noticia!

—¿Qué te pasa? —Lucas se sorprende ante la tensión de Belinda—. Te noto un poco tensa desde que he llegado.

—Perdona. —Tiene que mantener la calma—. Es que últimamente tengo demasiados cambios en mi vida —se excusa—. Voy a por una botella de vino y me cuentas todo.

Lucas se arrellana en el sofá mientras Belinda va a la cocina y coge una botella de vino. Después coge dos copas del mueble del salón.

—Vale, empieza por el principio, por favor. —Le da la copa, abre la botella y le echa el líquido dentro; aguanta su copa y la rellena—. Cuéntame, ¿cómo es eso de que vas a patentar un medicamento? ¿Te refieres con la empresa?

—No, bombón. —Da un trago al vino—. Me refiero a que lo voy a patentar con mi nombre.

—No sabía que estuvieras estudiando un fármaco…

—Bueno, es que era una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Por qué es una sorpresa? ¿Acaso no nos contamos los secretos desde hace años?

—Pues sí, pero esto no es un secreto, es una sorpresa.

Belinda guarda silencio mientras oscila la mirada de Lucas a la copa y de la copa a Lucas. Acaricia el borde del vidrio y habla calmada.

—Vale, ¿y de qué medicamento se trata?

—Mira, lo de hace un momento ha sido una sorpresa, pero lo de ahora es un secreto, no puedes contarlo a nadie todavía, ¿de acuerdo? Hasta que no lo haya registrado…

—Lucas, me tienes en ascuas, dímelo ya…

—En realidad no es un medicamento: es una vacuna. Una vacuna antihistamínica que llevo años estudiando.

—¿Llevas años estudiándola? ¿Dónde?

—Pues ¿dónde va a ser? En el laboratorio…

—Entonces entiendo que esa vacuna habrá que registrarla con el nombre del laboratorio, ¿no crees?

—Pero es que soy yo el que la ha estudiado, no el equipo.

—En ese caso, has estado engañando a tus jefes todos estos años.

—Linda, —La mira con dureza—, no te reconozco. ¿Tú de qué parte estás? Vale que ahora eres socia de Alfalobul, pero no puedo creer que te haya inundado ese carácter de empresaria de forma repentina…

Belinda se levanta del asiento y le mira desde arriba. Su frente dibuja una arruga profunda. Tiene los labios apretados y la mirada endurecida; no puede esconder que está furiosa. Se mete la mano en el bolsillo y saca un papel, lo desdobla y se lo tiende a Lucas. Él lo coge y lee en alto.

—«No dejes que te quiten lo que te pertenece. Un beso. Suárez». —La mira—: ¿Qué es esto?

—¿Quieres saber qué es? Es una nota de mi padre, Alejandro Suárez; la escribió antes de suicidarse. Quiso avisarme de que alguien estaba intentando quitarme lo que me pertenecía, y fíjate por dónde sospeché de muchas personas: sospeché de Rojas, pensé que se refería a que intentaría quitarme a mi hijo; sospeché de Manuel Plaza cuando quedé con su albacea y me dijo que, como herencia, Suárez me había dejado su pellizco de Alfalobul; sospeché hasta de mi madre. ¿Te puedes imaginar lo desesperada que estaba buscando la verdad que llegue a sospechar que mi madre quisiera un pellizco de la herencia? Sospeché de su mujer, Fina: pensaba que hacía todo lo posible para que no oliera nada de la herencia que me correspondía. —Belinda hace una pausa antes de confesar—: Pero nunca, nunca, sospeché de ti. Nunca me hubiera podido imaginar que fueras capaz de hacer lo que hiciste.

—¿Qué hice? ¿Qué estás diciendo? —Lucas parece nervioso—. Yo no he hecho nada: solo me he limitado a estudiar la vacuna para prosperar, para poder montar mi propio negocio más adelante, para formar una familia contigo…

—¿Conmigo? ¡Cómo puedes tener tan poca vergüenza! ¡Conmigo! Tú sabes cosas de mí que no sabe nadie.

—Linda, bombón, escúchame. De verdad que yo no he hecho nada…

Ella se tapa los ojos con las manos, se frota la frente y se masajea las sienes mientras expele el aire con dureza. Lucas está empapado en sudor; no puede esconder que los nervios le rebosan en forma líquida.

—¿En qué momento no le permitiste a Rojas que dijera que soy una fresca?

—¿Qué dices?

—Me lo dijiste tú mismo el otro día, en la comida. Me dijiste que no permitías que Rojas me llamara fresca. ¿Cómo sabes tú que me llama fresca si yo nunca te lo he contado? ¿Cómo lo sabes, Lucas?

—Linda, fue una forma de hablar. Si yo ni siquiera conozco personalmente a Rojas.

—¿No le conoces? ¿Entonces por qué te hizo llegar ese dinero dos días después de que Suárez diera la nota de prensa?

—¿Qué dinero? ¿De qué estás hablando?

—¡¡¡Deja de tratarme como si fuera gilipollas!!! —Se sienta a su lado y le escupe las palabras con odio, salpicadas de dolor; habla con los dientes apretados y el rencor afilando su mirada—. Tú modificaste la histamina porque Rojas te sobornó; después invertiste ese dinero que él te dio en justicia. Te encargaste de hacerle llegar a prisión un mensaje: el de que, si se iba de la lengua y te delataba, te preocuparías

personalmente de hacer pública información que no ha salido a la luz, como que me violó, a mí, a la nueva directora de servicios sociales; no ibas a tener reparo en contar que tenía un hijo de él: Ares.

—Linda, yo solo quería hacer justicia por ti, por lo que te hizo.

—¡¡¡Que dejes de mentirme!!! Me has utilizado como vehículo mediático. ¿De verdad serías capaz de filtrarles esa información a los medios? ¿De verdad serías capaz de ponerme a mí y a mi hijo en boca de toda la capital? Todo por salvar tu culo…

La mandíbula de Belinda tiembla, las palabras le cuelgan de la boca, siente que el mareo le va a tumbar en el suelo. Se levanta del sofá, retira una silla de la mesa y se sienta; respira y comienza a hablar más despacio.

—Mi padre sospechaba de Manuel Plaza. Por eso, cuando le destituyeron, se dedicó a investigarlo, a ponerse al día con las cuestiones de la empresa de la que entonces era socio. Y, mira por dónde, te descubrió. Descubrió que estabas investigando la histamina para crear una vacuna, casualmente como Mar Ribas y Roberto Rojas, la dueña y el socio del laboratorio Somnifarma, y casualmente el hermano de Rojas, el ministro, el que te llamó para pedirte que te encargaras personalmente de hundir el experimento. —El salón se llena de silencio—. Dime, Lucas: ¿desde cuándo le haces favores a Rojas? ¿Desde que sabes que abusó de mí dos veces o desde antes?

—Belinda, te juro que yo…

—Lucas, necesito que me cuentes la verdad para perdonarte, ¿no lo entiendes? —Se levanta de la silla, camina hacia él y se sienta de nuevo a su lado, en el sofá. Le quita la copa de vino y la deja sobre la mesa, le coge las manos y le mira a los ojos; Belinda tiene los ojos empachados de lágrimas—. Lucas, yo te quiero mucho, de verdad, pero necesito entenderlo todo, necesito que confíes en mí y que me lo cuentes: yo te voy a comprender. Hace años que somos amigos.

Lucas la abraza, se separa de ella, la coge de los hombros con suavidad y le habla.

—Linda, todo esto lo he hecho por nosotros, para estar juntos y tener un futuro mejor. Hace años empecé a investigar la histamina por mi cuenta. Estaba cansado de ser el mandado de turno, quería prosperar, simplemente, y se me ocurrió que una vacuna de histamina podría solucionar muchas cosas; solo tenía que dar con una vacuna de nueva generación, alguna que pudiera suministrarse a toda la población general, en masa. De modo que volqué todo mi esfuerzo en ello, todos mis ratos libres. —Belinda no para de llorar mientras Lucas le cuenta—. Y di con la clave días antes de recibir una llamada telefónica del ministro. —Belinda le retira la mirada—. ¡Eh! —musita y busca su cara con la mano—. No le reconocí cuando me llamó, te lo prometo. Contactó conmigo porque Mar Ribas, su cuñada, me conoce;

trabajé para ella hace años en su laboratorio, ¿lo recuerdas? —Belinda asiente con la cabeza—. Linda, yo no conocía a Rojas personalmente antes de que me llamara aquel día, te lo juro. El caso es que, como parte del trato, Rojas me aseguró que me ayudarían a patentar mi medicación; no le dije nada acerca de que era una vacuna de histamina ni él a mí tampoco me dijo que mi cometido se debía a que ellos estaban intentando lo mismo que yo. El caso es que, cuando explotó todo el escándalo, me enteré de que todo esto lo hacían precisamente para tener el campo libre, porque querían, como yo, trabajar con la histamina. Entonces no me quedó más remedio que intentar que se supiera lo de Rojas: necesitaba que entrara en prisión porque, si no, no podría sacar yo mi vacuna.

—¿Tu vacuna? —le recrimina Belinda. Se levanta de su lado y camina hacia la mesa, donde deja su copa de vino.

—Belinda —dice él, calmado—, Rojas me sobornó: me dijo que, si no lo hacía, te hundiría; te llamó furcia, fresca y un puñado de adjetivos asquerosos y que no te corresponden. Él me dijo cómo debía proceder para hacerlo: me dijo que debía encargarme de que a los sujetos se les borrara la memoria durante unos días. No me dijo nada más; por eso, como Plaza no me permitió crear el fármaco, fabriqué un compuesto con una vida media de setenta y dos horas; las suficientes como para borrarles la memoria a los sujetos y luego devolvérsela. No hice que su vida peligrara. Solo hice una pequeña variación del proyecto para salvarte, para salvaguardar tu seguridad. Corazón, todo esto lo he hecho por ti.

Lucas la mira en silencio, esperando una respuesta que no viene. Belinda cabecea con los ojos llenos de lágrimas y desvía la mirada hacia la habitación; Lucas la emula. De ella sale Laura Hidalgo con el móvil en la mano.

—Creo que con esto —Enseña el móvil en el aire— es suficiente. Este testimonio deja más que claro que Manuel Plaza es inocente. Lucas, has permitido que un hombre que no ha hecho nada vaya a la cárcel.

Lucas se levanta, enfurecido, del sofá y, dando largos pasos, camina hacia Laura. Ella intenta escapar pero la alcanza, forcejea con ella mientras Belinda va a la habitación a buscar su móvil. Llama a emergencias y, mientras espera escuchando el tono, oye el sonido de un cristal en el salón; intenta salir de la habitación para asegurarse de que Laura está bien y se topa con Lucas, quien se encuentra frente a ella, con Laura sujeta y presionándole el cuello con una copa de vino con el cristal roto. La guía con el paso hacia dentro de la habitación; pasa y cierra la puerta.

—Cuelga o la mato.

—Lucas. —Se acerca Belinda, despacio—. Lucas, tranquilo. No le

hagas daño. Salgamos de aquí; vayamos al salón y hablemos los tres más serenos.

—No me pienso mover de aquí, Belinda, y vosotras tampoco. Da cinco pasos atrás. —Belinda da cinco pasos pequeños—. Ahora mismo, tu amiguita va a borrar esa grabación; después me va a dar el móvil, yo me lo voy a llevar y vosotras no habéis escuchado nada, ¿de acuerdo?

—Demasiado tarde —habla Laura—: esa grabación ya se la he mandado a quien se la tenía que mandar.

—¿Qué has hecho qué, zorra de mierda? —Lucas aprieta el cristal contra su cuello y Laura comienza a sangrar.

—¡¡¡Lucas!!! ¡¡¡Lucas, suéltala!!! ¡Ella no tiene la culpa de nada! —Belinda le habla mientras se acerca—. Lucas, mírame, mírame a mí. Laura solo ha hecho lo que yo le he pedido. Es a mí a quien quieres.

—No te acerques más porque le atravieso con el cristal entero. Ni te muevas.

—Lucas. —Sigue avanzando Belinda. Lucas aprieta el cristal y Laura la mira con ojos suplicantes; casi no puede respirar y la sangre de su cuello ha formado un reguero en el suelo—. Por favor, suéltala y empecemos de nuevo; olvidaremos todo lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

Belinda se acerca a Lucas y, con un movimiento rápido, saca la jeringa del bolsillo del pantalón y se la clava directa en el brazo. Lucas la mira y suelta a Laura.

—¿Qué cojones me has inyectado, Belinda? —Se acerca a ella con la copa en la mano.

—Lucas, —Belinda camina hacia atrás—, lo siento. Solo te dormirá un rato. Tenía que hacerlo, perdóname.

Lucas va hacia ella; se tambalea pero consigue caminar: no se le va a escapar. La habitación es pequeña y no tiene por dónde salir; da tres pasos largos y la agarra. Ella chilla y Laura aprovecha para abrir la puerta y escapar. Lucas le raja el cuello con la copa: al menos, eso cree, porque le cuesta enfocar la vista. Laura no sangra, por lo que deduce que ha fallado, no la ve con claridad, pero tiene que cogerla y acabar con ella; no puede permitir que esa grabación salga de la casa. Se pregunta dónde está Laura: la ha perdido de vista. Tiene que acabar con Belinda y después irá a por ella, pero no puede tardar demasiado porque la maldita inyección está a punto de tumbarlo, lo nota. Tiene que acabar con las dos. Lo que dice Laura debe ser mentira, se habrá marcado un farol: no ha podido enviarle la grabación a nadie. Tiene que hacerse con ese móvil y revisar sus movimientos. Belinda salta por encima de la cama, él la agarra de la pierna y Belinda le empuja; Lucas cae de espaldas y se queda tumbado en el suelo: no tiene fuerzas para levantarse. Cierra los ojos y se queda dormido.

Laura aparece por la puerta del dormitorio con un cuchillo que deja caer en el suelo al ver a Lucas ya sedado. Mira el reguero de sangre que hay sobre el piso, presiona la herida del cuello con más fuerza y abraza a Belinda, que no para de llorar. Laura se separa de ella y cae desplomada al suelo. Belinda se agacha, le tapona la herida mientras llora más que nunca, tiembla, grita y maldice a Lucas. Su pierna ha empezado a hincharse, todo le parece estar más lejano y no sabe dónde se encuentra. Coge un trozo de cristal del suelo y lo aprisiona en la mano hasta que su sangre se une con el reguero de Laura. Con ese gesto consigue por fin volver a la realidad. Mira la sangre que emana de su mano y revisa la cicatriz de su muñeca. Ve a Laura tumbada en el suelo perdiendo cada vez más sangre y llama a emergencias: no quiere ni imaginarse lo que sería perderla. Lucas llevaba diecisiete años en su vida, pero Laura, con solo unos meses, le ha hecho descubrir la verdadera lealtad.

recuerdos propios

Un día después

Hoy su madre y Ares vuelven de la casa de la sierra. El plan era que pasaran allí todo el fin de semana y regresaran mañana, pero Belinda les ha pedido que vuelvan antes; dos días soportando el silencio de la casa y sintiendo esa soledad con brújula propia es demasiado para ella: le supera.

Aún quedan dos horas para que los recoja en la estación de autobuses, por eso ha decidido ir antes a ver a Laura. Aparca el coche en la zona de ingresos y se adentra en el hospital. Camina por el largo pasillo mientras siente que su mente se pierde en un punto del infinito: está preocupada por Laura; solo espera que todo haya ido bien. Han hablado por mensajes y parecía animada, pero no sabe si la encontrará completamente recuperada o si le quedará una cicatriz en el cuello que la marcará de por vida. Anoche, cuando se marchó de urgencias, después de que llegara Isabel, parecía tranquila. Sin duda, es una mujer valiente y resiliente.

Ve el número de la habitación y cae en que no ha traído ningún regalo: ni flores ni chocolate ni vino. Las primeras no le gustan a Laura, lo segundo le recuerda al encierro y lo tercero no lo debe tomar. No hay otra cosa con lo que se le haya ocurrido obsequiarla. ¿Qué podría regalarle a una amiga a la que casi matan por ella? Será mejor que destile el carácter punzante de la pregunta y entre de una vez a la habitación.

Toca a la puerta con cuidado y espera. Isabel le abre, con el bebé acunado en los brazos y una sonrisa esperanzadora fruncida en la cara. Parece cansada; no ha debido pegar ojo en toda la noche: entre atender al bebé y asimilar la situación rocambolesca de Laura ha debido tener bastante.

—Pasa, está despierta —le dice. Le da dos besos y Belinda acaricia con cuidado la frente del pequeño, que duerme plácidamente. Se acerca y aspira su aroma: echa de menos ese olor adictivo; un olor natural que activa una región del cerebro que le recuerda a su hijo. Si tuviera que elegir una droga, sería esa: el olor de Ares recién nacido.

—¿Cómo ha pasado la noche? —pregunta, musitando.

—Bien —responde Laura desde la cama y espera a que Belinda entre en la habitación y pueda verla—. Me han narcotizado, así que he dormido del tirón. —Se ríe.

—Laura —dice Belinda mientras se acerca a ella, que sigue tumbada en la cama; la abraza, se separa y le habla, mirándole a los ojos—, no

sé cómo voy a darte las gracias por haberte arriesgado así por mí.

—No me tienes que dar las gracias: sabes que me gusta estar en la trinchera. Soy reportera de calle, una trotamundos, una guerrera… y, además, ahora tengo una cicatriz de guerra que lo avala.

Las tres sueltan una carcajada, aunque Belinda rompe el aire jovial cuando toma la mano de su amiga.

—En serio, Laura, muchas gracias por todo. Gracias por hacer todo lo que has hecho por mí. Preferiría no haber sabido la verdad: así no te habría metido en esto. —Belinda agacha la mirada y mira su cicatriz de la muñeca y entonces le parece que ha pasado toda una vida: ella ya no es esa persona. Ahora tiene algo en común con Laura: cada una tiene su pequeña escarificación como recuerdo del pasado.

—Belinda. —Laura le agarra con suavidad el mentón y le eleva la cabeza para que sus ojos entren en el radio de su mirada—. A veces preferimos permanecer instalados en el desconocimiento, sin enterarnos de lo que pasa a nuestro alrededor, sin sufrir; ya sabemos que la felicidad muchas veces está en la ignorancia de la verdad, pero tú has hecho justicia. No podíamos dejar a un hombre inocente en prisión.

***

Fina tampoco ha comprado flores esta mañana. Cuando se ha despertado, mientras intentaba respirar, descargando la pesadez del caos y del deshonor, se ha anudado la bata de lino, ha bajado al jardín trasero de su casa y ha arrancado algunas margaritas de las macetas que compró y trasplantó hace unos meses. Era algo que siempre hacían juntos Suárez y ella cuando el invierno agotaba sus días, cuando la primavera se insinuaba por Madrid. Un bonito recuerdo que no ha querido dejar que se extinguiera. Después, con sumo cuidado, ha sacado algunas de las flores del tiesto y ha hecho un ramo, lo ha envuelto en una cuerda y ha perdido la mirada en él. Ha sacado una margarita y ha empezado a quitarle pétalos: me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere… Me quiere.

Ahora, mientras recuerda ese juego infantil que le ha devuelto una pequeña sonrisa perecedera, mira la tumba de su marido y lee el epitafio grabado en ella: «Esta sepultura contiene a un hombre que pasará a la historia por sus reconocimientos; por su alma eterna, que habitará por siempre en el corazón de su mujer».

Una lágrima recorre su rostro al pensar que está ahí dentro, que no puede levantarse y abrazarla, y, lo peor de todo: que se ha ido porque ha querido. Ha pasado casi medio año y, a pesar de que Fina ha entendido que la decisión de marcharse fue suya, aún no comprende por qué la ha dejado si la quería. Por qué no ha podido luchar más si vivir le suponía un esfuerzo. Por qué no ha seguido esforzándose para

mejorar su ánimo. Por qué no ha optado por el camino de hablarlo; si se lo hubiera contado, habrían buscado ayuda juntos. Fina sigue sin entender cómo alguien como su marido pudo elegir acabar con todo: incluso con su bonita historia. Quizás debería buscar ayuda para superar su duelo; ayuda de algún profesional. De alguien que no sea Belinda, por supuesto.

***

Belinda, Lidia y Ares llegan a la nueva casa de la abuela: el piso de la herencia de Suárez. Está a quinientos metros del piso de Belinda, una de esas causalidades de la vida. Por fin Lidia se ha despojado de esos sentimientos dicotómicos que la hacían sentir parásito y huésped, oscilar entre usurera o prestataria. Ha conseguido expropiar la humilde visión de la recompensa con esfuerzo: ya es hora de disfrutar de todo lo que le arrebató Suárez en su día.

—He pensado —dice Belinda soltando las maletas en el recibidor— que podíamos ir al cine esta tarde. A ver alguna peli de mayores, ¿quieres?

—¿Puedo? —pregunta Ares.

—¡Claro! ¡Ya tienes casi doce!

Lidia le sonríe. Sabe que cuesta no sobreproteger a los hijos; cuesta verlos crecer, aunque sea lo sano y lo esperado. Igual que cuesta retomar la vida cuando se ha dejado todo para criarlos y educarlos. Pero Belinda, poco a poco, lo está haciendo: está permitiéndole a su hijo crecer y convertirse en lo que debe ser, un preadolescente.

—¿Sabes una cosa? —le pregunta Lidia. Belinda la mira y eleva el mentón para que continúe—. Estaba pensando en alquilar un piano y retomar mi afición. Creo que en ese hueco iría perfecto.

—Mamá, —Se acerca a ella y la abraza—, sería maravilloso. Veo que vas a cumplir tu promesa de la sierra.

—Sí, hija. Voy a aprovechar antes de que me demencie y no me acuerde ni de mi nombre. Quiero seguir aprendiendo antes de que mi cabeza desaprenda.

—Me parece una magnífica idea que decidas retomar tu *hobby*.

—Cariño, no hay nada como decidir…

Exacto: decidir. Esa era la palabra clave. Belinda había decidido declararse la amnistía y liberar a su yo prisionero. Iba a dejar de compadecerse por ella misma y por los demás; por supuesto, eso incluía a Lucas: aunque le daba pena, era lo que él había elegido; al igual que ella ha decidido denunciar a Rojas, ha aceptado la herencia de Suárez, ha asumido un puesto laboral de gran envergadura, ha dejado de sobreproteger a su hijo y ha comprendido que hay algunas cosas personales que se tienen que trabajar. Y, además de haber asumido que su vida está hecha a base de las decisiones que toma,

también entiende que aceptar lo que ocurre es el siguiente paso. Laura se lo ha dicho y tiene toda la razón: hay que conocer la verdad y aceptarla, porque aceptando también se elige.

—Mamá, ¿podemos comer palomitas en el cine? —tercia Ares, rompiendo con el tema de la conversación.

Belinda sonríe mientras lo mira: ella ha elegido dejarle crecer, pero él aún no ha elegido hacerlo. Al menos, les queda fabricar bonitos recuerdos juntos; sobre todo, recuerdos que se alcen imperiosos y firmes como pilares. Recuerdos tan sólidos, tan macizos, que nada ni nadie consiga nunca tumbarlos. Recuerdos propios. Eso es lo que elige.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer enormemente su colaboración a todas las personas que me han ofrecido su hombro y me han ayudado a construir esta trama de forma verosímil. Antes de nada, quiero exculparlos de cualquier error en el contenido y el continente de esta obra. En cualquier caso, la culpa será toda mía.

A Cristina Baquerizo, por creer en esta obra. Siempre.

A Toni, excelente psiquiatra. Gracias por apoyarme en la documentación, por ayudarme a construir un argumento verosímil, por revisar mis palabras y por saber emplear técnicas y medios en cada momento. Por ser uno más y no estar en el lado de los investigadores de esta novela. Por ser tan humano con los pacientes y con tus compañeros.

Muchísimas gracias a Juan Tomás Macías, jefe del grupo de Homicidios y desaparecidos de la Brigada Provincial de Policía Judicial (BPPJ. UDEV. Jefatura Superior de Policía de Illes Balears). Gracias por acogerme, atenderme y explicarme con toda tu paciencia el protocolo a seguir en un suicidio. Gracias por responder a todas mis preguntas y, sobre todo, por tu cercanía y amabilidad.

Gracias a Inda Zango, terapeuta ocupacional y unas cuantas cosas más. Porque, sin tú ser consciente, me hiciste mirar la vida a través de los ojos de María Castillo. Porque me ayudaste a forjar su identidad como personaje, porque en todos los sures hay nortes y en todos los nortes hay sures. Por esa gran labor que hiciste en un lugar del continente africano. Gracias por permitirme darle tu espiritualidad.

A todas las personas que por el camino me han inspirado con sus frases, con sus formas, aún sin ser ellas conscientes.

A todos los que están al otro lado, en el de los pacientes, que me asombran con su capacidad de reponerse y tanto me enseñan.

A toda esa red de amigas y compañeras que se alegran de corazón de las buenas noticias y de que esta novela vea la luz.

A mi familia. Por quererme cuando escribo.

A César. Por criticar mi obra durante su construcción, entre otras muchas cosas.

A mis hijos, los más pequeños de todos estos agradecimientos, y los más grandes a la vez. Gracias por entender las ausencias de mamá cuando creaba una historia fuera de nuestra historia.

CRISTINA GÓMEZ MUÑOZ (Ciudad Real 1985) vive en Mallorca, donde trabaja en salud mental como coordinadora de Terapia Ocupacional del Servicio de Salud de Baleares. Ha sido presidenta de la COTOSMIB (Comisión de Terapeutas Ocupacionales de Salud Mental de Islas Baleares), formadora de cursos de escritura terapéutica para profesionales de salud mental y organizadora de las diferentes ediciones del Certamen Literario de Cuento Infantil del *Govern de les Illes Balears*. En su objetivo continuado de luchar contra el estigma en salud mental ha formado parte de comisiones de trabajo y escrito obras premiadas como *Tortitas de chocolate*, donde obtuvo el primer premio del Certamen Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Salamanca (2020). Ese mismo año también fue galardonada con el segundo premio de relato del Certamen Literario Semana Cultural 2020 del Ayuntamiento de Mota del Cuervo con la obra *La fuerza de los molinos.* Ha quedado finalista en otros concursos como el I Concurso de Relatos Cortos FAN Mallorca 2023 con la obra *Trazas de camaleón*. En 2021 publicó su novela crossover *La niña que quiso cambiar el mundo.*

REDES SOCIALES Y CONTACTO:

Instagram: cristina_gomez_escritora.

Facebook: Cristina Gomez Escritora/Cristina Gómez Escritora y Terapeuta.

Hotmail: cristina_gmto@hotmail.com